WALDEN

HENRY DAVID THOREAU

errata naturae

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

WALDEN

HENRY DAVID THOREAU

TRADUCCIÓN DE MARCOS NAVA GARCÍA

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2013
SEGUNDA EDICIÓN: junio de 2013
TERCERA EDICIÓN: enero de 2014
CUARTA EDICIÓN: mayo de 2014
QUINTA EDICIÓN: septiembre de 2014
SEXTA EDICIÓN: marzo de 2015
SÉPTIMA EDICIÓN: agosto de 2015
OCTAVA EDICIÓN: mayo de 2016
NOVENA EDICIÓN: enero de 2017
DÉCIMA EDICIÓN: agosto de 2017
UNDÉCIMA EDICIÓN: diciembre de 2017
DUODÉCIMA EDICIÓN: septiembre de 2019
DECIMOTERCERA EDICIÓN: noviembre de 2020
DECIMOCUARTA EDICIÓN: agosto de 2021
DECIMOQUINTA EDICIÓN: octubre de 2022
DECIMOSEXTA EDICIÓN: enero de 2024
TÍTULO ORIGINAL: *Walden*

© de la traducción, Marcos Nava García, 2013
© Errata naturae editores, 2013
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

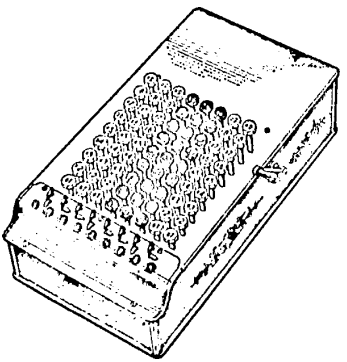
ISBN: 978-84-15217-45-9
DEPÓSITO LEGAL: M-11044-2013
CÓDIGO IBIC: HP; JPW
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Índice

Economía	9
Dónde vivía y para qué vivía	85
Leer	105
Sonidos	119
Soledad	137
Visitantes	149
El campo de judías	165
La ciudad	177
Las lagunas	185
La granja de Baker	211
Leyes superiores	221
Vecinos animales	235
Calentar la casa	249
Primeros habitantes y visitas invernales	265
Animales de invierno	281
La laguna en invierno	293
Primavera	309
Conclusión	329

ECONOMÍA[1]



Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo en los bosques, a una milla de distancia de cualquier vecino, en una casa que yo mismo había construido, a orillas de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida únicamente con el trabajo de mis manos. Allí viví dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un residente temporal[2] en la vida civilizada.

No impondría mis propios asuntos a la atención de los lectores si no hubiera recibido muchas preguntas y muy concretas por parte de mis conciudadanos en relación a mi modo de vivir.

[1] Del griego *oikonimia*, refiere a la administración de la casa y las labores domésticas. Más allá del uso común, Thoreau se remonta a la raíz del término al utilizarlo como título de este capítulo. Para Thoreau, la economía aplicada a la vida era un sinónimo de filosofía. (Ésta y todas las demás notas de esta edición son del traductor).

[2] Thoreau siempre pensó su vida como una serie de *sojourns*, estancias temporales o experimentos.

A algunos estas preguntas podrían parecerles impertinentes, pero no lo son para mí, sino que, teniendo en cuenta las circunstancias, me resultan naturales y oportunas. Hay quien me ha preguntado qué solía comer, si me sentía solo, si no tenía miedo, y cosas parecidas. Otros han sentido curiosidad por saber qué parte de mis ingresos dedicaba a obras caritativas, y algunos, que tienen familias numerosas, inquirían a cuántos niños pobres mantenía. Por tanto, empezaré disculpándome con aquellos lectores que no estén particularmente interesados en mí, ya que en este libro me propongo contestar a algunas de estas preguntas. En la mayoría de los libros, el *yo* o la primera persona se omite; en éste se conservará; ésa es la principal diferencia en cuanto al egotismo. En general olvidamos que, al fin y al cabo, es siempre la primera persona la que habla. No hablaría tanto sobre mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto debido a la escasez de mi experiencia. Si bien, de todos modos, tarde o temprano requiero a todo escritor un sencillo y sincero relato de su vida, y no únicamente lo que ha averiguado de la vida de los demás: un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque, desde mi punto de vista, si un hombre ha vivido sinceramente tiene que haberlo hecho en una tierra lejana para mí. En cualquier caso, quizá estas páginas estén escritas sobre todo para estudiantes pobres. En cuanto al resto de lectores, se quedará con aquellas partes que le incumban. Espero que ninguno fuerce las costuras del abrigo al ponérselo, pues sólo le será útil a quien realmente le siente bien.

Por lo demás, mi intención no es hablar de los chinos ni de los habitantes de las Islas Sandwich[3], sino de vosotros, que leéis estas páginas y vivís en Nueva Inglaterra. Y querría decir algo sobre vuestra situación, sobre vuestras circunstancias en este mundo, en esta ciudad, sobre si es necesario que sean tan malas como son, si no podrían tan siquiera ser mejoradas. He viajado bastante en Concord, y por todas partes, en comercios, oficinas y campos, me ha parecido que sus habitantes estaban haciendo penitencia[4] de mil

[3] Es el nombre que en 1770 el capitán James Cook dio a las Islas Hawái.

[4] Thoreau nunca creyó en el sacramento cristiano de la penitencia: «El arrepentimiento no es un camino abierto hacia Dios», escribió en su diario en 1850.

maneras extraordinarias. Ni siquiera las mortificaciones que he escuchado que realizan los brahmanes —cuando se sientan expuestos a cuatro fuegos distintos mientras miran al sol de frente, o permanecen suspendidos cabeza abajo y sobre las llamas, o miran al cielo por encima de su propio hombro «hasta que les resulta imposible recuperar su posición natural y a causa de la torcedura del cuello solamente pueden ingerir líquidos»[5], o viven encadenados durante toda su vida a los pies de un árbol, o mesuran con sus cuerpos, como hacen las orugas, el ancho de vastos imperios, o se alzan sobre un único pie en lo alto de una columna—, ni siquiera estas formas de penitencia consciente son tan increíbles y asombrosas como las escenas que contemplo a diario. Los doce trabajos de Hércules resultan insignificantes comparados con los que se empeñan en realizar mis vecinos, sobre todo porque aquéllos eran solamente doce y tenían un final, pero yo nunca he visto que estos hombres hayan matado o capturado a un monstruo o hayan dado por terminada una labor. No tienen un amigo como Yolao[6], capaz de cauterizar la raíz de la cabeza de la hidra con un hierro candente, sino que tan pronto como una cabeza es aplastada, surgen otras dos.

Veo a hombres jóvenes, que son mis conciudadanos, cuya principal desgracia es haber heredado granjas, casas, establos, ganado y demás aperos, porque es más sencillo proveerse de todo esto que despojarse de ello. Mejor les habría ido de haber nacido en medio del campo y haber sido amamantados por una loba, tal vez hubieran podido distinguir con claridad la tierra que estaban llamados a trabajar. ¿Quién los convirtió en siervos de la tierra? ¿Por qué tendrían que comerse sus sesenta acres cuando el hombre está condenado a comer sólo su porción de polvo[7]? ¿Por qué tendrían que comenzar a cavar sus fosas en el instante mismo de su nacimiento? Tienen que vivir sus propias vidas enfrentándose a cada dificultad y procurando mantenerse en pie de la mejor manera posible. ¡Cuántas pobres almas inmortales he encontrado casi completamente aplastadas y sofocadas bajo el peso de sus cargas, arrastrándose por el camino de la vida, empujando un granero de

[5] Cita de James Mill, *The History of British India* (1817).

[6] Cochero y compañero de Hércules.

[7] Referencia a un proverbio americano de comienzos del s. XVIII: «Todos debemos comer un poco de polvo antes de morir».

setenta y cinco pies de largo por cuarenta de ancho, incapaces de limpiar unos establos tan sucios como los del rey Augias[8], mientras esperan cien acres de tierra, labranza, siega y pastoreo, y un pedazo de bosque! Mientras tanto, a los desposeídos, que no tienen que enfrentarse a semejantes inconvenientes heredados, les parece suficiente trabajo someter y cultivar unos pocos pies cúbicos de carne.

Los hombres trabajan desde una perspectiva errónea. La mejor parte del hombre[9] es arada muy pronto y convertida en abono para la tierra. Guiados por un destino aparente[10], comúnmente llamado necesidad, según cuenta un viejo libro[11], acumulan tesoros que corromperán la polilla y la herrumbre y acabarán robando los ladrones[12]. Es una vida de tonto, como comprenderá cada uno cuando llegue al final de la misma, si no lo hace antes. Se dice que Deucalión y Pirra crearon a los hombres tirando piedras hacia atrás sobre sus cabezas:

Inde genus durum sumus, experiensque laborum,
Et documenta damus qua simus origine nati[13].

O, como traduce Raleigh de esta forma tan sonora:

Desde entonces somos una especie recia, curtida en el dolor,
Y damos prueba de nuestro origen rocoso[14].

Y todo por obedecer ciegamente a un oráculo desatinado, que lanza piedras a sus espaldas sin ver ni siquiera dónde caen.

[8] Ése fue precisamente el quinto de los trabajos de Hércules.

[9] Alusión a *La ciudad de Dios* (412 – 426) de San Agustín, libro que Thoreau conocía bien: «El alma no es el hombre al completo, tan sólo su mejor parte».

[10] Los trascendentalistas, y entre ellos Thoreau, creían firmemente que cada persona crea su propio destino.

[11] La Biblia, a la que Thoreau no otorgaba un estatuto distinto al de cualquier otra escritura antigua de las diversas civilizaciones.

[12] Alusión a Mateo 6, 19: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan».

[13] Cita de las *Metamorfosis* de Ovidio, 1, 414-15.

[14] Cita de *History of the World* de Sir Walter Raleigh (1552 – 1618), marino, pirata, corsario, escritor y político inglés que popularizó el tabaco en Europa, por el que se interesó Thoreau y sobre quien llegó a escribir una conferencia.

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, por mera ignorancia y error, está tan preocupada con los cuidados facticios y las tareas rudas pero superfluas de la vida que no puede recoger sus mejores frutos. Sus dedos, de tanto trabajar, son en exceso zafios y tiemblan demasiado para ello. En realidad, el hombre trabajador y esforzado carece de tiempo libre para desarrollar una vida cotidiana íntegra y propia, ni siquiera puede mantener las relaciones más viriles con otros hombres, pues su trabajo se depreciaría en el mercado. No tiene tiempo de ser otra cosa que una máquina. ¿Cómo podría acordarse de su ignorancia —lo cual requiere de un crecimiento— quien tiene que usar sus conocimientos tan a menudo? Deberíamos alimentarlo y vestirlo gratuitamente de vez en cuando, y reconfortarlo con nuestros licores, antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la piel aterciopelada de las frutas, sólo pueden conservarse mediante una manipulación delicada. Y, sin embargo, ni a los demás, ni a nosotros mismos, nos tratamos con esa dulzura.

Algunos de vosotros, todos lo sabemos, sois pobres; la vida os resulta ardua, y a veces sentís una asfixia que prácticamente os impide respirar. No dudo de que más de uno entre los que estáis leyendo este libro no podéis pagaros todas las comidas del día, o las chaquetas y zapatos que lleváis y que ya están gastados o a punto de gastarse. Y habéis llegado hasta esta página pasando un tiempo prestado o hurtado, tras robarles una hora a vuestros acreedores. Me parece evidente que muchos de vosotros vivís unas vidas pobres y serviles, a este respecto la experiencia me ha aguzado bien la mirada; andáis siempre al límite, tratando de entrar en negocios y salir de deudas, un lodazal antiquísimo que los latinos llamaban *æs alienum*, el bronce de algún otro, porque algunas de sus monedas estaban hechas de bronce; siempre viviendo, muriendo, sepultados por el bronce de este otro; siempre prometiendo pagar, prometiendo pagar mañana, y muriendo hoy, insolventes; tratando de buscar favores, de hacer clientes de todas las maneras posibles, siempre y cuando éstas no os lleven a la cárcel; mintiendo, adulando, votando, encerrándoos en la cáscara de nuez de la civilidad o dilatándoos en una atmósfera de etérea y vaporosa generosidad, todo con tal de persuadir a vuestro vecino de que os permita hacerle sus zapatos o su sombrero o su traje o su coche o traerle a casa sus comestibles; enfermando para poder ahorrar algo para

el día en que llegue la enfermedad, algo que guardaréis en la vieja cómoda o en una media o detrás de un tabique de yeso o, para más seguridad, en un banco de ladrillos[15]; no importa dónde, ni si es mucho o poco.

A veces me maravilla lo frívolos que podemos llegar a ser, en lo que se refiere a la indecorosa y algo extranjera forma de servicio llamada esclavitud de los negros[16]; hay tantos amos astutos y sutiles que esclavizan tanto el Norte como el Sur. Es difícil tener un capataz del Sur, es peor tener a un norteño como tal, pero es mucho peor aún cuando te conviertes en el capataz de tu propia esclavitud. ¡Y aun así se habla de lo divino en el hombre! Mirad al cochero en la carretera, encaminándose al mercado, de día o de noche; ¿es acaso algo divino aquello que lo mueve? ¡Su mayor deber es dar forraje a sus caballos! ¿Qué interés tiene su destino para él mismo, comparándolo con los réditos de los embarques? ¿Acaso no conduce para el señor Fanfarrón? ¿Qué tiene él de divino y de inmortal? Mirad cómo se agacha y escabulle, sin librarse nunca de sus pequeños temores, ni inmortal ni divino, sino esclavo y prisionero de la opinión que posee de sí mismo, una fama adquirida mediante sus propias acciones. En realidad, la opinión pública es un débil tirano si la comparamos con nuestra propia opinión. El destino de cada hombre está determinado por lo que éste piensa de sí mismo. Conseguir la emancipación de uno mismo incluso en las Indias Occidentales de la fantasía y la imaginación, ¿existe algún Wilberforce[17] que pueda traérnosla? ¡Pensad también en las mujeres de esta tierra, que tejen tapetitos de tocador hasta el último día de sus vidas, todo con tal de no revelar un interés excesivo en sus propios destinos! Como si se pudiera matar el tiempo sin dañar la eternidad.

La mayoría de los hombres vive vidas de tranquila desesperación. Lo que llamamos resignación no es más que una confirmación de la desesperanza. De la desesperada ciudad vais hasta el de-

[15] Alusión irónica al pánico financiero de 1837, durante el cual se hundieron muchos bancos.

[16] Extranjera en el sentido de que la esclavitud era una institución sureña, pero seguramente también extranjera o contraria a la naturaleza humana.

[17] William Wilberforce (1759 – 1833), famoso abolicionista que logró que en las Antillas inglesas se suprimiera la esclavitud en 1834. En Estados Unidos la esclavitud fue abolida gracias al presidente Lincoln en 1863, apenas unos meses después de la muerte de Thoreau.

sesperado campo, y tenéis que consolaros con la dignidad de los visones y las ratas almizcleras. Incluso tras los llamados juegos y diversiones de la humanidad se encuentra una desesperación tan estereotípica como inconsciente. No suponen un verdadero esparcimiento, pues éste tan sólo llega después del trabajo. Una característica de la sabiduría es no hacer cosas desesperadas.

Cuando consideramos cuál, por utilizar las palabras del catecismo, es la finalidad principal del hombre, y cuáles son sus auténticas necesidades y medios de vida, parecería que los hombres han elegido deliberadamente[18] esta forma de vivir porque la prefieren a cualquier otra. Sin embargo, ellos piensan sinceramente que no existe elección. Sólo las naturalezas activas y saludables recuerdan que el sol se alza con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios. No se puede creer sin pruebas en ningún modelo de pensamiento o de acción, por antiguo que éste sea. Lo que hoy todo el mundo repite o acepta como verdadero puede convertirse mañana en mentira, en una opinión hecha de humo que algunos pensaron que era una nube y que traería agua fertilizadora para los campos. Tratad de hacer lo que los ancianos consideran imposible, y veréis que es posible. Lo viejo para los ancianos, lo nuevo para los jóvenes. Quizás los ancianos no sabían lo suficiente como para obtener combustible y mantener el fuego; los jóvenes colocan un poco de leña seca bajo una caldera[19] y ahí están, girando alrededor del globo tan rápido como las aves, siendo tal vez capaces, según se dice, de acabar con los ancianos. La vejez no está más preparada que la juventud para enseñarnos nada, al fin y al cabo ha perdido más de lo que ha ganado. Se podría dudar incluso de que el más sabio de los hombres, por el mero hecho de vivir, haya aprendido algo con valor absoluto. En la práctica, los ancianos no pueden dar consejos demasiado importantes a los jóvenes, porque sus propias experiencias han sido parciales y sus vidas han resultado miserables fracasos —siempre por razones coyunturales, según creen ellos—; es posible que les haya quedado algo de fe con la que disfrazar esa experiencia,

[18] Actuar deliberadamente era crucial para Thoreau y su modo de entender la vida.

[19] Thoreau se refiere aquí a la locomotora y el ferrocarril, que tienen su origen pocas décadas antes.

y que finalmente sólo sean menos jóvenes de lo que eran antes. Hace unos treinta años que vivo en este planeta y todavía estoy esperando la primera palabra de un consejo valioso o serio de mis mayores. No me han dicho nada, ni creo que puedan decírmelo. Aquí está la vida, un experimento que aún debo realizar, y de nada me sirve lo que otros hayan hecho. Si poseo alguna experiencia que considero de valor, estoy seguro de que mis mentores no dijeron una palabra acerca de ella.

Me dice un granjero: «No puedes vivir sólo de comer vegetales, se te debilitarán los huesos». De modo que, religiosamente, él emplea parte del día en proveer a su cuerpo con el rudo material de los huesos, caminando mientras habla detrás de su buey, cuyos huesos, hechos de pasto, le arrastran a él y a su pesado arado sin importar los obstáculos. Hay cosas que resultan requisitos indispensables de la vida para unos, los más desventurados y enfermos, mientras para otros son meros lujos, y resultan completamente desconocidas para un tercero.

Algunos creen que el territorio de la vida humana ha sido recorrido de punta a punta por sus antecesores, y desde los valles a las cumbres, lo que incluye todas las cosas que a uno le pueden importar. Según Evelyn[20] «el sabio Salomón dictó normas que referían incluso la distancia que debía mediar entre dos árboles, y los pretores romanos establecieron cuán a menudo podía uno ir al campo de su vecino a recoger las bellotas caídas sin por ello violar la ley, y qué parte de lo recogido pertenecía al propietario». Hipócrates indicó incluso la forma en que debemos cortarnos las uñas: enrasadas con los dedos, ni más largas ni más cortas. Sin duda, el tedio y aburrimiento que parecen haber agotado la variedad y las alegrías de la vida son tan viejos como Adán. Pero las capacidades del hombre no se han medido todavía, y se ha ensayado tan poco, que no tendría sentido juzgarlas a tenor de unos pocos precedentes. Sean cuales sean tus fracasos hasta ahora, «no te aflijas, hijo mío, pues, ¿quién te señalará lo que has dejado sin hacer?»[21].

[20] John Evelyn (1620 – 1706), escritor y horticultor inglés.

[21] Cita del texto religioso hindú *Visnú-Purana*. Existen en total dieciocho Puranas, el mismo número de capítulos que tiene *Walden*.

Podríamos poner a prueba nuestras vidas de mil maneras sencillas: considerar, por ejemplo, que el mismo sol que madura mis judías ilumina a un tiempo un sistema de planetas como el nuestro. Si hubiera recordado esto, habría evitado algunos errores. No fue ésta la luz con la que las cultivé. ¡De qué maravillosos triángulos son vértices las estrellas! ¡Qué seres más diferentes y distantes contemplan simultáneamente desde las numerosas mansiones del universo la misma estrella! La naturaleza y la vida humana son tan distintas como nuestras constituciones. ¿Quién dirá cuál es la perspectiva que la vida ofrece a los demás? ¿Podría ocurrirnos un milagro mayor que el de ver a través de los ojos de otro? Deberíamos vivir en todas las épocas del mundo durante una hora, ¡ay, en todos los mundos de todas las épocas! ¡Historia, Poesía, Mitología! Ninguna lectura de las experiencias ajenas sería tan asombrosa ni didáctica como ésta.

La mayor parte de las cosas que mis vecinos consideran buenas yo la creo mala para mí, y si alguna vez me arrepiento de algo que he hecho, es muy posible que sea de mi buen comportamiento. ¿Qué demonio tomó posesión de mí para que me portara tan bien? Tú, anciano, que has vivido setenta años, no sin cierto honor, puedes decir la cosa más sabia que se te ocurra; yo escucho una voz irreprimible que me invita a alejarme de todo eso. Una generación abandona las empresas de la que le precede, como si fueran buques encallados.

Creo que deberíamos confiar un poco más de lo que acostumbramos. Cada uno debería ocuparse de sí mismo tanto como honestamente lo haga de los demás. La naturaleza está tan adaptada a nuestra debilidad como a nuestra fuerza. La ansiedad y el esfuerzo incesante de algunos constituyen una enfermedad incurable. Está en nuestra naturaleza el exagerar la importancia del trabajo que hacemos; y sin embargo, ¡cuánto es lo que dejamos sin hacer! ¿Y qué ocurriría si cayésemos enfermos? ¡Qué vigilantes somos! Decididos como estamos a no vivir por la fe siempre que podemos evitarlo, pasamos el día en perfecta alerta y por la noche decimos nuestras oraciones con desgana, y nos confiamos a lo incierto. Nos vemos obligados a vivir siempre concienzudamente, reverenciando nuestra vida y negando la posibilidad de todo cambio. Decimos que éste es el único camino, pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Cualquier cambio es un milagro digno de ser tenido en cuenta; pero es también un milagro

que ocurre a cada instante. Confucio dijo que «el saber que sabemos lo que sabemos y que no sabemos lo que no sabemos es el mejor conocimiento»[22]. Cuando un hombre determina un hecho de la imaginación como un hecho para su entendimiento[23], todos los hombres, a la larga, establecerán sus vidas sobre esa base.

Consideremos por un momento de dónde proviene la mayor parte de la inquietud y la ansiedad a las cuales me he referido, y si es necesario que estemos inquietos o, por lo menos, preocupados. Sería provechoso vivir una vida primitiva y de frontera, incluso en medio de una civilización volcada hacia lo exterior, aunque sólo sea para aprender cuáles son las necesidades más importantes en la vida y qué métodos se han adoptado para satisfacerlas; o bien revisar los libros diarios de los comerciantes, para ver qué compraban normalmente los hombres, y qué almacenaban, esto es, cuáles eran los alimentos considerados más necesarios. Porque el progreso de la historia ha tenido una influencia muy pequeña en las leyes fundamentales de la existencia humana, y de la misma manera nuestros esqueletos probablemente no serán muy distintos de los de nuestros antepasados.

Con lo «necesario para la vida», me refiero a todo aquello que, obtenido por el hombre mediante su propio esfuerzo, ha sido desde el principio, o se ha convertido después de largo uso, en algo tan importante para la vida humana que muy pocos, si acaso por salvajismo, pobreza o filosofía, se atreven a renunciar a ello. Para muchas personas lo necesario en la vida se reduce al alimento. Para el búfalo en las llanuras consiste en unas pocas pulgadas de sabro-

[22] *Analectas*, 2,17. Para las citas de Confucio integradas en *Walden*, Thoreau utilizó su propia traducción de la versión francesa de Jean-Pierre Guillaume Pauthier, *Confucius et Mencius: les quatre livres de philosophie moral et politique de la Chine* (1841).

[23] Thoreau parece aplicar aquí el término *understanding* [entendimiento] según la distinción fundamental operada por Samuel Taylor Coleridge (1772 – 1834) en *Raison and Understanding*. Según Coleridge, la mente humana posee dos cualidades fundamentales: el entendimiento, que percibe la naturaleza y las propiedades de las cosas, juzga los fenómenos y las apariencias, y da lugar a generalizaciones; y la razón, que, a través de la intuición directa, es capaz de comprender una serie de verdades que los sentidos no pueden proponer. El primero participa de los hechos; la segunda de la verdad, tal como el propio Thoreau escribe en su diario: «El hecho florecerá un día como verdad. La razón [*raison*] madurará y dará los frutos de aquello que el entendimiento [*understanding*] había cultivado».

so pasto y agua para beber, siempre que no busque el refugio de los bosques o la sombra de la montaña. En la naturaleza ningún ser requiere más que alimento y refugio. Las necesidades vitales del hombre en este clima pueden ser distribuidas con exactitud bajo estos títulos: Alimento, Techo, Ropa y Combustible, porque hasta que no nos hayamos provisto de éstos, no podremos considerar con libertad y posibilidades de éxito los problemas de la vida. El hombre no sólo ha inventado la casa, sino también la ropa y la cocina; y posiblemente desde el descubrimiento casual del fuego, y su consecuente uso —un lujo al principio—, ha surgido la necesidad actual de sentarse cerca de él. Vemos cómo los perros y los gatos adquieren también esta segunda naturaleza. Gracias a la casa y el alimento apropiados, conservamos legítimamente nuestro calor interno, pero ¿no se podría pensar que la cocina se originó por un exceso de cobijo, vestido o combustible, es decir, por un exceso de calor externo frente al interno? El naturalista Darwin dice, refiriéndose a los habitantes de Tierra del Fuego, que mientras su cuadrilla de «hombres bien vestidos estaba sentada cerca del fuego, sin sentir demasiado calor, aquellos salvajes desnudos, algo más lejos, le causaron sorpresa, pues estaban sudando la gota gorda»[24]. También sabemos que los nativos de Nueva Holanda[25] andan desnudos sin sufrir por ello, mientras los europeos tiemblan de frío bajo sus ropas. ¿No sería posible combinar la robustez de estos salvajes con la condición intelectual del hombre civilizado? Según Liebig[26], el cuerpo humano es una estufa, y el alimento es el combustible que mantiene la combustión interna en los pulmones. Cuando hace calor, comemos menos; cuando hace frío, más. El calor animal es el resultado de una combustión lenta, y la enfermedad y la muerte acaecen cuando esta combustión es demasiado rápida. Si se produce una falta prolongada de combustible o algún problema en el tiro de la chimenea, el fuego se apaga. Naturalmente, no hay que confundir el fuego con el calor vital[27], aunque la analogía sea

[24] Cita de *Narrative of the Surveying Voyages of his Majesty's Ships Adventure and Beagle* (1839) de Charles Darwin.

[25] Nombre histórico que recibió la isla-continente de Australia.

[26] El barón Justus von Liebig (1803 – 1873) fue un químico alemán que demostró que el calor humano es el resultado de la combustión de los alimentos dentro del cuerpo.

[27] Concepto desarrollado por primera vez por Aristóteles en su tratado *De la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte, y de la respiración.*

grande. Por lo tanto, *vida animal* es sinónimo de *calor animal*, porque mientras que el alimento puede ser considerado el combustible que mantiene el fuego en nuestro interior —y el combustible solamente es útil para preparar ese alimento, o para aumentar el calor de nuestros cuerpos, añadiéndolo desde el exterior—, el refugio y la indumentaria sirven para retener el *calor* que ha sido generado y absorbido.

La gran necesidad de nuestros cuerpos consiste, por tanto, en mantener el calor, en conservar en nuestro interior el calor vital. ¡Cuánto cuidado ponemos para conseguir ese alimento, esas ropas y ese techo, así como nuestras camas, que son nuestras ropas nocturnas, desvalijando para ello a las aves de sus plumas, con tal de preparar este refugio dentro del refugio, al igual que el topo, que tiene su lecho de hierba y hojas al fondo de su madriguera! El hombre pobre suele quejarse de que el mundo es un lugar frío, y al frío, tanto físico como social, culpamos de nuestras aflicciones. En algunas partes del mundo, el verano permite a los hombres vivir como si habitaran los Campos Elíseos. El combustible no es innecesario, salvo para cocinar. El fuego es el sol mismo, cuyos rayos maduran la mayoría de los frutos. La comida es más variada, y se obtiene sin demasiado esfuerzo. En cuanto a la ropa y la casa, se necesitan muy poco o nada. Según mi propia experiencia, en el presente y en este país, sólo unos pocos utensilios, una navaja, un hacha, una azada, una carretilla, etc., y para el estudioso una lámpara, lo necesario para escribir y el acceso a unos pocos libros son necesarios para la vida, y pueden obtenerse a un precio irrisorio. Sin embargo, algunos, no los más sabios, viajan al otro confín del globo, a regiones bárbaras e insalubres, y durante veinte o treinta años se dedican al comercio para poder vivir —es decir: para mantenerse cómodamente calientes— y al final vuelven para morir en Nueva Inglaterra. Ahora bien, aquellos ricos de verdad no se mantienen tan sólo cómodamente calientes, sino calientes de forma antinatural: se cuecen a sí mismos, pero, por supuesto, siempre *à la mode*.

La mayor parte de los lujos, también llamados «comodidades de la vida», no sólo es innecesaria, sino que se convierte en impedimento para la elevación de la humanidad. Con respecto a esos lujos y comodidades, diré que los más sabios siempre han vivido vidas más simples y austeras que los pobres mismos. Los antiguos filósofos

chinos, hindúes, persas y griegos conformaron una única clase, pobre en riquezas externas, y rica en posesiones internas, como no hemos conocido otra. Y no es mucho lo que sabemos acerca de ellos. Por lo que es curioso que *sepamos* tanto de ellos. Lo mismo puede decirse con respecto a los modernos benefactores y reformadores de la raza. Nadie puede ser un observador sabio e imparcial de la raza humana si no se apoya en lo que deberíamos llamar «pobreza voluntaria». El fruto de una vida lujosa es el lujo, ya sea en agricultura, comercio, literatura o arte. Hoy en día uno se encuentra con profesores de Filosofía, no con filósofos. No por ello deja de ser admirable profesar la filosofía, que en otro tiempo podía ser vivida. Pues ser un filósofo no consiste en tener pensamientos sutiles, ni en fundar una escuela, sino en amar la sabiduría tanto como la vida que está de acuerdo con sus dictados: una vida de simplicidad, independencia, magnanimidad y confianza. Consiste no sólo en resolver teóricamente algunos problemas de la vida, sino, ante todo, en resolverlos en la práctica[28]. El éxito de los grandes estudiosos y pensadores es un éxito cortesano, ni regio ni viril. Se adaptan para vivir en conformidad con lo que los rodea, prácticamente como hicieron sus padres, y no son, en modo alguno, los progenitores de una raza más noble de hombres. Pero ¿por qué los hombres degeneran? ¿Qué obliga a las familias a emigrar o desaparecer? ¿Cuál es la naturaleza del lujo que enerva y destruye naciones? ¿Acaso nosotros tenemos la seguridad de que nada de esto se halla en nuestras propias vidas? El filósofo va por delante de su tiempo, incluso en el aspecto externo de su vida. No se alimenta ni se cobija ni se viste ni se caldea como sus contemporáneos. ¿Cómo puede un hombre ser un filósofo sin mantener su calor vital mediante mejores métodos que los del resto de los hombres?

Una vez que el hombre entra en calor gracias a alguna de las formas que he descrito, ¿qué más desea? Seguramente, no más calor del mismo tipo: es decir, más y mejores alimentos, casas más grandes y suntuosas, más ropas y de mejor calidad, fuegos continuos y de mayor rendimiento, y otras cosas parecidas. Cuando un hombre ha obtenido todo esto, aparece una alternativa que diverge de la adquisición de cosas superfluas, y que consiste en aventurarse

[28] Esta relación entre teoría y práctica es fundamental para entender la filosofía de Thoreau.

en la vida, ahora que ha comenzado su vacación de ese esfuerzo más humilde. El terreno, entonces, resulta idóneo para la semilla, porque ésta ha penetrado su radícula y su tallo puede brotar con entera confianza. ¿Por qué habría arraigado el hombre en la tierra, si no fuese para elevarse hacia los cielos en la misma proporción? Las plantas más nobles son valoradas por el fruto que al final ofrecen en el aire y la luz, lejos del suelo, y no se las trata igual que a los comestibles más humildes —los cuales, a pesar de ser bienales, se cultivan tan sólo hasta que crece su raíz, y a menudo se podan desde arriba a propósito, por lo que la mayoría de la gente no las reconocería si las viera en flor—.

Mi intención no es prescribir reglas para los hombres de naturaleza fuerte y valiente, pues éstos cuidan de sus propios asuntos en el cielo y en el infierno, y quizá sepan edificar con mayor magnificencia y gastar con mayor prodigalidad que los ricos, sin llegar a empobrecerse, sin saber siquiera cómo viven —si es que en realidad hay hombres así, como se ha soñado—; ni para aquellos que encuentran su fuente de coraje e inspiración precisamente en el estado presente de las cosas, y lo acarician con el cariño y el fervor de los amantes —entre los cuales, hasta cierto punto, me cuento—. Tampoco estoy hablando para quienes están bien ocupados, y lo estarán pase lo que pase, y así lo saben. Estoy hablando sobre todo para esa gran parte de los hombres que está disconforme, y se queja perezosamente de la dureza de su destino, o de los tiempos que les ha tocado vivir, cuando podría mejorarlos. Algunos se quejan de forma más enérgica e inconsolable porque, según dicen, están cumpliendo con su deber. También tengo en mente a aquellos que, en apariencia, son ricos, pero que en realidad pertenecen a una clase terriblemente empobrecida, que han acumulado basura, y no saben cómo hacer uso o deshacerse de ella, y que de esta forma han construido sus propias prisiones de plata u oro.

Si me atreviera a contar de qué modo, años atrás, deseaba pasar mi vida, sorprendería sin duda a aquellos lectores que ignoran de dónde vengo. Sólo sugeriré algunas de las empresas que he acariciado.

Con cualquier clima, y a cualquier hora del día o de la noche, siempre me he preocupado por mejorar la mella que podía hacer

en mí el tiempo, y acuñarla en mi bastón[29]. He estado atento para detenerme ante el cruce de dos eternidades, el pasado y el futuro, que no es sino el momento presente, y conformarme con esa divisoria. Y perdonaréis ciertas oscuridades, porque en mi oficio hay más secretos que en el de la mayoría de los hombres y, sin embargo, no los he guardado intencionadamente, sino que son inseparables de su naturaleza. Alegremente contaría todo lo que sé, sin escribir nunca sobre la puerta: PROHIBIDA LA ENTRADA.

Hace años perdí un perro sabueso, un caballo bayo y una tórtola, y todavía hoy sigo sus rastros. He hablado acerca de ellos con muchos viajeros, describiéndoles cómo eran, y las llamadas a las que respondían. Me he encontrado con una o dos personas que han oído al sabueso y la fuerte pisada del caballo, incluso han visto desaparecer a la tórtola tras una nube, y parecían tan ansiosos por recobrarlos como si los hubieran perdido ellos mismos.

¡Anticiparse no sólo a la salida del sol y a la aurora, sino también, si es posible, a la naturaleza misma! ¡Cuántas mañanas, en verano y en invierno, antes de que ningún vecino hubiera comenzado a preocuparse por sus tareas, yo ya estaba trabajando! Sin duda, muchos de mis conciudadanos se han encontrado conmigo cuando regresaba de ocuparme de mis asuntos: los granjeros que partían al alba hacia Boston, o los leñadores que se encaminaban al trabajo. Es verdad que nunca ayudé materialmente a izar el sol, pero sé que estar presente allí era de suma importancia.

¡Ah! ¡Cuántos días de otoño y de invierno pasados fuera de la ciudad, tratando de oír lo que había en el viento, oírlo y hacerlo palabras! En ello he invertido casi todo mi capital y en la misma empresa he perdido el aliento, corriendo e intentando alcanzarlo. Si alguno de los partidos políticos se hubiera visto concernido por todo esto, podéis estar seguros de que hubiera aparecido en la portada de la *Gazette*[30]. Otras veces miraba desde el observatorio que me proporcionaba un árbol o una roca, tratando de telegrafiar la noticia de alguna llegada, o esperaba al atardecer sobre la cima de una

[29] Aunque Thoreau solía caminar con un bastón lleno de muescas, aquí parece aludir también al Robinson Crusoe de Daniel Defoe, que medía el paso del tiempo haciendo muescas en una vara.

[30] Thoreau podría referirse a la *Yeoman's Gazette*, publicada en Concord entre 1826 y 1840, o a cualquier otra gaceta o periódico.

colina, atento a lo que pudiera caer del cielo, como si pudiera apoderarme de algo, poca cosa en cualquier caso y que, al igual que el maná, se disolvería de nuevo en el sol.

Durante un tiempo fui reportero de un diario cuya circulación no era muy amplia, y cuyo editor no encontró oportuno publicar la mayoría de mis colaboraciones y, como les ocurre generalmente a los escritores, sólo conseguí dolores a cambio de mis esfuerzos[31]. De todas formas, en este caso mis esfuerzos fueron su propia recompensa.

Durante muchos años fui inspector —nombrado por mí mismo— de tormentas de nieve y lluvia, y cumplí fielmente con mi deber; al igual que agrimensor, si no de caminos reales, sí de senderos en el bosque y de terrenos abiertos[32], manteniéndolos despejados y transitables durante todas las épocas del año, así como vigilando que siempre hubiese puentes sobre los barrancos; y las pisadas que en ellos aparecen dejan buen testimonio de su utilidad.

He cuidado el ganado salvaje de la ciudad, que saltando los vallados da mucho trabajo al fiel pastor, y he vigilado los escondrijos y rincones menos frecuentados de la granja, a pesar de que no siempre sabía si Jonás o Salomón trabajaban ese día en determinado terreno; pero eso no era asunto mío. He regado la gayuba roja, el cerezo arenoso y el almez, el pino rojo y el fresno negro, la vid blanca y la violeta amarilla, los cuales, en caso contrario, podrían haberse marchitado en épocas de sequía[33].

Para abreviar diré que seguí así durante largo tiempo —y no lo digo por jactarme—, ocupándome fielmente de mis asuntos, hasta que se hizo evidente que mis conciudadanos no me admitirían en la lista de funcionarios públicos que trabajan para la ciudad, ni me ofrecerían una sinecura con un sueldo moderado. Mis cuentas, de las que juro haberme ocupado escrupulosamente, no han sido auditadas, ni mucho menos aceptadas, fijadas y pagadas. Pero no está ahí mi corazón.

[31] Es probable que Thoreau se refiera a la publicación *The Dial*, donde de hecho publicó su primer texto, o a su propio diario personal, escrito entre 1837 y 1861, y publicado tras su muerte en catorce volúmenes.

[32] Para Thoreau, una parte fundamental del disfrute de la naturaleza suponía que no existieran vallas ni muros que la acotaran.

[33] Referencia, no exenta de humor, al momento de orinar en los bosques.

No hace demasiado tiempo, un indio vagabundo fue a vender unas cestas a casa de un conocido abogado de mi ciudad[34]. «¿Quiere usted comprar alguna cesta?», preguntó el indio. «No, no queremos ninguna», fue la respuesta. «¡Cómo!», exclamó el indio mientras salía por la puerta, «¿quiere usted que muera de hambre?». Tiempo atrás, el indio había visto que a sus industriosos vecinos blancos la fortuna les sonreía, ya que el abogado sólo tenía que tejer argumentaciones para que, por arte de magia, aparecieran la riqueza y la reputación, y se había dicho a sí mismo: «Voy a dedicarme a los negocios, voy a trenzar cestas, eso es algo que puedo hacer». Creyó que cuando tuviera listas las cestas su trabajo estaría terminado, y que los blancos tenían la obligación de comprárselas. No se le ocurrió que fuera necesario hacerlas de forma tal que valiera la pena adquirirlas, o por lo menos hacérselo creer así al comprador. También yo trencé un cesto de fina textura, pero tampoco supe convencer a nadie de que mereciera la pena comprarlo[35]. Sin embargo, en mi caso pensé que era digno de mi tiempo el hacerlo, pero en lugar de pensar cómo venderlo, me preocupé más bien de cómo evitar la necesidad de su venta. Sólo hay una clase de vida que los hombres elogian y consideran plena. ¿Por qué deberíamos exagerar el valor de ésta en perjuicio de las otras?

Al saber que mis conciudadanos no iban a ofrecerme ningún puesto en el juzgado ni congrua alguna, sino que tendría que valerme por mí mismo, me dirigí hacia los bosques con mayor determinación aún, pues era allí donde me conocían mejor. Decidí entrar en los negocios enseguida, sin preocuparme por reunir el capital que suele requerirse, y en su lugar hice uso de los reducidos medios de los que disponía. Al irme a la laguna de Walden, mi intención no era vivir allí de forma barata, tampoco con lujos, sino

[34] Este incidente tuvo lugar en noviembre de 1850 en casa del abogado Samuel Hoar.

[35] Thoreau parece referirse a las escasas ventas que tuvo su libro *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, que recuerda en sus diarios sin perder el buen humor: «El editor finalmente me dijo que necesitaba el espacio donde estaban almacenadas las copias de mi libro, y que me las enviaría de forma urgente. Han llegado hoy, ocupando un carro hasta los topes, 706 ejemplares sobre un total de 1000 que hice imprimir y que aún sigo pagándole a Munroe desde hace cuatro años. De los 294 restantes, 75 fueron regalados y el resto vendido. Ahora poseo por tanto una biblioteca de 900 libros, de los cuales yo he escrito más de 700. ¿No es justo que el autor posea el fruto de su trabajo? Y, sin embargo, aquí sentado junto a la masa inerte de mi *opera omnia*, esta tarde me pongo a escribir con el mismo placer de siempre».

sacar adelante algunos negocios minimizando las dificultades[36]; verme impedido para llevarlos a cabo por falta de un poco de sentido común, espíritu emprendedor y talento comercial no parecía tan triste como estúpido.

Siempre he tratado de adquirir hábitos comerciales estrictos, pues son indispensables para todo hombre[37]. Si comerciáis con el Imperio Celeste[38], una pequeña oficina en la costa, en algún muelle de Salem, será sostén suficiente. Exportaréis los artículos que produce el país, sólo productos nativos, mucho hielo, madera de pino y algo de granito, siempre en naves fabricadas igualmente aquí. Serán operaciones rentables. Tendréis que verificar todos los detalles vosotros mismos, ser piloto y capitán, dueño y asegurador; comprar, vender y llevar las cuentas al día; leer cada carta que se reciba y escribir cada contestación; vigilar la descarga de las importaciones de día y de noche; estar casi al mismo tiempo en muchas partes de la costa, pues a menudo el mejor flete se descarga en la orilla de Nueva Jersey; ser vuestro propio telégrafo, abarcando el horizonte con vuestra mirada, continua e incansablemente, en comunicación con todas las embarcaciones ancladas a lo largo de la costa; tener un despacho constante de productos para el aprovisionamiento de mercados lejanos y exorbitantes; estar siempre informados de la situación de los mercados, de las posibilidades de que estalle una guerra en cualquier parte, y anticipar las posibles variaciones de la civilización y del comercio —aprovechando los resultados de todas las expediciones exploratorias, haciendo uso de las nuevas rutas y de las mejoras en las naves—; es necesario estudiar bien las cartas de navegación, conocer la posición de los escollos, así como de los faros y las boyas, y siempre, sin falta, deben corregirse las tablas logarítmicas, pues muy a menudo un simple error de cálculo envía la nave contra una roca en lugar de acercarla a un muelle amigo —éste fue el destino inenarrable de La Pérouse[39]—; correr a la altura de la ciencia uni-

[36] Uno de ellos era precisamente escribir *A Week on the Concord and Merrimack Rivers.*

[37] Thoreau trabajó en el negocio de grafito y lápices de su padre, aportando importantes innovaciones.

[38] Tanto China como el mundo espiritual.

[39] Jean François Galaup, conde de La Pérouse (1741 – 1788) fue un marino francés. La expedición naval alrededor del mundo que él mismo dirigía desapareció en 1788 en Vanikoro, Islas Salomón.

versal, estudiando la vida de los grandes navegantes y descubridores, y los grandes aventureros y comerciantes, desde Hannón[40] y los fenicios hasta nuestros días. En resumen, cada cierto tiempo hay que hacer un balance de cuentas para así saber cuál es la situación de uno mismo. Es una labor que pone a prueba las facultades del hombre, pues hay que enfrentarse a cuestiones relativas a la pérdida y la ganancia, el interés, la merma y la rebaja, y se deben hacer mediciones de todo tipo para obtener un conocimiento absoluto.

Pensé que la laguna de Walden sería un buen lugar para los negocios, no sólo por el ferrocarril y el comercio del hielo, sino por otras ventajas que ofrece y que, por prudencia, prefiero no divulgar; tiene una buena posición y es una buena base. No será necesario drenar los pantanos del Neva[41], a pesar de que en todas partes se debe edificar sobre pilotes fijados por uno mismo. Se dice que una marea con viento del oeste y el hielo en el Neva barrería San Petersburgo de la faz de la tierra.

Ya que no tenía más remedio que emprender mi negocio sin el capital que se acostumbra, tal vez no sea fácil adivinar cómo obtuve los medios imprescindibles para esta empresa. En cuanto a la ropa, para empezar a hablar en términos prácticos, me parece que, a la hora de comprar, muy a menudo nos guiamos más por el amor a la novedad y el cuidado de la opinión de los hombres que por la verdadera utilidad de las prendas. Dejemos que quien tiene que trabajar para obtenerlas recuerde cuál es el objetivo de la ropa: primero, la retención del calor vital; y segundo, en el caso de nuestra sociedad, cubrir la desnudez. Una vez dicho esto, que juzgue qué cantidad de trabajo importante o necesario puede realizarse sin aumentar su guardarropa. Los reyes y las reinas visten las prendas solamente una vez, aunque estén confeccionadas por un sastre o modista real, y no conocen la comodidad de usar ropas con las que nos sentimos bien. Sus hombros no son mejores que los caballetes de madera donde se cuelgan las ropas recién lavadas. Cada

[40] Explorador y viajero cartaginés.

[41] San Petersburgo fue construido en la desembocadura del río Neva en 1703, y las obras, en condiciones climáticas muy adversas, costaron la vida a miles de siervos trabajadores traídos por Pedro el Grande.

día que pasa nuestras prendas se parecen más a nosotros, y reciben la marca del carácter personal, hasta el punto de que retrasamos el momento de deshacernos de ellas, querríamos aplicarles el tratamiento médico y hasta una cierta solemnidad parecida a la que tenemos con nuestro cuerpo. Nunca un hombre perdió mi estima por tener un remiendo en sus ropas; sin embargo, estoy seguro de que, por lo general, existe mayor preocupación por llevar ropa a la moda, o por lo menos limpia y sin remiendos, que por vivir con la conciencia sosegada. Pero, aun cuando no se haya zurcido la rasgadura, quizás el peor vicio que así se expone sea la imprevisión. A veces pongo a prueba a mis conocidos con preguntas como ésta: «¿Quién de ustedes llevaría un remiendo o siquiera un par de costuras de más a la altura de la rodilla?». Muchos de los interrogados reaccionan como si su vida pudiera arruinarse si lo hicieran. Para ellos sería sin duda preferible ir renqueando por la ciudad con una pierna rota que con un pantalón roto. A menudo, cuando un caballero sufre un accidente que afecta a sus piernas, puede arreglárselas, pero si el accidente les ocurre a las perneras de sus pantalones, entonces ya no hay solución, porque el hombre no tiene en cuenta lo que es verdaderamente respetable, sino lo que suele respetarse. Conocemos sólo a unos pocos hombres, pero una gran cantidad de chaquetas y calzones.

Vestid a un espantapájaros con vuestro traje nuevo y deteneos desnudos a su lado, ¿quién no saludaría antes al espantapájaros? El otro día pasaba por un campo de maíz, no lejos de un sombrero y una chaqueta colocados sobre un palo, y al momento supe quién era el dueño de la granja. Sólo estaban un poco más gastados por la intemperie que la última vez que los vi. También he oído hablar de un perro que ladraba a cualquier desconocido que se acercara vestido a la casa de su dueño, pero se mostraba tranquilo cuando aparecía un ladrón desnudo.

Sería interesante saber cuánto tiempo resistiría la jerarquía social de los hombres si fueran despojados de sus vestiduras. Pues en ese caso, y observando a un grupo de hombres civilizados, ¿podríais decir quién o quiénes pertenecen a la clase más respetada? Se cuenta que la señora Pfeiffer[42], al llegar a la Rusia asiática,

[42] Ida Laura Pfeiffer (1797 – 1858), viajera y escritora austriaca, fue una de las primeras exploradoras, y sus libros, muy populares en la época, se tradujeron a varios idiomas. Miembro de las sociedades geográficas de Berlín y París, no llegó a serlo de la Real Sociedad Geográfica de Londres, debido a su sexo.

ya cerca de su país natal, tras uno de sus intrépidos viajes de un lado a otro del mundo, confesó la necesidad de usar una ropa distinta a su traje de viaje, y cuando fue a ver a las autoridades aclaró que esto se debía a que «ahora se encontraba en un país civilizado, donde a la gente se la juzga por sus ropas». Hasta en nuestras democráticas ciudades de Nueva Inglaterra, el poseedor casual de una fortuna es respetado casi universalmente sólo gracias a la imagen que ofrecen sus ropas y su carruaje. Pero aquellos que muestran semejante respeto, aun siendo tan numerosos, son igualmente paganos y necesitarían el envío urgente de un misionero. Además, el vestido trajo consigo la costura, un trabajo que podéis considerar interminable —al menos un vestido de mujer no está acabado nunca—.

Un hombre que al fin ha encontrado algo que hacer no necesitará un traje nuevo para hacerlo; el viejo, que ha estado colgado en la polvorienta buhardilla por un tiempo indeterminado, le valdrá. Un par de zapatos viejos le servirá durante más tiempo a un héroe que a su criado, si es que algún héroe tuvo criado; los pies descalzos son aun más viejos que los zapatos y también puede usarlos. Sólo quienes van a *soirées* y a las cámaras legislativas necesitan levitas nuevas, y precisan cambiarlas tan a menudo como el hombre cambia dentro de ellas. Pero si mi chaqueta y mis pantalones, mi sombrero y mis zapatos son apropiados para rendir culto a Dios, me servirán, ¿no es así? ¿Quién ha llegado a ver alguna vez sus viejas ropas, su vieja chaqueta realmente gastada, reducida a sus elementos originales, hasta tal punto que no sería un acto caritativo dársela a un pobre muchacho, el cual quizá se la daría a su vez a alguien más pobre todavía, o quizás deberíamos decir más rico, que pudiera valerse con menos? Por eso os diría: tened cuidado con aquellas actividades que os exigen ropa nueva, y no, antes bien, una nueva persona que pueda usarla. Si no existe un hombre nuevo, ¿cómo podría vestir bien la ropa nueva? Si tenéis ante vosotros una nueva actividad, llevadla a cabo con vuestro viejo traje. A los hombres no les falta *con qué hacer*, sino algo que *hacer*, o más bien, algo que *ser*. Quizá no debiéramos adquirir un traje nuevo, por muy harapiento y sucio que estuviera el anterior, hasta que nos hayamos conducido, arriesgado o embarcado en algo de forma que nos podamos sentir hombres nuevos dentro del viejo traje, y en ese caso guardar la ropa vieja sería como guardar un vino recién salido de

la uva en botellas usadas[43]. Nuestra época de muda, como la de las aves, debe ser un tiempo de crisis en nuestra vida. El colimbo, por ejemplo, se retira a lagos solitarios para pasarla. La culebra se arranca la piel y la oruga su agusanada envoltura por medio de un trabajo interno de expansión, y las vestiduras no son más que cutícula externa y cáscara mortal. En caso contrario, nos encontraremos navegando bajo falso pabellón y seremos degradados con seguridad por nuestra propia opinión y la de la humanidad.

Nos ponemos prenda sobre prenda, como si creciéramos al igual que hacen las plantas exógenas, por adición exterior. Nuestras ropas superficiales, a menudo delgadas y de fantasía, son nuestra epidermis, nuestra falsa piel, nada que ver en realidad con nuestra vida, y podemos quitárnoslas cuando sea sin mayores consecuencias; nuestras prendas más gruesas, que vestimos constantemente, son nuestro tegumento celular; y las camisas son nuestro líber o verdadera corteza, que no puede ser extraída sin anillar y destruir así al hombre[44]. Creo que todas las razas usan en alguna estación prendas equivalentes a la camisa. Es deseable que un hombre se vista con tanta sencillez que pueda colocar sus manos sobre sí en la oscuridad, y que viva siempre de forma firme, consciente y al día, de modo que si un enemigo toma la ciudad pueda salir de ella, como el viejo filósofo, sin pena y con las manos vacías[45]. Ya que en la mayoría de los casos una prenda gruesa equivale a tres delgadas, y se puede obtener ropa barata a precios ciertamente convenientes: un abrigo grueso puede comprarse por cinco dólares, y durará muchos años, y por dos dólares se puede comprar un par de gruesos pantalones, y por un dólar unas botas de cuero de vaca, y por un cuarto de dólar un sombrero de verano, y por sesenta y dos centavos y medio una gorra de invierno, o incluso puede hacerse una mejor en casa, y a precio de costo, por lo tanto, ¿realmente

[43] Alusión a Mateo 9,17: «Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente».

[44] Tradicionalmente, los pueblos nativos norteamericanos mataban los árboles anillándolos y descortezándolos en corona. Thoreau era un gran conocedor y admirador de la cultura de estos pueblos.

[45] Referencia a Bías de Priene, filósofo del s. VI a. C, uno de los llamados Siete Sabios de Grecia.

hay alguien tan pobre que, así vestido, *con sus propias ganancias*, no mereciera la reverencia de los sabios?

Cuando pido una prenda con una hechura determinada, mi costurera me dice con toda seriedad: «Ya no se hace así», enfatizando el *se*, como si así trajera a colación alguna autoridad tan impersonal como las Moiras, y confieso que me resulta difícil obtener lo que pido[46], tan sólo porque ella es incapaz de creer que yo sea tan imprudente, y que realmente quiera lo que quiero. Al escuchar esa frase fatídica me concentro un instante y trato de pensar en cada palabra por separado, para entender su significado y descubrir así cuál sería la relación consanguínea que pudiera haber entre *se* y *yo*, y cuál es la autoridad que *se* pudiera tener para afectar de esta forma un asunto que únicamente me concierne a *mí*. Y al momento siento deseos de contestar a mi costurera, con tono misterioso, y cierto énfasis en el *se*: «Es verdad, últimamente no *se* hace así, pero esta vez sí». ¿De qué sirve que me tome las medidas si al hacerlo no mide mi carácter, sino tan sólo el ancho de mis hombros, como si fueran la percha donde se cuelga la chaqueta? No adoramos a las Gracias ni a las Moiras, pero sí a la Moda, que hila, teje y corta con absoluta autoridad. El rey de los monos se pone en París una gorra y todos los monos de América hacen lo mismo. Me descorazona pensar que en este mundo no se pueda obtener algo sencillo y honesto con ayuda de los hombres. Tal vez tendrían que pasar por una poderosa prensa con la que extraerles todas sus ideas avejentadas, de modo que no pudieran ponerse de pie enseguida, aunque aun así habría alguien con un capricho en la cabeza, salido de algún huevo depositado allí, quién sabe cuándo, pues ni siquiera el fuego destruye estas cosas, y todo el trabajo habría sido en vano. Sin embargo, no olvidemos que hasta nuestras manos llegó el trigo egipcio, y fue una momia quien nos lo trajo.

En resumen, no creo que se pueda afirmar que ni en este país ni en cualquier otro el vestir se haya convertido en un arte. Hoy en día los hombres suelen vestirse con aquellas prendas que están a

[46] Según los testimonios de amigos de Thoreau y periodistas de la época, como Franklin Sanborn, John Shepard Keyes o William Ellery Channing, Thoreau vestía casi siempre prendas de pana, nunca abrillantaba sus botas, lo que le concedía un toque poco civilizado para algunos, y prefería los grandes bolsillos, donde cupieran un cuaderno y un catalejo.

su alcance. Al igual que los supervivientes de un naufragio, se ponen lo que encuentran en la costa, y en cuanto se alejan un poco, ya sea en términos espaciales o temporales, no pueden evitar reírse los unos de los disfraces de los otros. Cada generación se ríe de las modas pasadas, pero sigue religiosamente la actual. Al contemplar los vestidos de Enrique VIII o de la reina Isabel nos divertimos tanto como si fueran los del rey y la reina de los caníbales. Cualquier indumentaria aislada del hombre resulta lastimosa o grotesca. Sólo la firme mirada o la vida sincera que se envuelve en su interior detienen la risotada y consagran la vestimenta de un pueblo. Si Arlequín se retuerce presa de un cólico, tendrá que vestir igualmente su traje de colores en semejante estado. Cuando un soldado resulta herido por una bala de cañón, los harapos son tan apropiados como la púrpura.

El gusto infantil y salvaje —y esto afecta por igual a los hombres y a las mujeres— por el último modelo pone a muchos bizcos y temblorosos, como si mirasen a través de un caleidoscopio para descubrir cuál es la figura que se exige hoy a esta generación. Los fabricantes saben que este gusto se basa en el capricho. Entre dos modelos exactamente iguales, salvo en unos hilos, con un color más o menos distinto, ocurrirá que el primero de ellos se agotará inmediatamente y el otro se quedará en la balda, a pesar de que muy a menudo suele ocurrir que al cambiar de temporada será el segundo el que se ponga de moda. En comparación, el tatuaje no es una costumbre tan terrible como algunos piensan. Nada bárbaro hay en el mero hecho de una impresión subcutánea e inalterable.

No puedo creer que nuestro sistema industrial sea el mejor modo para procurarse el vestido. Además, la situación de los obreros se asemeja cada día más a la de los ingleses, y no hay que asombrarse, pues, según he oído, y observado, el objetivo principal de esta industria no es que la humanidad pueda vestir bien y de forma honesta, sino que las empresas se enriquezcan cuanto sea posible. Al final, los hombres dan solamente en el blanco que les interesa. Y, sin embargo, aunque al principio fallaran, sería mejor que apuntasen siempre hacia lo alto.

En cuanto al techo, no niego que ahora es algo necesario para la vida, aunque existen ejemplos de hombres que vivieron sin él durante largos periodos y en países más fríos que éste. Dice Samuel

Laing que «el lapón, con su indumentaria de piel, que incluye un saco que usa para cubrir la cabeza y los hombros, duerme noche tras noche sobre la nieve a una temperatura tan baja que extinguiría la vida de cualquiera que se expusiera a ella con ropa de lana»[47]. Él los había visto dormir así y, sin embargo, agrega: «No son más fuertes que los demás». Pero probablemente el hombre no pasó demasiado tiempo en la tierra sin descubrir las conveniencias de una casa, *las comodidades domésticas*, una frase que originalmente refería más a las comodidades de la casa propiamente que a las de la familia, aunque éstas fueran en extremo parciales y ocasionales, pues al fin y al cabo la casa está asociada, en nuestro pensamiento, sobre todo con el invierno y las épocas lluviosas, mientras que en las dos terceras partes restantes del año es innecesaria, salvo como quitasol. Con nuestro clima, durante el verano la casa servía como abrigo casi únicamente durante la noche. En las «gacetas» de los indios, una tienda simbolizaba la marcha efectuada en un día, y una hilera de tiendas tallada o pintada sobre la corteza de un árbol indicaba que habían acampado un número determinado de veces. El hombre no fue hecho con miembros tan fuertes sino para que tratara de estrechar su mundo, construyendo a su alrededor un espacio que le fuera propicio para la vida. Al principio estaba desnudo y a la intemperie; pero aunque esto le resultara placentero cuando el tiempo era cálido y sereno, especialmente durante el día, poco habría durado su raza si al llegar la estación lluviosa o el invierno o el tórrido sol no se hubiera apresurado a cobijarse en una casa. Según cuenta la fábula, Adán y Eva se protegieron bajo una enramada antes que con ropa alguna. El hombre tenía necesidad de un hogar, un lugar cálido, confortable, donde encontrar primero calor físico y después el calor de los afectos.

Podemos imaginar una época, durante la infancia de la raza humana, en la que algunos aventureros mortales se deslizaban en el hueco de una roca para encontrar refugio. Se podría decir que el mundo comienza de nuevo con cada niño, que sin duda prefiere permanecer al aire libre, aunque haga frío y el tiempo sea húmedo. Como por instinto, juega tanto a las casitas como a los caballos.

[47] Cita del *Journal of a Residence in Norway* de Samuel Laing (1780 – 1868), escritor y explorador escocés.

¿Quién no recuerda la fascinación que, siendo muy jóvenes, nos produce el hueco que queda bajo unas rocas o la entrada de una cueva? Era la herencia y la añoranza de nuestros ancestros primitivos, que todavía sobreviven en nosotros. De la cueva hemos avanzado hacia las techumbres de hojas de palma, troncos y ramas, de lino tejido y extendido, de pasto y paja, de tablas y ripia, de piedras y tejas. Ya no sabemos lo que es vivir en la naturaleza, y nuestras vidas son domésticas por más razones de las que creemos. Hay una gran distancia del hogar al campo. Quizá sería bueno que pasáramos más días y más noches sin ninguna barrera que nos aísle de los cuerpos celestes, y que el poeta no hablara tanto protegido por un techo, o que el santo no viviera ahí dentro tanto tiempo. Las aves no cantan en las cuevas, ni las palomas alimentan su inocencia en el interior de los palomares.

De todas formas, si alguien tiene la intención de construir una casa en la que habitar, le conviene aprender algo de la astucia yanqui[48], para no encontrarse después encerrado en un reformatorio, un laberinto, un museo[49], un hospicio o un espléndido mausoleo. Lo primero que debemos tener en cuenta es que un refugio no tiene por qué ser aparatoso ni especialmente sólido. He visto a indios Penobscot, en esta ciudad, viviendo en tiendas de campaña hechas de una fina tela de algodón, mientras la nieve a su alrededor llegaba a un pie de altura, y pensé que les habría venido bien incluso que siguiera acumulándose para protegerse del viento. Antes, cuando la forma de ganarme la vida honestamente, con libertad para dedicarme a mis propios asuntos, constituía un interrogante que me atormentaba más aún que ahora —porque, por desgracia, me he vuelto algo más duro—, solía fijarme en una gran caja cerca del ferrocarril, de seis pies de largo por tres de ancho, en la cual los trabajadores guardaban sus herramientas durante la noche; y esto me sugería que cualquier hombre que en un momento dado se quedara sin recursos podría obtener una caja parecida por un dólar, y tras hacerle unos pocos agujeros para permitir la entrada del aire, podría guarecerse en ella cuando lloviera y al

[48] El término podía tener connotaciones peyorativas. Así lo usaban los Confederados durante la Guerra de Secesión.

[49] En una de las primeras entradas de su diario Thoreau escribió: «Odio los museos, nada me produce tanta pesadumbre».

caer la noche, y bajar la tapa y sentirse completamente libre e independiente. No me parece que esto sea lo peor que nos puede ocurrir, ni siquiera una alternativa despreciable. Por la mañana podríais salir de vuestro nido tan tarde como quisierais, sin que un patrón o un casero os reclame renta alguna. Más de un hombre se ve hostigado hasta la muerte por el pago de la renta de una caja más grande y lujosa, y sin embargo no habría muerto de frío en una caja como ésta. No estoy bromeando. La economía es un tema que puede tratarse con ligereza, pero no se puede prescindir de ella. Una casa destinada a una raza ruda y fuerte, que vivía casi siempre a la intemperie, se construyó aquí en cierta ocasión utilizando en su mayor parte materiales de la zona. Gookin, que fue superintendente para los asuntos relacionados con los indios pertenecientes a la colonia de Massachusetts, escribió en 1674 que «sus mejores casas están cubiertas muy elegantemente, de manera compacta y cálida, con cortezas que extraen de los árboles cuando la savia es abundante, y que convierten en grandes láminas bajo la presión de troncos muy pesados. Las casas más pobres están cubiertas con esteras que se confeccionan con una especie de junco y son igualmente cálidas y resistentes, aunque no tan buenas como las anteriores... He llegado a ver algunas de sesenta o cien pies de largo por treinta de ancho. Me he alojado a menudo en sus tiendas y me parecen tan acogedoras como las mejores casas inglesas»[50]. Añade que, por lo general, estaban alfombradas y adornadas en el interior, con esteras delicadamente trabajadas con bordados, y provistas de utensilios variados. Los indios habían progresado hasta el punto de saber regular el efecto del viento mediante una estera suspendida sobre un orificio en el techo y movida por una cuerda. Estas moradas podían construirse por primera vez en uno o dos días, y se desarmaban y volvían a armar en unas pocas horas.

Cada familia poseía una morada así, o al menos un habitáculo dentro de una de ellas. En el estado salvaje cada familia es dueña de un refugio tan bueno como el mejor y suficiente para cubrir

[50] Cita de *Historical Collections of the Indians in New England*, del general Daniel Gookin (1612 – 1687), colono de Virginia y Massachusetts que escribió diversos libros sobre los indios norteamericanos.

sus necesidades más vulgares y simples. Y no creo que sea baladí hablar de esta cuestión, pues aunque las aves tienen sus nidos y los zorros sus madrigueras y los salvajes sus tiendas, en la moderna sociedad civilizada ni la mitad de las familias poseen una casa. En los grandes pueblos y ciudades donde la civilización impera, el tanto por ciento de individuos que poseen una casa es muy bajo. Todos los demás pagan por esta prenda exterior, indispensable tanto en invierno como en verano, una renta anual con la que podrían comprarse un poblado entero de tiendas indias, y de este modo se perpetúan en la pobreza el resto de sus vidas. No querría insistir sobre las desventajas del alquiler comparado con la propiedad, pero es evidente que el salvaje posee su casa porque le cuesta muy poco, mientras que el hombre civilizado alquila la suya, al menos normalmente, porque no tiene medios para comprarla, ni tampoco, a largo plazo, para alquilar una mejor.

Alguien replicará que con pagar una renta el hombre civilizado se asegura una morada que es un palacio en comparación con la del salvaje. Una renta anual que oscila entre veinticinco y cien dólares —éstos son los precios en el campo— le da derecho a beneficiarse de los adelantos de siglos: habitaciones espaciosas, papel de pared y pintura, una chimenea Rumford, revoques interiores, persianas venecianas, bombas de cobre, cerrojo de resorte, amplia bodega y otras muchas cosas. Pero ¿cómo es posible que quien dice disfrutar de estas cosas no sea más que un *pobre* hombre civilizado, mientras que el salvaje, que no las posee, es salvajemente rico? Si se afirma que la civilización es un avance efectivo en la condición humana —y yo creo que lo es, aunque sólo los sabios aprovechan sus ventajas—, hay que demostrar que ésta ha generado mejores viviendas sin hacerlas más costosas; porque el costo de una cosa es la cantidad de vida que hay que dar a cambio de ella, de manera inmediata o durante un periodo de tiempo. En esta ciudad, una casa corriente puede costar ochocientos dólares, y acumular esta suma de dinero puede llevar entre diez y quince años de la vida de un trabajador, siempre que éste no tenga cargas familiares y estimemos el sueldo de un obrero en un dólar diario, algunos cobran un poco más y otros un poco menos. De modo que, por lo general, habrá pasado más de la mitad de su vida antes de que pueda comprarse *su* tienda. Si, por el contrario, decide pagar una renta, ésta será una dudosa decisión entre dos males. ¿No sería un

insensato el salvaje que en estas condiciones cambiase su tienda por un palacio?

Es fácil adivinar que reduzco casi la totalidad de las ventajas que obtiene un individuo al poseer estas superfluas propiedades a un fondo de reserva para el futuro: en lo que respecta al individuo, principalmente, para sufragar los gastos de su funeral. Pero quizás un hombre no esté obligado a enterrarse a sí mismo. Aquí encontramos una importante diferencia entre el hombre civilizado y el hombre salvaje; sin duda, al convertir la vida de un pueblo civilizado en una *institución*, en la que la vida individual resulta digerida en provecho de la raza, obtenemos una serie de beneficios, pero yo querría sugerir el modo de obtener todas esas ganancias sin sufrir ninguna desventaja. ¿Qué queréis decir con eso de que el pobre está siempre con vosotros[51], o con que cuando los padres se alimentan con agraz, los niños sienten dentera?

«Vivo yo, dice Jehová el Señor, que nunca más tendréis por qué usar este refrán en Israel. He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, ésa morirá»[52].

Cuando me paro a considerar la situación en mis vecinos, los granjeros de Concord, que es similar a la de las demás clases de esta ciudad, descubro que la mayoría de ellos ha estado trabajando veinte, treinta o cuarenta años para llegar a convertirse en los propietarios reales de sus granjas, que generalmente han heredado con gravámenes o comprado con dinero prestado, y una tercera parte de ese trabajo debería ser considerado el costo efectivo de sus casas, si bien la mayoría aún no ha terminado de pagarlas. A veces, incluso, los gravámenes sobrepasan el valor de la granja, de manera que ésta se convierte en el verdadero gravamen y, sin embargo, aun sabiéndolo, hay hombres que deciden heredarla. Los gestores tributarios me cuentan que son incapaces de nombrar a una docena de personas de esta ciudad que sean los dueños efectivos de sus propias granjas, lo cual, la verdad, no puede dejar de sorprenderme. Si queréis conocer la historia

[51] Alusión a Mateo 26, 11: «Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis».

[52] Paráfrasis de Ezequiel 18, 2-4.

de esas granjas, preguntad en el banco donde han sido hipotecadas. Es tan raro que un hombre haya podido pagar su granja con su trabajo que toda la vecindad puede señalarlo. Dudo de que en Concord haya más de tres. Lo que se ha dicho sobre los comerciantes, que noventa y siete de cada cien fracasan[53], puede decirse también de los granjeros. Aunque con respecto a los comerciantes, como reconoce uno de ellos muy atinadamente, la mayor parte de sus quiebras no es de carácter pecuniario, sino simples medios para eludir el cumplimiento de sus compromisos, porque eso les resultaría aún menos conveniente; por lo tanto, es el carácter moral lo que quiebra realmente. Sin embargo, esto empeora aún más las cosas, pues sugiere que ni siquiera los restantes tres comerciantes del total de los cien logran salvar sus almas, sino que su éxito podría equivaler a una bancarrota mucho más grave que la de aquellos que pudieran hundirse honestamente. La quiebra y la repudiación son los trampolines desde los cuales salta y realiza los mejores mortales la mayor parte de nuestra civilización, mientras el salvaje se encuentra en la rígida tabla del hambre. Sin embargo, la feria de ganado de Middlesex transcurre cada año con *éclat*, como si todos los engranajes de la máquina agrícola estuvieran perfectamente engrasados.

De qué vivir: un problema que el granjero se esfuerza en resolver con una fórmula mucho más complicada que el problema mismo. Para conseguir cordones para sus zapatos, especula con varias cabezas de ganado. Para atrapar la comodidad y la independencia, coloca una trampa, con un resorte y gran habilidad, y luego, al darse la vuelta, se le queda atrapada la pierna. Ésta es la única razón de su pobreza, y por razones parecidas todos nosotros somos pobres en relación a los mil lujos salvajes, aunque estemos rodeados de comodidades. Tal como canta Chapman:

[53] No se conoce el origen de esta estadística, pero lo cierto es que Thoreau la reitera en diversas ocasiones. Así, en una carta a su amigo Harrison Blake del 16 de noviembre de 1857, y cifrando apenas un uno por ciento de diferencia, escribe: «Si la mayoría de nuestros comerciantes no se arruinara, al igual que los bancos, mi fe en las antiguas leyes del mundo se tambalearía. La noticia de que noventa y seis de cada cien personas que se dedican a estos negocios quebrarán próximamente es lo más agradable que han revelado las estadísticas, estimulante como el olor de los sauces en primavera». Véase *Cartas a un buscador de sí mismo*, Madrid, Errata naturae editores, 2012, p. 129.

La falsa sociedad de los hombres,
A cambio de la grandeza terrena,
Enrarece en el aire los bienestares celestiales[54].

Y cuando el granjero por fin posee su casa, puede que no sea más rico, sino más pobre aún, y que en realidad sea la casa la que lo posea a él. Creo que la objeción que le hizo Momo a Minerva sigue siendo válida cuando, al referirse a la casa de ésta, le recriminó «que no la hubiera construido pensando en la posibilidad de transportarla, de modo que pudiera así evitar a un mal vecino»[55]. Aun hoy, nuestras casas son tan aparatosas que a menudo nos hallamos dentro de ellas más como prisioneros que como huéspedes, y la mala vecindad que tenemos que evitar es siempre la de nuestras propias y ruines personas. Conozco a una o dos familias en esta ciudad, aunque tal vez sean más, que durante toda una generación han deseado vender sus casas en las afueras para mudarse al centro, pero no han podido cumplir su deseo, y sólo la muerte los liberará.

Por descontado que la *mayoría*, al final, termina por poseer o alquilar una casa moderna con todas sus ventajas. Pero mientras que la civilización ha ido mejorando nuestras casas, no ha mejorado de la misma forma a los hombres que las habitan. Ha elevado palacios, pero elevar hombres nobles y reyes no es tan sencillo. *Y si los propósitos que persigue el hombre civilizado no tienen más valor que los del salvaje, si dedica la mayor parte de su vida a satisfacer necesidades vulgares y a obtener meramente comodidades, ¿por qué debería tener una casa mejor?*

Pero ¿cómo le va a la *minoría* pobre? Tal vez descubramos que, al igual que algunos se han colocado por encima del salvaje, otros se han degradado por debajo de éste. El lujo que disfruta una clase se compensa con la indigencia que sufre la otra. De un lado se encuentra el palacio, del otro el hospicio y el «pobre silencioso». Los millares de hombres que construyeron las pirámides, que luego fueron las tumbas de los faraones, se alimentaban a base de ajos[56], y es posible que ni siquiera fueran enterrados decentemente. El

[54] Cita de *The Tragedy of Caesar and Pompey* de George Chapman (1559 – 1634), dramaturgo inglés, traductor y poeta.

[55] Cita de la *Bibliotheca Classica* de John Lemprière.

[56] Así lo dejó anotado Herodoto, al que Thoreau leyó con seguridad.

cantero que termina la cornisa del palacio regresa por la noche a su choza, peor que cualquier tienda. Es un error suponer que en un país, a todas luces civilizado, la condición de muchos de sus habitantes es mejor que la de los salvajes. Y no me refiero ahora a los ricos degradados, sino a los pobres degradados. Para confirmar esta realidad me basta observar durante mis caminatas cotidianas sus chozas, que se apiñan en torno a nuestros ferrocarriles, esa última mejora de la civilización, y ver a todos esos seres humanos viviendo en cuchitriles y con la puerta abierta aun en invierno, para que pueda entrar algo de luz, sin un montón de leña a mano ni esperanza de que lo haya, y sus cuerpos, tanto los viejos como los jóvenes, permanentemente contraídos por el largo hábito de encogerse ante el frío y la miseria, al igual que sus facultades, cuyo desarrollo ha quedado impedido.

Sin duda, es justo prestar atención a estos hombres, con cuyo esfuerzo se realizan todos los trabajos que distinguen a esta generación. Ésta es también, en mayor o menor escala, la situación de los obreros en Inglaterra, que es el gran taller del mundo. O en Irlanda, señalada en el mapa como un lugar blanco e ilustrado[57]. Comparad la condición física de los irlandeses con la del indio norteamericano, o con la del isleño de los Mares del Sur, o con la de cualquier otra raza salvaje antes de que fuera degradada por el contacto con el hombre civilizado. Sin embargo, estoy seguro de que los dirigentes de estos pueblos son tan sabios como el promedio de los dirigentes civilizados. Su condición tan sólo prueba que la escualidez puede convivir con la civilización. No necesito referirme a los trabajadores en nuestros estados sureños, que producen las materias primas de este país y que son en sí mismos un producto básico del Sur[58]. Me limito a hablar de aquellos que viven y trabajan en circunstancias *moderadas*.

Parece que la mayor parte de los hombres no se ha parado nunca a pensar qué es una casa y qué significa, y de forma innecesaria serán siempre pobres, al menos en tanto crean imprescindible poseer una casa como la que tiene alguno de sus vecinos. ¡Como si uno

[57] Juego de palabras de Thoreau, pues en los mapas se señalaba en blanco los lugares inexplorados y desconocidos.

[58] Referencia a la esclavitud y el comercio de hombres en los estados del Sur.

tuviera que vestir la chaqueta que decida el sastre! ¡O, luego de haber abandonado el sombrero de paja o el gorro de piel de marmota, se quejase de que en estos tiempos difíciles no puede comprarse una corona! Es posible inventar un tipo de casa más conveniente y lujosa que la que ya tenemos, pero todos sabemos que los hombres no podrán pagarla. ¿Seguiremos estudiando para obtener más y más cosas y no nos conformaremos, aunque sea alguna vez, con menos? ¿Seguirá enseñando el ciudadano respetable al hombre joven, con toda gravedad y mediante el precepto y el ejemplo, que es necesario que adquiera un número superfluo de zapatos de fiesta, paraguas y habitaciones de invitados vacías para huéspedes huecos antes de que llegue el día de su muerte? ¿Por qué nuestros muebles no son tan simples como los del árabe o el indio? Al pensar en los benefactores de la raza a quienes hemos deificado como mensajeros del cielo y portadores de frutos divinos para los hombres, no imagino ningún séquito a sus talones, ni ningún coche cargado de muebles modernos. ¡Y qué si admitiera —¿no sería ésta una admisión curiosa?— que nuestros muebles deberían ser más complejos que los del árabe tan sólo en la medida en que seamos moral e intelectualmente superiores a ellos! En la actualidad nuestras casas están atestadas de bártulos y desordenadas, y una buena ama de casa haría bien en deshacerse de muchas cosas mientras barre y realiza su trabajo matutino. ¡Trabajo matutino! Por los sonrojos de Aurora y la música de Memnón[59], ¿cuál debería ser el *trabajo matutino* del hombre en este mundo? Yo tenía tres piezas de piedra caliza sobre el escritorio, pero me produjo espanto pensar que era necesario quitarles el polvo cada día, mientras que aún tengo que pasarle el plumero al mobiliario de mi mente, así que, disgustado, las arrojé por la ventana. ¿Cómo podría yo tener una casa amueblada? Prefiero sentarme al aire libre: en el pasto no se forma polvo, salvo en aquellos lugares donde el hombre ha triturado el suelo.

Son los amantes del lujo y la disipación los que establecen las modas que tan diligentemente sigue el rebaño. El viajero que se

[59] Según la mitología griega, Memnón fue rey de Etiopía, hijo de Titono y Aurora. Durante la Guerra de Troya formó un ejército para la defensa de la ciudad, y fue muerto a manos de Aquiles como venganza por la muerte de Antíloco.

detiene en las que se supone que son las mejores posadas se da cuenta de todo esto de inmediato, porque los hosteleros lo toman por un Sardanápalo[60], y si se rindiese a sus tiernas influencias pronto quedaría castrado por completo. Me temo que a la hora de construir un vagón del ferrocarril se gasta más en lujo que en seguridad, con lo que corremos el riesgo de que éste no sea nada mejor que una moderna sala con sus divanes, otomanas, pantallas y otros cientos de objetos traídos de Oriente, que fueron inventados para las mujeres del harén y los afeminados nativos del Imperio Celeste, y el conocimiento de cuyos nombres avergonzaría a Jonathan[61]. Prefiero sentarme en una calabaza en la que poder estar solo antes que apretujarme sobre un almohadón de terciopelo. Y prefiero recorrer la tierra a mi aire en un carro de bueyes que ir al cielo en el lujoso vagón de un tren de excursión, respirando *malaria*[62] durante todo el trayecto.

La simplicidad y desnudez de la vida del hombre primitivo implica que éste era, al menos, un habitante de la naturaleza. Una vez había repuesto sus fuerzas y calmado su hambre, volvía a contemplar el camino. Habitó este mundo como si fuera una inmensa tienda de campaña, atravesando valles, cruzando planicies o trepando a las cimas de las montañas. Pero he aquí que los hombres se han convertido en las herramientas de sus propias herramientas. El hombre que al sentir hambre arrancaba sin más una fruta se convirtió en un agricultor, y el que halló refugio bajo un árbol en propietario de una casa. Ya no acampamos para pasar la noche, sino que nos hemos fijado en la tierra y hemos olvidado el cielo. Hemos aceptado el cristianismo como una forma mejorada de *agri*cultura. Hemos edificado una mansión familiar para este mundo y una tumba familiar para el otro. Las mejores obras de arte son la expresión de la lucha del hombre para independizarse de esta condición, aunque el alcance habitual de nuestro arte no llega sino a consolarnos de esta situación y a hacernos olvidar ese otro es-

[60] Sardanápalo fue un legendario rey de Nínive, en Asiria, que habría vivido del 661 a. C. al 631 a. C., siendo un monarca muy cultivado y poco belicoso. En el lenguaje común, la palabra pasó a designar a cualquier príncipe o persona de vida «afeminada» y disoluta.

[61] Jonathan, o Brother Jonathan, era el nombre con el que los británicos solían referirse a los norteamericanos.

[62] Del italiano, literalmente, «mal aire».

tado superior. En realidad no hay lugar en esta ciudad para las *bellas* artes, si es que alguna vez hubieran descendido hasta nosotros, porque nuestras vidas, nuestras casas y nuestras calles no les ofrecerían ningún pedestal adecuado. No hay un solo clavo donde colgar un cuadro, ni un estante en el que recibir el busto de un héroe o santo. Cuando pienso en la forma en que se edifican y pagan, o no se pagan, nuestras casas, y cómo se administran y mantienen las economías domésticas, me extraña que el suelo no se hunda bajo los pies del visitante que admira las menudencias expuestas sobre la repisa de la chimenea, y que no se caiga y acabe en el sótano, sobre un suelo de tierra, pero más sólido y honesto. No puedo obviar que la vida, que muchos consideran refinada y rica tal como la viven, es algo que se ha pasado por alto, y soy incapaz de disfrutar de las *bellas* artes que verdaderamente la enriquecen, ya que toda mi atención se halla concentrada en el salto: sé que el mayor salto que han efectuado unos músculos humanos es el que son capaces de realizar algunos árabes errantes, que se elevan veinte pies sobre la superficie del suelo. Sin un apoyo externo, con toda seguridad el hombre caerá de nuevo a la tierra tras ese salto. Estoy tentado de preguntar al *propietario* de esa gran *impropiedad*: «¿Quién te sostiene a ti? ¿Eres tú uno de los noventa y siete que fracasan o de los tres que triunfan? Contéstame a estas preguntas y quizá luego, al mirar vuestras menudencias, las encuentre decorativas». El carro delante del caballo no es ni bello ni útil. Antes de que podamos adornar nuestras casas con objetos bellos, las paredes deben estar desnudas, nuestras vidas deben estar al desnudo, y los cimientos deben estar asentados sobre un bello gobierno de la casa y sobre una vida bella: ahora bien, el gusto por la belleza se cultiva fundamentalmente al aire libre, sin casa ni casero.

En *Maravillosa Providencia* el viejo Johnson[63] hablaba de los primeros pobladores de esta ciudad, de quienes era contemporáneo, y cuenta que «se cobijaron en la tierra, debajo de la ladera de alguna colina, donde hallaron su primer refugio, y, apartando la tierra sobre algunos maderos, encendieron un fuego humeante en el lado más elevado». «No tuvieron casas», dice luego, «hasta que la tierra, como

[63] Edward Johnson (1598 – 1672), terrateniente inglés y oficial del ejército que llegó a Nueva Inglaterra en 1636. Desempeñó un papel central en la fundación de la iglesia y la comunidad de Woburn, Massachusetts, y fue especialmente conocido como autor de *The Wonderworking Providence of Sion's Savior in New England*.

la bendición del Señor, produjo pan con que alimentarlos» y, de hecho, la cosecha del primer año fue tan escasa que «se vieron en la necesidad de cortar el pan en rebanadas muy finas durante una larga temporada». El secretario de la provincia de Nueva Holanda, escribiendo en holandés en el año 1650 para informar a quienes querían comprar tierra allí, decía igualmente que «en Nueva Holanda, y sobre todo en Nueva Inglaterra, quienes no cuentan con recursos para construir una casa o una granja de acuerdo con sus deseos, primero cavan en el suelo un pozo cuadrado, parecido a un sótano, con una profundidad de seis a siete pies y tan largo y ancho como estiman oportuno, luego recubren con madera las paredes de tierra y revisten a su vez esa madera con corteza de árbol, o algún otro material que impida que la tierra ceda; después enmaderan el suelo y, finalmente, colocan unas tablas, que cubren a su vez con corteza o musgo, para formar el techo, de modo que en estas casas pueden vivir secos y cálidos con sus familias durante dos, tres o cuatro años, añadiendo nuevos silos de acuerdo con las necesidades de la familia. Los hombres ricos y distinguidos de Nueva Inglaterra, en el origen de las colonias, construyeron así sus primeras casas por dos razones: primera, para no perder tiempo en la edificación y que no les faltase comida en la estación siguiente; segunda, para no desanimar a los trabajadores, que habían traído en gran número desde su tierra natal. En los siguientes tres o cuatro años, cuando el país se adaptó a la agricultura, se construyeron casas hermosas y gastaron en ellas varios miles»[64].

Al actuar de este modo, nuestros antecesores hicieron gala de su prudencia, como si estuvieran preocupados ante todo por cubrir las necesidades más urgentes. Pero ¿están actualmente cubiertas las necesidades más urgentes? Cuando pienso en comprar una de estas lujosas casas de nuestro tiempo, me disuado a mí mismo de inmediato, porque, por así decirlo, creo que el país no se ha adaptado aún a la cultura *humana* y nos vemos obligados a cortar nuestro pan *espiritual* en rebanadas aún más finas que las de nuestros antecesores. No defiendo que se deba descuidar todo ornamento arquitectónico, algo que no ha ocurrido ni siquiera en las épocas más duras, pero creo que debemos revestir de belleza nuestras ca-

[64] Cita de *The Documentary History of the State of New York* de Edmund Biley O'Callaghan.

sas, antes que nada, en aquellos lugares que están en contacto con nuestras vidas, al igual que hace el molusco con la suya, y nunca sobrecargarlas. ¡Ay, sin embargo, he estado dentro de más de una de esas casas y sé bien cómo las forran!

Aunque no hayamos degenerado hasta el punto de no poder vivir en una cueva o en una tienda o vestir pieles, es mejor aceptar las ventajas, si bien a veces tan costosas, que la inventiva y la industria de la humanidad nos ofrecen. Puesto que, por ejemplo, en esta zona donde vivo las tablas y las ripias, la cal y los ladrillos son más baratos y más fáciles de conseguir que una buena cueva y troncos y cortezas y arcilla en cantidad suficiente. Hablo con pleno conocimiento porque estoy familiarizado con estas cuestiones tanto en la teoría como en la práctica. Y desde luego, con un poco más de ingenio podríamos usar estos materiales para hacernos más ricos de lo que somos, más ricos que los ricos, y convertir así nuestra civilización en una bendición. El hombre civilizado es un salvaje más sabio y con más experiencia. Pero pasemos sin más dilación a mi propio experimento.

Hacia finales de marzo de 1845 pedí prestada un hacha, me dirigí a los bosques cercanos a la laguna de Walden, a un lugar no lejano a aquel en que pensaba construir mi casa, y comencé a derribar algunos pinos blancos de gran altura y con forma de flecha, demasiado jóvenes para hacer de ellos madera. Es difícil empezar sin pedir prestado, pero quizá ésta es la forma más generosa de permitir que el otro tenga interés en vuestra empresa. El dueño del hacha, en el momento de entregármela, me dijo que era la niña de sus ojos, pero se la devolví más afilada de lo que la recibí. Estuve trabajando en una ladera muy agradable, cubierta de pinos, a través de los cuales veía la laguna, y en un pequeño claro, donde crecían más pinos y algunos nogales americanos. El hielo de la laguna, completamente oscuro y saturado de agua, aún no se había derretido, pero ya había zonas abiertas. Durante aquellos días hubo algunas ventiscas de nieve, pero llegaban casi siempre cuando yo ya estaba de regreso hacia mi casa, llegando a la vía férrea. Los dorados taludes de arena se extendían allí centelleantes, en la atmósfera brumosa, y los raíles brillaban bajo el sol de la primavera y se oía a la alondra, al papamoscas y a otras aves que ya habían venido para comenzar otro año junto a nosotros. Fueron unos maravillosos días de primavera, en los que el invierno de nuestro

descontento se iba deshelando[65], al igual que la tierra y la vida, que se habían mantenido aletargadas, comenzaban a desperezarse. Un día en que mi hacha se había salido del mango, desprendí una cuñita de un nogal americano verde, la metí en el intersticio con ayuda de una piedra, y hundí el hacha por completo en un charco para que se empapara e hinchara la madera, y vi una culebra a rayas que se metía en el agua y se quedaba en el fondo, sin dificultad aparente, durante todo el tiempo que estuve allí, es decir, más de un cuarto de hora; seguramente se debía a que todavía no había salido totalmente de su estado de letargo. Me pareció que los hombres permanecen en su condición actual, baja y primitiva, por razones similares a las de la culebra, pero si sintieran la influencia de la primavera de las primaveras que brota en ellos, necesariamente se elevarían hacia una vida superior y más pura. En alguna mañana helada ya había encontrado culebras en el sendero con partes de su cuerpo insensibles y paralizadas, esperando a que el sol las deshelara. El primero de abril llovió, se derritió el hielo, y a primera hora de aquel día brumoso escuché a un ganso extraviado que andaba a tientas y graznaba como si estuviera perdido, o como si fuera el espíritu de la bruma.

Continué así durante varios días, cortando y tallando la madera que utilizaría para la construcción, así como los parales y los cabrios, todo con mi pequeña hacha, sin desarrollar ningún pensamiento comunicable ni semejante a los de los estudiosos, sino cantando para mí mismo:

Dicen los hombres que saben muchas cosas;
Pero mirad, han tomado alas
Las artes y las ciencias,
Y mil aplicaciones;
El viento que sopla
Es todo cuanto sabemos[66].

Desbasté los fustes mayores de seis pulgadas cuadradas y la mayoría de las vigas solamente en dos costados, y los parales y

[65] Paráfrasis de *Ricardo III* de Shakespeare: «Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano».
[66] Poema de Thoreau.

las maderas para el suelo por un solo lado, dejando el resto de la corteza en las maderas, de forma que estaban perfectamente derechas y más fuertes que si hubieran sido aserradas. Para entonces ya había conseguido que me prestasen varias herramientas, de modo que iba ensamblando a espiga y cuidadosamente cada madero desde su extremo. Mis días en los bosques no eran muy largos; sin embargo, solía llevar algo de comida, generalmente pan y manteca, y leer a mediodía el periódico[67] con que la envolvía, sentado entre las verdes ramas de pino que había desmochado previamente y dejando que el pan se impregnara de su fragancia, pues mis manos estaban cubiertas por una espesa capa de resina. Antes de terminar era ya más amigo que enemigo de los pinos, a pesar de haber derribado unos cuantos, y los conocía mucho mejor. A veces el sonido de mi hacha atraía a algún caminante que anduviese por los bosques, y charlábamos agradablemente sobre las astillas que yo había dejado.

Ya que trabajé sin prisa, mi casa no estuvo ensamblada y lista para ser levantada hasta mediados del mes de abril. Para entonces había comprado ya la choza de James Collins, un irlandés que trabajaba en el ferrocarril de Fitchburg, con la intención de reutilizar su tablazón. La choza de James Collins era considerada de una calidad extraordinaria. Cuando llamé para verla, el dueño no se encontraba en casa. Caminé a su alrededor, sin ser observado en un primer momento, pues la ventana era alta y profunda. Era pequeña, con un tejado puntiagudo y poco más que ver; el lodo levantaba cinco pies de altura en todo su perímetro, como si fuese un montón de abono. El techo era la parte más sólida, a pesar de que era un poco quebradizo y estaba alabeado por el sol. No había ningún umbral, pero bajo la tabla de la puerta existía un paso perenne para las gallinas. La señora C. se asomó a la puerta y me dijo que pasara para ver el interior. Las gallinas entraron cuando me acerqué. Estaba oscuro, con el suelo sucio, húmedo y viscoso, y algún tablón que no podría transportarse. La señora C. encendió una lámpara para enseñarme el techo y las

[67] Thoreau era un ávido lector de periódicos, a pesar de que en la correspondencia con su amigo Harrison Blake le recomendara: «No permita que los periódicos tomen posesión de nuestra vida», o bien: «Recuerde que no tiene por qué comer si no está hambriento. No lea los periódicos». Véase *Cartas a un buscador de sí mismo, op. cit*, p. 31 y p. 42.

paredes, así como la madera del suelo que se extendía bajo la cama, y me advirtió de que no pisara sobre las tablas que daban al sótano, una especie de cavidad oscura de dos pies de profundidad. Según sus propias palabras había «buenas maderas sobre nuestras cabezas, buenas maderas alrededor y una buena ventana», que en origen tuvo dos cristales rectangulares, pero el gato acababa de romper uno para salir. También había una estufa, una cama, un sitio para sentarse, un niño que había nacido allí mismo, un quitasol de seda, un espejo con marco dorado y un molinillo de café aparentemente nuevo, clavado a un pedazo de roble. Eso era todo. Entretanto James había vuelto y el negocio se arregló enseguida. Yo tenía que pagarle cuatro dólares y veinticinco centavos aquella misma noche, él tenía que abandonar su morada a las cinco de la madrugada del día siguiente, sin vender mientras tanto nada a nadie. Y yo tomaría posesión a las seis. Lo mejor, me recomendó, sería que estuviese allí temprano y me anticipase así a ciertas reclamaciones oscuras y sin fundamento, relativas al alquiler del suelo o al pago de la leña. Me aseguró que ésta era la única dificultad. A las seis de la mañana me crucé en el camino con él y su familia. Un gran fardo contenía todas sus cosas, cama, molinillo, espejo, gallinas, todo menos el gato —según me enteré más tarde, éste huyó a los bosques y se convirtió en un gato salvaje, cayó en una trampa para marmotas y pasó a ser un gato muerto—.

Esa misma mañana desarmé el refugio, sacando todos los clavos, y lo llevé cerca de la laguna en carretadas no muy cargadas, extendiendo las maderas sobre el pasto para que el sol las decolorara y corrigiera su alabeo. Un zorzal madrugador me dedicó una o dos notas mientras conducía el carro a través del sendero del bosque. Fui informado traicioneramente por un joven Patrick[68] de que un vecino, Seeley, otro irlandés, aprovechando los intervalos del transporte que yo efectuaba, había llenado sus bolsillos con los clavos que aún estaban suficientemente derechos para ser utilizados, así como con las argollas y los pernos; más tarde, cuando volví, se quedó por allí a pasar el resto del día, contemplando la devastación con despreocupación y pensamientos primaverales, pues, según me dijo, en cualquier caso el trabajo escaseaba. Estaba allí para re-

[68] Nombre por el que normalmente se refería a los irlandeses.

presentar al espectador y para ayudar a equiparar este suceso, en apariencia insignificante, con la expulsión de los dioses de Troya.

Cavé mi sótano en la ladera sur de la colina, donde una marmota había cavado anteriormente su madriguera, entre raíces de zumaque y zarzamora y una ligera capa de vegetación. Tenía seis pies de superficie por siete de profundidad, hasta llegar a una arena más fina donde las patatas no se helarían en invierno. No empedré los laterales, los dejé escalonados; como el sol no había brillado nunca sobre ellos, la arena se mantenía en su lugar. No me llevó más de dos horas de trabajo. Roturar la tierra me produjo un placer muy particular, pues en casi todas las latitudes los hombres cavan hasta obtener una temperatura uniforme. Aun en la ciudad, bajo las casas más espléndidas, se encuentra el sótano donde los hombres guardan las raíces, como siempre se ha hecho y, mucho después de que la estructura desaparezca, la posteridad puede ver su huella en la tierra. La casa sigue siendo una especie de porche a la entrada de una madriguera.

Por fin, a principios de mayo y con ayuda de algunos de mis conocidos, no tanto por necesidad como por establecer una buena vecindad, terminé de armar la estructura de mi casa. Ningún hombre se ha sentido tan honrado como yo gracias a sus maestros de obra. Creo que están destinados a iniciar algún día edificaciones de mayor altura. El 4 de julio[69] empecé a ocupar mi casa, tan pronto como estuvo techada y entablada, porque las tablas fueron cuidadosamente afiladas y ensambladas, de forma que resultaban por completo impermeables a la lluvia. Después, si bien antes de entarimar el suelo, construí la base de una chimenea en un costado, subiendo a pulso desde el lago dos carretadas de piedras. Y tras escardar la huerta construí el resto de la chimenea, en otoño, antes de que fuera necesario un fuego para calentarse; mientras tanto estuve cocinando fuera de casa, en la tierra, por la mañana temprano; y creo que este uso es más conveniente y agradable en algunos aspectos que el habitual. Cuando llovía antes de que mi pan estuviera ya cocido, colocaba unas pocas tablas para cubrir el fuego y me sentaba junto a éste para contemplar mi hogaza, y puedo

[69] No parece azaroso que Thoreau se traslade y abandone por primera vez la casa familiar el mismo Día de la Independencia de los Estados Unidos.

decir que así pasé algunas horas muy agradables. En aquellos días leía muy poco, pues mis manos estaban demasiado ocupadas, pero cualquier recorte de papel que encontrara en el suelo (que a su vez me servía de mantel) me proporcionaba un buen pasatiempo. En realidad, respondían al mismo designio que la *Ilíada*.

Valdría la pena edificar con mayor premeditación de lo que lo hice yo, tomando en consideración, por ejemplo, qué base tienen en la naturaleza del hombre una puerta, una ventana, un sótano, una buhardilla, sin construir nunca una estructura al azar y hasta que no encontremos una razón para hacerlo que exceda nuestras necesidades temporales. Existe la misma adecuación entre un hombre que construye su propia casa y un pájaro que construye su propio nido. ¿Quién sabe si, en el caso de que cada hombre construyera su casa con sus propias manos y obtuviera alimento para él y para su familia de forma lo bastante simple y honesta, no se desarrollaría universalmente la facultad poética, al igual que las aves cantan universalmente mientras se hallan tan ocupadas? Sin embargo, ay, nos comportamos como el tordo y el cuco, que ponen sus huevos en los nidos construidos por otras aves y que no alegran a ningún viajero con sus notas rechinantes y desafinadas. ¿Cederemos siempre al carpintero el placer de la construcción? ¿Cuánto vale la experiencia de la arquitectura para la gran masa de los hombres? Nunca, en ninguna de mis caminatas, me crucé con un hombre que estuviera ocupado en una tarea tan simple y natural como la construcción de su casa. Pertenecemos a la comunidad. No sólo el sastre es la novena parte de un hombre[70]: otro tanto es el predicador, el comerciante y el granjero. ¿Dónde termina esta división del trabajo y para qué sirve finalmente? No dudo de que otro *pudiera* pensar por mí, pero no es deseable que lo haga hasta el punto de evitar que yo piense por mí mismo.

Es verdad que en este país existen los llamados arquitectos, y he escuchado al menos a uno de ellos poseído por la idea de que los ornamentos arquitectónicos deben ostentar un contenido de verdad, un aspecto necesario y, por lo tanto, una belleza intrínseca,

[70] Viejo proverbio inglés: «Nueve sastres hacen un hombre».

como si al hablar sobre esto estuviera exponiendo una revelación[71]. Desde su punto de vista, todo esto parece muy sensato, aunque quizá sólo sea un poco mejor que el diletantismo común. Como reformador sentimental de la arquitectura, empezó por la cornisa y no por los cimientos. Al fin y al cabo, todo consiste para él en poner una parte de verdad dentro de un ornamento, de forma que cada ciruela dulce pueda tener dentro una semilla de almendra o alcaravea —aunque a mí me parece que las almendras son más saludables sin el azúcar—, y no en cómo el habitante, el que vive dentro de esa casa, puede construir verdaderamente por dentro y por fuera y dejar los ornamentos a su aire. ¿Qué hombre sensato pensaría que los ornamentos son algo meramente externo, propio de la piel, y concluiría que la tortuga obtuvo su caparazón moteado, o el marisco sus tintes de madreperla, por medio de un contrato como el que otorgó a los habitantes de Broadway la iglesia de la Trinidad? Sin embargo, es cierto que un hombre no tiene más que ver con el estilo arquitectónico de su casa que una tortuga con el de su caparazón, como al soldado no le hace falta pintar el *color* exacto de su virtud en su estandarte[72]. El enemigo lo descubrirá, pues podría palidecer cuando llegue la hora. A mi juicio, este hombre se asoma desde la cornisa y susurra tímidamente su media verdad a los rudos ocupantes de la casa, que, sin duda, la conocen mejor que él. Sé que la belleza arquitectónica que puedo ver crece gradualmente desde dentro hacia fuera, de acuerdo con las necesidades y el carácter de los habitantes, los únicos constructores de la casa, gracias a una cierta veracidad inconsciente y a una nobleza, ambas exentas de toda preocupación por las apariencias, y cualquier belleza adicional será precedida por esta belleza inconsciente de la vida. Como bien sabe el pintor, por lo general las casas más interesantes en este país son las más sencillas, los modestos hogares rústicos y las chozas de los pobres; lo que los hace *pintorescos*

[71] Probablemente Thoreau se refiere a Horatio Greenough (1805 – 1852), escultor, teórico del arte y de la arquitectura y uno de los antecedentes del pensamiento formalista. Greenough criticó en repetidas ocasiones la arquitectura contemporánea norteamericana por su imitación de los estilos históricos europeos y argumentó que las soluciones formales debían ser inherentes a las funciones del edificio. Curiosamente, Greenough estuvo muy influenciado por el pensamiento trascendentalista de Ralph Waldo Emerson, maestro, en cierto sentido, de Thoreau.

[72] En los estandartes medievales cada color representaba una virtud.

es la vida de los habitantes, de quienes son sus caparazones, y no las peculiaridades en sus exteriores, e igualmente interesante será el apartamento de un habitante de los suburbios de cualquier ciudad si su vida es tan simple y agradable para la imaginación y del estilo de su morada desaparece todo deseo efectista. La mayoría de los ornamentos arquitectónicos está literalmente hueca, y una galerna de septiembre los arrancaría como si fueran plumas prestadas, sin perjudicar la parte esencial del edificio. Quienes no tienen en el sótano ni olivas ni vinos pueden arreglarse sin la *arquitectura*. ¿Qué ocurriría si se hiciera lo mismo con los ornamentos en la literatura, y los constructores de nuestras biblias dedicaran tanto tiempo a las cornisas como les dedican los arquitectos de nuestras iglesias? Así se alzan las *belles lettres* y las *beaux arts* y sus profesores. ¿Acaso a un hombre le concierne verdaderamente la forma en que unos pocos palos se colocan por encima y por debajo de él, y de qué colores está pintada su casa? Eso tendría sentido si fuese *él* quien los colocara y se ocupara de la pintura; pero una vez que el espíritu ha abandonado al morador, es como si construyera su propio ataúd: la arquitectura del sepulcro —y «carpintero» no es entonces más que otro nombre para el «constructor de ataúdes»—. En su indiferencia o desesperación por la vida, un hombre dice: «Tomad un puñado de la tierra que se encuentra a vuestros pies y pintad vuestra casa de ese color». ¿Acaso está pensando en su última y estrecha casa? Mejor tirad al aire un penique y que éste decida. ¡Cuántas horas muertas pasará este hombre sin nada que hacer! ¿Por qué habríamos de tomar un puñado de suciedad? Es preferible que pintéis vuestra casa del color de vuestra tez, que empalidezca y se sonroje por vosotros. ¡Qué empresa, mejorar el estilo de la arquitectura rural! Cuando tengáis listos mis ornamentos, entonces me los pondré.

Antes de la llegada del invierno terminé la chimenea y recubrí los costados de mi casa, que ya para entonces eran impermeables a la lluvia, con tablas imperfectas y llenas de savia, hechas con la primera rebanada del tronco y cuyos bordes tuve que alisar con un cepillo.

Poseo así una casa firmemente revestida y revocada, de diez pies de ancho por quince de largo, con postes de ocho pies, una buhardilla, un armario, una gran ventana en cada lado, dos ventanucos, una puerta en un extremo y una chimenea de ladrillos en el opuesto. El costo exacto de mi casa, pagando un precio corriente por los materiales, pero sin contar el trabajo que yo mismo realicé, fue el

que sigue, y lo detallo porque son pocos los que pueden decir con exactitud lo que cuestan sus casas, y menos todavía los que pueden decir, si es que hay alguien que lo sepa, cuál es el coste por separado de los materiales que las conforman:

Tablas (*la mayoría toscas*)	8,03 ½ $
Tablillas de desecho para el tejado y los costados	4,00
Listones	1,25
Dos ventanas con cristales de segunda mano	2,43
Mil ladrillos viejos	4,00
Dos barriles de cal (*era cara*)	2,40
Cerdas (*más de lo que necesitaba*)	0,31
Manto de fundición	0,15
Clavos	3,90
Bisagras y tornillos	0,14
Picaporte	0,10
Tiza	0,01
Transporte (*cargué buena parte en mis espaldas*)	1,40
En total	28,12 ½ $

Éstos fueron todos los materiales, salvo la madera, las piedras y la arena, que reclamé por derecho de ocupación[73]. También poseo un pequeño cobertizo de madera adjunto, construido casi por completo con los materiales sobrantes de la construcción de mi casa.

Tengo la intención de construir una casa que sobrepasará a todas las de la calle principal de Concord, tanto en tamaño como en distinción, lo haré en cuanto me plazca y no me costará más que ésta.

Descubrí así que el estudiante que quiere un refugio puede obtenerlo, y para toda su vida, a un precio equiparable a un año de alquiler. Si parece que me enorgullezco más de lo debido, mi

[73] En gran medida, los asentamientos en la frontera americana se realizaron mediante ocupaciones de tierras ajenas a todo título de propiedad. Ya en la época a estos hombres se los llamaba *squatters*, término que hoy sigue utilizándose y se suele traducir por «ocupante ilegal» u «okupa». Aunque Thoreau utiliza repetidas veces la palabra *squatter* para referirse a sí mismo, lo cierto es que tenía el permiso para vivir en esa tierra, que pertenecía a su amigo el filósofo Emerson.

excusa consiste en que alardeo más de humanidad que de mí mismo, y mis carencias y contradicciones no afectan a la verdad de mi afirmación. A pesar de tanta gazmoñería e hipocresía —paja que es difícil de separar del trigo, cosa que lamento como cualquiera—, respiraré libre y hondamente, porque supone un desahogo tanto para el sistema físico como para el moral, y no pienso convertirme en abogado del diablo a fuerza de humildad. Intentaré hablar bien y hacerlo en favor de la verdad. En el Cambridge College[74], tan sólo el dormitorio de un estudiante (un poco mayor que el mío) cuesta treinta dólares anuales, a pesar de que la institución aprovechó para construir treinta y dos, uno al lado del otro y bajo el mismo techo, de modo que el ocupante sufre los inconvenientes de sus muchos y ruidosos vecinos, o incluso de quedar alojado en el cuarto piso. No puedo sino pensar que, si fuéramos más sabios en relación a estos asuntos, no solamente necesitaríamos menos educación, pues en ese caso ésta habría sido ya adquirida, sino que nos ahorraríamos una buena parte de los gastos pecuniarios destinados a obtenerla. Estas comodidades que el estudiante requiere en Cambridge o en otros lugares le cuestan, a él o a otro, un sacrificio en términos de vida diez veces mayor de lo que sería necesario si hubiera una óptima administración por ambas partes. Las cosas que más dinero cuestan no son las cosas que más necesita el estudiante. La matrícula, por ejemplo, es un gasto muy importante en la cuenta del trimestre, mientras que la educación, mucho más valiosa, que obtiene asociándose a sus coetáneos más cultivados, es gratuita. El método para fundar una universidad consiste, por lo general, en recaudar los dólares y centavos de las subscripciones y, después, siguiendo ciegamente y hasta el límite el principio de la división del trabajo —un principio que nunca debería seguirse sin circunspección—, se llega a un acuerdo con un contratista que convierte el proyecto en un objeto de especulación y emplea a ir-

[74] El nombre oficial de la institución es Harvard College, en Cambridge, Massachusetts, y corresponde a la actual Universidad de Harvard. Thoreau ingresó con dieciséis años y su educación allí se pagó con dificultad gracias a los pequeños beneficios de la fábrica de lápices de su padre y las contribuciones de sus hermanos mayores, que trabajaban como profesores. En la universidad, Thoreau estudió Gramática Latina, Griega e Inglesa, así como otras cuatro lenguas modernas, además de Matemáticas, Historia y Filosofía. También hizo un gran uso de la biblioteca antes de graduarse en 1837.

landeses u otros trabajadores para erigir los pabellones, mientras que los futuros estudiantes deberán adecuarse al resultado y las sucesivas generaciones pagarán los descuidos. Creo que sería *mejor* que los estudiantes, y todos aquellos que quieran beneficiarse de algo así, construyeran ellos mismos el recinto. El estudiante que protege su deseada ociosidad y su retiro, evitando sistemáticamente toda clase de trabajo necesario para el hombre, no obtiene más que un ocio innoble e inútil, defraudándose a sí mismo en la única experiencia que puede convertir su tiempo libre en algo productivo. «Pero —dice uno— ¿no querrá usted decir que los estudiantes deberían trabajar con sus manos en lugar de hacerlo con su cabeza?». No digo exactamente eso, pero sí algo que podríamos pensar que es parecido: lo que quiero decir es que los estudiantes no deberían *jugar* a la vida, o simplemente *estudiarla*, mientras la comunidad los sostiene durante el tiempo que dura ese costoso juego, sino que deberían *vivirla* intensamente de principio a fin. ¿Cómo podrían aprender mejor a vivir estos jóvenes si no es realizando el experimento de la vida? Creo que esto ejercitaría sus mentes tanto como las matemáticas. Si yo quisiera que un muchacho aprendiera algo sobre arte y ciencia, por ejemplo, no seguiría el procedimiento habitual, que consiste en colocarlo junto a un profesor, donde todo, menos el arte de vivir, se profesa y practica, para que estudie el mundo a través de un telescopio o un microscopio, y nunca con sus propios ojos; para que estudie química y no aprenda cómo está hecho su pan; o mecánica, y desconozca el mecanismo de la vida; o para que descubra nuevos satélites en torno a Neptuno, y no detecte la mota que se le ha metido en el ojo[75], ni tan siquiera sepa de qué planeta vagabundo es él mismo un satélite, y termine por ser devorado por los monstruos que se agitan a su alrededor, mientras contempla otros monstruos en una gota de vinagre. ¿Quién habría avanzado más al final del mes: el muchacho que fabricó su propia navaja con el mineral que él mismo extrajo y fundió, leyendo lo necesario para poder realizar su trabajo, o el muchacho que acudió a las clases de Metalurgia en el instituto y recibió de su padre una navaja Rogers[76]? ¿Quién sería el primero en cortarse

[75] Alusión a Mateo 7, 3: « ¿Y por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en tu ojo?».

[76] Empresa fundada en 1682 y símbolo de extraordinaria calidad.

un dedo? ¡Qué sorpresa averiguar, tras licenciarme, que había estudiado navegación[77]! ¿No habría aprendido algo más si me hubiera dado una vuelta por el puerto? Se enseña economía *política* hasta al más *pobre* de los estudiantes, mientras que, por el contrario, la economía de la vida, que es un sinónimo de la palabra filosofía, ni siquiera se profesa sinceramente en nuestras universidades. El resultado es que mientras el estudiante lee a Adam Smith, a Ricardo y a Say[78], las deudas de su padre crecen de forma irreparable.

Y lo mismo ocurre con nuestras universidades que con un centenar de «adelantos modernos»: generan siempre una ilusión, pero no siempre una mejora positiva. El diablo exige hasta el final un interés compuesto por su inversión inicial y por sus numerosas aportaciones sucesivas. Nuestros inventos suelen ser bonitos juguetes que nos distraen de cosas más serias. No son sino medios mejores para llegar a un fin no mejorado, un fin que, de hecho, no era difícil alcanzar, como el ferrocarril que lleva a Boston o a Nueva York. Parece urgente el trazado de un telégrafo magnético[79] desde Maine hasta Texas, pero puede ocurrir que Maine y Texas no tengan nada importante que comunicarse. Todos, de un modo u otro, vivimos el mismo apuro que aquel hombre, ansioso por ser presentado a una distinguida señora, que resultó ser sorda, y cuando se la presentaron y alguien colocó en sus manos una trompetilla, no encontró nada que decirle. Como si lo importante fuera hablar con rapidez y no con sensatez. Estamos deseando construir un túnel bajo el Atlántico, para estar unas semanas más cerca del Viejo Mundo[80], pero es posible que la primera noticia que se transmita y sacuda el amplio, aleteante oído americano sea que la princesa Adelaida ha contraído la tos ferina. Después de todo, no es el hombre cuyo caballo corre una milla por minuto el que nos trae el mensaje más importante; no es un evangelizador, ni se alimenta

[77] Thoreau se refiere a navegación astronómica, incluida en la asignatura de Matemáticas impartida en Harvard durante la década de 1830.

[78] Adam Smith, David Ricardo y Jean Baptiste Say son tres de los principales exponentes de la Escuela Clásica de economistas.

[79] Inventado por Samuel Morse en 1835 y disponible en Concord desde 1851.

[80] El primer cable submarino que unió ambos continentes se tendió en 1858.

de langostas y miel silvestre[81]. Dudo de que Flying Childers[82] llevara nunca un celemín de grano al molino.

Un amigo me dice: «Me extraña que no tengas ahorros; ya que te gusta viajar, podrías coger el tren e ir hoy mismo a Fitchburg y ver la región». Pero soy más inteligente que todo eso. He aprendido que el viajero más veloz es aquel que va a pie. Le contesto a mi amigo: «Supongamos que queremos saber quién llega primero hasta allí. La distancia es de treinta millas y el pasaje cuesta noventa centavos. Eso equivale aproximadamente al salario de un día de trabajo. Me acuerdo de la época en que los salarios eran de sesenta centavos al día para los trabajadores de este mismo ferrocarril. Bueno, decido hacer el camino a pie y llego antes de la noche; es lo que suelo andar durante la semana. Mientras tanto, tú te habrás gastado el dinero que vale el pasaje y llegarás allá mañana, quizá esta noche si tienes la suerte de conseguir un trabajo a tiempo. Habrás trabajado la mayor parte del día, en lugar de ir a Fitchburg. Por lo tanto, creo que si el tren llegara a dar la vuelta al mundo, yo iría siempre por delante de ti; y para ver el país y adquirir ese tipo de experiencia, me vería obligado a dejar de tratar contigo».

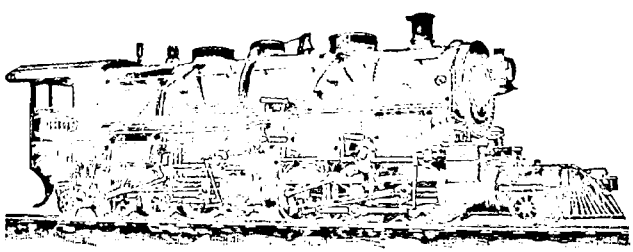
Nadie puede estar por encima de esta ley universal, y en lo que refiere al ferrocarril, podemos decir que es tan ancho como largo[83]. Construir un ferrocarril alrededor del mundo, asequible para toda la humanidad, supone nivelar toda la superficie del planeta. Los hombres tienen la equívoca idea de que, si disponen de palas y de capital durante el tiempo necesario, todos podrán, finalmente, viajar a algún sitio, sin emplear apenas tiempo ni dinero, pero aunque la multitud corra hacia la estación y el conductor grite: «¡Viajeros al tren!», cuando el humo se disipe y el vapor se condense, podrá verse con claridad que unos pocos están viajando y el resto ha sido atropellado, y se hablará de «un melancólico accidente»[84]. Sin duda, al final podrán viajar todos aquellos que hayan conseguido comprar su pasaje, es decir, si han sobrevivido, pero es probable que, para entonces, hayan perdido la vitalidad y su deseo de viajar. La idea de dedicar la mejor parte de la vida a trabajar

[81] La comida de Juan el Bautista en el desierto.

[82] Famoso caballo de carreras inglés, que nunca fue batido.

[83] «It is as broad as it is long». Proverbio popular que se remonta al s. XVII.

[84] Terminología habitual de los periódicos de la época.



«La ciudad y el campo están tan en calma —pues no se oye el traqueteo de los vagones, ni el tintinear de los cascabeles, y cada paso parece dado con pies de lana— que desde el paso elevado de la vía férrea oigo con claridad el silbato de la locomotora en su ruta a Lowell».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 31 de diciembre de 1853

y ganar dinero, y disfrutar sólo más tarde de una dudosa libertad durante la peor parte de la misma, me recuerda a la historia de aquel inglés que se fue a la India a hacer una fortuna para volver después a Inglaterra y llevar una vida de poeta. Debería haberse subido directamente a la buhardilla. «¡Cómo!», exclaman un millón de irlandeses asomando desde todas las chozas de la tierra, «¿acaso no es algo bueno este ferrocarril que hemos construido?». «Sí», contesto, «*relativamente* bueno, porque podríais haberlo hecho peor; pero ya que sois mis hermanos, preferiría que hubierais dedicado vuestro tiempo a algo mejor que cavar en este lodazal».

Antes de terminar mi casa, y deseando ganar diez o doce dólares por algún medio honesto y agradable para poder hacer frente a mis desacostumbrados gastos, sembré judías en unos dos acres y medio de tierra suelta y arenosa, así como una pequeña parte con patatas, maíz, guisantes y nabos. La parcela completa tiene once acres; en su mayor parte crecen pinos y nogales americanos, y fue vendida la pasada estación por ocho dólares y ocho centavos el acre. Un granjero dijo que «no servía ni para criar en ella ardillas chillonas». No utilicé en este terreno estiércol de ningún tipo, ya que no era el dueño, sino solamente un ocupante ilegal[85], y como no esperaba volver a cultivar, tampoco la aré por completo. Mientras araba, encontré varios tocones que me proporcionaron combustible para el fuego por un tiempo, y dejaron pequeños círculos de mantillo virgen, fácilmente distinguible durante el verano por el mayor crecimiento de las judías dentro de los mismos.

La madera seca e invendible que se hallaba detrás de mi casa, y la que arrastró la laguna, me proporcionaron el resto de combustible. Tuve que alquilar una yunta y contratar a un hombre para arar, aunque yo mismo manejé el arado. Los gastos de mi granja durante la primera temporada, en herramientas, semillas, trabajo, etc., fueron de 14,72 ½ dólares. La semilla de maíz me la regalaron. Salvo que se siembre más de lo necesario, este tipo de costes

[85] Escatológico juego de palabras: Thoreau vuelve a referirse a sí mismo como *squatter* (véase nota 74), pero *squat* significa tanto «ocupar ilegalmente una tierra» como «acuclillarse para defecar». Si es cierto, como dice Thoreau, que no utilizó estiércol «de ningún tipo», tal vez contara con una letrina, aunque los registros arqueológicos de Roland Robbins realizados en 1945 no dieron con ella.

es siempre muy bajo. Obtuve doce medidas de habichuelas y dieciocho de patatas, además de los guisantes y algo de maíz dulce. El maíz amarillo y los nabos fueron demasiado tardíos para que produjeran algo. El beneficio de mi granja fue:

	23,44
Deduciendo los gastos	14,72 ½
Quedan	8,71 ½ $

Esto además del producto consumido y el disponible durante el tiempo en que este cálculo fue hecho, con valor de 4,50 $, y sin olvidar que la cantidad disponible compensaba sobradamente el escaso pasto donde no llegué a cultivar. Bien pensado, es decir, teniendo en cuenta la importancia del alma del hombre y del presente, a pesar de la corta duración de mi experimento, en parte a causa de su carácter transitorio, creo que aquel año lo hice mejor que cualquier granjero de Concord.

Al año siguiente lo hice todavía mejor, porque removí toda la tierra que necesitaba, alrededor de un tercio de acre, y aprendí de la experiencia de ambos años, sin sentirme intimidado en lo más mínimo por tantas célebres obras acerca de la agricultura, entre ellas la de Arthur Young[86], según el cual, si viviéramos de forma sencilla, y comiéramos lo que cultivamos, y no cultiváramos más de lo que comemos, y no cambiáramos nada de todo esto por una cantidad ridícula de cosas más lujosas y caras, no necesitaríamos cultivar más que unas cuantas varas de tierra, y entonces resultaría más barato removerla que usar bueyes para ararla, y cada tanto se podría elegir un nuevo lugar en vez de abonar el viejo, y todo el trabajo que demanda una granja se podría hacer, por así decirlo, con la mano izquierda y en horas perdidas a lo largo del verano, y no estaríamos atados, como suele ocurrir, a un buey, un caballo, una vaca o un cerdo. Deseo hablar imparcialmente sobre este asunto y como quien no está interesado en el éxito o el fracaso del presente orden económico y social. Yo era más independiente que cualquier granjero de Concord, ya que no estaba anclado

[86] Arthur Young (1741 – 1820), granjero y famoso agrónomo británico, autor de numerosos libros como *A Tour in Ireland, 1776-1779* o *Travels during the Years 1787, 1788, and 1789*.

a casa o granja alguna, sino que en todo momento podía seguir las inclinaciones de mi genio[87], ciertamente sinuoso. Y además de estar de hecho en mejor situación que ellos, si mi casa se incendiara o mis cosechas fracasaran, me encontraría tan bien como antes.

Suelo pensar que los hombres no son tanto cuidadores de rebaños como los rebaños cuidadores de los hombres, pues aquéllos son mucho más libres. Los hombres y los bueyes intercambian sus trabajos, pero si consideramos tan sólo el trabajo necesario, se verá que los bueyes llevan ventaja, ya que su granja es mucho más grande. El hombre realiza parte de ese trabajo de intercambio en las seis semanas de recolección del heno, y que nadie piense que esto es coser y cantar. Por cierto: ninguna nación basada en la sencillez en todos los aspectos —es decir, una nación de filósofos— cometería un error tan grande como el de hacer uso del trabajo de los animales. Es verdad que nunca ha existido, y es poco probable que exista alguna vez, una nación de filósofos, ni estoy seguro de que fuera deseable que la hubiera. De todas formas, *yo* no habría domado nunca un caballo o un buey, ni lo habría cuidado a cambio de que trabajara para *mí*, por temor a convertirme en un hombre-caballo o en un hombre-rebaño, y si es la sociedad la que parece ganar algo con todo esto, ¿tenemos alguna seguridad de que la ganancia de un hombre no constituye la pérdida de otro, y de que el muchacho que cuida los caballos tiene las mismas razones para estar satisfecho que su dueño?

Doy por hecho que algunas obras públicas no se habrían construido sin esta ayuda, y concedo que el hombre comparta la gloria con el caballo y el buey, pero ¿significa esto que de otro modo no hubiera podido realizar obras más dignas aún? Cuando los hombres empiezan a realizar con su ayuda un trabajo, ya no de carácter artístico y no necesario, sino de hecho lujoso y vano, es inevitable que unos pocos intercambien con los bueyes su labor o que, en otras palabras, se conviertan en esclavos de los más fuertes. De esta forma, el hombre trabaja por el animal que lleva dentro y, como un símbolo, también para el animal que está fuera. A pesar de que tenemos muchas y sólidas casas de ladrillos o piedra, todavía hoy

[87] Para Thoreau la noción de «genio» queda vinculada a la de «razón», pero entendida como aquello capaz de intuir más allá de toda prueba o demostración.

la prosperidad de una granja se mide por el tamaño de la sombra que el granero proyecta sobre la casa. Se dice que esta ciudad posee las mayores cuadras para bueyes, vacas y caballos en muchos kilómetros a la redonda, y sus edificios públicos no se quedan atrás, pero existen muy pocos lugares para la libertad de culto o la libre expresión en este condado. Las naciones no deberían ser recordadas por su arquitectura, sino por su capacidad para el pensamiento abstracto. ¡Cuánto más digno de ser admirado es el Bhagvat-Geeta[88] que todas las ruinas del Oriente! Las torres y los templos son el lujo de los príncipes. Una mente sencilla e independiente no se somete ante ningún príncipe. El genio no es propiedad del emperador ni está hecho de plata, oro o mármol, salvo en una parte insignificante. Decidme, por favor, ¿para qué se pica en realidad tanta piedra? Cuando estuve en Arcadia no vi piedra picada, pero las naciones tienen la insana ambición de perpetuar su memoria a base de piedra picada. ¿Qué pasaría si se tomaran el mismo interés en suavizar y pulir sus modales? Un artículo escrito con inteligencia es más memorable que un monumento que llegue hasta la luna. Prefiero ver las piedras en su sitio. La grandeza de Tebas fue una grandeza vulgar. Es más sensato un cerco de piedra que limita el terreno de un hombre honesto que una Tebas con cien portales y ajena al verdadero sentido de la existencia. La religión y la civilización bárbaras y paganas construyen templos espléndidos, no así lo que podríamos llamar cristianismo. La mayor parte de la piedra que pica una nación se dedica a su tumba. Se entierra a sí misma en vida. En cuanto a las pirámides, no hay en ellas nada que deba asombrarnos tanto como el hecho de que se pudiera humillar a tantos hombres hasta el punto de que dedicaran sus vidas a construir la tumba de un bobo ambicioso, a quien habría sido más inteligente y viril ahogar en el Nilo, para luego ofrecer su cuerpo a los perros. Es posible que pudiese inventarme alguna excusa para unos y otros, pero no tengo tiempo. En lo referente a la religión y al amor al arte de los constructores, es igual en todo el mundo, lo mismo si el edificio es un templo egipcio o el Banco de los Estados Unidos. Cuesta más de lo que

[88] Normalmente transcrito como Bhagavat Gita, es uno de los poemas del Mahabharata y uno de los textos clásicos de la tradición del hinduismo.

vale. El principal motivo es la vanidad, ayudada por el amor al ajo, el pan y la mantequilla. El señor Balcom, un joven y prometedor arquitecto, hace un dibujo en el reverso de su Vitrubio[89] con una regla y un lápiz de mina dura, y la faena se entrega a Dobson e Hijos, picapedreros. Mientras esos treinta siglos comienzan a bajar la vista hasta allí, la humanidad comienza a alzar la mirada. En cuanto a vuestras altas torres y monumentos, hubo una vez un loco en esta ciudad que se propuso cavar hasta llegar a China[90] y, según dijo, llegó tan lejos que consiguió oír el ruido de las ollas y las teteras chinas, pero creo que no me desviaré de mi camino para admirar el agujero que hizo. A muchos les interesa saber quién construyó los monumentos de Oriente y Occidente. Yo, por mi parte, preferiría saber quiénes, viviendo en aquel tiempo, no los construyeron, pues estos últimos se hallaban por encima de dichas frivolidades. Pero sigamos con mis datos estadísticos.

Como agrimensor, carpintero y por labores diversas[91] —porque tengo tantos oficios como dedos—, gané mientras tanto 13,34 $. El gasto en comida durante ocho meses —exactamente desde el 4 de julio hasta el 1 de marzo, en que se hicieron estos cálculos (aunque viví allí más de dos años)—, sin contar las patatas, un poco de maíz verde y algunos guisantes que cultivé, ni tampoco el valor de lo que quedaba como existencias en la última fecha, fue:

Arroz	1,73 ½ $
Melaza (*la forma más barata de la sacarina*)	1,73
Harina de centeno	1,04 ¾
Harina de maíz	0,99 ¾
Cerdo (*más barato que el centeno*)	0,22
Experimentos que fracasaron:	
Harina de trigo (*cuesta más que la harina de maíz, tanto en dinero como en molestias*)	0,88
Azúcar	0,80

[89] Marco Vitruvio Pollio, arquitecto romano que vivió en el primer siglo de nuestra era y escribió el famoso *De Architectura*.

[90] Efectivamente, en los bosques de Estabrook, cerca de Concord, hay una excavación que se conoce como «El agujero hacia China». Thoreau cuenta en su diario que un tal Farmer pasó tres años cavando allí por las noches para llegar al otro lado del mundo.

[91] Thoreau realizó, por ejemplo, muchos trabajos de carpintería y otras «chapuzas» pagadas en casa de su amigo el filósofo Emerson.

Manteca de cerdo	0,65
Manzanas	0,25
Manzanas secas	0,22
Batatas	0,10
Una calabaza	0,06
Una sandía	0,02
Sal	0,03

Sí, comí por un valor total de 8,74 $, pero no publicaría mi falta tan desvergonzadamente si no supiera que la mayoría de mis lectores es tan culpable como yo, y que sus cuentas no parecerían mejores que las mías una vez puestas en letras de molde. Al año siguiente, alguna vez pude hacerme un plato de pescado para comer, y en una ocasión llegué a matar una marmota que saqueaba mi campo de judías —efectué su transmigración, como diría un tártaro—, y la devoré, en parte también como experimento; pero, aunque me produjo un placer momentáneo, incluso a pesar de su sabor almizclado, me di cuenta de que a la larga no sería una buena costumbre, más allá de lo que pudiera pensarse de quien fuera a comprarle a su carnicero una marmota ya aderezada.

Aunque es poco lo que puede deducirse de este dato, diré que en gastos varios y ropa, que necesité durante el mismo tiempo, gasté:

	8,40 ¾
En aceite y utensilios de la casa	2,00

De modo que todos los gastos, salvo el lavado y el zurcido, que fueron realizados fuera de casa, en su mayor parte, y todavía no se han recibido las facturas —y éstos son todos y aun más de los caminos por los cuales se gasta el dinero en esta parte del mundo— fueron:

Casa	28,12 ½ $
Granja, un año	14,72 ½
Comida, ocho meses	8,74
Ropa, etc., ocho meses	8,40 ¾
Aceite, etc., ocho meses	2,00
En total	61,99 ¾ $

Me dirijo ahora a aquellos de mis lectores que tienen que buscar un modo para ganarse la vida. Para ello obtuve de mis cosechas:

	23,44 $
Y gané trabajando	13,34
En total	36,78 $

que, sustraído a la suma de los gastos, deja por una parte un saldo de 25,21 ¾ $ —aproximadamente los medios con los que comencé y la cantidad de gastos que había que hacer—, y por otra, además de la comodidad, independencia y salud así aseguradas, una casa confortable para mí durante el tiempo que quisiera ocuparla.

Aunque estos datos estadísticos parezcan accidentales y poco instructivos, tienen cierto valor porque son completos. No he dejado de anotar debidamente nada que haya recibido. Y de ello se desprende que mi comida costó alrededor de veintisiete centavos a la semana. A lo largo de esos dos años ésta fue: harina de centeno y de maíz sin levadura, patatas, arroz, un poco de carne de cerdo salada, melaza y sal; y para beber, agua. Me convenía vivir principalmente a base de arroz, ya que soy un amante de la filosofía hindú. Para enfrentar las objeciones de algunos inveterados cavilosos, puedo afirmar que si algunas veces comí fuera[92] —como lo había hecho siempre, y espero tener oportunidad de volverlo a hacer—, frecuentemente era en detrimento de mis arreglos domésticos. Pero como ya he dicho que comer fuera es un elemento constante, no afecta en lo más mínimo a esta afirmación comparativa.

De esta experiencia de dos años he podido deducir que, incluso en estas latitudes, conseguir el alimento necesario cuesta increíblemente poco trabajo; que un hombre puede desarrollar una dieta tan simple como la de los animales, conservando, sin embargo, tanta salud como fuerza. Hice incluso una comida satisfactoria

[92] Efectivamente, Thoreau acudía ocasionalmente a comer a casa de su familia o a cenar a casa de los Emerson. Ni era el eremita que a veces se ha pensado, ni el hipócrita que quiso hacernos ver el poeta William Ellery Channing, que concluía que Thoreau iba a hacer vivac a Walden pero seguía viviendo en casa.

—satisfactoria en diversos sentidos— con un simple plato de verdolaga (*Portulaca oleracea*) que recogí en mi maizal, cocí y salé. Doy el latín por la sabrosa derivación del nombre común[93], y decidme, ¿qué más puede desear un hombre sensato, en tiempos de paz y llegado el mediodía, que unas cuantas panochas de maíz dulce verde hervidas con sal? Incluso las pequeñas variedades que introducía respondían más a las demandas del apetito que a las de la salud. Sin embargo, los hombres han llegado a pasar hambre, no por carecer de lo necesario, sino por falta de lujos, y conozco a una buena mujer que cree que su hijo murió porque sólo bebía agua.

El lector podrá apreciar que estoy tratando el tema desde un punto de vista más económico que dietético, y no se aventurará a poner a prueba mi frugalidad, salvo que cuente con una despensa muy bien provista.

Al principio hice el pan con harina de maíz pura y sal, genuinos panes de pala que cocí delante del fuego, al aire libre, sobre una piedra o en el extremo de un palo de madera aserrada, mientras construía mi casa, pero solía resultar ahumado y con un sabor pinoso. También probé la harina de trigo, pero al final hallé una mezcla de harina de centeno y maíz que resultaba muy agradable y apropiada. Cuando hace frío, es un buen entretenimiento cocer varios de estos panes, vigilándolos y dándoles la vuelta cuidadosamente, al igual que haría un egipcio con los huevos de su corral. Fueron un auténtico fruto cereal que yo hacía madurar, y me brindaban una fragancia como la de las otras frutas nobles, que trataba de conservar el mayor tiempo posible envolviéndolos en tela. Hice un estudio del antiguo e indispensable arte de hacer pan, consultando a las autoridades en la materia que estaban a mi alcance, retrocediendo hasta los días primitivos y la invención del ácimo, cuando el hombre llegó a esta dieta suave y refinada desde la rudeza de los frutos secos y la carne, viajando hacia atrás gradualmente en mis estudios a través de aquel agriamiento casual de la masa, la que se supone que nos enseñó el proceso de la fermentación, y desde

[93] El vocablo inglés para «verdolaga» es *purslane*, cuya etimología se remonta al s. XIV y a la voz *purcelane*, que deriva a su vez del francés antiguo *porcelaine*, del latín tardío *porcillago*, del latín *porcillaca*, que es variante de *portulaca*. Así, *Portulaca oleracea*, del latín, donde *portula* sería «puertecita» (por el opérculo a modo de tapadera que presenta el fruto) y *oleraceus* sería «del huerto».

entonces a través de varias fermentaciones hasta llegar a obtener «un pan bueno, dulce y saludable», sostén de la vida. La levadura, que algunos consideran el alma del pan, el *spiritus* que llena su tejido celular, religiosamente conservado como el fuego de Vesta —preciado contenido de una botella que, imagino, llegó a bordo del *Mayflower*[94], que abrió el negocio para América, y cuyo influjo sigue creciendo y esparciéndose en oleadas cereales sobre la tierra—, solía procurármela en la aldea, con regularidad y cuidado, hasta que, al final, una mañana me despisté y se me quemó. Gracias a este accidente descubrí que ni siquiera la levadura era indispensable —mis descubrimientos suelen tener un carácter más analítico que sintético—, y desde entonces he prescindido de ella alegremente, aunque muchas amas de casa me aseguraron muy serias que no puede haber un pan sano y completo sin levadura, y las personas mayores profetizaron una rápida decadencia de mis fuerzas vitales. Sin embargo, sigue sin parecerme un ingrediente esencial, y después de caminar sin ella durante un año aún estoy en el mundo de los vivos, feliz, además de escapar a la trivialidad de llevar una botella llena de levadura en mi bolsillo, que más de una vez se abría y, para mi desgracia, derramaba su contenido. Es más sencillo y respetable prescindir de ella. El hombre es un animal que puede adaptarse más que ningún otro a todos los climas y circunstancias. Tampoco añadí sal a mi pan, ni soda, ni otros ácidos, ni álcali alguno. Se diría que lo elaboré de acuerdo a la receta que Marco Porcio Catón dejó escrita dos siglos antes de Cristo, y que trato de traducir:

Panem depsticium sic facito.
Manus mortariumque bene lavato.
Farinam in mortarium indito, aquae paulatim addito, subigitoque pulchre.
Ubi bene subegeris, defingito, coquitoque sub testu.

Amasa así el pan.
Lava bien tus manos y el mortero.

[94] Nombre del barco que, en 1620, transportó a los llamados «Peregrinos», separatistas del anglicanismo religioso, desde Inglaterra hasta la costa de lo que hoy son los Estados Unidos de América. La nave transportó a ciento dos personas, sin contar la tripulación, que fueron los primeros colonos en establecerse en la costa de Massachusetts, formando la colonia de Plymouth, a unas sesenta millas de Concord, ciudad natal de Thoreau, y del lago Walden.

Pon la harina en el mortero, añade agua gradualmente y amásalo bien. Cuando esté completamente amasado, dale forma y cuécelo con una tapadera[95].

Es decir, en una olla. Ni una palabra sobre la levadura. Pero no siempre usé este sostén de la vida. Durante un tiempo, algo más de un mes, no vi de cerca ni una sola miga a causa de mi raquítico monedero.

En esta tierra de centeno y maíz, cualquier habitante de Nueva Inglaterra puede cosechar fácilmente sus propios ingredientes para hacer pan y no depender de mercados fluctuantes y lejanos. Sin embargo, estamos tan lejos de la sencillez y la independencia que en Concord rara vez se encuentra en los comercios harina fresca y dulce, y rara vez se usa maíz molido o en forma más basta. Por lo general, el granjero alimenta a bóvidos y cerdos con el maíz de su propia producción y compra harina de trigo en el almacén, a un coste mayor y que, además, ya no es completa. Vi que podía cosechar fácilmente una o dos medidas de centeno y maíz, porque el primero crecerá en la tierra más pobre y el último no requiere la mejor, y que podía molerlos en un molinillo de mano y pasarme sin arroz ni carne de cerdo; y si necesitaba algún dulce concentrado, experimentando descubrí que podía hacer una muy buena melaza de calabaza o remolacha, y sabía que para ello tan sólo necesitaba plantar unos cuantos arces, y mientras éstos crecían, podía usar algún sustituto, porque como cantaban nuestros antepasados:

Podemos hacer licor para endulzar nuestros labios
De calabazas, zanahorias y astillas de nogal[96].

Finalmente, en lo que respecta a la sal, el más ordinario de los víveres, obtenerla puede ser una ocasión adecuada para visitar la costa, aunque si se prescindiera de ella bebería menos agua. No he leído en ningún sitio que los indios se preocuparan por encontrarla.

[95] Cita de *Sobre la agricultura* de Marco Porcio Catón (234 – 149 d. C.).

[96] Cita del canto anónimo «New England's Annoyances» (1630), que describe las penurias de la vida colonial y se cree que es el primer poema de un colono norteamericano.

De este modo podía evitar todo comercio en lo que a mi alimentación se refería, y teniendo ya techo, sólo me faltaba conseguir vestido y combustible para el fuego. Los pantalones que uso ahora fueron tejidos por la familia de un granjero —gracias al Cielo, todavía hay virtud en el hombre, porque opino que la decadencia del granjero hecho obrero es tan grande y memorable como la del hombre hecho granjero[97]—; y en un país nuevo el combustible es un estorbo. En cuanto al lugar donde habitar, si no se me permitiera ocuparlo, podría comprar un acre al mismo precio por el que se vendió lo que produjo la tierra que cultivé: a saber, ocho dólares y ocho centavos. Pero consideré que elevaba el valor de la tierra ocupándola sin más.

Hay algunos incrédulos que a veces me preguntan cosas parecidas a éstas: si creo que puedo vivir comiendo solamente verduras, y para llegar de una vez a la raíz del asunto —porque la raíz es la fe—, estoy acostumbrado a contestar que podría vivir a base de comer clavos de acero. Si no pueden entender eso, tampoco podrán entender mucho de lo que tengo que decir. Por mi parte, diré que estoy contento de saber que ha habido experimentos de este tipo; como el de aquel hombre joven que trató de vivir dos semanas alimentándose tan sólo con espigas de maíz crudo y duro, con sus dientes como único mortero. La tribu de las ardillas también lo intentó, con éxito. La raza humana está interesada en estos experimentos, a pesar de que algunas viejecitas, incapacitadas o que poseen sus tercios en molinos[98], se alarmen seriamente.

Mi mobiliario —parte del cual hice yo mismo, y el resto no me costó nada de lo que no haya ya rendido cuentas antes— estaba formado por una cama, una mesa, un pupitre, tres sillas, un espejo de tres pulgadas de diámetro, un par de tenazas y morillos, una olla, una cacerola, una sartén, un cazo, una palangana, dos cuchillos y tenedores, tres platos, una taza, una cuchara, una jarra para el aceite, otra para la melaza y una lámpara lacada. Nadie es tan pobre como para tener que sentarse sobre una calabaza. Eso es pereza.

[97] Alusión al Génesis 3, 23, en el que Dios convierte a Adán, en cierto modo, en granjero: «Y lo sacó Jehová del huerto de Edén para que labrase la tierra de la que fue tomado».

[98] El tercio del que habla Thoreau refiere a la tercera parte del capital del esposo difunto que heredaban por ley las viudas.

En las buhardillas de esta ciudad hay gran cantidad de sillas que os regalarán a cambio simplemente de llevároslas de allí. ¡Mobiliario! Gracias a Dios puedo sentarme y ponerme de pie sin recurrir a una tienda de muebles. Además del filósofo, ¿qué otro hombre no se avergonzaría de ver sus muebles puestos en un carro que recorre el país, expuestos a la luz del cielo y a los ojos de los hombres, miserable recuento de cajones vacíos? Ése es el mobiliario de Spaulding[99]. Al ver uno de estos cargamentos, nunca sé decir si pertenece a un hombre —así llamado— rico o a un pobre: el dueño siempre parece un desamparado. En realidad, cuantas más cosas de este tipo se poseen, más pobre es uno. Cada cargamento parece contener todo lo que había en una docena de chozas; y si la choza es pobre, el propietario será doce veces más pobre. Decidme, ¿para qué nos mudamos sino para liberarnos de nuestros muebles, de nuestra exuvia[100] y, finalmente, para ir de este mundo a otro recién amueblado y dejar que el primero se queme? Como si un hombre debiera llevar atados al cinturón todos esos trastos, siendo así incapaz de moverse por esta tierra hostil donde están trazados nuestros destinos, tratando de arrastrarlos, arrastrando así su propia trampa[101]. Fue un zorro afortunado el que abandonó su cola en la trampa[102]. La rata almizclera roerá su tercera pata para liberarse. No hay que asombrarse de que el hombre haya perdido su vitalidad. ¡Cuán a menudo se encuentra en punto muerto! «Señor, disculpe mi atrevimiento, ¿qué quiere decir con encontrarse en punto muerto?». Si sois de los que pueden ver[103], donde y cuando quiera que halléis un hombre veréis todo lo que posee, ¡ay!, y por mucho que pretenda repudiarlos, veréis tras él hasta los muebles de su cocina y todas las baratijas que salva y no llegará a quemar, y parecerá estar atado a todo esto y avanzar con ello como pueda. Creo que está en punto muerto el hombre

[99] Thoreau cita este mismo apellido en *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* y en varios de sus ensayos breves. Tal vez fuese un personaje inexistente y prototípico o algún conocido del autor.

[100] Del latín *exuere*, «sacar», «desprender», la exuvia es la cutícula o cubierta exterior (exoesqueleto), abandonada por los artrópodos (insectos, crustáceos o arácnidos) tras la muda.

[101] *Trap* en el original, que significa tanto «trasto» como «trampa».

[102] Alusión a la fábula de Esopo, «El zorro que perdió su cola».

[103] Como el profeta o el poeta, según la terminología de Thoreau.

que ha atravesado un agujero o una portezuela por la que no cabía su cargamento de muebles. No puedo sino sentir compasión cuando escucho a un hombre aseado y con buen aspecto, seguro, y aparentemente libre y dispuesto, hablando sobre si sus muebles están o no asegurados. «Pero, ¿qué haré con mis muebles?». Entonces mi alegre mariposa queda atrapada en una telaraña. Incluso de aquellos que parecen no tenerlos, si preguntáis, confirmaréis que tenían unos cuantos almacenados en la granja de alguien. Inglaterra me parece hoy en día un viejo caballero que viaja con mucho equipaje, baratijas que ha acumulado tras un largo y doméstico atesoro, y que no ha tenido el valor de quemar: un baúl grande, otro pequeño, una caja de sombreros y un fardo. Tire por lo menos los tres primeros. En nuestro tiempo sobrepasa la capacidad de un hombre sano levantar su cama e intentar andar[104], y ciertamente yo recomendaría al enfermo que abandonara su cama y echara a correr. Cuando me he encontrado con un inmigrante tambaleándose bajo un fardo que contenía todas sus cosas —como un enorme lobanillo que le hubiera crecido sobre la nuca—, le he compadecido, no porque eso fuera todo lo suyo, sino porque tuviera que transportar todo eso. Si tengo que arrastrar mi carga, cuidaré de que sea ligera, y de que no se me clave en parte vital alguna. Aunque tal vez sería más prudente pensar que ese fardo no tiene mayor peso.

Anoto de paso que no gasté nada en cortinas, porque no tengo vecinos que evitar salvo el sol y la luna, y me gusta que éstos miren adentro. La luna no agriará la leche ni pudrirá mi carne, ni el sol estropeará mis muebles ni decolorará mi alfombra, y si a veces es un amigo demasiado cálido, me parece económicamente más sensato retirarse tras alguna cortina provista por la naturaleza que añadir un solo detalle más a los artículos de la casa. Una vez una señora me ofreció una estera, pero como no tenía espacio dentro de la casa, ni tiempo para sacudirla, no la acepté, prefiriendo secarme los pies en el césped que hay ante mi puerta. Es mejor cortar el mal de raíz.

No hace mucho asistí a la subasta de los efectos personales de un diácono, pues su vida no había estado falta de muchas cosas:

[104] Alusión a Juan 5, 8: «Le dijo Jesús: "Levántate, toma tu cama, y anda"».

El mal que hacen los hombres les sobrevive[105].

Como es habitual, una gran parte eran baratijas que había empezado a acumular en vida de su padre. Entre otras cosas había una tenia seca. Ahora, después de yacer medio siglo en una buhardilla y en otros agujeros polvorientos, estas cosas no se queman: en lugar de hacer una *hoguera* o realizar una destrucción purificadora, hubo una *subasta*, o revalorización de las mismas. Los vecinos se reunieron ávidamente para verlas, lo compraron todo y las transportaron cuidadosamente a sus buhardillas y sus sótanos, para que yacieran allí hasta que sus propiedades fueran liquidadas, y entonces empezar de nuevo. Cuando un hombre muere, da una patada al polvo.

Tal vez podríamos imitar con provecho las costumbres de algunas naciones salvajes, como por ejemplo la de liberarse de su tristeza anualmente; tienen esta idea, capten con ella o no una realidad. ¿No estaría bien que celebráramos esta *busk*[106] o «fiesta de los primeros frutos», como dice Bartram[107] que era la costumbre entre los indios Muclasse? «Cuando celebran esta festividad», dice Bartram, «provistos de nuevas ropas, nuevas ollas, sartenes y otros utensilios y muebles para la casa, juntan todas las ropas usadas y demás cosas desechables, barren y limpian sus casas, las cuadras y todo el poblado, y lo arrojan todo a un único montón común donde se quema junto con los restos de los maíces y provisiones. Después de tomar la medicina y ayunar durante tres días, se apaga el fuego. Durante el ayuno, se abstienen de la satisfacción de todo apetito y pasión. Se proclama una amnistía general; todos los malhechores pueden volver al poblado.

A la mañana del cuarto día, el sumo sacerdote enciende un nuevo fuego en la plaza pública frotando dos maderas, y todas las casas del poblado se proveen de este fuego nuevo y puro».

[105] Cita de *Julius Caesar* de William Shakespeare.

[106] Gran fiesta de los indios Muclasse que celebra el cambio de año.

[107] William Bartram (1739 – 1823), botánico y naturalista estadounidense, autor de *Travels through North and South Carolina, Georgia, East and West Florida and the Cherokee Country*, que fue considerado en su tiempo uno de los libros que más contribuyeron al conocimiento de la historia natural de Norteamérica.

Luego celebran fiestas por los nuevos maíces y frutos, y cantan y bailan durante tres días, «y durante los siguientes cuatro días, reciben visitas y disfrutan junto con sus amigos de los poblados vecinos que, como ellos, se han preparado y purificado»[108].

También los mexicanos practicaban una purificación parecida cada cincuenta y dos años, en la creencia de que había llegado el momento para que el mundo llegara a su fin[109].

No conozco ningún sacramento más verdadero, siempre acogiéndome a la definición del diccionario: «Signo exterior y visible de una gracia interior y espiritual»[110], y no dudo de que fueron inspirados originariamente por el cielo para actuar así, a pesar de que no posean ningún registro bíblico de la revelación.

Durante más de cinco años me mantuve así, sólo con el trabajo de mis manos, y descubrí que podía pagar todos mis gastos trabajando unas seis semanas al año[111]. Disponía de libertad y seguridad para el estudio, de los inviernos completos, así como de la mayor parte de los veranos. Procuré trabajar en una escuela concienzudamente[112], pero descubrí que entonces mis gastos carecían de proporción, o mejor dicho, resultaban desproporcionados en relación a mis ingresos, porque me veía obligado a vestir y a enseñar, e incluso a pensar y a creer, de manera acorde, de modo que el negocio resultó una pérdida de tiempo[113]. Como no enseñaba en beneficio de mis conciudadanos, sino como medio de vida, fue un fracaso.

[108] Todas las citas pertenecen al libro de Bartram nombrado en la nota anterior.

[109] Thoreau leyó sobre esta cuestión en *History of the Conquest of Mexico* de William Hickling Prescott.

[110] La definición proviene de San Agustín y así pasa efectivamente al *American Webster Dictionary* de 1828.

[111] Lo que supone, aproximadamente, trabajar un día a la semana y descansar seis: inversión del relato bíblico.

[112] En el original *thoroughly*, lo que resulta un juego de palabras con el propio nombre del autor, que intentó por tanto trabajar de profesor *a la thoreau*, o de maniera *thoreautiana*, y el resultado fue el que se relata a continuación y en nuestra nota siguiente.

[113] Su filosofía de la educación podría resumirse a través de unas líneas dirigidas a Orestes Brownson: «La educación debe ser ante todo algo placentero, tanto para el alumno como para el profesor, que debe ser a su vez un estudiante entre sus pupilos y aprender de ellos y con ellos». Al final de su segunda semana como profesor en la escuela de Concord, Thoreau fue amonestado por no azotar a sus alumnos. Esa misma tarde, dimitió.

También lo intenté con el comercio[114], pero me di cuenta de que avanzar por esa senda me llevaría al menos diez años, y para entonces andaría ya por el camino del diablo. Me asustó la idea de conseguir hacer lo que se llama un buen negocio. La primera vez que pensé qué podía hacer para ganarme la vida, teniendo aún presente alguna triste experiencia por la que, como prueba de mi ingenuidad, traté de conformarme a los deseos de mis amigos, barajé seriamente la posibilidad de dedicarme a recoger gayubas; estaba seguro de poder hacerlo, y su pequeño rédito habría bastado —porque mi mayor habilidad ha sido desear poco—, pensé tontamente, tan poco era el capital requerido y tan poca la distracción ejercida sobre mis habituales estados de ánimo. Al observar cómo mis conocidos se dedicaban sin vacilación al comercio, pensé que mi ocupación sería muy parecida a la suya: recorrer las colinas durante todo el verano para recoger las gayubas que encontrara, y luego disponer de ellas sin esfuerzo adicional, y así guardar los rebaños de Admeto[115]. También soñé que podría recoger hierbas silvestres, y llevar siemprevivas en carros de heno a los habitantes del pueblo o de la ciudad, a los que les gustaría recordar los bosques. Desde entonces he aprendido que el comercio maldice todo lo que toca, y aunque comercies con mensajes del cielo, su maldición acompaña siempre al negocio.

Como prefería unas cosas a las otras y valoraba ante todo mi libertad, y como podría haberme resultado arduo, y aún peor, llegar a tener éxito, no quise cambiar mi tiempo por ricas alfombras o muebles macizos, o por una cocina bien surtida, o por una casa de estilo griego o gótico. Para quien no suponga una interrupción adquirir esas cosas, y sepa cómo usarlas una vez adquiridas, que se dedique a su persecución. Algunos son «industriosos» y parece que el trabajo les gusta en sí mismo, o quizá simplemente los aleja de males mayores; a todos ellos no tengo nada que decirles ahora. A los que no sabrían qué hacer con más ocio del que ahora disfrutan, puedo recomendarles que trabajen el doble, que trabajen hasta

[114] En el negocio familiar de lápices y grafito.

[115] Según la mitología griega, Zeus ordenó a Apolo, que había matado a los cíclopes, que trabajase como pastor para el rey Admeto.

pagar por sí mismos y obtener su carta de libertad[116]. En lo que a mí respecta, descubrí que el trabajo como jornalero era el más independiente de todos, especialmente porque requiere sólo treinta o cuarenta días al año para obtener un sustento. El día del jornalero termina cuando se oculta el sol, y entonces está libre para dedicarse a su ocupación predilecta, independiente de su trabajo; su patrono, sin embargo, especula de mes en mes y no tiene un respiro a lo largo del año.

En pocas palabras, estoy convencido, tanto por fe como por experiencia, de que mantenerse a uno mismo en esta tierra no es una dificultad, sino un pasatiempo, siempre que se viva de forma sencilla y sabia; así como las ocupaciones de las naciones más sencillas son hoy por hoy los deportes de las más artificiales. No es necesario que un hombre se gane la vida con el sudor de su frente[117], a no ser que sude con más facilidad que yo.

Un joven conocido mío, que ha heredado varios acres, me confesó que pensaba que él también debería vivir como yo lo hago, y que lo haría *si tuviera medios para ello*. No quisiera en forma alguna que nadie adoptara *mi* modo de vivir, pues, más allá de que antes de que aquél lo haya aprendido bien yo puedo haber encontrado ya otro distinto, prefiero que en el mundo existan tantas personas diferentes como sea posible, y que cada uno se ocupe de encontrar y proseguir su propio camino y no el de su padre, su madre o su vecino. El joven puede construir o plantar o navegar, pero que no se le impida realizar aquello que me dice que le gustaría hacer. Un único punto matemático nos hace sabios, como el marino o el esclavo fugitivo fijan la vista en la Estrella Polar, y ésa es guía suficiente para toda una vida. Es posible que no lleguemos a puerto en el tiempo previsto, pero mantendremos el rumbo correcto.

[116] Thoreau se refiere a los *indentured servants*, una forma de servidumbre mediante deudas creada en los primeros años de las colonias americanas. Por aquel entonces, los agricultores, hacendados y comerciantes de las colonias encontraron muchas dificultades para contratar a trabajadores libres, sobre todo porque era muy fácil para los potenciales trabajadores establecer sus propias explotaciones agrícolas. La solución fue traer a trabajadores jóvenes de Inglaterra o Alemania, que trabajarían durante varios años sin cobrar, recibiendo apenas alimentos, ropa y alojamiento, hasta pagar la deuda generada por sus gastos de viaje y establecida en su contrato.

[117] Alusión al Génesis 3, 19: «En el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra».

Sin duda, en este caso, lo que es cierto para uno es más cierto aún para un millar, como una casa grande no es más costosa proporcionalmente que una pequeña, ya que un solo tejado puede cubrirla, un solo sótano estar debajo y una pared separar varios apartamentos. Pero, por mi parte, prefiero una morada solitaria. Más aún: en general será más fácil construirlo todo uno mismo que convencer a otro de las ventajas de la pared común; y si ésta se hace para que el gasto sea menor, también será más delgada, y ese otro puede resultar un mal vecino y no asumir las derramas que le correspondan. La única cooperación posible resulta extraordinariamente parcial y superficial, y la escasa cooperación auténtica es como si no existiera, ya que consiste en una armonía inaudible para los hombres. Si un hombre tiene fe cooperará con igual fe en cualquier parte; si no tiene fe, continuará viviendo como el resto del mundo y con quienquiera que conviva. Cooperar, tanto en un sentido superior como en el más bajo, significa *ganarse la vida juntos*. Hace poco oí que se les proponía a dos muchachos jóvenes que viajaran juntos alrededor del mundo: uno sin dinero, obteniendo recursos a medida que avanzara, trabajando delante del mástil y detrás del arado, y el otro con una letra de cambio en el bolsillo. Era fácil darse cuenta de que no serían compañeros durante mucho tiempo, o que no *cooperarían* desde el momento en que uno no iba a *cooperar* de ningún modo. Se separarían ante la primera crisis relevante que se presentara en sus aventuras. Como he sugerido, el hombre que va solo puede comenzar hoy, pero el que viaja con otro debe esperar a que su compañero esté listo, y puede transcurrir mucho tiempo antes de que partan.

He oído decir a algunos de mis conciudadanos que todo esto es muy egoísta. Confieso que hasta ahora me he dedicado poco a empresas filantrópicas. He hecho algunos sacrificios por sentido del deber y, entre otros, he sacrificado también este placer. Hay algunas personas que han utilizado todas sus artes para persuadirme de que mantuviera a alguna familia pobre de la ciudad; si no tuviera nada que hacer —pues ya se ocupa el diablo de encontrar empleo para el ocioso—, podría probar con este pasatiempo. Sin embargo, casi decidido ya a aceptar la propuesta de mantener a personas pobres tan confortablemente como me mantengo a mí mismo, y colocar así su cielo bajo una obligación, fui a hacerles mi oferta y

todos ellos prefirieron continuar siendo pobres, sin vacilar siquiera. Mientras mis conciudadanos y las damas se dedican de mil formas distintas a buscar el bien de sus semejantes, creo que uno, al menos, puede dedicarse a fines distintos y menos humanitarios que éstos. La caridad requiere un determinado carácter, como cualquier otra cosa. En cuanto a hacer el bien, ésa es una profesión saturada. Más aún, diré que lo intenté con empeño, y aunque parezca extraño, me siento feliz de que sea ajeno a mi constitución. No creo que deba renunciar consciente y deliberadamente a mi particular vocación para practicar el bien que la sociedad me demanda, a fin de salvar al universo de la destrucción; y creo que una misma firmeza, pero infinitamente más vasta y situada en otra parte, es lo que lo protege ahora. Jamás me interpondría entre un hombre y su carácter; y a aquel que hace su trabajo, que yo rehúso, con todo su corazón, su alma y su vida, le diría: «Persevera», aun cuando, como probablemente ocurrirá, el mundo lo llame a eso hacer el mal.

Estoy lejos de suponer que mi caso es peculiar; sin duda, muchos de mis lectores harían una defensa parecida. En cuanto a hacer algo —no comprometeré a mis vecinos para que lo califiquen de bueno—, no dudo en afirmar que podrían contratarme; en cuanto a qué hacer, debe ser quien contrate el que lo averigüe. El *bien* que hago, en el sentido más habitual de la palabra, debe estar fuera de mi camino y en mayor medida no debe ser intencionado. Dicen los hombres, con sentido práctico: «Comienza donde te halles y tal como seas, sin aspirar a ser de más valor, y con amabilidad premeditada sigue tu camino haciendo el bien». Si yo fuera a predicar de esta manera, diría más bien: «Decídete a ser bueno». Como si el sol debiera detenerse, tras hacer llegar sus fuegos hasta el esplendor de una luna o una estrella de sexta magnitud[118] y siguiera como un Robin Goodfellow[119] espiando por las ventanas de cada casa de campo, inspirando a los lunáticos y pudriendo las carnes y haciendo visible la oscuridad[120], en lugar de aumentar constantemente su agradable y beneficioso calor hasta ser tan brillante que ningún mortal pueda mirarlo a la cara, y girando entretanto

[118] Según la clasificación del astrónomo griego Hiparco (190 – 120 a. C.).

[119] También conocido como Puck, duende o elfo doméstico y festivo que aparece en *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare.

[120] Alusión a *El paraíso perdido* de Milton: «Sin luz, más bien oscuridad visible».

alrededor del mundo en su propia órbita, haciéndolo bueno, o más bien, como ha descubierto una filosofía más verdadera, girando el mundo alrededor de él y recibiendo sus bienes. Cuando Faetón[121], deseoso de dar prueba de su origen celestial, obtuvo el carruaje del Sol sólo por un día y lo dirigió fuera del camino trillado, quemó varias manzanas de casas en las calles más bajas del cielo y abrasó la superficie de la tierra y secó cada manantial e hizo surgir el gran desierto del Sahara, hasta que al final Júpiter lo derribó y el Sol, apenado con su muerte, dejó de brillar durante un año[122].

No hay olor más nauseabundo que el que emana del bien corrupto. Es como el de la carroña humana, la divina. Si supiese con seguridad que un hombre iba a venir a mi casa con la firme intención de hacerme un bien, escaparía tan rápido como pudiese, como si huyese de ese viento seco y abrasador de los desiertos africanos llamado simún, que llena boca, nariz y orejas de arena, hasta la asfixia, por temor a que me infligiese un poco de ese bien suyo, y que ese virus llegara hasta mi sangre. No, en ese caso preferiría padecer el mal de forma natural. Un hombre no es un buen *hombre* para mí sólo porque me alimentaría en caso de que pasase hambre, o me calentaría en caso de que tuviese frío, o me sacaría de una fosa si cayese en ella. Puedo encontrar un perro Terranova[123] que haga lo mismo. La filantropía no es el amor al prójimo en el sentido más amplio. Howard[124] era, sin ninguna duda, un hombre muy valioso a su manera, y tuvo su recompensa[125]; pero, en comparación, ¿qué son cien Howards para *nosotros* si su filantropía no *nos* ayuda cuando mejor estamos y más nos merecemos ser ayudados? Nunca he sabido de ninguna reunión filantrópica en la que se propusiese ayudarme a mí o a mis semejantes.

Los jesuitas estaban muy desconcertados ante esos indios que, en la misma hoguera, sugirieron nuevas formas de tortura a sus verdugos. Despreciando el sufrimiento físico, a veces ocurría que

[121] El hijo del Sol según la mitología griega.

[122] Así se cuenta en las *Metamorfosis* de Ovidio, 2, 1-400.

[123] El poeta William Ellery Channing tenía un Terranova que solía acompañarles a él y a Thoreau en sus paseos.

[124] John Howard (1726 – 1790), reformador de las cárceles inglesas.

[125] Alusión, tal vez irónica, a Mateo 5, 12: «Alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos».

también despreciaban cualquier forma de consuelo que pudieran ofrecerles los misioneros; y la regla según la cual habría que actuar con los demás como uno quiere que actúen consigo mismo no resultó muy persuasiva a oídos de aquellos a quienes, por su parte, resultaba indiferente cómo fuesen a ser tratados, que amaban a sus enemigos de un modo insólito[126] y que estaban muy cerca de perdonarles todo lo que hiciesen[127].

Estad seguros de que dais al pobre la ayuda que más necesita, aun cuando con vuestro solo ejemplo lo dejéis bien atrás. Si le dais dinero, no se lo entreguéis sin más, gastáos con él. A veces cometemos errores curiosos. A menudo el pobre no está tan aterido y hambriento como sucio, andrajoso y lleno de rudeza. Eso es en parte por gusto y no meramente un infortunio. Si le dais dinero, quizá comprará con ello más harapos. Solía compadecer a los torpes obreros irlandeses que cortaban hielo en el lago, con ropas finas y andrajosos, mientras yo temblaba dentro de mis cuidadas ropas y algo más a la moda, hasta que un día muy frío uno cayó al agua y vino a mi casa a calentarse, y le vi quitarse tres pares de pantalones y dos pares de medias antes de llegar a la piel, y aunque, en efecto, estaban bastante sucios y harapientos, podía permitirse rechazar las ropas *extra* que le ofrecí, ya que tenía muchas ropas *intra*. Esa zambullida era lo que más necesitaba. Entonces empecé a compadecerme de mí mismo y vi que habría más caridad en concederme a mí una camisa de franela que a él toda una tienda de ropa barata. Hay mil podando las ramas del mal por cada uno que se esfuerza en devastar la raíz, y puede ocurrir que aquel que conceda la mayor cantidad de tiempo y dinero al necesitado esté contribuyendo al máximo a producir esa miseria que en vano trata de aliviar. Como el pío criador de esclavos que consagra los réditos de cada décimo esclavo a la compra de la libertad de un domingo para el resto. O como los que muestran su amabilidad con los pobres empleándolos en sus cocinas. ¿No serían más amables si se pusieran a trabajar allí ellos mismos? Alardeáis de destinar a la caridad una décima parte de vuestras

[126] Nueva alusión a Mateo 5, 44: «Amad a vuestros enemigos».

[127] Alusión en este caso a Lucas 23, 24, pero asimilando siempre a los indios con los apóstoles y frente a los sacerdotes oficiales: «Jesús dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"».

ganancias: tal vez deberíais gastar las nueve décimas partes y terminar con ella. La sociedad recupera así sólo una décima parte de los beneficios de la propiedad. ¿Es esto generosidad o negligencia del sistema de justicia?

La filantropía es quizá la única virtud suficientemente apreciada por el género humano. Más aún, está sobrevalorada; y es nuestro egoísmo quien así la estima. Un día de sol aquí en Concord, un pobre robusto elogió ante mí a un conciudadano porque, según decía, era amable con el pobre, refiriéndose a sí mismo. Se estima más a los tíos y tías caritativos que a los verdaderos padres y madres espirituales de nuestra raza. Cierta vez oí a un venerable pastor, hombre de cultura e inteligencia, disertar sobre Inglaterra; y después de enumerar sus valores científicos, literarios y políticos, Shakespeare, Bacon[128], Cromwell[129], Milton, Newton y otros, habló sobre sus héroes cristianos, a los cuales, como si su profesión se lo exigiera, elevó como los mayores entre los grandes, a un lugar muy superior al resto. Se trataba de Penn[130], Howard y la señora Fry[131]. A nadie se le escapa la falsedad e hipocresía de todo esto. Estos últimos nombres no son los de los mejores hombres y mujeres de Inglaterra; tan sólo los de sus mejores filántropos.

No pretendo sustraerle los elogios que se le deben a la filantropía, simplemente pido justicia para todos aquellos que son una bendición para la humanidad gracias a sus propias vidas y su trabajo. No doy un valor principal a la rectitud y a la benevolencia de un hombre, que son, por así decirlo, su tronco y hojas. Aquellas plantas con cuyo marchito verdor elaboramos tisanas para el enfermo tienen un uso sencillo, humilde, y son empleadas más asiduamente por los curanderos. Yo quiero la flor y el fruto de un hombre; que alguna de sus fragancias me oree y que aromatice nuestra conversación. Su bondad no debe ser un acto transitorio y parcial, sino una abundancia constante que nada le cueste y de la que no tenga conciencia. Esta caridad oculta una multitud de pecados. Demasiado a menudo el filántropo abraza a la humanidad con el recuerdo

[128] Francis Bacon (1561 – 1626), filósofo y canciller de Inglaterra.

[129] Oliver Cromwell (1599 – 1658), político y militar inglés.

[130] William Penn (1644 – 1718), militante cuáquero y reformista democrático.

[131] Elizabeth Gurney Fry (1780 – 1845), reformadora social de las prisiones inglesas desde la perspectiva filantrópica cuáquera.

de sus propias cuitas omitidas. Y lo llama «compasión». Debemos transmitir nuestro valor y no nuestra desesperación. Nuestra salud y comodidad, y no nuestra enfermedad, y cuidar de que ésta no se extienda por contagio. ¿Desde qué llanuras sureñas llega la voz del llanto[132]? ¿En qué latitudes reside el pagano al cual debiéramos iluminar? ¿Quién es ese hombre brutal e intemperante al que nosotros debiéramos redimir? Cuando algo aqueja a un hombre hasta el punto de que no puede realizar sus funciones, cuando tiene un dolor en sus entrañas —porque éste es el asiento de la compasión—, enseguida se propone reformar el mundo. Siendo él mismo un microcosmos, descubre —pues se trata de un verdadero descubrimiento y él es el hombre adecuado para hacerlo— que el mundo ha estado comiendo manzanas verdes[133]; a sus ojos, de hecho, el propio mundo es una gran manzana verde y supone un peligro espantoso pensar que los hijos de los hombres puedan mordisquearla antes de que esté madura; y su drástica filantropía busca directamente a los esquimales y a los patagones, y abraza a las populosas aldeas de India y de China, y así, durante unos pocos años de actividad filantrópica, mientras las grandes potencias hacen uso de él para sus propios intereses, no hay duda de que este hombre se cura de su dispepsia, el mundo adquiere un leve sonrojo en una o en ambas mejillas, como si empezara a madurar, y la vida pierde su crudeza; una vez más vivir es dulce y edificante. Jamás he soñado con una atrocidad mayor que la que yo mismo he cometido. Nunca conocí ni conoceré a un hombre peor que yo.

Creo que lo que entristece al reformador no es su compasión por sus semejantes más desafortunados, aunque se trate del santísimo hijo de Dios, sino su sufrimiento privado. Dejad que este sufrimiento se arregle, que la primavera llegue a él, que la mañana se eleve sobre su lecho, y abandonará, sin disculpa alguna, a sus generosos compañeros. Mi excusa para no sermonear en contra del tabaco es que nunca lo masqué; ésa es la pena que tienen que pagar los mascadores de tabaco reformados, aunque hay bastantes cosas que he mascado y contra las cuales podría hablar. Si alguna vez os embaucan con estas filantropías, no dejéis que

[132] Nueva alusión a la esclavitud de los negros vigente en los estados del Sur.

[133] Consideradas fuente de indigestión.

vuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha[134], pues no vale la pena. Rescatad al que se ahoga y ataos los cordones de los zapatos. Tomaos el tiempo que necesitéis y decidíos por un trabajo libre.

Nuestras costumbres se han corrompido al comunicarnos con los santos[135]. Nuestros salterios resuenan eternamente con una melodiosa maldición de Dios[136]. Se diría que incluso los profetas y redentores antes han calmado los temores de los hombres que confirmado sus esperanzas. No hay registro de que el regalo de la vida haya quedado satisfecho de forma simple e irreprensible, no hay elogio memorable de Dios. Toda salud y éxito me hacen bien, por lejanos y apartados que parezcan; cualquier enfermedad o derrota contribuye a entristecerme y me hace daño, a pesar del gran interés que pueda tener ello en mí o yo en ello. Si estamos decididos a restañar la humanidad por medios verdaderamente indios, botánicos, magnéticos o naturales, seamos primero tan simples y buenos como la Naturaleza, despejemos las nubes que se ciernen ante nuestra frente, y llenemos cada uno de nuestros poros con un poco de vida. No sigáis siendo supervisores de los pobres, tratad de convertiros en un prócer para el mundo.

Leo en el *Gulistán*[137] del jeque Saadi de Shiraz: «Le preguntaron a un hombre sabio por qué de los muchos árboles célebres que creó el Dios Supremo altos y umbrosos ninguno ha sido llamado *azad* o libre, exceptuado el ciprés que no da fruto alguno, ¿qué misterio hay en esto? El sabio contestó que cada cual tiene su fruto apropiado y su estación señalada, en cuyo momento reverdece y florece, y fuera del mismo se halla seco y marchito; el ciprés no está expuesto a ninguna de ambas situaciones ya que se halla siempre floreciente, y los *azads*, o religiosos independientes,

[134] Alusión a Mateo 6, 3: «Pero cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha».

[135] Alusión a I Corintios 15, 33: «No os engañéis: las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres».

[136] Alusión todavía más satírica que las anteriores a Job 2, 9: «Entonces le dijo su mujer: "¿Aún te mantienes en tu interior? ¡Maldice a Dios y muérete!"».

[137] El *Gulistán*, también conocido como *El jardín de las rosas*, es un hito de la literatura persa, quizás su gran clásico en prosa. Fue escrito en 1259 d. C. y es una de las dos obras mayores del autor persa Saadi, considerado uno de los más importantes poetas persas medievales.

son de esta misma naturaleza. No pongáis vuestro corazón en lo transitorio, porque el Dijlah, o Tigris, continuará fluyendo a través de Bagdad después de que la raza de los califas se haya extinguido. Si tu mano posee en abundancia, sé generoso como la palma datilera; pero si no tienes nada que dar, sé un *azad,* un hombre libre, un ciprés»[138].

[138] Cita del *Gulistán.*

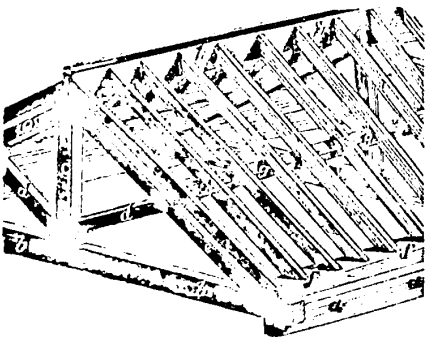
VERSOS COMPLEMENTARIOS DE T. CAREW[139]

LAS PRETENSIONES DE LA POBREZA

Presumes demasiado, pobre y necesitado infeliz,
Al pedir una estación en el firmamento,
Porque tu humilde casa, o tu tina,
Alimenta alguna virtud perezosa o pedante
Al sol barato o junto a las fuentes sombrías,
Con raíces y hortalizas; donde tu mano derecha,
Desgarrando de la mente esas pasiones humanas,
Sobre cuyos troncos florecen bellas virtudes lozanas,
Degrada la naturaleza y entorpece el sentido,
Y, como Gorgona, convierte a los hombres activos en piedras.
No requerimos la sorda sociedad
De vuestra templanza necesitada
Ni esa estupidez poco natural
Que no conoce pena ni alegría; ni vuestra violada
Fortaleza pasiva falsamente exaltada
Sobre la activa. Esta estirpe baja y abyecta
Que fija su asiento en la mediocridad
Conviene a vuestras mentes serviles; mas fomentamos
Sólo las virtudes que admiten excesos,
Actos bravos, generosos, magnificencia real,
Prudencia previsora, magnanimidad,
Que no conoce límite, y esa virtud heroica
Para la cual la Antigüedad no dejó un nombre
Sino modelos, Hércules,
Aquiles, Teseo. Regresa a tu celda aborrecida
Y cuando veas la nueva esfera iluminada,
Estudia para saber al menos quiénes fueron esos próceres.

[139] Lo que sigue es una cita de *Coelum Britannicum* de Thomas Carew (1595 – 1640), poeta inglés del alto Renacimiento, de estilo ligero y reconocido árbitro de elegancia poética en la corte de Carlos I. Su obra supone un ingenioso giro de la tradición lírica petrarquista y de la poesía amorosa para un público cada vez más sofisticado y aristocrático. También escribió uno de los poemas eróticos más conocidos del s. XVII, «A Rapture». Thoreau añade el título y el satírico subtítulo, moderniza un tanto su lenguaje y, en el sexto verso, transcribe erróneamente *rigid* (rígida) por *right* (derecha).

DÓNDE VIVÍA Y PARA QUÉ VIVÍA



En cierta época de nuestra vida tendemos a considerar cada lugar como posible emplazamiento para una casa. Así, he examinado todo el terreno que hay en una docena de millas a la redonda de donde vivo. De forma imaginaria y sucesiva he comprado todas las granjas, ya que estaban a la venta y conocía sus precios. He recorrido las propiedades[1] de cada uno de estos granjeros, he probado sus manzanas silvestres y he hablado con ellos sobre agricultura. He adquirido sus granjas al precio que me pedían, el que fuera, he calculado mentalmente la hipoteca, incluso poniéndole un precio más elevado, quedándome con todo, salvo con la propia escritura, quedándome con su palabra por escritura, porque me encanta hablar, y la he cultivado, y también a ellos en cierto modo, eso espero, y me fui de allí cuando las hube disfrutado lo suficiente,

[1]Juego de palabras en el original: *premises* significa tanto «propiedades» como «premisas».

dejándoles que siguieran adelante con ellas. Esta experiencia me ha dado derecho a ser considerado por mis amigos como un auténtico corredor de fincas. Donde me sentara, podía vivir, y por tanto el paisaje se irradiaba desde mí mismo. ¿Qué es una casa, sino una *sedes*[2], un asiento? Y mejor si se trata de un asiento campestre. He descubierto muchos emplazamientos inmejorables para una casa, lugares que algunos tal vez encontrarían demasiado lejanos de la ciudad, pero a mis ojos era ésta la que estaba demasiado lejos de allí. Bien, podría vivir allí, me decía, y allí vivía la vida de un verano y un invierno durante una hora; veía cómo podía dejar correr los años, cómo luchar contra el invierno y ver llegar la primavera. Los futuros habitantes de esta región, dondequiera que levanten sus casas, pueden estar seguros de que no fueron los primeros. Una tarde era suficiente para que el campo se convirtiera en huerta, parcela forestal y pradera, y para decidir qué fuertes robles y pinos dejaría crecer ante la puerta, y también desde dónde habría una mejor panorámica de los árboles condenados[3]; y luego, quizá, lo dejaría en barbecho, porque un hombre es rico en relación al número de cosas de las que puede prescindir.

Mi imaginación me llevó tan lejos que recibí incluso la negativa de varios granjeros —la negativa era todo lo que quería—, pero nunca me quemé los dedos con la verdadera propiedad. La vez que más cerca estuve de convertirme en propietario fue cuando compré el terreno de Hollowell, y comencé a ordenar mis semillas y a reunir materiales para construir una carretilla a fin de acarrearlas. Pero antes de que el aún propietario me otorgara la escritura de traspaso, su mujer —todo hombre tiene una esposa así— cambió de parecer, quiso quedarse con ella, y el hombre me ofreció diez dólares para que lo liberara del compromiso. Para ser sincero, yo entonces no poseía en este mundo más que diez centavos, y superaba mi capacidad aritmética saber si yo era el hombre que tenía los diez centavos

[2] Del latín, literalmente «asiento» o «silla». Originalmente era el trono donde se encuentra quien ostenta el mando. Su significado es el mismo que la palabra griega *kathedra*, de donde derivan tanto «cátedra» como «catedral».

[3] Como recuerda William Gilpin en *Remarks on Forest Scenery an Other Woodland Views*, los árboles atrofiados o marchitos pueden producir un efecto deseable tanto en el paisaje natural como en el artificial: «¿Qué habría más adecuado que un roble condenado cuando uno se decide a meditar sobre lo salvaje o la desolación?».

o el que tenía una granja o diez dólares o todas las cosas juntas. En cualquier caso, le permití que se quedara con los diez dólares y también con la granja, porque yo ya la había agotado[4]; o más bien, para ser generoso, le vendí la granja por la misma cantidad que di por ella, y como no era un hombre rico, le hice un regalo de diez dólares y aún me quedaban los diez centavos, las semillas y los materiales necesarios para hacer una carretilla. Así descubrí que yo había sido un hombre rico sin perjuicio de mi pobreza. Pero me quedé con el paisaje, y desde entonces, sin necesidad de carretilla, he ganado anualmente todo lo que ha producido. En lo que respecta a los paisajes,

> Reino allí donde *mido*,
> No hay nadie que dispute mi derecho[5].

Con frecuencia he visto a un poeta[6] marcharse de una granja tras haber disfrutado de la parte más valiosa de la misma, mientras que el rudo granjero supone que tan sólo se ha llevado unas pocas manzanas silvestres. Por lo que durante muchos años el propietario no sabe que ese poeta ha puesto rima a su granja[7], el más admirable e invisible de los cercados, la ha confiscado, ordeñado sus vacas, quitado la crema y le ha dejado al granjero solamente la leche desnatada.

Para mí, los verdaderos atractivos de la granja de Hollowell eran: su completo aislamiento, al hallarse a unas dos millas de distancia de la ciudad, a media milla del vecino más próximo y separada de la carretera por un ancho campo; su proximidad al río, que según el dueño la protege con su bruma de las heladas de la primavera, aunque esto no tenía demasiada importancia para mí;

[4] Juego de palabras: había agotado la broma (de comprar la granja) y también la suma económica de la que disponía.

[5] Cita del poema «Verses Supposed to Be Written by Alexander Selkirk», de William Cowper (1731 – 1800), uno de los poetas ingleses más populares de su época. La cursiva es de Thoreau, destacando seguramente su trabajo como agrimensor.

[6] Se refiere a William Ellery Channing (1818 – 1901), uno de los principales poetas del movimiento trascendentalista.

[7] William Ellery Channing escribió el poema «Baker Farm», dedicado a la granja de James Baker.

el color gris y el estado ruinoso de la casa y del granero, y las cercas caídas, que enfatizaban la distancia entre el propietario anterior y yo; los manzanos huecos, cubiertos de liquen y roídos por los conejos, anunciando quienes serían mis vecinos; y, sobre todo, el recuerdo que yo conservaba de ella desde mis primeros viajes remontando el río, cuando la casa quedaba oculta detrás de una tupida arboleda de arces rojos, a través de la cual oía ladrar al perro. Tenía urgencia por comprarla antes de que el dueño terminara de sacar unas rocas, talar los huecos manzanos y derribar algunos jóvenes abedules que habían surgido en la pradera; en resumidas cuentas: antes de que hiciera alguna otra de sus mejoras. Para disfrutar de esas ventajas, estaba dispuesto a perseverar y, como Atlas, a llevar el mundo sobre mis hombros (nunca supe qué recompensa recibió Atlas por ello) y a hacer todas esas cosas sin otro motivo que el de pagar por ello y que no fuera molestado en mi propiedad, porque desde el principio sabía que ésta produciría la cosecha más abundante y del tipo que a mí me interesa, con tal de dejarla a su suerte. Pero resultó como ya he dicho.

Así, todo cuanto podía decir con respecto al trabajo agrícola a gran escala (siempre he cultivado un jardín[8]) era que tenía mis semillas preparadas. Muchos creen que las semillas mejoran con los años. No dudo de que el tiempo discrimina entre las buenas y las malas, y creo que, cuando al fin siembre, no me sentiré decepcionado. Pero a mis semejantes les diría y de una vez por todas: en cuanto os sea posible, vivid libres y sin compromiso. Poco importa que estéis encerrados en una granja o en la prisión del condado[9].

El viejo Catón, cuyo *De re rustica* es mi *Cultivator*[10], dice (y la única traducción que he visto convierte el pasaje en una bobada sin sentido): «Cuando pienses en hacerte con una granja, piensa

[8] Las sandías cultivadas por Thoreau eran célebres ya años atrás durante la fiesta anual de la sandía de Concord.

[9] Thoreau pasó por la prisión del condado tras negarse a pagar un impuesto en julio de 1846, como rechazo a la política belicista del Gobierno. De esta experiencia nace su conocido ensayo «Desobediencia civil».

[10] *De re rustica*, o *Sobre la agricultura*, era prácticamente un manual sobre cómo administrar una granja, única obra que nos ha llegado de Marco Porcio Catón (234 – 149 a. C.), destacado político, escritor y militar romano. *Cultivator* probablemente refiere a alguna de las revistas, muy populares en la época, sobre agricultura: *Boston Cultivator, Yankee Farmer and New England Cultivator...*

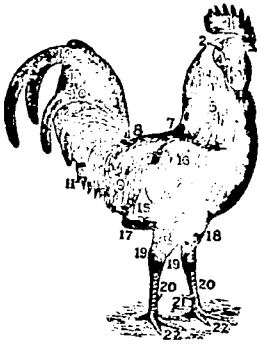
con cabeza: no la compres con codicia, no ahorres fatigas en inspeccionarla y no creas que es suficiente visitarla una sola vez. Cuantas más veces vayas, si en realidad merece la pena, más te gustará». Creo que no compraré una granja con codicia, sino que le daré vueltas y más vueltas mientras viva y que seré enterrado allí para que llegue a gustarme de verdad.

Mi siguiente experimento es el que describiré a continuación con detalle, reuniendo por conveniencia la experiencia de dos años en uno. Como ya he dicho, no me propongo escribir una oda al abatimiento[11], sino fanfarronear tan alegremente como el gallo encaramado al palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos.

Cuando fijé mi residencia en los bosques por vez primera, es decir, cuando comencé a pasar allí mis noches y mis días, que por casualidad fue el 4 de julio de 1845, Día de la Independencia, mi casa no estaba aún preparada para el invierno, pues no era más que una defensa contra la lluvia, sin revoques ni chimenea, con toscos tablones manchados como paredes y anchos resquicios que dejaban entrar el frío de la noche. Los blancos postes verticales, bien desbastados, y los marcos de la puerta y las ventanas recién cepillados le daban un aspecto limpio y aireado, especialmente por la mañana, cuando la madera estaba impregnada de rocío, de modo que me figuraba que al mediodía exudarían una dulce resina. En mi imaginación retenía durante todo el día ese carácter auroral, y me recordaba a una casa en la montaña que había visitado un año antes[12]. La mía era una cabaña aireada y sin revocar, más que apta para entretener a un dios viajero y donde una diosa podría arrastrar sus vestidos. Los vientos que pasaban sobre mi morada eran como los que barren las crestas de las montañas, portando rotas melodías o sólo las partes celestiales de la música terrestre. Por la mañana siempre sopla el viento y no se interrumpe el poema de la creación, pero pocos son los oídos que lo escuchan. En todas partes, el Olimpo no es sino la cara externa de la tierra.

[11] Alusión a la oda «Abatimiento» de Samuel Taylor Coleridge (1772 – 1834), uno de los poetas referenciales para todo el movimiento trascendentalista, y también para Thoreau.

[12] Efectivamente, Thoreau anota en su diario de 1844 el viaje que realizó a las montañas Catskill, donde se perdió y terminó hospedándose en una casa situada a unos dos kilómetros de la cumbre de la South Mountain y muy cerca de las cascadas Kaaterskill.



«A las cinco y media de la madrugada oigo el intenso cacareo de los gallos jóvenes, ese sonido que señala a los más bravos, los de salud más ruda, bronca, buena salud. Ese cacareo indica una naturaleza imperiosa. Comienza un día bello, nacido de la niebla».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 22 de julio de 1852

La única casa que había poseído antes, si exceptúo un bote, fue una tienda de campaña que usaba de vez en cuando para hacer excursiones durante el verano y que todavía está enrollada en mi buhardilla (mientras que el bote, después de pasar de mano en mano, ha sido llevado por la corriente del tiempo)[13]. Con este refugio más sustancial en torno a mí, he hecho algunos progresos para asentarme en el mundo. Esta estructura, con un armazón tan ligero, era una especie de cristalización a mi alrededor e influía sobre el constructor. Era algo sugestivo, como el boceto de un cuadro. No precisaba salir para tomar el aire, pues la atmósfera interna no perdía frescura. No solía sentarme en el interior, sino junto a la puerta, incluso cuando llovía. El *Harivamsa*[14] dice: «Una casa sin pájaros es como la carne sin sazonar». Mi casa no era así, pues rápidamente descubrí que era vecino de los pájaros, no por haber atrapado uno, sino por haberme enjaulado cerca de ellos. No sólo estaba más cerca de los que generalmente frecuentan el jardín y la huerta, sino también de aquellos más salvajes y conmovedores cantores del bosque que nunca, o rara vez, dan serenatas a un lugareño: el zorzal, el tordo, el tangara escarlata, el gorrión de campo, el chotocabras y muchos otros.

Me establecí a la orilla de una pequeña laguna, a una milla y media al sur de Concord, y a una altura un poco superior, en mitad de un extenso bosque situado entre esa ciudad y Lincoln, y a unas dos millas al sur de nuestro único lugar que ha conocido la fama, el campo de Batalla de Concord[15]; pero estaba tan hundido en el bosque que la orilla opuesta, a media milla y cubierta de bosque como el resto, era mi horizonte más distante. Durante la primera semana, cada vez que observaba la laguna, me parecía un pequeño

[13] Nathaniel Hawthorne (1804 – 1864) anotaba en un cuaderno en septiembre de 1842 en referencia a Thoreau: «El pobre hombre, necesitado de dinero, estaba deseoso de vender el bote, que domina como nadie y él mismo construyó. De modo que le di su precio (apenas siete dólares) y me convertí en dueño del *Musketaquid*». Posteriormente el bote pasaría a manos de William Ellery Channing.

[14] Importante obra de la literatura sánscrita, tradicionalmente considerado como un *khila* o anexo al *Mahabharata* y atribuido a Krishna Dvaipayana Veda Vyasa.

[15] Las Batallas de Lexington y Concord fueron las primeras acciones militares de la Guerra de la Independencia americana. Se libraron el 19 de abril de 1775 y marcaron el estallido de un conflicto armado abierto entre el Reino de Gran Bretaña y sus trece colonias en el continente.

estanque situado en la parte superior de la ladera de una montaña, con su fondo mucho más elevado que la superficie de otros lagos, y, al levantarse el sol, la veía desprenderse de su vestido nocturno de niebla, y aquí y allá se revelaban sus suaves rizos o su lisa superficie reflectante, mientras las brumas, como espíritus, se retiraban furtivamente en todas direcciones hacia los bosques, como si concluyera un conventículo nocturno. El mismo rocío parecía demorarse sobre los árboles durante el día, como suele ocurrir en las laderas de las montañas.

El pequeño lago era un vecino inestimable entre dos amables tormentas de verano, cuando, hallándose perfectamente tranquilos el aire y el agua, pero encapotado el cielo, la media tarde tenía ya la serenidad del anochecer y cantaba el zorzal en una y otra orilla. Un lago como éste nunca es más calmo que en esos momentos, cuando la capa de aire luminoso se estrecha y oscurece por efecto de las nubes, y el agua, repleta de luz y reflejos, se convierte en un cielo inferior y más importante. Desde la cima de una colina cercana, donde el bosque había sido talado hacía poco, había una agradable vista hacia el sur, sobre la laguna, a través de una amplia brecha en las colinas que forman allí la orilla, donde las dos laderas opuestas, inclinadas la una hacia la otra, sugieren un arroyo que discurriría en esa dirección a través de un valle boscoso, si bien lo cierto es que no hay allí arroyo alguno. Miraba entre las cercanas colinas verdes, y por encima de ellas hacia otras más alejadas en el horizonte, teñidas de azul. Poniéndome de puntillas podía llegar a captar un atisbo de los picos de una cadena montañosa todavía más azules y distantes que se erigen hacia el noroeste, como monedas acuñadas con el mismo azul del cielo, y también una parte de la ciudad. Pero en otras direcciones, incluso desde este punto, no podía ver por encima o más allá de los bosques que me rodeaban. Es bueno tener agua en vuestra vecindad, para permitir, de algún modo, que la tierra flote. El más pequeño pozo sirve para recordarnos, al mirar dentro, que la tierra no es continental sino insular. Esto es tan importante como que el pozo mantenga fresca la mantequilla. Cuando miraba al otro lado de la laguna desde este pico, hacia los prados de Sudbury, que en época de crecida parecían elevarse como un espejismo sobre el valle rebosante, como una moneda en un cuenco, toda la tierra de la otra orilla aparecía como una pequeña corteza flotando sobre esa

reducida capa de agua intermedia, recordándome que la tierra sobre la que yo vivía no era sino *tierra seca*.

Aunque la vista desde mi puerta era mucho más reducida, de ningún modo me sentía constreñido o confinado. Había suficiente alimento para mi imaginación. La baja meseta cubierta de pequeños robles, a la que se llegaba desde la orilla opuesta, se extendía hacia las praderas del oeste y las estepas de Tartaria, proporcionando amplio espacio para todas las familias errantes. «Sólo los seres que gozan libremente de un vasto horizonte son felices en este mundo», dijo Damodara[16] cuando sus rebaños requirieron nuevos y mayores pastizales.

El tiempo y el espacio se transformaron y yo vivía más cerca de aquellas partes del universo y de aquellos periodos de la historia que me habían atraído con mayor intensidad. El lugar donde habité estaba tan lejos como algunas de las regiones examinadas por los astrónomos durante la noche. Estamos acostumbrados a imaginar lugares extraños y deliciosos en algún rincón remoto y celestial del sistema, tras la constelación de la Silla de Casiopea, lejos de cualquier ruido y perturbación. Descubrí que mi casa tenía su asiento en una parte retirada del universo, y además eternamente nueva y sin profanar. Si valía la pena establecerse en esas regiones cercanas a las Pléyades o las Híades[17], a Aldebarán o a Altair[18], entonces allí estaba realmente, o al menos a una distancia similar de la vida que había dejado atrás, centelleando y menguando con un resplandor tan tenue que sólo sería visible para mi vecino más próximo y en noches sin luna. Así era la parte de la creación que había ocupado:

Hubo un pastor que vivía
Manteniendo sus pensamientos tan elevados
Como los montes en los que sus rebaños
Se alimentaban todo el día[19].

[16] Uno de los nombres de Krishna.

[17] Constelaciones cercanas a Tauro.

[18] Estrellas de primera magnitud de las constelaciones de Tauro y Aquila.

[19] Versos anónimos publicados en *The Muses Garden* en 1610. La fuente de Thoreau es el volumen *Old Ballads, Historical and Narrative*, publicado en Londres en 1810.

¿Qué pensaríamos de la vida del pastor si sus rebaños siempre vagaran por praderas más elevadas que sus pensamientos?

Cada mañana era una alegre invitación para hacer de mi vida algo tan sencillo e inocente como la naturaleza misma. Siempre he adorado la aurora de forma tan sincera como lo hacían los griegos. Me levantaba temprano y me bañaba en el lago[20]; era un ejercicio religioso, y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que en la bañera del rey Ching-Thang[21] había unos caracteres grabados: «Renuévate completamente todos los días; hazlo una y otra vez, por siempre»[22]. Lo entiendo perfectamente. La mañana nos devuelve a los tiempos heroicos[23]. El discreto zumbido de un mosquito que realizaba su invisible e inimaginable recorrido por mi habitación con la temprana aurora, cuando yo ya estaba levantado, con la puerta y las ventanas abiertas, me afectaba tanto como pudiera hacerlo cualquier trompeta que pregonara la fama. Era el réquiem de Homero: una *Ilíada* y una *Odisea* en el aire, cantando sus propias cóleras y vagabundeos. Había algo cósmico en ese sonido, como un anuncio permanente, al menos hasta su prohibición, del eterno vigor y fertilidad del mundo. La mañana, el momento más memorable del día, la hora del despertar. Cuando menos soñolientos estamos y el momento en que, aunque sólo sea durante una hora, despierta una parte de nosotros que permanece dormitando durante el resto del día y de la noche. Hay que esperar poco del día, si es que puede llamársele día, en que no nos despierta nuestro Genio, sino los codazos mecánicos de algún sirviente, ni nuestras propias y recién adquiridas fuerzas y aspiraciones, acompañadas por las ondulaciones de la música celestial, en lugar de las campanas de la fábrica, y no se respira en el aire la fragancia

[20] El baño matutino era para Thoreau tanto una purificación espiritual como higiénica. Mientras la temperatura lo permitía, se bañaba diariamente en la laguna. En la entrada de su diario del 26 de septiembre de 1854, anota: «Probablemente éste será mi último baño del año en Walden. El agua está terriblemente fría».

[21] Fundador de la dinastía Yin, 1766-1046 a. C.

[22] Comentario de Confucio que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (ver nota 22, cap. «Economía»).

[23] Por «tiempos heroicos» Thoreau se refiere a la época previa al regreso de los griegos de Troya, tal como la denomina Hesíodo, y más adelante, en el capítulo «Leer», recomendará las primeras horas de la mañana para la lectura de «libros heroicos», cuyos héroes pueden ser un ejemplo para el lector.

de esa vida superior que abandonamos al dormirnos; de esta forma la oscuridad da su fruto, y demuestra ser tan benéfica como la luz. Aquel hombre que no cree que cada día contiene una hora más temprana, sagrada y auroral que las que él ya ha profanado, desespera de la vida y avanza por un camino descendente y oscuro. Tras un cese parcial de su vida sensitiva, el alma del hombre, o más bien sus órganos, vuelven a fortalecerse cada día, y su Genio tiende de nuevo hacia la nobleza a la que aspira. Diría que todos los sucesos memorables advienen por la mañana y en una atmósfera matutina. Los Vedas[24] dicen que «toda inteligencia despierta con la mañana». La poesía y el arte, y las más bellas y memorables acciones del hombre, datan de esa hora. Todos los poetas y los héroes, al igual que Memnón[25], son hijos de la aurora y componen su música a la salida del sol. Y el día es una mañana perpetua para aquél cuyos pensamientos, vitales y vigorosos, corren en paralelo al sol. No importa lo que digan los relojes o las actitudes y el trabajo de los hombres. La mañana llega cuando estoy despierto y hay en mí un amanecer. La reforma moral no es sino el esfuerzo para despojarnos del sueño. ¿Por qué los hombres suelen dar una cuenta tan pobre de su día si no han estado dormitando? No son tan malos calculadores. Si no los hubiera vencido la modorra, habrían hecho algo. Hay millones suficientemente despiertos para el trabajo físico, pero sólo uno entre un millón está lo bastante despierto para el ejercicio intelectual y uno más entre cien millones para llevar a cabo una vida poética o divina. Estar despierto es estar vivo. Aún no he conocido a un solo hombre que estuviera completamente despierto. ¿Cómo podría haberle mirado a los ojos?

Debemos aprender a despertarnos de nuevo, y a mantenernos despiertos, no con ayuda mecánica, sino gracias a la espera ininterrumpida del amanecer, que no debemos abandonar ni siquiera en nuestro sueño más profundo. No sé de un hecho más alentador

[24] El texto más antiguo y sagrado de la literatura india. Su lectura tuvo un impacto muy importante en Thoreau, como se refleja tanto en *Walden* como en numerosos pasajes de sus diarios.

[25] Hijo de Eos, diosa de la aurora, durante la Guerra de Troya formó un ejército para defender la ciudad y fue asesinado por Aquiles en venganza por la muerte de Antíloco. Eos no cesó de llorar la muerte de su hijo en toda la noche, y sus lágrimas aún pueden verse todas las mañanas de frío, en forma de rocío.

que la incuestionable capacidad del hombre para elevar su vida mediante un esfuerzo consciente. Ya es algo poder pintar un cuadro o esculpir una estatua o embellecer ciertos objetos, pero mucho más glorioso es pintar la atmósfera y esculpir el medio que atraviesan nuestras miradas, lo que resulta un acto moral. Afectar la calidad del día, ésa es la más elevada de las artes. A cada hombre le corresponde la tarea de hacer su vida, hasta el detalle, digna de ser contemplada en su hora más elevada y crítica. Si rechazamos o agotamos la escasa información con la que contamos, los oráculos nos dirán claramente cómo hacerlo.

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentándome sólo a los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, no fuera que cuando estuviera por morir descubriera que no había vivido. No quería vivir nada que no fuera la vida, pues vivir es algo muy valioso, ni tampoco practicar la resignación, a no ser que fuera absolutamente necesario. Quería vivir intensamente y extraer el meollo de la vida, vivir de manera tan dura y espartana como para apartar todo lo que no fuera la vida, surcar una divisoria y llevar la vida hasta un rincón y reducirla a sus elementos básicos y, si resultaba mezquina, obtener entonces toda su genuina mezquindad y hacerla pública al mundo; y si fuera sublime, saberlo por experiencia y poder dar cuenta de ello en mi próxima excursión[26]. Porque me parece que la mayoría de los hombres se halla en una extraña incertidumbre acerca de si la vida es cosa del diablo o de Dios, y han deducido *algo apresuradamente* que el fin principal del hombre es «dar gloria a Dios y gozar de Él eternamente».

Vivimos aún de forma miserable, como las hormigas, aunque la fábula nos cuenta que hace ya mucho que fuimos transformados en hombres[27]; luchamos contra las grullas como hicieron los

[26] Posible referencia a la creencia de Thoreau en la reencarnación.

[27] Según la mitología griega, Éaco fue rey de la isla de Egina, en el golfo Sarónico, famoso por el recto sentido de la piedad y la justicia con que gobernó a su pueblo. Éaco era hijo de Zeus y Egina, hija del dios-río Asopo. Al darse cuenta de la infidelidad de Zeus, Hera, su esposa, envió una terrible plaga que diezmó la población de la isla. Éaco invocó a su padre Zeus, pidiéndole ayuda. Entonces el rey de los dioses convirtió a las hormigas de la isla en hombres, que ofrecieron su auxilio y más tarde lucharían en la Guerra de Troya.

pigmeos[28], acumulando error tras error y remiendo sobre remiendo, y nuestra mejor virtud nos encamina en esta ocasión hacia una desgracia superflua y evitable. Nuestra vida se pierde en los detalles. Un hombre honrado pocas veces necesita contar más allá de sus diez dedos, y, en un caso extremo, puede añadir los diez de los pies y olvidar el resto. ¡Simplicidad, simplicidad, simplicidad[29]! Que vuestros asuntos sean dos o tres, y no cien o mil; y en lugar de un millón, contad media docena y llevad las cuentas con la uña del pulgar. En medio de este mar picado de la vida civilizada, son tales las nubes, las tormentas, las arenas movedizas y los otros mil asuntos que debe uno enfrentar, que un hombre, si no quiere naufragar e irse a pique y bogar sin llegar nunca a puerto, no tiene más remedio que navegar a estima, y para ello sin duda deberá ser un maestro haciendo cálculos. Simplificad, simplificad. En lugar de tres comidas al día, haced si es preciso tan sólo una; cinco platos en lugar de cien, y reducid las demás cosas en la misma proporción. Nuestra vida es como la Confederación Germánica, formada por pequeños estados, con sus límites siempre fluctuantes, de modo que ni siquiera un alemán sabría deciros cuáles son dichos límites en un determinado momento. La propia nación, con todas sus supuestas mejoras internas —que son en realidad externas y superficiales—, es un establecimiento pesado e inmanejable, colmado de muebles y atrapado por sus propias trampas, arruinado por gastos injustificables y la falta tanto de cálculo como de un objetivo digno, al igual que ocurre en un millón de hogares en el país; y la única cura para aquélla y para éstos es una economía estricta, una simplicidad austera y una elevación de nuestros objetivos. Vivimos demasiado rápido. Los hombres consideran que es esencial que la

[28] Al comienzo del tercer libro de la *Ilíada*, los troyanos son comparados con grullas que luchan contra los pigmeos. Thoreau tradujo del griego y anotó el pasaje completo en la entrada de su diario del 17 de abril de 1846.

[29] Éste es uno de los conceptos referenciales de la filosofía de Thoreau. En una carta escrita a su amigo Harrison Blake el 27 de marzo de 1848 expone: «Creo firmemente en la simplicidad. Es asombroso y triste ver cómo incluso los hombres más sabios pasan sus días ocupados en asuntos triviales que creen que han de atender, en detrimento de otros asuntos más importantes que creen su deber omitir. Cuando un matemático desea hallar la solución de un problema difícil, empieza por deshacerse de todas las dificultades de la ecuación, reduciéndola a sus términos más sencillos. Hagamos lo propio y simplifiquemos el problema de la existencia, y diferenciemos entre lo necesario y lo real».

nación comercie y exporte hielo y hable gracias al telégrafo y viaje a treinta millas por hora, lo hagan *ellos* o no; pero si vivimos como babuinos o como hombres, eso sigue siendo incierto. Si en lugar de fabricar las traviesas de las vías, de forjar los raíles, y de consagrar nuestros días y nuestras noches a trabajar, nos dedicamos a renovar nuestras *vidas* para mejorarlas, ¿quién construirá los ferrocarriles? Y si no se construyen los ferrocarriles, ¿cómo llegaremos a tiempo al cielo? Pero si nos quedamos en casa ocupándonos de lo nuestro, ¿quién necesitará ferrocarriles? No subimos al ferrocarril, éste se sube a nosotros. ¿Habéis pensado alguna vez en qué son las traviesas[30] que quedan bajo el ferrocarril y sostienen su marcha? Cada una de ellas es un hombre, ya un irlandés ya un yanqui. Los raíles se asientan directamente sobre ellas y se cubren de arena, y los vagones se deslizan suavemente por encima. Su descanso es sólido, no se moverán. Y además cada pocos años se coloca un nuevo lote de traviesas en terreno bien allanado, de forma que mientras algunos tienen el placer de atravesar el mundo sobre un carril, otros tienen la desgracia de ser atravesados por un riel. Y cuando arrollan a un sonámbulo, un durmiente supernumerario en posición errónea, es decir, vertical, y le despiertan, inmediatamente detienen los vagones y se escuchan las protestas y los gritos, como si se tratara de un accidente excepcional. Me alegra haber averiguado que hace falta una cuadrilla de hombres cada cinco millas para mantener las traviesas niveladas, en sus respectivos lechos, pues es un signo de que podrían levantarse.

¿Por qué debemos vivir con tanta prisa y desperdiciando nuestras vidas? Estamos decididos a morir de hambre antes que a estar hambrientos. Los hombres dicen que una puntada a tiempo evita nueve, y así dan mil puntadas hoy para evitar nueve mañana. En cuanto al *trabajo*, no tenemos ninguno importante. Padecemos el baile de San Vito y no somos capaces de mantener la cabeza quieta y centrada. Si diera unos cuantos tirones a la cuerda de la campana de la parroquia, como para alertar de un incendio, es decir, sin volcar la campana, dudo de que hubiera un

[30] En inglés la palabra *sleeper* quiere decir tanto «traviesa» como «durmiente». Thoreau utiliza este doble sentido, intraducible en nuestro idioma, para aludir a la entumecida y humillante situación de las clases bajas y trabajadoras.

solo hombre en su granja a las afueras de Concord o un chico, o una mujer, que, a pesar de la presión de sus compromisos, que le sirvieron de excusa varias veces esta misma mañana, no abandonara todo lo que estuviera haciendo en ese momento y acudiera a la llamada, no tanto por salvar algún bien de las llamas, sino, seamos sinceros, por verlos arder, ya que merecen ser quemados, y nosotros, sabedlo bien, no los incendiamos[31], o para ver cómo apagan el fuego, o para echar una mano siempre que resulte vistoso; así ocurriría aunque se tratara de la mismísima iglesia parroquial. Es raro el hombre que duerme una siesta de media hora después de la comida y al despertarse no pregunta: «¿Qué hay de nuevo?», como si el resto de la humanidad se hubiera quedado montando guardia. Algunos incluso indican que se les despierte cada media hora, sin otro fin, no cabe duda, y luego, como compensación, cuentan lo que han soñado. Tras una noche repleta de sueños, las noticias son tan indispensables como el desayuno. «Por favor, contadme las novedades que afectan al hombre en cualquier rincón del globo», y mientras toma el café y unos bollos, lee que a un hombre le sacaron los ojos en el río Wachito, sin darse cuenta de que vive en la impenetrable oscuridad de la cueva del mamut[32] de este mundo, y que no tiene más que el rudimento de unos ojos[33].

Por mi parte, podría arreglármelas fácilmente sin correo[34]. Creo que es un medio por el que se hacen muy pocas comunicaciones importantes. Hablando críticamente, diré que en toda mi vida no he recibido más que una o dos cartas —escribí esto hace unos años— que valieran su franqueo. El correo a un penique es una institución que permite ofrecer seriamente a un hombre ese penique a cambio de sus pensamientos, lo que a menudo sólo se propone

[31] Durante un *picnic* con Thoreau que tuvo lugar a las afueras de Concord, Edward Hoar incendió accidentalmente un bosque y se quemaron más de trescientas hectáreas. Si bien Thoreau no fue en ningún sentido responsable, el acontecimiento no hizo sino aumentar su reputación de cero a la izquierda entre sus conciudadanos, que lo apodaron «el quemabosques» durante un buen tiempo.

[32] Thoreau hace alusión a un célebre lugar turístico del s. XIX: Mammouth Cave, en Kentucky, convertido en parque nacional en 1941.

[33] Los peces que habitan Mammouth Cave son ciegos, tienen, por tanto, sólo «el rudimento de unos ojos».

[34] Si bien, según el periodista de la época Franklin Sanborn, pocos hombres pasaban tanto tiempo en la oficina de correos de Concord como Thoreau.

sin peligro en broma[35]. Estoy seguro de que nunca he leído una noticia memorable en un periódico. Si leemos que han robado o asesinado a un hombre, o que ha muerto por accidente, o que se ha quemado una casa, o que ha embarrancado un barco, o que ha explotado un vapor, o que el Western Railroad ha atropellado a una vaca, o que ha muerto un perro rabioso, o que ha habido una plaga de langostas en invierno, ya no necesitamos leer más. Una noticia es bastante. Si habéis entendido la estructura, ¿para qué querríais una miríada de ejemplos y aplicaciones? Para un filósofo, todas las *noticias*, como se las llama, son chismes, y los que las editan y las leen son viejecitas reunidas para tomar el té con sus pastas. Sin embargo, no son pocos los golosos. Por lo que he oído, hace unos días hubo tal jaleo en unas oficinas para conocer las noticias llegadas del extranjero que se rompieron varios escaparates del establecimiento a causa del agolpamiento. Noticias que, por lo demás, pienso seriamente que alguien ingenioso puede escribir con suficiente exactitud doce meses o doce años antes. Por ejemplo, pensemos en España: si usted sabe cómo insertar en las proporciones justas a don Carlos y a la Infanta[36], y a don Pedro y Sevilla y Granada[37] —estos nombres pueden haber cambiado mínimamente desde la última vez que leí un periódico—, y ofrecer una corrida de toros a falta de otras diversiones, resultará verídico a la letra y nos dará una idea tan buena acerca del estado exacto y ruinoso de las cosas de España como los informes más concisos y claros que aparecen al respecto en los periódicos. Y respecto a Inglaterra, el último breve de noticias de cierta relevancia fue la revolución de 1649[38], y si habéis estudiado un poco la historia de sus promedios anuales de cosechas, no tendréis que prestarle mayor atención, a menos que vuestras especulaciones sean de

[35] Se trata del sistema de estampillas con tarifa única aplicado en el Reino Unido desde 1840, que popularizó la famosa expresión: «Un penique por tus pensamientos», que literalmente significaría: «¿En qué piensas?».

[36] Don Carlos (1788 – 1855), hermano de Fernando VII, cuya hija Isabel (1830 – 1904) sería coronada en 1833.

[37] Pedro I de Castilla (1334 – 1369), que venció a Abu Said Muhammad VI (1332 – 1362), sultán de Granada.

[38] La Revolución inglesa que abarca desde 1642 hasta 1649, que da lugar al protectorado de Oliver Cromwell y reemplaza temporalmente a la monarquía británica.

carácter puramente pecuniario. Si un hombre que rara vez lee los periódicos puede expresar su punto de vista, diría que nada nuevo ocurre nunca en el extranjero, y una revolución francesa no sería la excepción.

¡Noticias! ¡Cuánto más importante es conocer lo que nunca envejece! «Kieou-he-yu (gran dignatario del estado de Wei) envió un hombre a Khoung-tseu para conocer sus noticias. Khoung-tseu pidió al mensajero que se sentara a su lado y le preguntó en estos términos: "¿Qué hace tu amo?". El mensajero contestó con respeto: "Mi amo desea disminuir el número de sus faltas, pero no lo consigue". Tras marcharse el mensajero, el filósofo observó: "¡Qué digno mensajero!"»[39]. El predicador, en lugar de cansar los oídos de los granjeros soñolientos en su día de descanso al final de la semana —porque el domingo es la conclusión adecuada de una semana malgastada y no el fresco y alentador comienzo de una nueva—, con su enésimo sermón sobre alguna mujer mal vestida, debiera gritar con voz tronante: «¡Alto! ¡Basta!... ¿A cuento de qué esta aparente prisa, si sois mortalmente lentos?».

Las imposturas y los engaños se presentan como las verdades más sólidas, mientras que la realidad resulta fabulosa. Si los hombres observaran tan sólo lo real y no se dejaran engañar, la vida, comparada con las cosas que conocemos, se parecería a un cuento de hadas y a *Las mil y una noches*. Si respetáramos sólo lo que es inevitable y tiene derecho a existir, la música y la poesía resonarían por las calles. Cuando andamos sin prisa y con sensatez, percibimos que sólo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta, que los pequeños temores y los placeres despreciables no son sino sombra de la realidad. Esta constatación es siempre regocijante y sublime. Al cerrar los ojos, adormeciéndose y consintiendo en ser engañados por las apariencias, los hombres establecen y confirman su vida diaria de rutina y costumbre en todas partes, la cual se edifica, además, sobre bases puramente ilusorias. Los niños, que juegan a la vida, disciernen mejor su verdadera ley y sus relaciones, con más claridad que los hombres, que no logran vivirla dignamente pero se consideran más sensatos gracias

[39] Comentario de Confucio que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

a su experiencia, es decir, a sus fracasos. He leído en un libro hindú que «el hijo de un rey, tras ser expulsado en su infancia de su ciudad natal, fue criado por un hombre de los bosques, y una vez llegó a la madurez en ese estado, pensó que pertenecía a la raza salvaje con la que vivía. Pero uno de los ministros de su padre lo encontró y le reveló quién era en realidad, y de esta forma se corrigió el falso concepto que tenía de sí mismo y supo que era un príncipe. El alma —continúa el filósofo hindú— equivoca así la imagen que tiene de sí misma de acuerdo a las circunstancias en que se halla, hasta que algún maestro divino le revela la verdad, y entonces sabe que es *brahma*»[40]. Constato que nosotros, habitantes de Nueva Inglaterra, vivimos esta vida mezquina porque nuestra visión no atraviesa la superficie de las cosas. Creemos que *es* lo que *parece ser.* Si un hombre caminara por esta ciudad y viera sólo la realidad, ¿qué creéis que vería en el Mill-dam[41]? Si nos hiciera luego un resumen de las realidades que hubiera contemplado aquí, no reconoceríamos el lugar. Mirad la casa de reuniones, el tribunal, la cárcel, una tienda o una vivienda, y si decís lo que son realmente para una mirada honesta, se harán añicos ante vuestros ojos. Los hombres estiman remota la verdad, a las afueras del sistema solar o detrás de la estrella más lejana, antes de Adán y después del último hombre. En la eternidad hay realmente algo verdadero y sublime. Pero todos esos tiempos y lugares y ocasiones existen aquí y ahora. Dios mismo se realiza en el momento presente y nunca será más divino en ningún otro tiempo. Y podemos percibir todo lo que es sublime y noble tan sólo mediante la perpetua instilación e infiltración de la realidad que nos rodea. El universo responde constante y obedientemente a nuestras ideas; viajemos con rapidez o lentitud, el camino está abierto para nosotros. Por lo tanto, pasemos nuestras vidas trazándolo. El poeta o el artista nunca han tenido un designio tan bello y noble que la posteridad no haya podido encontrar a alguien que pudiera llevarlo a cabo.

[40] Cita del *Samkhia kárika*, el texto más antiguo conocido de la doctrina hinduista, en el original en la traducción de Henry Thomas Colebrooke (1765 – 1837).

[41] El Mill-dam era el molino, a partir del cual se origina la ciudad, y uno de los principales puntos de encuentro de Concord.

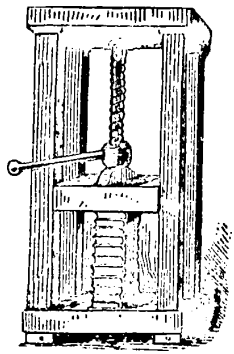
Pasemos un día de forma deliberada, como lo hace la naturaleza, sin permitir que una cáscara de nuez o el ala caída de un mosquito nos hagan descarrilar. Levantémonos temprano, ayunemos o desayunemos, de forma agradable y tranquila; dejemos que la compañía venga y vaya, que las campanas tañan, que los niños alboroten, y sigamos determinados a hacer de todo esto un día. ¿Por qué habríamos de someternos y seguir la corriente? Que no nos perturben esos terribles rápidos y remolinos que llamamos comida, situados en las aguas poco profundas del mediodía. Sortead este peligro y estaréis a salvo, porque el resto del día es cuesta abajo. Con los músculos tensos por el vigor matutino, atravesadlo mirando hacia otro lado, atados a un mástil como Ulises[42]. Si la locomotora silba, pues que silbe hasta quedar afónica. Si la campana tañe, ¿por qué habríamos de correr? Pensemos en la naturaleza de esa música. Fijémonos un objetivo y trabajemos y hundamos nuestros pies en el barro y fango de la opinión, los prejuicios, la tradición, el engaño y la apariencia, en ese aluvión que cubre el globo, de París a Londres, de Nueva York a Boston y a Concord, en la Iglesia y el Estado, en la poesía, la filosofía y la religión, y lleguemos así hasta un suelo duro y rocoso que podamos llamar *realidad*, y del que podamos decir: esto, sin duda, es; y entonces, desde este *point d'appui*[43] bajo las crecidas, el hielo y el fuego, ocupemos un lugar donde podamos elevar unas paredes o un Estado, o colocar con seguridad un farol, o instalar un aforador, no un Nilómetro[44], sino un Realímetro, para que las futuras generaciones puedan saber hasta dónde llegaron las crecidas de las apariencias y las imposturas. Si os enfrentáis cara a cara con un hecho, veréis brillar el sol en sus dos caras, como si fuera una cimitarra, y sentiréis que su suave filo os parte en dos el corazón y la medula, y así acabaréis felizmente vuestra carrera mortal. Sea vida o sea muerte, sólo queremos la realidad. Si realmente nos estamos muriendo, oigamos el estertor de nuestra garganta y sintamos frío en las extremidades; pero si estamos vivos, ocupémonos de lo nuestro.

[42] En la *Odisea* Ulises se hace atar a un mástil para no saltar al agua atraído por los cantos de las sirenas y caer víctima de ellas.

[43] «Punto de apoyo», en francés en el original.

[44] Construcciones escalonadas o pozos que tenían la función de medir el nivel de las aguas del río Nilo.

El tiempo sólo es el río al que voy a pescar. Bebo en él; pero mientras bebo veo el lecho arenoso y constato su poca profundidad. Su débil corriente se desliza a lo lejos, pero la eternidad permanece. Querría beber en lo profundo, y pescar en el cielo, en un fondo pedregoso repleto de estrellas. No puedo contar hasta uno. No conozco la primera letra del alfabeto. Siempre he lamentado no ser tan sabio como lo fui el día en que nací. La inteligencia es una cuchilla: discierne y abre su camino en el secreto de las cosas. No deseo tener mis manos más ocupadas de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento concentradas en ella mis mejores facultades. Mi instinto me dice que mi cabeza es un órgano excavador, como lo son los hocicos y las patas delanteras de algunos animales, y ella me servirá para minar y horadar mi camino a través de estas colinas. Creo que el filón más rico se halla en los alrededores; me fio de la varita mágica y de los finos vapores que se elevan desde la tierra, y aquí comenzaré a excavar.



Con un poco más de premeditación a la hora de elegir sus ocupaciones, todos los hombres tal vez se convirtiesen en personas fundamentalmente estudiosas y observadoras, ya que, sin lugar a dudas, todos se interesan por su naturaleza y su destino. Al acumular propiedades, para nosotros o nuestros herederos, fundando una familia o un Estado, o incluso al adquirir fama, nos hacemos mortales; pero cuando tratamos con la verdad, somos inmortales y no hemos de temer cambio ni accidente. El más antiguo de los filósofos, egipcio o hindú, levantó un pico del velo de la estatua de la divinidad, y aún hoy esa tela temblorosa se mantiene alzada y la gloria que yo contemplo es tan inédita como la que él descubrió, pues fui yo en él quien fue entonces tan audaz y es él en mí quien ahora vuelve a tener esa visión. El polvo no se ha posado sobre esa tela, el tiempo no ha transcurrido desde que esa divinidad fue revelada. Ese tiempo que nosotros mejoramos, o que es mejorable, no es ni pasado, ni presente, ni futuro.

Tanto para ejercitar el pensamiento como para leer con seriedad, mi residencia era más adecuada que cualquier universidad y, aunque demasiado alejada de las ventajas de una biblioteca de préstamo ordinaria[1], estuve más que nunca expuesto a la influencia de esos libros que circulan por el mundo, cuyas sentencias fueron escritas primero en las cortezas de los árboles, y que ahora tan sólo rara vez llegan hasta el papel de hilo. Como dijo el poeta Mîr Camar Uddîn Mast: «Estar sentado y recorrer las regiones del mundo espiritual, ésta es la ventaja que he encontrado en los libros. Emborracharme con un solo vaso de vino; he experimentado este placer bebiendo el licor de las doctrinas esotéricas»[2]. Tuve sobre mi mesa durante todo el verano la *Ilíada* de Homero[3], pero no pude pasar de ojearla. El incesante trabajo manual al principio, ya que tenía que terminar mi casa y plantar mis judías al mismo tiempo, no me permitió dedicar más tiempo al estudio. Sin embargo, mantuve la esperanza de abordar su lectura en un futuro inmediato. Entre un trabajo y otro leí uno o dos libros de viajes bastante frívolos, hasta que esa ocupación hizo que me avergonzara de mí mismo y me preguntara dónde vivía *yo*.

El estudiante puede leer a Homero o a Esquilo en griego sin riesgo de abandonarse a la disipación o a la voluptuosidad, ya que esas lecturas implican que en cierta medida emula a sus héroes y dedica a sus páginas las horas matutinas. Los libros heroicos, aunque estén impresos en los caracteres de nuestra lengua materna, siempre estarán en una lengua muerta para tiempos degenerados, y tendremos que buscar trabajosamente el significado de cada palabra y cada verso, conjeturando un sentido más amplio del que autoriza el uso común si atendemos a nuestra sabiduría, nuestro valor y nuestra generosidad. La imprenta moder-

[1] La primera biblioteca pública de Concord se abrió en 1851, pocos años después de que Thoreau concluyera su experimento de vida en los bosques. Sin embargo, tras finalizar sus estudios conservó el privilegio de utilizar la biblioteca de Harvard. Igualmente, The Concord Social Library daba acceso a su biblioteca, eso sí, tras el pago de una inscripción.

[2] Poeta persa del s. XVIII, muerto probablemente en Calcuta en 1793. En el original, la traducción la realiza Thoreau desde un ejemplar de la *Histoire de la littérature hindou et hindoustani* de Joseph H. S. V. Garcin de Tassy.

[3] Un ejemplar en griego y otro en inglés con la traducción del poeta Alexander Pope (1688 – 1744).

na, barata y fértil, con todas sus traducciones, poco ha rendido a la hora de acercarnos a los heroicos escritores de la Antigüedad. Ellos parecen tan solitarios como antes, y las letras en que están impresos más raras y curiosas que nunca. Vale la pena gastar días de juventud y horas costosas aunque sólo aprendáis unas pocas palabras de una lengua antigua que se elevan sobre la trivialidad de la calle y se convierten en perpetuas sugerencias y estímulos. No en vano el granjero recuerda y repite las pocas palabras en latín que ha oído. A veces los hombres se expresan a favor de que el estudio de los clásicos deje por fin paso a otro tipo de estudios, más modernos y prácticos, pero el estudiante aventurero leerá siempre a los clásicos, cualquiera que sea la lengua en que estén escritos y por muy antiguos que sean. Al fin y al cabo, ¿qué son los clásicos sino el registro de los mejores pensamientos de los hombres? Son los únicos oráculos que no han envejecido, y en ellos se encuentran respuestas a las preguntas más modernas, que ni Delfos ni Dodona podrían proporcionarnos. De igual forma, podríamos dejar de estudiar la naturaleza con el pretexto de que ha envejecido. Leer bien, es decir, leer verdaderos libros con un espíritu verdadero, es un noble ejercicio, que atareará al lector mucho más que cualquier otro de los estimados por las costumbres de la época. Requiere un entrenamiento similar al de los atletas, la firme dedicación de casi toda una vida a este objetivo. Los libros deben ser leídos tan reflexiva y reservadamente como han sido escritos. No es suficiente conocer la lengua de la nación en la que fueron escritos, porque existe una diferencia memorable entre la lengua hablada y la escrita, entre el idioma oído y el idioma leído. La primera es normalmente transitoria, un sonido, un habla, meramente un dialecto, casi salvaje, y lo aprendemos inconscientemente, como bestias, de nuestras madres. La segunda es la madurez y la experiencia de la primera; si aquélla es nuestra lengua materna, ésta es nuestra lengua paterna, una expresión reservada y selecta, demasiado cargada de sentido para ser escuchada por el oído, y para hablarla necesitaríamos nacer de nuevo[4]. Todos aquellos hombres que en la Edad Media sólo *hablaban* el griego y

[4] Alusión a Juan 3, 3: «Le respondió Jesús: "De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios"».

el latín no tenían derecho, vistas las circunstancias de su nacimiento, a *leer* las obras de genio escritas en esas lenguas, porque éstas no estaban escritas en el griego o el latín que ellos conocían, sino en la lengua selecta de la literatura. Aquellos hombres no habían aprendido los dialectos más nobles de Grecia y Roma, y los propios materiales sobre los que estaban escritas eran papel mojado para ellos, y por el contrario ensalzaron una barata literatura contemporánea. Sin embargo, cuando las diversas naciones europeas adquirieron sus propias, aunque rudas, lenguas escritas, suficientes para los propósitos de sus nacientes literaturas, renació por primera vez el saber y los eruditos fueron capaces de discernir desde esa distancia los tesoros de la Antigüedad. Lo que la multitud romana y griega no pudo *oír*, fue *leído* por unos pocos eruditos muchos siglos después, y hoy siguen leyéndolo otros pocos.

Por mucho que admiremos los ocasionales resplandores de elocuencia del orador, las más nobles palabras escritas se encuentran, por lo general, tan lejos, ya sea detrás o por encima, de la efímera lengua hablada como se halla tras las nubes el firmamento con sus estrellas. *Allí* están las estrellas, y algunos son capaces de leerlas. Los astrónomos hablan de ellas y las observan. No son exhalaciones, como nuestras conversaciones cotidianas y nuestro aliento vaporoso. Lo que se llama elocuencia en el foro suele ser retórica en el estudio. El orador se entrega a la inspiración de una ocasión pasajera y habla a la muchedumbre que tiene ante él, a aquellos que pueden *oírle*, pero el escritor, cuya ocasión es una vida regular y que se distraería con el acontecimiento y la muchedumbre que inspiran al orador, habla a la inteligencia y al corazón de la humanidad, a todos los que en cualquier época pueden *entenderle*.

No debe asombrarnos que Alejandro llevara consigo la *Ilíada* dentro de un precioso estuche durante sus expediciones. Una palabra escrita es la más selecta de las reliquias. Es algo íntimo para nosotros y, a la vez, más universal que ninguna otra obra de arte. Es la creación artística más cercana a la propia vida. Puede ser traducida a todos los idiomas, y no sólo leída, sino también realmente exhalada por todos los labios humanos; no sólo representada en el lienzo o en el mármol, sino también esculpida con el aliento mismo de la vida. El símbolo del pensamiento de un hombre antiguo se convierte en el discurso de un hombre moderno. Dos mil vera-

nos han conferido a los monumentos de la literatura griega, lo mismo que a sus mármoles, sólo un dorado tinte más maduro y otoñal, porque han extendido por toda la tierra su propia atmósfera serena y celestial para protegerlos de la corrosión del tiempo. Los libros son la riqueza atesorada del mundo y la adecuada herencia de generaciones y naciones. Los libros, los más antiguos y mejores, perduran natural y legítimamente en los estantes de cada casa de campo. No tienen su propia causa por la cual abogar, pero mientras iluminen y mantengan al lector, su sentido común no los rechazará. Sus autores son la aristocracia natural e irresistible de cualquier sociedad, y ejercen en la humanidad una influencia mayor que la de los reyes o los emperadores. Cuando un comerciante ignorante y quizá despreciativo ha obtenido con riesgo y trabajo su anhelada independencia y su tiempo libre, y es admitido en los círculos de la riqueza y de la moda, al final se vuelve invariablemente hacia aquellos aún más elevados e inaccesibles círculos de la inteligencia y el genio, y tan sólo entonces es sensible a las imperfecciones de su cultura y a la vanidad e insuficiencia de sus riquezas, y da prueba de su sensatez por los esfuerzos que realiza asegurando para sus hijos esa educación intelectual cuya carencia tanto le pesa, y de esta forma se convierte en fundador de una familia.

Quienes no han aprendido a leer a los clásicos antiguos en la lengua en que fueron escritos tienen un conocimiento muy imperfecto de la historia de la raza humana, porque es notorio que estos autores no han sido transcritos a ninguna lengua moderna, a menos que consideremos nuestra propia civilización como su transcripción. Homero nunca ha sido impreso en inglés, ni Esquilo, ni siquiera Virgilio, cuya obra es tan refinada, tan sólida y tan bella como la mañana misma; porque los escritores posteriores, se diga lo que se diga de su genio, rara vez han igualado, si alguna vez lo han hecho, la elaborada belleza, la forma perfecta y la heroica tarea literaria de toda una vida que caracteriza a los antiguos. Sólo hablan de olvidarlos quienes nunca los han conocido. Pero el tiempo de ese olvido llegará cuando poseamos el saber y el genio que nos permitan tratar por fin con ellos y apreciarlos. El futuro será un tiempo de verdadera abundancia en tanto todas esas reliquias que llamamos Clásicos, así como las Escrituras de las naciones, aún más antiguas y clásicas pero menos conocidas todavía,

colmen la gran biblioteca vaticana de Vedas, Zendavestas[5] y Biblias, de Homeros, Dantes y Shakespeares, y todos los siglos venideros depositen sucesivamente sus trofeos en el foro del mundo. Esa pila nos permitirá al fin escalar hasta el cielo.

Las obras de los grandes poetas jamás han sido leídas por la humanidad, pues sólo los grandes poetas pueden leerlas. Han sido leídas únicamente como la multitud lee las estrellas, desde un punto de vista astrológico y no astronómico. La mayoría de los hombres ha aprendido a leer para servir a una conveniencia mezquina, como ha aprendido a usar los números para llevar las cuentas y no ser engañada en su negocio; pero de la lectura, como ejercicio noble e intelectual, poco o nada saben. En el sentido elevado del término, la lectura no es un arrullo lujoso en el que las facultades más nobles se duermen, sino, por el contrario, lo que nos mantiene alerta y nos exige nuestras horas más despiertas.

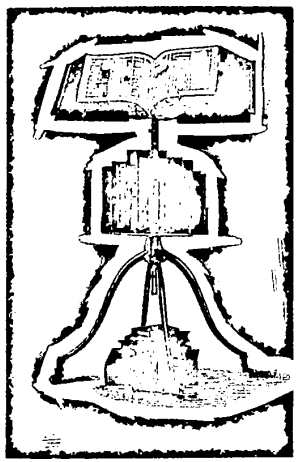
A este respecto, creo que, tras aprender las letras, debiéramos leer lo mejor de la literatura, y no pasarnos la vida repitiendo que la *b* con la *a* hace *ba* y otras construcciones monosilábicas, sentados siempre en las primeras filas de los bancos de la escuela[6]. La mayoría de los hombres está satisfecha con saber leer o con poder escuchar a alguien que lee; muchos sólo han prestado oído a la sabiduría de un buen libro, la Biblia, y durante el resto de sus vidas se dedican a vegetar o a desperdiciar sus facultades con lo que llaman *lecturas fáciles*. En la biblioteca ambulante que pasa por nuestra ciudad hay una obra en varios volúmenes titulada *Little Reading*[7], que en un primer momento pensé que trataría sobre la ciudad del mismo nombre, en la que nunca he estado[8]. Hay quienes, como cormoranes y avestruces, pueden digerir este tipo de cosas, incluso después de un atracón de carne y verduras,

[5] También conocido como Avesta, es una colección de textos sagrados de la antigua Persia, pertenecientes a la religión zoroastriana y redactados en avéstico.

[6] Antiguamente, en las escuelas de clase única los alumnos más jóvenes se sentaban en los primeros bancos.

[7] Literalmente «pequeña lectura». Se trata de una antología de extractos de la literatura clásica y moderna publicada en Nueva York en 1827. El subtítulo del libro indica que su objetivo es instruir al lector, a través, fundamentalmente, de las Sagradas Escrituras.

[8] Thoreau se refiere a la ciudad de Reading, Massachusetts, unas veinte millas al este de Concord.



«No creo que sea cierto lo que De Quincey dice de sí mismo: que lee en griego con tanta facilidad y de manera tan constante como muchos otros hacen en francés. El asesino siempre acaba por ser descubierto, al igual que las lecturas de un hombre, y en los escritos de este autor la cantidad de referencias a la literatura griega no se corresponde en absoluto con esa declaración».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 9 de noviembre de 1851

porque no toleran que nada se desperdicie. Otros son las máquinas que proveen este forraje, ellos son las máquinas que lo leen. Leen la enésima versión de la historia de Zabulón y Sofronia[9], y de cómo se amaron como nadie antes se amó, aunque el curso de su amor verdadero nunca corriera apaciblemente, más bien corrió, tropezó, cayó, se levantó y continuó... hasta que el pobre desgraciado subió a la torre, cuya aguja más le valdría no haber alcanzado, y entonces, tras dejarlo allí encaramado sin que hubiera necesidad, el feliz novelista decide tocar la campana para que todo el mundo acuda y pueda ver, ¡oh, Dios mío!, cómo consigue bajar de nuevo. Por mi parte, creo que harían mejor en metamorfosear a todos esos aspirantes a héroes del reino universal de la novela en hombres-veleta, tal como se disponía a los héroes en las constelaciones, y en dejarlos allí girando hasta que se oxidaran, para que no bajaran a molestar a los hombres honrados con sus chanzas. La próxima vez que el novelista toque la campana no me moveré, aunque salga ardiendo la iglesia. «*Los brincos de Pie Ligero*, un romance de la Edad Media, del célebre autor de *Tra-la-la*, *Tra-la-li*, venta por fascículos mensuales, gran demanda, no acudan todos hoy mismo». Leen todo esto con ojos como platos, inmenso buche y curiosidad primitiva, sin necesidad de matices ni sutilezas, como hace un escolar de cuatro años con su edición de dos centavos y cubierta dorada de la *Cenicienta*, sin progresos apreciables en la pronunciación, la entonación, el énfasis o la reflexión sobre la moraleja. El resultado es una mirada embotada, un flujo vital estancado y un desmayo general con pérdida de todas las facultades intelectuales. Esta especie de pan de jengibre se cocina diariamente en casi todos los hornos, y desde luego con mayor asiduidad que el pan de puro trigo o el de centeno y maíz, y encuentra un mercado mucho más amplio.

Los mejores libros ni siquiera los leen los así llamados buenos lectores. ¿Cuánta cultura hay en Concord[10]? En esta ciudad, salvo

[9] De la Biblia, Zabulón fue el sexto hijo de Jacob y Lea.

[10] Para el estándar de la época, lo cierto es que en Concord había mucha cultura, si se tiene en cuenta que muchos de sus ciudadanos más destacados estaban licenciados en Harvard y el Lyceum, institución cultural de la que más adelante hablará Thoreau (véase nota 13 en este mismo capítulo), funcionaba desde 1826. Sin embargo, Thoreau ambiciona sin duda una noción mucho más trascendental de la cultura.

raras excepciones, no hay la menor inclinación por los mejores libros, o por aquéllos realmente buenos, de la literatura inglesa, cuyas palabras todos pueden pronunciar y deletrear. Incluso aquellos hombres con formación universitaria y educados, según se dice, de forma liberal, aquí y en cualquier otra parte, tienen en realidad poco o ningún contacto con los clásicos ingleses. Y en cuanto a la sabiduría registrada de la humanidad, los clásicos antiguos y las Biblias, que están al alcance de todos los que quieren conocerlos, apenas nos hemos esforzado en tener trato con ella. Conozco a un leñador de mediana edad que recibe un periódico francés, pero no por estar informado, pues según me dice él está por encima de eso, sino «para mantenerse en forma», pues es canadiense de nacimiento; y cuando le pregunto qué cree que es lo mejor que puede hacer en este mundo, me dice que, aparte de eso, conservar y enriquecer su inglés. Esto es, más o menos, lo que hacen quienes han sido educados en una universidad, o querrían llegar a hacer, y por esta razón reciben un periódico inglés. Alguien que acabe de leer uno de los mejores libros ingleses, ¿a cuántas personas encontrará con las que hablar de ello? O supongamos que acaba de leer un clásico griego o latino en su lengua original, cuyos elogios resultarían familiares incluso para el ignorante; no encontrará a nadie con quien conversar al respecto y tendrá que guardar silencio. En realidad, difícilmente se encuentra a un solo profesor en nuestras universidades que domine por igual las dificultades de la lengua y las del humor de un poeta griego, y que muestre cierto entusiasmo para comunicárselas al lector heroico y atento; y en lo que respecta a las Sagradas Escrituras o Biblias de la humanidad, ¿quién podría decirme en esta ciudad tan siquiera sus títulos? La mayoría de los hombres ignora que alguna otra nación, aparte de la hebrea, haya tenido alguna Escritura. Un hombre, cualquier hombre, se apartará considerablemente de su camino para recoger un dólar de plata, mientras aquí hay palabras de oro que han expresado los hombres más sabios de la Antigüedad y cuyo valor nos ha sido confirmado por los sabios de cada generación sucesiva. Sin embargo, sólo aprendemos a leer la *Easy Reading*[11], las cartillas escolares

[11] Literalmente, «Lectura fácil», y alusión al libro *Easy Reading for Little Folks* («Lecturas fáciles para los más jóvenes», publicado en Boston, sin fecha).

y los libros de texto y, cuando dejamos la escuela, el *Little Reading* y libros de cuentos para muchachos y principiantes. Nuestra lectura, nuestra conversación y nuestros pensamientos se hallan en un nivel muy bajo, digno tan sólo de pigmeos y muñecos.

Aspiro a tratar con hombres más sabios que los que ha producido esta tierra nuestra de Concord, cuyos nombres apenas se conocen aquí. ¿O debería oír el nombre de Platón y no leer nunca su obra? Como si Platón fuera mi conciudadano y nunca lo hubiera visto, o como si fuera mi vecino y nunca hablara con él ni estuviera atento a la sabiduría de sus palabras. ¿Qué ocurre entonces exactamente? Que sus diálogos, que contienen lo que resulta inmortal en él, están en un estante ahí al lado y aún no los he leído. Estamos mal alimentados, somos vulgares e ignorantes, y a este respecto confieso que no hago una gran distinción entre el analfabetismo de los que no pueden leer absolutamente nada y la ignorancia de aquellos que han aprendido a leer sólo lo que resulta apropiado para niños e inteligencias débiles. Debiéramos ser tan grandes como los grandes hombres de la Antigüedad, pero sabiendo de antemano lo grandes que fueron ellos. Somos una raza de enanos y nuestros vuelos intelectuales no se elevan por encima de las columnas de los periódicos.

No todos los libros son tan planos como sus lectores. Es probable que en ellos haya palabras dirigidas exactamente a nuestra situación, que si pudiéramos de verdad oír y entender, serían más saludables para nuestras vidas que la mañana o la primavera, y posiblemente conferirían un nuevo aspecto a la apariencia de las cosas. Más de un hombre ha iniciado una nueva época de su vida a partir de la lectura de un libro. Quizá exista el libro que explique nuestros milagros y nos revele otros nuevos. Aquello que hasta el momento nos ha resultado indecible, podríamos encontrarlo enunciado en algún lugar. Esas mismas preguntas que nos perturban, intrigan y desconciertan se les ocurrieron a su debido tiempo a todos los sabios; ninguna fue omitida y cada uno de ellos las respondió de acuerdo a sus habilidades, sus palabras y su vida. Más aún: a través de la sabiduría aprenderemos a ser generosos. El jornalero solitario en su granja a las afueras de Concord, que ha vivido su segundo nacimiento y su peculiar experiencia religiosa y que cree verse empujado por su fe hacia una gravedad silenciosa y una arisca soledad, puede pensar que esto no es cierto;

pero Zoroastro[12], hace miles de años, recorrió el mismo camino y tuvo una experiencia idéntica a la suya, si bien el sabio supo que ésta era de carácter universal y trató a sus vecinos en consecuencia, y se dice que inventó y estableció el culto entre los hombres. Que nuestro desgraciado jornalero comulgue humildemente con Zoroastro y, gracias a la influencia liberadora de todos los grandes hombres, incluido el propio Jesucristo, que «nuestra Iglesia» se vaya al traste.

Estamos orgullosos de vivir en el siglo XIX y de progresar más rápido que ninguna otra nación. Pero considerad lo poco que hace esta ciudad por su propia cultura. No quiero elogiar a mis conciudadanos, ni ser elogiado por ellos, ya que eso no nos hará avanzar. Necesitamos que nos provoquen y aguijoneen como a bueyes, que eso somos, para ponernos al trote. Poseemos un sistema relativamente decente de escuelas públicas, destinadas en exclusiva a los niños, pero salvo el Lyceum[13], prácticamente desierto en invierno, y la próxima apertura de una exigua biblioteca sugerida por el Estado, no poseemos ninguna escuela para nosotros mismos. Antes gastamos en cualquier artículo de aislamiento o alimento corporal que en aquel que pueda alimentar nuestras mentes. Es hora de que junto a las escuelas públicas usuales surjan otras inusuales en las que continuemos nuestra formación como hombres y mujeres. Es hora de que las ciudades sean universidades, y de que sus ciudadanos adultos dispongan de tiempo libre —si su posición lo permite— para continuar durante el resto de sus vidas los estudios liberales. ¿Habrá siempre en el mundo un solo París y un solo Oxford? ¿No podrán los estudiantes ser alojados y obtener una educación liberal bajo los cielos de Concord? ¿No podremos contratar jamás a un Abelardo[14] para que imparta clase aquí? Así, entre que damos el forraje a los animales y atendemos el almacén, nos vemos

[12] Nombre griego de Zaratustra, profeta fundador del mazdeísmo o zoroastrismo.

[13] El Lyceum era un movimiento que promovía la educación de los adultos en los estados del Norte y el Este a través de una red informal de salas instaladas en escuelas, iglesias y edificios públicos, en las cuales se impartían conferencias sobre historia, política, arte, botánica, etc. El Lyceum de Concord fue creado en 1828 y por él pasaron los principales intelectuales y escritores de Nueva Inglaterra.

[14] Pedro Abelardo (1079 – 1142), teólogo, filósofo y profesor francés que impartió clase en la Universidad de París.

privados de la escuela durante un tiempo demasiado largo y nuestra formación se ve tristemente descuidada. En este país, la ciudad debería ocupar en ciertos aspectos el puesto que tuvo el noble en Europa. Debiera ser el mecenas de las bellas artes. Es suficientemente rica. Le hace falta tan sólo magnanimidad y refinamiento. Puede gastar todo el dinero necesario en cosas que los granjeros y los comerciantes valoran, pero se considera una Utopía[15] que se gaste en cosas cuyo valor es muy superior a juicio de los hombres más inteligentes. Esta ciudad se ha gastado diecisiete mil dólares en un edificio para el ayuntamiento, gracias a la política o a la fortuna, pero no es probable que a lo largo de los próximos cien años gaste una cantidad parecida en inteligencia viva, la única carne que debería habitar esa concha. Los ciento veinticinco dólares que cuesta la suscripción anual para el Lyceum durante el invierno están mejor gastados que ninguna otra cantidad invertida en esta ciudad. Si vivimos en el siglo XIX, ¿por qué no habríamos de disfrutar de las ventajas que nos ofrece el siglo XIX? ¿Por qué deberíamos llevar una vida tan provincial? Si nos interesan los periódicos, ¿por qué no eliminamos los chismes sobre la vida en Boston y nos quedamos con el mejor periódico del mundo? —y de paso intentamos que aquí en Nueva Inglaterra se deje de mamar de esas ubres para «familias neutras»[16] y de hojear el *Olive Branch*[17]—. Interesémonos por las declaraciones hechas por todas las sociedades cultas y veamos si saben algo. ¿Por qué habríamos de confiar la selección de nuestras lecturas a Harpers & Brothers y a Redding & Co.[18]? Si el noble de gustos cultivados se rodea de todo aquello que nutre su cultura —genio, saber, buen juicio, libros, pinturas, estatuas, música, instrumentos filosóficos[19] y demás—, otro tanto debe hacer la ciudad, no nos conformemos con un pedagogo, un

[15] La mayúscula parece indicar una alusión al sistema social ideal descrito en *Utopía* de Thomas More (1478 – 1535).

[16] Así se hacía referencia a un tipo de periódicos que evitaban todo tema político o polémico, de modo que pudieran ser leídos por todos los miembros de una misma familia.

[17] *The Boston Olive Branches* («Las ramas de olivo de Boston»), semanario metodista de Boston que publicaba artículos biempensantes sobre cristianismo o literatura.

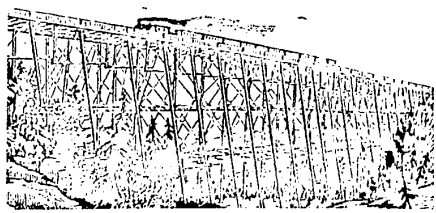
[18] Librerías de Nueva York y Boston.

[19] En la época, el estudio de la naturaleza y la física del universo se denominaba *filosofía natural*, y sus instrumentos podían ser balanzas, telescopios, microscopios, etc.

párroco, un sacristán, una biblioteca parroquial y tres asesores municipales, bajo el pretexto de que nuestros ancestros peregrinos[20] sobrevivieron sin apenas nada todo un crudo invierno sobre una roca yerma. Actuar colectivamente responde al espíritu de nuestras instituciones, y estoy convencido de que en tanto nuestra situación sea más floreciente, nuestros medios serán mayores que los de la nobleza. Nueva Inglaterra puede contratar a los hombres más sabios del mundo para que vengan y enseñen aquí, y puede alojarlos mientras tanto, y puede dejar así de ser provinciana de una vez. Ésa es la *escuela inusual* que deseamos. En lugar de nobles, para ello disponemos de nobles ciudades de hombres. Si es necesario, renunciemos a un nuevo puente sobre el río, caminemos un poco y crucemos algo más lejos, pero tendamos, por lo menos, una pasarela sobre el oscuro golfo de la ignorancia[21] que nos rodea.

[20] Alusión a los primeros colonos de Massachusetts, los protestantes separatistas que se instalaron en Plymouth en 1620. Esta alusión, un tanto sarcástica, a los peregrinos, e inmediatamente después a la Roca de Plymouth, demuestra que Thoreau se distancia de la mitología regional desarrollada al respecto durante la primera mitad del s. XIX.

[21] Posible alusión al «Ensayo sobre la educación moderna» de Jonathan Swift.



Pero mientras nos limitemos a los libros, aunque sean los más selectos y clásicos, y leamos sólo lenguas escritas específicas, que no son sino dialectos provinciales, corremos el riesgo de olvidar el lenguaje sin metáforas que hablan todas las cosas y acontecimientos, el único que es abundante y universal. Se publica mucho, pero se imprime poco. Los rayos que atraviesan el postigo ya no se recordarán cuando el postigo esté completamente abierto. Ningún método ni disciplina puede reemplazar la necesidad de estar siempre alerta. ¿Qué son un curso de historia, de filosofía o de poesía, por muy selectos que sean, o la mejor compañía, o los hábitos cotidianos más admirables, comparados con la disciplina de mirar siempre lo que se nos da a ver? ¿Quieres ser sólo un doctor, un simple estudiante o un visionario? Lee tu destino, ve lo que hay ante ti y camina hacia el futuro.

Durante el primer verano no leí ningún libro; planté judías. No, a menudo hice algo mejor. Había momentos en que no podía

sacrificar el esplendor del instante por ningún trabajo, ya fuera manual o intelectual. Me gusta que mi vida tenga un amplio margen[1]. A veces, en una mañana de verano, tras mi baño de costumbre, me sentaba en el umbral soleado desde el amanecer hasta el mediodía, absorto en una ensoñación, entre pinos, nogales y zumaques, en una soledad y calma perfectas, mientras los pájaros cantaban y revoloteaban sin ruido en torno a la casa, hasta que la entrada del sol por la ventana que da al oeste, o el sonido del carro de algún viajero en la lejana carretera, me traían de nuevo al presente. En aquellos momentos crecía como el maíz en la noche, y su resultado era mejor que el de cualquier trabajo manual. No era un tiempo descontado de mi vida, sino una aportación realizada a mi renta habitual. Comprendí entonces lo que los orientales entienden por contemplación y abandono de toda tarea. En gran medida no era consciente del paso de las horas. El día avanzaba como para alumbrar alguna de mis labores; era la mañana y, de repente, estaba atardeciendo y nada memorable se había hecho. En lugar de cantar como los pájaros, sonreía silenciosamente por mi incesante buena fortuna. Al igual que trinaba el gorrión, posado en el nogal frente a mi puerta, yo también lanzaba desde mi nido una risita o un gorjeo sofocado que llegaba hasta el suyo. Mis días no eran días de la semana, acuñados por deidades paganas, ni se troceaban en horas, ni los golpeaba el tictac del reloj, porque vivía como los indios Puri[2], de quienes se dice que «tenían solamente una palabra para decir ayer, hoy y mañana, y expresaban la diversidad del sentido señalando hacia atrás, hacia adelante y sobre la cabeza»[3]. Para mis conciudadanos esto sería el colmo de la ociosidad, no me cabe duda; pero si los pájaros y las flores me hubieran sopesado según sus propios criterios, no me habrían hallado falto[4]. Es cierto que un hombre debe encontrar en sí mismo sus propias motivaciones. El día natural transcurre calmo y difícilmente le reprochará su indolencia.

[1] El 31 de marzo de 1842 Thoreau escribe en su diario: «El trabajador realmente eficaz no es el que desarrolla una jornada repleta de tareas, sino el que pasea por su labor con un aire reposado y placentero. Y en esa jornada habrá siempre margen para la relajación».

[2] Tribu del este de Brasil.

[3] Cita de *A Lady's Voyage Round the World* de Ida Pfeiffer.

[4] Alusión a Daniel 5, 27: «Pesado has sido en balanza y hallado falto».

Mi modo de vida me ofrecía al menos una ventaja sobre quienes para divertirse están obligados a mirar afuera, hacia la sociedad y el teatro, pues mi propia vida llegó a ser mi diversión y nunca dejó de aportarme cosas nuevas. Era un drama de muchas escenas y sin final. Si de verdad nos ganásemos la vida cada día, y regulásemos nuestro modo de vivir de acuerdo a la forma mejor y última que hemos aprendido para conseguirlo, nunca nos aburriríamos. Seguid vuestro genio de cerca y no dejará de mostraros una perspectiva nueva cada hora. Las tareas domésticas eran un pasatiempo agradable. Cuando el suelo estaba sucio, me levantaba temprano, colocaba todos mis muebles fuera de la casa sobre la hierba, formando con el colchón, las mantas y el armazón de la cama un único bulto, echaba agua sobre el piso, esparcía sobre él arena blanca del lago, y después lo frotaba con una escoba hasta dejarlo limpio y reluciente. Para cuando en la ciudad estaban aún desayunando, el sol matutino había secado ya mi casa para permitirme trasladarlo todo de nuevo al interior, y mis meditaciones apenas se habían visto interrumpidas. Resultaba agradable contemplar mis muebles y utensilios sobre la hierba, formando un pequeño montón, como el fardo de un gitano, y mi mesa de tres patas, de la que ni siquiera retiraba los libros, la pluma y la tinta, colocada entre los pinos y los nogales. Parecían contentos de tomar un poco el aire, y casi reticentes ante la idea de volver de nuevo al interior. A veces sentía la tentación de extender un toldo sobre ellos y sentarme allí. Valía la pena ver brillar el sol sobre estas cosas y escuchar cómo soplaba el viento entre ellas; los objetos domésticos resultan mucho más interesantes fuera que dentro de casa. Un pájaro se posa sobre una rama cercana, la siempreviva crece bajo la mesa y las zarzamoras se enredan en sus patas; piñas, castañas y hojas de fresas se hallan esparcidas alrededor. Se diría que así fue como llegaron a transferirse estas formas a nuestros muebles, a las mesas, las sillas y los armazones de las camas, porque una vez estuvieron en medio de ellas.

Mi casa estaba en la ladera de una colina, en el límite de un gran bosque, en medio de un joven soto de pinos tea y nogales, a media docena de varas del lago, al que conducía un estrecho sendero colina abajo. Frente a ella crecían la fresa, la zarzamora y la siempreviva, la verbena y la caña dorada, el roble enano y el cerezo de arena, el arándano y la papa de la India. Hacia finales de mayo, el cerezo de arena (*Cerasus pumila*) adornaba los bordes del sendero

con sus delicadas flores colocadas en umbelas cilíndricas entre sus cortos tallos, que en otoño, cargados de grandes y hermosas cerezas, colgaban como radiantes guirnaldas por todos lados. Las probé para no resultar ingrato con la naturaleza, aunque apenas podían comerse. El zumaque (*Rhus glabra*) crecía exuberante alrededor de la casa, trepando por el terraplén que había construido, y al final de la estación había alcanzado los cinco o seis pies de altura. Su ancha hoja tropical y pinada, aunque extraña, era agradable de contemplar. Al final de la primavera, aparecieron súbitamente unas grandes yemas en unos palos secos que parecían muertos, y se convirtieron como por arte de magia en graciosas ramas verdes y tiernas de una pulgada de diámetro, y su crecimiento tenía tal potencia y sus junturas eran tan frágiles, que algunas veces, cuando no había ni una pizca de viento y estaba sentado en la ventana, podía escuchar cómo una rama nueva y tierna caía al suelo como un abanico, rota por su propio peso. En agosto, los inmensos racimos de bayas, que al florecer habían atraído a las abejas silvestres, iban adquiriendo gradualmente su brillante y aterciopelado tono carmesí, y bajo su propio peso, se doblaban y se rompían sus tiernos tallos.

Mientras estoy en la ventana este mediodía de verano, los halcones vuelan en círculo sobre el claro; la precipitada huida de las palomas salvajes, que vuelan por parejas o tríos sobre mi campo de visión, o se posan inquietas sobre las ramas de un pino blanco detrás de mi casa, da voz al aire; un águila pescadora eriza la superficie cristalizada del lago y remonta el vuelo con un pez; un visón sale discretamente de la ciénaga que queda tras mi casa y atrapa una rana cerca de la orilla; el junco se inclina bajo el peso de los escribanos que revolotean de aquí para allá; y durante la última media hora he oído el traqueteo de los vagones del ferrocarril, muriendo por momentos para dejarse oír de nuevo, al igual que el aleteo de una perdiz, llevando viajeros de Boston al campo. Porque no me hallaba tan lejos del mundo como aquel muchacho que, según he oído, hace un tiempo fue llevado a una granja al este de la ciudad, y no tardó mucho en escapar y volver a su hogar, completamente desaliñado y nostálgico. Nunca había visto un sitio tan triste y apartado; la gente se había marchado, ¡y ni siquiera se escuchaba el silbido! Dudo de que ahora exista un lugar así en Massachusetts:

Verdaderamente nuestra ciudad se ha convertido en una terminal
De una de esas veloces flechas ferroviarias, y sobre
Nuestra tranquila llanura su reconfortante sonido es: Concord[5].

El ferrocarril de Fitchburg pasa muy cerca de la laguna, a unas cien varas al sur de donde vivo. Generalmente voy a la ciudad siguiendo su trazado y, por así decirlo, es ésta la vía por la que me uno a la sociedad. Los hombres desde los trenes de mercancías que recorren el largo de la línea me saludan como a un viejo conocido, pues nos cruzamos a menudo y aparentemente me toman por un empleado; y lo soy. Con gusto sería también reparador de vías en algún lugar de la órbita de la tierra.

El silbido de la locomotora penetra en mis bosques en invierno y en verano, sonando como el grito de un halcón que atraviesa el terreno de un granjero, informándome de que una tropa de incansables comerciantes de la gran ciudad, o de emprendedores rurales del interior, se aproxima a nuestra villa. En cuanto se encuentran suficientemente cerca, cada cual grita cuanto puede para que el de al lado se aparte, y puede escuchárseles en dos ciudades a un tiempo. «¡Aquí llegan vuestras viandas, gentes del campo! ¡Aquí están vuestras raciones, campesinos!». No existe un granjero tan autosuficiente como para permitirse rehusarlas. «¡Y aquí está vuestro pago!», replica el silbido del campesino. Como largos arietes que se estrellan a veinte millas por hora contra las murallas de la ciudad, y butacas suficientes para que se acomoden todos esos pobres diablos, cansados y sobrecargados, que viven dentro de ellos. Con tremenda y torpe cortesía el campo ofrece su asiento a la ciudad. Las colinas son despojadas de los arándanos indios, las praderas de mirtilo rastrilladas hasta los límites de la ciudad. Sube el algodón, bajan los tejidos; sube la seda, baja la lana; suben los libros, baja el ingenio que los escribe.

Cuando me cruzo con la locomotora seguida por su convoy de vagones, que se aleja con un movimiento planetario —o más bien como un cometa, porque el observador no sabe si con esa velocidad y esa dirección volverá a visitar nunca este sistema, pues

[5] Cita del poema «Walden Spring» de William Ellery Channing.

su órbita no parece describir una curva cerrada—, con su nube de vapor semejante a una bandera que ondea con guirnaldas de oro y plata, como todas esas nubes mullidas que he visto arriba en los cielos, desplegando sus masas en la luz, como si este semidiós viajero, este gobernador de nubes, hubiera tomado el cielo crepuscular por librea de su séquito; cuando oigo al caballo de hierro resonando en las colinas con su bufido atronador, sacudiendo la tierra con sus cascos y respirando fuego y humo por su nariz (ignoro qué clase de caballo alado o de fiero dragón harán entrar en la nueva mitología), parece como si la tierra tuviera por fin una raza digna de habitarla. ¡Si todo fuera como parece y los hombres sometieran los elementos por un noble fin! Si la nube que cuelga sobre la máquina fuera la transpiración de hechos heroicos, o tan beneficiosa como la que flota sobre el terreno del granjero, entonces los elementos y la propia naturaleza acompañarían alegremente a los hombres en sus andanzas y serían su escolta.

Observo el paso del tren de la mañana con el mismo sentimiento con que contemplo la salida del sol, que apenas es más regular. Su convoy de nubes, extendiéndose hacia atrás y elevándose más y más y hacia el cielo mientras los vagones siguen camino a Boston, oculta el sol por un momento y arroja la sombra sobre mi campo distante; es un tren celestial[6] del que el vulgar tren de vagones que abraza la tierra no es más que un sombreado. Un mozo de cuadra del caballo de hierro se ha levantado temprano esta mañana de invierno, con las estrellas aún luciendo entre las montañas, para alimentar y enjaezar su corcel. También se levantó temprano el fuego para insuflarle calor vital y hacerlo salir. ¡Si esta empresa fuera tan inocente como madrugadora! Cuando hay mucha nieve, le colocan sus raquetas, y este arado gigante traza un surco desde las montañas hasta la costa, donde los vagones, como una sembradora mecánica, proyectan a todos esos hombres incansables y sus mercancías como simientes diseminadas por el campo. Durante todo el día, el corcel de fuego vuela sobre montes y valles, deteniéndose tan sólo para que su amo pueda descansar, y a medianoche me despierta su bufido desafiante y vagabundo, cuando en algún valle remoto entre los bosques se enfrenta a los elementos, cubier-

[6] Alusión al relato «El tren celestial» de Nathaniel Hawthorne.

to de hielo y nieve. Llegará a su estación con la estrella de la mañana para partir, una vez más, sin descanso. O bien lo escucho al anochecer en su caballeriza desfogando la energía sobrante del día para calmar sus nervios y enfriar su hígado y su cerebro durante unas breves horas de férreo sueño. ¡Si la empresa fuera tan heroica e imponente como prolongada y obstinada!

En la profundidad de bosques poco frecuentados y situados en los confines de las ciudades, donde en otro tiempo sólo el cazador penetraba de día, en la noche más oscura desfilan ahora estos salones brillantes sin el conocimiento de sus moradores; se detienen en una estación bien iluminada de una aldea o de una ciudad, donde se reúne una multitud, y más tarde en el Dismal Swamp[7], donde asustan al búho y al zorro. Las salidas y llegadas de los vagones señalan ahora las partes del día en la ciudad. Van y vienen con tal regularidad y precisión, y sus silbidos pueden escucharse desde tan lejos, que los granjeros ponen con ellos en hora sus relojes[8] y así una sola institución conduce eficazmente todo un país. ¿No ha mejorado la puntualidad desde la invención del ferrocarril? ¿No hablan y piensan con mayor rapidez en la estación de lo que lo hacían en las paradas de las diligencias? Las primeras tienen una atmósfera electrizante. Me asombran los milagros que ha obrado el tren, que algunos de mis vecinos, que jamás habría imaginado viajando a Boston en un transporte tan rápido, estén listos cuando suena la campana. Hacer las cosas «a la manera del ferrocarril» es ya una expresión en boca de todos, y es una buena iniciativa que las autoridades alerten a menudo y con claridad para que le dejemos vía libre. En este caso no hay tiempo para detenerse a leer la ley de orden público, ni para abrir fuego contra la muchedumbre. Hemos erigido un destino, un Átropos que nunca se desvía[9] (que sea ése el nombre de vuestra máquina). Se advierte a todo el mundo de que a cierta hora y minuto se echarán los cerrojos de determinados puntos cardinales; sin embargo,

[7] Literalmente, «Pantano Lúgubre». Es probable que Thoreau no tuviera un pantano concreto en la cabeza, aunque existe un Dismal Swamp situado entre los estados de Virginia y Carolina.

[8] La llegada del ferrocarril impuso una nueva relación con el tiempo y la puntualidad en las zonas rurales, donde dejó de medirse el tiempo mediante el sol.

[9] En la mitología griega Átropos era una de las tres Moiras. Su nombre significa «inexorable».

esto no afecta los asuntos de nadie y los niños llegan a la escuela por otro camino. De hecho, vivimos de manera más estable. Estamos todos educados para ser hijos de Guillermo Tell. El aire está lleno de cerrojos invisibles. Todos los senderos, salvo el vuestro, son el sendero del destino. Seguid, pues, vuestra propia senda.

Lo que para mí hace recomendable el comercio es su espíritu emprendedor y valiente. No junta sus manos para rogarle a Júpiter. Diariamente veo a estos hombres que van a su negocio con más o menos valor y alegría, y que incluso hacen más de lo que creen y de una manera más útil que si se lo hubieran propuesto conscientemente. Me conmueve menos el heroísmo de aquellos que estuvieron media hora en el frente de Buena Vista[10] que la valentía firme y sonriente de los hombres que usan el quitanieves como cuartel de invierno, que no sólo tienen el coraje de las tres de la madrugada, que Bonaparte consideraba el más raro, sino que su coraje no les permite retirarse tan temprano y sólo alcanzan el sueño cuando duerme la tormenta o se hielan los tendones de su corcel de hierro. En la mañana de la Gran Nevada[11], que aún enciende y hiela la sangre de los hombres, tal vez oiga el sordo tono de su campana mientras atraviesa la cortina de niebla que produce su respiración helada y que anuncia la llegada sin demora de los vagones, a pesar del veto de una tormenta de nieve en el noreste de Nueva Inglaterra, y contemple a los campesinos cubiertos de nieve y escarcha, con sus cabezas asomando apenas sobre el vertedero del arado, que además de margaritas y nidos de ratones, remueve esos cantos rodados de Sierra Nevada[12] que ocupan un lugar aparte en el universo.

El comercio es inesperadamente confiado y sereno, se muestra alerta, aventurado e incansable. Además, sus métodos son muy naturales, más que los de muchas empresas exorbitantes y algunos experimentos sentimentales, y ésta es la razón de su éxito singular. Me siento renovado y a mis anchas cuando el tren de carga bufa a mi lado; percibo el olor que van dispensando las provisiones

[10] Aldea mexicana donde el general López de Santa Anna fue vencido por el norteamericano Zachary Taylor, merced a la artillería. Poco faltó para que los yanquis fueran derrotados, pero el combate decidió la guerra en el frente norte.

[11] Thoreau se refiere, si bien alegóricamente, a la histórica nevada caída en Nueva Inglaterra en febrero de 1717.

[12] Una de las grandes cordilleras de Norteamérica, situada en California.

por todo el camino desde Long Wharf hasta el lago de Champlain, evocándome paisajes remotos, arrecifes de coral, océanos índicos, climas tropicales y toda la extensión del globo. Me siento un ciudadano del mundo al ver la hoja de palmera que cubrirá tantas cabezas rubias de Nueva Inglaterra durante el próximo verano, el cáñamo de Manila y las cáscaras de los cocos, las antiguallas a granel, los sacos de yute, la chatarra y los herrumbrosos clavos. Este cargamento de velas rasgadas es más legible e interesante así que si fuera transformado en libros y papel impreso. ¿Quién, sino todos esos desgarros y roturas, podría escribir con mayor precisión la historia de las tormentas que han soportado? Son galeradas que no necesitan corrección. Ahí van los troncos provenientes de los bosques de Maine que no llegaron al mar tras las últimas crecidas, cuyo precio ha subido en cuatro dólares por mil a causa de todo lo que se perdió: pino, abeto, cedro —de primera, segunda, tercera y cuarta calidad, hasta hace poco de una sola que se combaba por igual sobre el oso, el alce y el caribú—. Más tarde llega la cal de Thomaston, una preciada carga que viajará lejos entre las colinas antes de sufrir alteración alguna. ¡Y esos andrajos, de todos los colores y cualidades, la ínfima condición a la que puede rebajarse el algodón y el lino, el estadio último del vestido, patrones pasados de moda, salvo en Milwaukee, para tantos espléndidos artículos estampados, franceses, ingleses o norteamericanos, guingas, muselinas, etc., provenientes de todos los rincones de la moda y de la pobreza, destinados a un color o a unos pocos matices, sobre los cuales se escribirán relatos de la vida real, nobles o viles, pero fundados en hechos! Este vagón cerrado huele a salazón, el fuerte aroma comercial de Nueva Inglaterra, y me recuerda a Grand Banks[13] y a las pesquerías. ¿Quién no ha visto un pescado salado, completamente curado para este mundo, de forma que nada podría estropearlo, y capaz de sacarles los colores a los santos por su perseverancia? Con él se podrían barrer o pavimentar las calles y hacer astillas un leño, y para el arriero serviría de refugio contra el sol, el viento y la lluvia, y el comerciante, como hiciera uno de Concord, puede colgarlo junto a la puerta para indicar que el negocio ya está abierto, hasta que su

[13] Meseta submarina al este de Terranova donde abunda la pesca.

cliente más antiguo no pueda decir finalmente con seguridad si aquello es animal, vegetal o mineral y, sin embargo, seguirá tan puro como un copo de nieve, y si alguien se decide a meterlo en una olla será un excelente bacalao seco para la cena del sábado. Después llegan las pieles españolas, cuyas colas aún conservan el ángulo elevado que tenían cuando los bueyes corrían por las pampas de la América española, un modelo de obstinación que demuestra que los vicios inherentes son prácticamente incurables y no cabe tener muchas esperanzas. Confieso que, en la práctica, tras conocer el verdadero carácter de un hombre y a tenor del estado presente de las cosas, no espero cambio alguno ni para mejor ni para peor. Como dicen los orientales: «Aunque calentéis, prenséis y atéis la cola de un perro, y le dediquéis a esta tarea doce años de trabajo, siempre retendrá su forma natural»[14]. La única cura efectiva para la obstinación que exhiben estas colas es fabricar engrudo con ellas, que es lo que creo que suele hacerse, y de este modo podremos fijarlas. Llega ahora un barril de melaza o de aguardiente consignado para John Smith, Cuttingsville, Vermont, un comerciante de las Green Mountains que importa para los granjeros de los alrededores y que ahora estará quizás frente a la puerta de su sótano pensando en los últimos envíos marítimos y en cómo pueden afectar al precio, o anuncia a un cliente, como ya ha hecho veinte veces esa mañana, que espera recibir algún género de primera calidad en el próximo tren. Está anunciado en el *Cuttingsville Times*.

Mientras estas cosas suben, otras bajan. Advertido por el sonido sibilante, levanto la vista de mi libro y veo un gran pino, talado en las lejanas colinas del norte, que ha pasado volando sobre las Green Mountains y Connecticut, ha atravesado como una flecha la ciudad en sólo diez minutos y que apenas nadie más ve, va a

Ser el mástil
Del barco de un almirante[15].

[14] Cita del *Jitopadesa*, colección de fábulas en idioma sánscrito escrita antes del s. XIV. Thoreau lee la traducción de Charles Wilkins publicada en 1787.
[15] Cita de *El Paraíso perdido*, I, vv. 1.293-1.294 de John Milton.

¡Escuchad!, aquí llega el tren del ganado con reses de un millar de colinas, rediles, establos e invernales, reseros con sus varas y jóvenes pastores en medio de sus rebaños, todo salvo los altos pastos, arremolinados como hojas traídas desde las montañas por los vendavales de septiembre. El aire se llena de balidos de ovejas y terneros y del pateo de los bueyes, como si se tratara de un valle pastoral. Cuando en la cabecera el viejo manso hace sonar su cencerro, las montañas brincan como carneros y las colinas como corderitos[16]. En mitad del convoy hay también un vagón lleno de arrieros, al mismo nivel que los arreados, perdido su oficio, pero asiendo igualmente sus inútiles estacas, su insignia profesional. Pero ¿dónde están sus perros? Ha habido desbandada; los han abandonado; han perdido el rastro. Me parece que los oigo ladrar detrás de las colinas de Peterborough, o jadear mientras ascienden la ladera occidental de las Green Mountains. No estarán presentes en la matanza. También se pierde su oficio. Su fidelidad y sagacidad se devalúan. Regresarán en desgracia a sus perreras o al estado salvaje, pactando con el lobo y con la zorra. Así termina vuestra vida pastoral y se aleja ante vuestros ojos. Pero la campana dobla y debo apartarme de la vía para dejar paso a los vagones:

¿Qué es el ferrocarril para mí?
Nunca voy a ver
Dónde termina.
Llena unos pocos huecos
Y forma taludes para las golondrinas,
Da un soplido a la arena
Y fuerza a los arándanos[17].

Sin embargo la cruzo como una carretera en los bosques. No expondré mis ojos y mis oídos a su humo, su vapor y sus silbidos.

Ahora que los vagones han pasado, y con ellos toda la agitación de este mundo, y en la laguna los peces no perciben ya su ruido sordo, estoy más solo que nunca. Durante el resto de la larga tarde,

[16] Paráfrasis de Salmos 114, 4.

[17] Poema de Thoreau recogido en su diario en agosto de 1850.

mis meditaciones tan sólo serán interrumpidas, si acaso, por el leve traqueteo de un carro o de una yunta en la lejana carretera.

Algunos domingos oigo las campanas de Lincoln, Acton, Bedford o Concord cuando el viento es favorable, una débil, dulce, y por así decir natural melodía, digna de ser importada al mundo salvaje. A una distancia suficiente en los bosques, este sonido adquiere un cariz vibratorio, como si las agujas de los pinos en el horizonte fueran las cuerdas apenas rozadas de un arpa. Cualquier sonido escuchado a la mayor distancia posible produce un mismo efecto: la vibración de la lira universal, del mismo modo que las capas de atmósfera tintan de azul una montaña lejana y le confieren un interés especial para el ojo humano. En esta ocasión llegaba a mis oídos una melodía que el aire había tamizado y que había conversado con cada hoja y cada aguja de los bosques, esa parte del sonido que los elementos habían hecho suya, modulándola y repercutiéndola de valle en valle. El eco es, en cierta medida, un sonido inédito, y de ahí su magia y encanto. No es sólo repetición de lo que merece repetirse cuando dobla la campana, sino que, en parte, es la voz del bosque, las mismas palabras y notas triviales cantadas por una ninfa.

Al atardecer, los mugidos distantes de una vaca, desde el otro lado de los bosques, sonaban dulces y melodiosos, y al principio los confundí con las voces de ciertos trovadores, errantes por valles y colinas, que a veces me ofrecen una serenata; pero no me sentí ingratamente decepcionado cuando aquello se prolongó con la barata y natural música de la vaca. No pretendo ser satírico, al contrario, querría expresar mi aprecio por los cantos de esos jóvenes afirmando su afinidad con la música de la vaca, y que por lo tanto son, a fin de cuentas, una articulación de la Naturaleza.

En un momento del verano, a las siete y media y con toda regularidad, después de que el tren de la tarde se haya marchado, los chotacabras entonaban sus vísperas durante media hora, posándose en un poste cercano a mi puerta o sobre la cumbrera de la casa. Cada tarde empezaban a cantar, casi con la precisión del reloj, durante cinco minutos y poco antes de la puesta de sol. Tuve una rara ocasión para familiarizarme con sus costumbres. A veces oía simultáneamente a cuatro o cinco en diferentes partes del bosque, con un compás casualmente continuo, y tan cerca de mí que podía distinguir no sólo el cloqueo después de cada nota, sino a menudo

también su peculiar zumbido, semejante al de una mosca atrapada en una tela de araña, sólo que, en proporción, más fuerte. A veces, uno de ellos me rondaba en los bosques a pocos pies de distancia, como si lo llevara atado de una cuerda, probablemente cuando pasaba cerca de sus huevos. Cantaban a intervalos durante buena parte de la noche, y poco antes del alba volvían a ser tan melodiosos como siempre.

Cuando las otras aves callan, las lechuzas toman el relevo, como plañideras con su viejo u-lu-lu. Su lúgubre grito es digno de Ben Jonson[18]. ¡Sabias brujas de la medianoche[19]! No es el honesto y rudo tu-whit tu-who de los poetas[20], sino, bromas aparte, la solemne cantilena del sepulcro, los consuelos mutuos de los amantes suicidas que recuerdan en un bosquecillo infernal los tormentos y deleites del amor sobrenatural. Pero me gusta oír su llanto, sus pesarosas respuestas, que gorjean en la vereda del bosque y me evocan los pájaros cantores; como si se tratara del lado oscuro e implorante de la música, los lamentos y suspiros que querríamos hacer canto. Son espíritus, los espíritus cabizbajos y los presagios melancólicos de las almas caídas que otrora recorrían la tierra de noche bajo forma humana obrando tinieblas, y que ahora expían sus pecados con himnos de gemidos y trenos en el escenario de sus transgresiones. Me parece que encarnan un sentido inédito de la variedad y el vigor de esta naturaleza que es nuestra morada común. *¡O-o-o-o-o-h, por qué vine a este mundo-o-o-o-o-o!*, suspira uno a este lado de la laguna y se echa a volar girando de manera inquieta y desesperada, hasta buscar de nuevo asiento en la rama de un roble gris. *¡O-o-o-o-o-h, por qué vine a este mundo-o-o-o-o-o!*, responde otro como un eco y con trémula sinceridad desde la ribera opuesta, y ese *¡mundo-o-o-o-o-o!* se escucha débilmente desde la profundidad de los bosques de Lincoln.

[18] Alusión al grito de *Masque of Queens*: «Démosles un grito: ¡Hooo!», obra de Benjamin Jonson (1572-1637), dramaturgo, poeta y actor inglés del Renacimiento.

[19] Alusión a *Macbeth* de William Shakespeare, IV, I, 64: «Bien, sombrías y enigmáticas brujas de medianoche. ¿Qué hacéis?».

[20] Alusión a *Trabajos de amor perdidos* de William Shakespeare, V, II, 914: «A la noche, el búho de ojos fijos canta: ¡Tu-whit! ¡Tu-whoo!».

«A muchos de mis conciudadanos casi nunca los veo, ni oigo sus voces en el transcurso de un año, a pesar de que viven dentro de lo que llamaría mi "horizonte", mientras que casi todas las semanas escucho la ululante voz del búho, aunque tan sólo lo veo una vez cada diez años».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 9 de diciembre de 1856

También me obsequió con su serenata un búho ululante[21]. Si lo escucháis muy cerca, podéis pensar fácilmente que se trata del sonido más melancólico de la naturaleza, como si pretendiera estereotipar y fijar en su coro los agónicos lamentos de un ser humano, alguna pobre y débil reliquia de la mortalidad que la esperanza ha dejado atrás y aúlla como un animal, aunque con sollozos humanos, al entrar en el valle oscuro, y aún más terrible a causa de cierta melodía glótica —debo utilizar las letras *gl* si trato de imitarlo—, expresión de un alma gelatinosa y enmohecida tras la mortificación de todo pensamiento saludable y valiente. Me recordaba los aullidos de los vampiros, los idiotas y los locos. Pero ahora le responde otro desde un bosque lejano con un tono que la distancia vuelve melodioso: *Hoo hoo hoo, hoorer hoo*, y que en gran medida sugiere sólo asociaciones placenteras ya se escuche de día como de noche, en invierno o en verano.

Me alegra que haya búhos. Que ululen idiota y maniáticamente para los hombres. Es un sonido que conviene perfectamente a los pantanos y los bosques oscuros que el día no llega a iluminar, y que sugiere una naturaleza vasta y primitiva que los hombres no han reconocido. Representa el inhóspito crepúsculo y los pensamientos sombríos que todos cargamos. Durante todo el día el sol se proyecta sobre la superficie de algún marjal salvaje, sobre el que se inclina un abeto negro con las ramas cubiertas de líquenes, pequeños halcones vuelan en círculo, se escucha al carbonero con su capucha negra entre ramas que no perderán sus hojas y bajo las cuales se esconden la perdiz y el conejo; pero ahora despunta un día lúgubre y más adecuado, y una raza diferente de criaturas despierta para dar cuenta en ese lugar del sentido de la naturaleza.

Al final de la tarde oía el estruendo lejano de los vagones sobre los puentes —un ruido que durante la noche llega más lejos que ningún otro—, el aullido de los perros y a veces, de nuevo, el mugido de una vaca desconsolada en un establo remoto. Mientras tanto, toda la orilla resonaba con el trompeteo de la rana toro, espíritus robustos de viejos bebedores y juerguistas, aún impenitentes, que tratan de entonar una estrofa en su laguna Estigia —y que las

[21] En el original *Hooting owl*, literalmente «búho ululante», es la forma coloquial por la que se conoce al búho real o búho americano (*Bubo virginianus*).

ninfas de Walden disculpen la comparación, pues aunque allí no hay maleza, abundan las ranas—, dispuestos a mantener los ritos hilarantes de sus antiguos festines, aunque sus voces se hayan vuelto roncas y solemnemente graves, burlándose de la alegría, y el vino haya perdido su sabor y se haya convertido en un licor que apenas dilata los vientres, y esa dulce intoxicación ya no llegue a ahogar la memoria del pasado, no sea más que saturación, anegación, dilatación. En la orilla norte, la más señorial de todas, con la barbilla apoyada sobre una hoja de nenúfar en forma de corazón que sirve de servilleta para sus babosas mandíbulas, da un buen trago de esa agua una vez despreciada y pasa su copa exclamando *¡tr-r-r-oonk, tr-r-r-oonk, tr-r-r-oonk!*, y la misma contraseña llega deslizándose por la superficie, repetida desde alguna caleta lejana donde el siguiente en jerarquía y volumen ha engullido lo que le corresponde, y cuando este rito ha sido observado a lo largo de toda la orilla, el maestro de ceremonias exclama con satisfacción: *¡tr-r-r-oonk!*, y cada cual lo repite en su turno, hasta la más flácida y flacucha, de modo que no haya equivocación posible; entonces la copa vuelve a circular hasta que el sol dispersa la niebla matutina y solamente el patriarca queda fuera de la laguna, bramando aún *troonk* de vez en cuando, a la espera de alguna respuesta.

No estoy seguro de haber oído el canto del gallo desde mi claro alguna vez y pensé que quizás valdría la pena hacerse con uno sólo por su música, como ave cantora. La nota de este animal, en otro tiempo un salvaje faisán de la India, es ciertamente la más distinguida de entre todas las aves, y si pudiéramos devolverlos a la naturaleza sin rastro de domesticación, se convertiría en el sonido más famoso de nuestros bosques, sobrepasando al estrépito de los gansos y al ululato de las lechuzas. ¡Imaginad cómo sería entonces el cacareo de las gallinas para colmar los silencios en los descansos de los clarines de sus señores! No es extraño que el hombre añadiera esta especie a su tropa doméstica, por no hablar de los huevos y de los muslos. Caminar en una mañana de invierno por un bosque donde abundan estas aves, por sus bosques autóctonos, y escuchar a los gallos silvestres cacareando sobre los árboles, con un sonido claro y estridente que resuena en la misma tierra donde se ahogarían las notas más débiles de otras aves, ¡pensadlo! Pondrían en estado de alerta a las naciones. ¿Quién no madrugaría más en los sucesivos días de su vida, hasta llegar a ser indeciblemente

sano, rico y sabio[22]? El canto de este pájaro extranjero es celebrado por los poetas de todos los países del mismo modo que el de sus respectivos cantores. Todos los climas convienen al bravo Cantaclaro. Es aún más indígena que los autóctonos. Su salud es siempre buena, sus pulmones son sanos, su espíritu nunca flaquea. Hasta el marino en el Atlántico y el Pacífico se despierta con su voz; sin embargo, su agudo grito nunca me sacó de mis sueños. No tenía perro, ni gato, ni vaca, ni cerdo, ni gallinas, así que se podría decir que había una clara deficiencia de sonidos domésticos; tampoco mantequera, ni rueca, ni siquiera el canto de la olla, ni el silbido de la tetera, ni los gritos de los niños como consuelo. Un hombre chapado a la antigua habría perdido la razón o se habría muerto de aburrimiento. Por no haber no había ni ratas en la pared, porque se habrían muerto de hambre, nada había que pudiera atraerlas. Tan sólo ardillas en el tejado y bajo el suelo, un chotacabras en la cumbrera, un grajo azul gritando bajo la ventana, una liebre o una marmota bajo la casa, un búho o una lechuza tras ella, un grupo de gansos salvajes o un colimbo sonriente en la laguna y un zorro para aullar en la noche. La alondra o la oropéndola, esos apacibles pájaros de las plantaciones, jamás visitaron mi claro. No había gallo que cantase ni gallina que clocase en el corral, ¡no había corral, sino la naturaleza sin cercado que llegaba hasta el mismo umbral! Un joven bosque crecía bajo las ventanas, y los zumaques y las zarzamoras silvestres se abrían paso a través de mi sótano; algunos pinos robustos se frotaban y crujían contra las tablillas por falta de espacio, alzando sus raíces bajo la casa. Una tormenta arrancó de cuajo uno de ellos, que quedó tronchado tras la casa, listo para ser utilizado como madera para la chimenea y, sin embargo, dejó intactas las contraventanas y el balde del carbón. Durante la Gran Nevada no me habría quedado sin camino de entrada a la casa, ¡pues no había camino ni entrada al mundo civilizado!

[22] Alusión a una máxima de Benjamin Franklin recogida en su *Almanaque del pobre Richard* (1757): «Estar pronto en la cama y pronto en pie / hace al hombre saludable, rico y sabio».

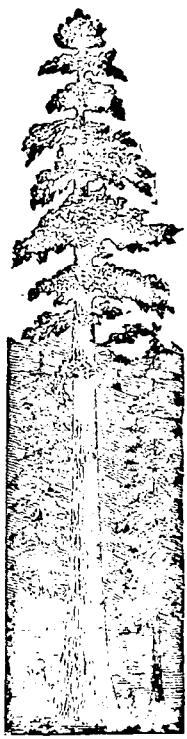
SOLEDAD

Hace una tarde deliciosa, en la que el cuerpo es un único sentido y se llena de placer por cada uno de sus poros. Voy y vengo en la Naturaleza con una extraña libertad, como parte de ella misma. Mientras camino por la orilla pedregosa de la laguna en mangas de camisa, a pesar de que el día es frío, nublado y ventoso, no veo nada particular que atraiga mi atención, me siento inusualmente cercano a todos los elementos. Las ranas toro trompetean para anunciar la noche y el viento ondulante me trae la nota del chotacabras desde la otra orilla. La afinidad que siento con las palpitantes hojas de alisos y álamos casi me corta la respiración, pero al igual que la del lago, mi serenidad se riza sin llegar a perturbarse. Estas pequeñas olas levantadas por el viento de la tarde están tan lejos de la tormenta como la tersa superficie reflectora. Aunque ya oscurece, el viento sopla y ruge aún en los bosques, las olas siguen chocando y algunas criaturas acallan al resto con sus cantos. El reposo nunca es completo. Los animales más salvajes no descansan,

sino que buscan ahora su presa; el zorro, la mofeta y el conejo vagan sin temor por los bosques y los campos. Ellos son los guardianes de la naturaleza, los eslabones que unen entre sí los días de la vida animada.

Al volver a mi casa descubro que he tenido visita y que han dejado sus tarjetas, un ramillete de flores, una guirnalda hecha de fronda perenne, un nombre escrito a lápiz sobre la hoja amarilla de un nogal o una astilla. Los que no vienen a menudo a los bosques suelen recoger algún objeto con el que jugar por el camino, y luego lo tiran, de forma casual o intencionada. Alguien ha pelado una varita de sauce, la ha trenzado en forma de anillo y la ha dejado sobre mi mesa. Siempre sabía si habían llegado visitantes durante mi ausencia por las ramitas o hierbas dobladas, o por las huellas de sus zapatos, y generalmente podía determinar el sexo, la edad y la clase social a la que pertenecían gracias a leves señales que hubieran dejado, como una flor caída, por ejemplo, o un manojo de hierbas arrancado y arrojado luego junto al ferrocarril, a media milla de distancia, o por el persistente olor de un cigarro o una pipa. De hecho, muy a menudo el leve olor de una pipa me advertía del paso de algún viajero por la carretera principal, a sesenta varales de distancia.

Generalmente hay espacio suficiente a nuestro alrededor. Nuestro horizonte no se halla nunca del todo a mano. El espeso bosque no llega hasta nuestra puerta, tampoco la laguna, sino que siempre hay una suerte de claro, un espacio familiar y conocido, apropiado, cercado y reclamado por la Naturaleza. ¿Por qué disfruto de esta vasta extensión, varias millas cuadradas de bosque deshabitado que el resto de los hombres ha dejado para mí? Mi vecino más cercano se halla a una milla de aquí, y es imposible ver ninguna otra casa, salvo que uno suba a la colina que queda a media milla de la mía. Mi horizonte está limitado por bosques, una vista distante del ferrocarril que pasa junto a la laguna, por un lado, y la cerca que bordea el camino del bosque por el otro. En gran medida, el lugar donde vivo es tan solitario como las llanuras. Es tanto Asia o África como Nueva Inglaterra. Es como si tuviera mi propio sol, mis propias luna y estrellas, y también un pequeño mundo para mí solo. Por la noche ningún viajero pasó por mi casa o llamó a mi puerta, como si fuera el primer o el último hombre. Excepto durante la primavera, cuando de vez en cuando venía alguno de la



«Estar solo me parece necesario para escapar del presente, para evitarme».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 22 de octubre de 1837.

ciudad a pescar algún pez gato[1] —sin embargo era evidente que pescaban mucho más en la laguna de Walden de sus propias naturalezas, donde cebaban sus anzuelos con la oscuridad—, pero se iban pronto, generalmente con las cestas poco cargadas, y nos dejaban «el mundo a la oscuridad y a mí»[2], de modo que el negro corazón de la noche nunca era profanado por ninguna vecindad humana. Creo que la mayor parte de los hombres aún teme un poco la oscuridad, aunque las brujas hayan pasado ya por la horca y se las haya reemplazado por la cristiandad y las velas.

Sin embargo, a veces constataba que cualquier objeto natural puede procurar la compañía más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, incluso para el pobre misántropo y para el hombre más melancólico. No puede haber una melancolía realmente negra para el que vive en medio de la naturaleza y goza de sus sentidos. Jamás hubo una tormenta tal que un oído sano e inocente no pueda convertir en música eoliana. Nada puede empujar con tal fuerza a un hombre sencillo y valiente hacia la tristeza vulgar. Mientras disfrute de la amistad de las estaciones, sé que nada puede convertir la vida en una carga para mí. La suave lluvia que hoy riega mis judías y me retiene en casa no es ni taciturna ni melancólica, sino un bien para mí. Aunque me impida escardar, vale mucho más que mi trabajo. Si continuara hasta el punto de pudrir las semillas que planté y destruyera las patatas que están aún enterradas, sería sin embargo beneficiosa para las tierras altas, y si es buena para esos pastos también lo es para mí. A veces, cuando me comparo con otros hombres, me parece que los dioses han sido más generosos conmigo, más allá de algunos méritos de los cuales soy consciente; como si me otorgaran una garantía y una seguridad de la que ellos carecen, como si fuera guiado y cuidado de manera singular. No me regalo a mí mismo, es posible que sean ellos quienes me regalen. Nunca me he sentido solo o apesadumbrado por el sentimiento de la soledad, salvo en una ocasión, pocas semanas después de llegar a los bosques, cuando, durante una hora, temí que la vecindad de los hombres fuera esencial

[1] En el original *pout*, Thoreau se refiere al *horned pout* o *Ameiurus nebulosus*, conocido en España desde su introducción como «pez gato».

[2] Cita de «Elegy Written in a Country Churchyard» de Thomas Gray (1716 – 1771), poeta inglés, erudito del mundo antiguo y profesor de Historia en la Universidad de Cambridge.

para llevar una vida serena y saludable. Estar solo se convirtió en algo desagradable. Pero, al mismo tiempo, me daba cuenta de que estaba sufriendo una ligera dolencia que afectaba a mi humor y pude prever mi mejora. En medio de una lluvia suave, mientras prevalecían aún estos pensamientos, fui consciente de pronto de la dulce y beneficiosa compañía que me ofrecían la naturaleza y el repiqueteo acompasado de las gotas y cada sonido y cada imagen alrededor de mi casa, una amistad infinita e inefable, como una atmósfera fortificante que hizo desdeñables todas las ventajas imaginadas de la vecindad humana, y no he pensado más en ellas desde entonces. Cada pequeña aguja de los pinos crecía y se henchía de simpatía y amistad. Percibí de forma clara la presencia de algo que tenía que ver intrínsecamente conmigo, incluso en situaciones que solemos imaginar salvajes y desoladas, y también que mi pariente más cercano y más humano no era un hombre ni un ciudadano, y por ello pensé que ningún lugar me resultaría extraño en adelante.

> Llorar a destiempo consume a los tristes;
> Pocos son sus días en la tierra de los vivos,
> Bella hija de Toscar[3].

Algunas de mis horas más placenteras transcurrían durante las largas tormentas de la primavera y el otoño, que me confinaban en casa de la mañana a la tarde, mecido por sus incesantes rugidos y descargas; después, el temprano crepúsculo anunciaba una larga tarde en la que el pensamiento tendría tiempo de desplegarse y arraigar. Durante aquellas lluvias que llegaban del nordeste, que ponían a prueba las casas de la ciudad y mantenían alerta a las criadas con estropajo y balde para evitar que el diluvio se colara por los umbrales, me sentaba detrás de la puerta de mi pequeña casa, toda ella un vestíbulo, y disfrutaba por completo de su protección.

[3] Versos del poema «Croma», supuestamente pertenecientes a un ciclo de poemas gaélicos del s. III que habrían sido descubiertos y traducidos por el poeta James MacPherson (1736 – 1796). Pronto se supo que MacPherson era en realidad el autor de este *fake* que fascinó, al igual que su creador, a toda la generación posterior del Romanticismo, desde Goethe y Lord Byron a Espronceda.

Durante una fuerte tormenta que por momentos iluminaba todo el cielo, cayó un rayo en un gran pino al otro lado del lago, formando un surco visible, con un trazado en espiral perfecto, que bajaba desde la copa hasta la base con algo más de una pulgada de profundidad y cuatro o cinco de ancho, como el que se podría hacer en un bastón de marcha. Pasé cerca de allí hace apenas unos días y sentí miedo al mirar hacia arriba y observar de nuevo aquella marca, aún perfectamente visible, hecha por un rayo terrible contra el que nada habría resistido y que cayó del cielo inocente hace ahora ocho años. A menudo los hombres me dicen: «Me daba por pensar que allí te sentirías solo y querrías estar cerca de la gente, especialmente en los días y noches de lluvia y nevadas». Tengo la tentación de contestarles: «Esta inmensa tierra que habitamos no es más que un punto en el espacio. ¿A qué distancia creéis que viven los dos habitantes más lejanos de aquella estrella, cuyo disco no puede ser medido por nuestros instrumentos? ¿Por qué habría de sentirme solo? ¿No está nuestro planeta en la Vía Láctea? No creo que esto sea lo importante. ¿Qué tipo de espacio separa a un hombre de sus semejantes y le hace sentir solitario? He descubierto que ningún movimiento de las piernas puede aproximar dos mentes. ¿Cerca de qué queremos vivir? Seguramente, no de muchos hombres, ni de la estación, ni de la oficina de correos, el bar, la iglesia, la escuela, la tienda, Beacon Hill[4] o Five Points[5], es decir, allí donde los hombres se congregan, sino cerca de la fuente perenne de nuestra vida, donde ésta surge según nuestra experiencia, como el sauce se halla junto al agua y dirige sus raíces en esa dirección. Esto varía de acuerdo con las distintas naturalezas, pero en ese lugar excavará un hombre prudente su sótano...». Una tarde alcancé en el camino de Walden a uno de mis conciudadanos, que había acumulado lo que se llama «unas buenas pertenencias» —aunque mi idea de ellas no será jamás *buena*—, mientras conducía a un par de bóvidos hasta el mercado, y me preguntó cómo podía yo renunciar a tantas comodidades de la vida. Le contesté que me gustaba mi vida tal como era; y no bromeaba. Me fui a casa

[4] Barrio al norte de Boston, erigido sobre una colina, donde se encuentra la sede del Gobierno de Massachusetts.

[5] Barrio pobre de Manhattan, famoso en tiempos de Thoreau por sus calles llenas de prostíbulos, garitos de juego y altos niveles de alcoholismo y delincuencia.

a acostarme y le dejé continuar su camino a través del lodo y de la oscuridad hasta Brighton —o Bright-town[6]—, adonde llegaría a alguna hora de la mañana.

La perspectiva de despertar o devolver a la vida a un hombre muerto hace indiferente todo tiempo y lugar. El lugar en que eso puede ocurrir es siempre el mismo, indescriptiblemente placentero a todos nuestros sentidos. Por lo general, accedemos a que sean las circunstancias externas y transitorias las que fabriquen las ocasiones fundamentales de nuestra existencia; en realidad son la causa de nuestras distracciones. Lo más cercano a cada cosa es el poder que modela su ser. *Junto* a nosotros se ejecutan continuamente las leyes superiores. *Junto* a nosotros no está el hombre que hemos contratado, con el que tanto nos gusta conversar, sino el obrero cuya obra somos nosotros.

> ¡Cuán vasto y profundo es el influjo de los sutiles poderes del Cielo y de la Tierra!
>
> Tratamos de percibirlos y no los vemos; queremos oírlos y no los oímos; identificados con la sustancia de las cosas, no pueden separarse de ellas.
>
> Gracias a ellos los hombres purifican y santifican sus corazones en todo el universo y visten sus mejores ropas para ofrecer oblaciones y sacrificios a sus antepasados. Es un océano de sutiles inteligencias. Están por todas partes, sobre nosotros, a nuestra izquierda y a nuestra derecha; nos rodean por todos lados[7].

Somos los sujetos de un experimento que me interesa enormemente. En estas circunstancias, ¿no podríamos prescindir de los chismes y las habladurías, y levantarnos el ánimo con nuestros propios pensamientos? Dice Confucio acertadamente: «La virtud no puede permanecer abandonada como un huérfano; necesariamente debe tener vecinos»[8].

[6] Juego de palabras, que podríamos traducir como Villa-Clara. Hoy en día Brighton forma parte de Boston y allí se sigue celebrando una importante feria de ganado.

[7] Cita de la *Doctrina del Justo Medio* (16, 1-3) de Confucio que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

[8] Cita de las *Analectas* (4, 25) de Confucio que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

Mediante el pensamiento podemos salir de nosotros mismos de una manera sana. Con un esfuerzo consciente de la mente podemos estar separados de las acciones y de sus consecuencias, y todas las cosas, buenas y malas, pasarán ante nosotros como un torrente. No estamos completamente implicados en la Naturaleza. Tanto puedo ser el madero arrastrado por la corriente como Indra mirándolo desde el cielo. *Puede* afectarme un espectáculo teatral, mientras que, por el contrario, *puede no* afectarme un hecho real que aparentemente debería concernirme en mayor medida. Me conozco sólo como entidad humana, como una escena, por así decirlo, de pensamientos y afectos, y soy consciente de una cierta duplicación por la cual puedo situarme tan lejos de mí mismo como de cualquier otra persona. Sea cual sea la intensidad de mi experiencia, soy consciente de la presencia crítica de una parte de mí mismo, que es como si no fuera parte de mí, sino un espectador que no comparte la experiencia, pero toma nota de ella, y que no es más yo que tú. Cuando termina la obra de la vida, que tal vez sea una tragedia, el espectador sigue su camino. Por lo que a él respecta, era una especie de ficción, un mero trabajo de la imaginación. Esta duplicidad puede convertirnos fácilmente en malos vecinos y amigos poco fiables.

Creo que es saludable estar solo la mayor parte del tiempo. La compañía, incluso la mejor, se hace pronto cansina y nociva. Me encanta estar solo. No he encontrado un compañero que me acompañe mejor que la soledad. Normalmente estamos más solos cuando nos reunimos con los demás que cuando permanecemos en casa. Allá donde esté, un hombre que piensa o trabaja está siempre solo. La soledad no se mide por las millas que separan a un hombre de sus semejantes. El estudiante realmente aplicado de una de las pobladas colmenas de la Universidad de Cambridge[9] está tan solo como el derviche en medio del desierto. El granjero puede trabajar solo en el campo o los bosques durante todo el día, cavando o talando, sin sentirse solo, porque se halla ocupado; pero cuando vuelve a casa por la noche no puede sentarse solo en una habitación a merced de sus pensamientos, sino que debe acudir donde «pueda ver gente», distraerse y, según cree, recompensarse

[9] La Universidad de Harvard, en Cambridge.

por la soledad de su día; por eso se pregunta cómo puede el estudiante sentarse solo en casa toda la noche y la mayor parte del día, sin tedio ni apatía; no se da cuenta de que el estudiante, aunque esté en casa, sigue trabajando en *su* campo y talando *sus* bosques, como el granjero los suyos, y que busca la misma distracción y compañía, aunque sin duda de una forma más condensada.

Por lo general, la compañía es de mala calidad. Nos reunimos demasiado a menudo, sin tiempo de adquirir ningún valor nuevo para los otros. Nos vemos tres veces al día en las comidas y nos ofrecemos los unos a los otros un nuevo sabor de ese queso rancio que somos. Hemos tenido que ponernos de acuerdo sobre una serie de reglas de etiqueta y cortesía para hacer tolerable este encuentro frecuente y que no necesitemos llegar a una guerra declarada. Nos encontramos en la oficina de correos, en las reuniones sociales y cada noche junto a la chimenea; vivimos muy cerca, nos cruzamos y tropezamos constantemente, y pienso que así perdemos algo de respeto los unos por los otros. Una frecuencia menor bastaría, sin duda, para todas las comunicaciones importantes y cordiales. Piensen en las jóvenes de una fábrica: nunca solas, ni siquiera en sus sueños. Sería mejor si no hubiera más que un habitante por milla cuadrada, como donde yo vivo. El valor de un hombre no está en su piel, como para que sea necesario tocarlo.

He oído hablar de un hombre perdido en los bosques, muerto de hambre y de cansancio al pie de un árbol, cuyo desamparo se vio aliviado por las grotescas visiones con las que, debido a su flaqueza corporal, le rodeaba su imaginación enferma y que tomaba por reales. De forma parecida, gracias a la salud y a la fuerza física y mental, podemos disfrutar de una compañía semejante, pero más normal y natural, y llegar a saber que en realidad nunca estamos solos.

Tengo mucha compañía en mi casa, sobre todo por la mañana, cuando nadie me visita. Voy a sugerir algunas comparaciones para ofrecer una idea de mi situación. No me siento más solo que el colimbo en la laguna, con su sonora risa, o que la propia laguna de Walden. Decidme, ¿qué compañía tiene esa laguna solitaria? Y, sin embargo, en el azur de sus aguas no hay un solo pensamiento negro, sino claras imágenes. El sol está solo, salvo cuando

la bruma hace aparecer otro, falso[10]. Dios está solo, pero el diablo, lejos de estarlo, tiene mucha compañía, es legión[11]. No estoy más solo que un sencillo gordolobo, o un diente de león, o una hoja de judía, o una acedera, o un tábano, o un abejorro. No estoy más solo que el Mill Brook[12], o que una veleta, o la Estrella Polar, o el viento solano, o un aguacero en abril, o el deshielo de enero, o la primera araña en una casa nueva.

En las largas tardes de invierno, cuando la nieve cae rápida y el viento aúlla en el bosque, me visita de vez en cuando un viejo colono, propietario original del lugar, que, según se dice, excavó la laguna de Walden, la empedró y rodeó de pinares. Me cuenta historias de los viejos tiempos y de la nueva eternidad, y aunque no tenemos ni manzanas ni sidra, juntos pasamos agradables veladas intercambiando alegre y placenteramente todo tipo de opiniones. Es un amigo al que realmente quiero, el más sabio y de mejor humor y, sin embargo, permanece más oculto que Goffe y Whalley[13] —de hecho, se le ha dado por muerto, pero nadie podría señalar dónde está enterrado—. En mi vecindad vive también una señora de cierta edad, invisible para la mayoría de las personas, en cuyo fragante jardín me gusta pasear de vez en cuando, recogiendo hierbas medicinales y escuchando sus fábulas, pues tiene un ingenio fértil como ninguno, su memoria llega más allá de la mitología y sabe contarme la versión primera de cada fábula y los hechos en que están fundadas todas ellas, pues los incidentes acaecieron cuando ella era aún joven. Esta robusta dama de mejillas sonrojadas se deleita con cada estación, haga el tiempo que haga, y sobrevivirá sin duda a todos sus hijos.

¡La indescriptible inocencia y beneficencia de la naturaleza: del sol, del viento y de la lluvia, del verano y del invierno, qué salud y qué alegría perpetuas proporcionan! Tal es la simpatía que tiene

[10] El fenómeno óptico conocido como parhelio o parahelio, asociado con la refracción de la luz cuando existe una gran cantidad de partículas de hielo en las nubes. Se manifiesta a veintidós grados a la izquierda o derecha del sol como una mancha brillante en el cielo.

[11] Alusión a Lucas 8, 30-31: «Jesús le preguntó: "¿Cómo te llamas?". Él dijo: "Legión". Muchos demonios habían entrado en él».

[12] Arroyo que atraviesa Concord.

[13] Puritanos considerados responsables de la ejecución de Carlos I de Inglaterra (1641), que huyeron a Nueva Inglaterra, donde vivieron ocultos.

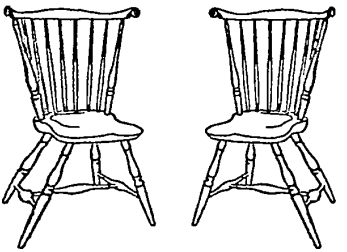
por nuestra raza que, si algún hombre sufriera por una causa justa, el sol atenuaría su brillo y los vientos suspirarían como lo hace la humanidad, y las nubes lloverían lágrimas y los bosques se desharían de sus hojas y vestirían luto en pleno estío. ¿No me entenderé con la Tierra? ¿No soy en parte hojas y materia vegetal?

¿Qué píldora nos mantendrá serenos, saludables y contentos? No la de mi bisabuelo o la del tuyo, sino las medicinas universales, vegetales, botánicas, de nuestra bisabuela Naturaleza, con las que ella misma se ha mantenido eternamente joven, sobreviviendo a tantos Parr[14], y cuya gordura putrefacta fortaleció su salud. Como panacea, en lugar de esos frascos con mezclas extraídas del río Aqueronte y del Mar Muerto que sacan los curanderos de sus carretas, alargadas y ligeras como una goleta negra, fabricadas expresamente para transportar botellas, dejadme respirar una buena bocanada de aire matutino y sin diluir. ¡Aire de la mañana! Si los hombres no beben de él en el manantial del día, tendremos que embotellarlo y venderlo en los comercios en beneficio de quienes han perdido su suscripción al tiempo matutino en este mundo. Pero recordad que ni en el sótano más fresco se conservará siquiera hasta el mediodía, antes hará saltar los tapones de las botellas y seguirá los pasos de la aurora hacia el oeste. No soy ningún adorador de Higía, hija de aquel viejo doctor herborista, Asclepio, representada en las estatuas con una serpiente en una mano y una copa en la otra, de la que a veces bebe la serpiente; sino de Hebe, hija de Juno y de una lechuga silvestre[15], escanciadora de Júpiter, y que tiene el poder de restituir a los dioses y a los hombres el vigor de la juventud. Probablemente, la única joven sana, fuerte y de perfecta constitución que recorrió el globo y allá donde fue llevó con ella la primavera.

[14] Thomas Parr (1483 – 1635), quien supuestamente vivió 152 años y cuya longevidad dio nombre a las conocidas «Píldoras de la Vida Parr».

[15] Según algunas versiones del mito, Hebe, hija de Zeus (Júpiter) y Hera (Juno), fue concebida después de que su madre se comiera una lechuga silvestre.

VISITANTES



Creo que disfruto de la compañía tanto como la mayoría de las personas, y me aferro como una sanguijuela a cualquier hombre de buena sangre que se cruce en mi camino. Mi carácter no es el del ermitaño[1], y podría sentarme sin problemas con el más rudo parroquiano de un bar si mis asuntos me llevaran allí.

En mi casa tenía tres sillas: una para la soledad, dos para la amistad, tres para la compañía. Cuando llegaba inesperadamente un gran número de visitantes, tan sólo estaba la tercera silla para todos ellos, pero por lo general economizaban el espacio permaneciendo

[1] Mary Hosmer Brown (1856 – 1929) recuerda en sus *Memories of Concord*: «Nunca pretendió que su vida en Walden fuera la de un ermitaño. Cuando estaba dedicado a escribir, no le gustaba que lo distrajeran; pero el resto del tiempo había siempre una silla fuera de su casa, junto a la puerta, invitando a quien quisiera sentarse y conversar». Horace Hosmer (1819 – 1872) anota a su vez en *Remembrances of Concord and the Thoreaus*: «Los chavales solían ir a visitarlo los sábados por la tarde a su casa de Walden, y él les enseñaba cosas interesantes sobre los bosques».

de pie. Es sorprendente cuántos grandes hombres y mujeres puede albergar una pequeña casa. He tenido bajo mi techo y de forma simultánea a veinticinco o treinta almas con sus respectivos cuerpos y, sin embargo, a menudo nos separábamos sin la certeza de habernos acercado los unos a los otros. Muchas de nuestras casas, tanto públicas como privadas, con sus habitaciones casi innumerables, sus enormes vestíbulos y sus sótanos para almacenar vinos y otras municiones de paz, me parecen extravagantemente grandes para sus habitantes. Son tan vastas y magníficas que éstos parecen tan sólo las sabandijas que las infestan. Cuando el heraldo pregona su convocatoria ante el Tremont, el Astor o el Middlesex[2], me sorprende ver como único habitante, deslizándose sobre un pórtico, a un ridículo ratón[3] que de inmediato vuelve a escabullirse por un orificio del pavimento.

Un inconveniente que a veces experimenté en una casa tan pequeña como la mía fue la dificultad para situarme a una distancia conveniente de mi invitado cuando comenzábamos a formular grandes pensamientos con grandes palabras. Se necesita espacio para que los pensamientos ajusten su vela y exploren uno o dos rumbos antes de llegar a puerto. El proyectil de vuestro pensamiento debe tener tiempo de rectificar cualquier desvío, provocado incluso por el propio movimiento de retroceso, y volver a su trayectoria correcta antes de llegar al oído de vuestro interlocutor, al menos si no queréis que le salga inmediatamente por el otro. También nuestras frases necesitaban espacio para desplegarse y formar sus columnas en el intervalo. Los individuos, como las naciones, deben tener adecuados y amplios límites naturales, así como un considerable terreno neutral que los separe. He descubierto un lujo singular: hablar con un compañero que se encuentra al otro lado de la laguna. En mi casa estábamos tan cerca los unos de los otros que no podíamos entendernos, era imposible hablar en un tono adecuado para ser oídos, como cuando se tiran dos piedras sobre un agua calma, y caen tan cerca ambas que cada cual destru-

[2] Hoteles en Boston, Nueva York y Concord.

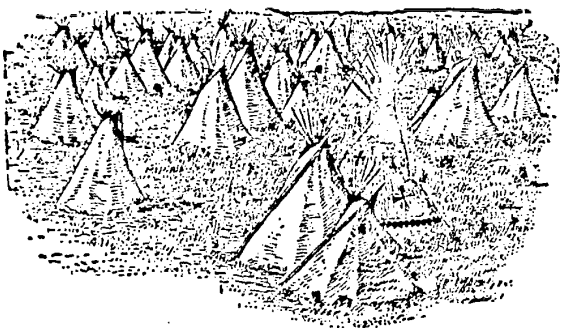
[3] Alusión al ridículo ratón de la *Ars Poetica* de Horacio (65 – 8 d. C.): *Parturient montes, nascetur ridiculus mus* («Parieron los montes, nació un ridículo ratón»). Es una satirización de los escritores con estilos rimbombantes o que prometen más de lo que realmente son capaces de ofrecer.

ye las ondulaciones de la otra. Si habláramos solamente de manera locuaz y parlanchina, podríamos permitirnos estar muy cerca, mejilla contra carrillo, sintiendo la respiración del otro, pero si conversamos de forma reservada y pensativa, necesitamos una distancia mayor para que todo el calor y la humedad animal tengan ocasión de evaporarse. Y si quisiéramos sentirnos acompañados de forma íntima por aquello que, en cada uno de nosotros, escapa o se sitúa por encima de la conversación, no sólo deberíamos permanecer en silencio, sino, por lo general, tan alejados como para que ninguno pueda escuchar la voz del otro. Según este criterio, la palabra sólo conviene a los duros de oído; pero hay muchas cosas bellas que no se pueden decir gritando. Cuando la conversación empezaba a asumir un tono más elevado y solemne, apartábamos las sillas hasta pegarlas a las esquinas opuestas, y ya para entonces, por lo general, no había suficiente espacio.

Mi «mejor» habitación, sin embargo, el salón de las visitas, siempre impecable, sobre cuya alfombra rara vez daba el sol, era el pinar que había detrás de mi casa[4]. Durante el verano, cuando venían invitados distinguidos, solía llevarlos allí; un sirviente incomparable barría el suelo, quitaba el polvo y ponía las cosas en orden.

Cuando venía a verme un único invitado, en ocasiones compartía mi frugal comida y no era necesario interrumpir nuestra conversación para preparar un pudin de maíz o para vigilar la fermentación y cocción de la hogaza sobre las ascuas. Pero si eran veinte los que venían y se sentaban en mi casa, no se hablaba de la cena, aunque pudiera haber pan sólo para dos, como si la alimentación fuera una costumbre olvidada, sino que practicábamos la abstinencia con toda naturalidad. Esto nunca se tomó como una ofensa contra la hospitalidad, sino como la conducta más apropiada y educada. El cansancio y el debilitamiento de la vida física, que necesita asiduo reparo, parecían milagrosamente aplazados en esas ocasiones, y el vigor y la vitalidad se mantenían firmes. De esta forma podía recibir a veinte visitantes o a un millar, y si alguno salió de mi casa desengañado o hambriento tras encontrarme allí, al menos

[4] Era costumbre mantener el salón destinado a las visitas cerrado, salvo en las ocasiones importantes, para evitar así el deterioro de muebles y alfombras. Obviamente, Thoreau ironiza sobre esta costumbre, pues habla del suelo del bosque.



«Tal vez lo que los orientales eran para los griegos —meros bárbaros—, son, en cierta medida, los indios para nosotros».

Henry David Thoreau, *Cuadernos indios*, 6, 113

puede estar seguro de que simpaticé con él. Resulta realmente fácil, aunque muchas amas de casa lo duden, establecer nuevas y mejores costumbres en lugar de las antiguas. No necesitáis asentar vuestra reputación en las comidas que ofrecéis. Por mi parte, no ha habido cancerbero tan disuasorio a la hora de frecuentar la casa de un hombre como la ostentación que hizo uno de la comida que se me iba a servir, lo que interpreté como una sugerencia muy cortés e indirecta para que nunca lo volviera a molestar. Y no pienso visitar de nuevo ese lugar. Estaría orgulloso de tener como lema de mi cabaña aquellos versos de Spenser que uno de mis amigos me dejó utilizando como tarjeta de visita una hoja amarilla de nogal:

Llegados allí, llenan la pequeña casa,
Sin buscar un recreo que no existe;
El descanso es su festín y todo está a su gusto;
El espíritu más noble tiene el mejor contento[5].

Cuando Winslow[6], futuro gobernador de la colonia de Plymouth, atravesó a pie los bosques con un compañero para rendir una visita ceremonial a Massasoit[7], llegaron cansados y hambrientos; fueron bien recibidos por el jefe, pero nada se dijo de comer aquel día. Cuando cayó la noche, citando sus propias palabras, «nos hizo tumbarnos en una cama con él y su mujer, ellos en un extremo y nosotros en el otro; no era más que una tabla colocada a un pie del suelo y cubierta de pieles. Por falta de espacio, dos más de sus principales hombres se apretaron a nuestro lado e incluso encima, de manera que resultó más cansado nuestro alojamiento que el viaje». Al día siguiente, a la una en punto, Massasoit «trajo dos peces que él mismo había capturado», aproximadamente tres veces más grandes que una brema; «una vez hervidos, cuarenta hombres se amontonaron para comer de ellos. La mayor parte tuvo su ración.

[5] Cita de *La Reina de las hadas* de Edmund Spenser (1552 – 1599), poeta inglés.
[6] Edward Winslow (1595 – 1655), pasajero del *Mayflower*, cuyos diarios proveen uno de los primeros relatos de los colonos llegados a Norteamérica en 1620. Thoreau cita algunos pasajes a continuación.
[7] Jefe indio de la tribu Wampanoag (1580 – 1661) que estableció relaciones amistosas con los ingleses.

Ésa fue nuestra única comida en dos noches y un día; y si uno de nosotros no hubiera comprado una perdiz, hubiéramos pasado en ayunas nuestro viaje». Decidieron marcharse, por miedo a que la falta de alimento, el exceso de sueño y los «bárbaros cantos de los salvajes (porque solían cantar dormidos)» terminaran por producirles vértigos, y a que no les quedaran fuerzas para realizar el viaje de vuelta a casa. En cuanto al alojamiento, es verdad que la acogida fue pobre, aunque lo que ellos consideraron inconvenientes fue sin duda un honor, pero en lo concerniente a la comida, no veo cómo los indios podrían haberlo hecho mejor. No tenían nada para comer y fueron lo suficientemente sabios para pensar que las excusas no podrían llenar los platos de sus huéspedes, de manera que se apretaron bien el cinturón y no dijeron una palabra al respecto. En otra ocasión en que Winslow volvió a visitarles, durante la época de abundancia para los indios, todo fue generosidad a este respecto.

En cuanto a los hombres, no faltan en ningún sitio. Tuve más visitantes durante el tiempo que viví en los bosques que en ningún otro periodo de mi vida; es decir, que algunos tuve. Las circunstancias en las que allí conocí a varios de ellos fueron inmejorables. Pero pocos vinieron a verme por asuntos triviales. En ese aspecto, la distancia de la ciudad me servía de criba. Estaba tan retirado en el vasto océano de la soledad, allí donde desembocan todos los ríos de la sociedad, que, por lo general y en lo que se refería a mis necesidades, sólo se depositaba a mi alrededor el sedimento más fino. Además, el viento me traía desde el otro lado pruebas de continentes inexplorados y aún por cultivar.

¿Quién podría venir a visitarme aquella mañana sino un auténtico hombre homérico o paflagonio[8]? Tenía un nombre tan adecuado y poético que lamento no poder dejarlo por escrito[9]. Era canadiense, leñador y fabricante de postes, capaz de colocar cincuenta al día, y cuya última cena había consistido en una marmota cazada por su perro. Él también había oído hablar de Homero, y reconocía que «si no fuera por los libros, no sabría qué hacer en los días de lluvia», aunque no creo que hubiese leído uno entero desde hace varias estaciones lluviosas. Un sacerdote que sabía pronunciar el

[8] Paflagonia es la designación arcaica de una región boscosa en el norte de Anatolia.
[9] Se trataba de Alek Therien (1812 – 1885).

griego le enseñó a leer algunos versículos del Testamento allá en su parroquia natal, y ahora, mientras sostiene el libro, tengo que traducirle el reproche de Aquiles a Patroclo por su triste semblante. «¿Por qué lloras, Patroclo, como una muchacha?».

> ¿O has escuchado tú solo algún mensaje procedente de Ftía?
> Cuentan que aún vive Menecio, el hijo de Áctor,
> Y también está viva entre los mirmidones el Eácida Peleo,
> Y la muerte de ambos es lo que más nos afligiría[10].

Dice: «Esto es bueno». Tiene bajo su brazo un gran atado de corteza de roble blanco que ha recogido esta mañana de domingo para un hombre enfermo[11]. «Supongo que no hay nada malo en ir a buscar esto el día de hoy»[12], añade. Para él, Homero es un gran escritor, aunque no sabe de qué tratan sus obras. Sería difícil encontrar un hombre más sencillo y más natural. El vicio y la enfermedad, que arrojan ese sombrío tono moral sobre el mundo, apenas existían para él. Tenía unos veintiocho años y había dejado Canadá y la casa de sus padres hacía doce para trabajar en los Estados Unidos y ganar el dinero suficiente para comprar una granja, quizá en su país natal. Había sido fundido en el más tosco de los moldes: un cuerpo robusto, lento, de movimientos sin embargo graciosos, con un grueso cuello tostado al sol, oscuro cabello matoso y apagados ojos azules, soñolientos, que de vez en cuando se alumbraban con una expresividad repentina. Usaba una gorra chata de tela gris, un chaquetón de lana sin tintar, algo sucio, y unas botas de cuero de vaca. Era un gran comedor de carne y solía llevarse la comida al trabajo, a un par de millas de su casa —talaba árboles durante todo el verano—, en un cubo de estaño; tomaba muchos fiambres, sobre todo de marmota, y café, que llevaba en una botella de barro sujeta a su cinturón mediante una cuerda; a veces me ofrecía un trago. Llegaba temprano, cruzando mi campo de judías, pero sin la ansiedad ni la prisa por ponerse a trabajar que evidencian los yanquis. Se cuidaba de hacerse ningún mal. No le importaba ganar lo justo para mantenerse. Si su perro cazaba

[10] En el original es la propia traducción de Thoreau de la *Ilíada* (XVI, 13-16) de Homero.
[11] Se trata de un potente astringente.
[12] En *Sabbath*, día de descanso en las religiones abrahámicas.

en el camino una marmota, dejaba el almuerzo en unos arbustos y desandaba una milla y media hasta su casa para prepararla y almacenarla en el sótano de la casa donde vivía, después de deliberar consigo mismo durante media hora si no sería más conveniente sumergirla en algún lugar seguro de la laguna hasta el atardecer, pues le encantaba cavilar sobre estos asuntos. Cuando pasaba por la mañana decía: «¡Qué cantidad de palomas! Si no trabajara todos los días podría obtener cazando toda la carne que quisiera: palomas, marmotas, conejos, perdices. ¡Dios mío!, podría conseguir en un día todo lo necesario para una semana».

Era un hábil leñador y le encantaban las florituras de su arte. Cortaba los árboles a nivel y a ras de tierra, de modo que los nuevos brotes fueran más vigorosos y un trineo pudiera deslizarse sobre los tocones sin dificultad; y en lugar de dejar un árbol tal cual como apoyo de los atados de leña, lo mondaba hasta convertirlo en un esbelto poste, un bastón que podría romperse con las propias manos.

Me interesó por ser un hombre tranquilo y solitario, y sin embargo, feliz; un pozo de buen humor y entusiasmo rebosaba por sus ojos. Alegría sin impurezas. Algunas veces me lo encontraba trabajando en los bosques, derribando árboles, y me recibía con una risa de inefable satisfacción y un saludo en francés canadiense, a pesar de que también hablaba inglés. Cuando me aproximaba hacía una pausa, se recostaba con alegría contenida contra el tronco del pino que acababa de derribar, rascaba el interior de su corteza, hacía con ella una pelotilla y comenzaba a mascarla mientras hablaba y reía. En él habitaba una intensa exuberancia propia de los espíritus animales, hasta el punto de que a veces, cuando sentía el cosquilleo de un pensamiento que le agradaba, se tiraba literalmente al suelo y se retorcía de risa. Mirando los árboles que tenía a su alrededor exclamaba: «¡Por Jorge! Cómo me gusta talar árboles aquí; no necesito más diversión». Otras veces, cuando andaba ocioso, pasaba el día entretenido en los bosques disparando salvas en su propio honor a intervalos regulares y con una pistola de bolsillo. En invierno encendía un fuego con el que calentaba al mediodía su cazo de café, y a veces, cuando se sentaba sobre un tronco para comer, lo rodeaban los carboneros y se posaban sobre su brazo y le picoteaban las patatas directamente de los dedos. Decía que le «gustaba rodearse de pequeños *leñadores*».

En él se había desarrollado ante todo el hombre animal. En resistencia física y alegría era primo del pino y de la roca. Una vez le pregunté si, después de trabajar durante todo el día, no se sentía a veces cansado por la noche, y me respondió con una mirada sincera y grave: «¡Rediós, yo no me he cansado en mi vida!». No obstante, la parte intelectual del hombre y la que llamamos espiritual dormitaban en él como en un niño. La única instrucción que había tenido fue esa misma educación inocente e ineficaz que los curas católicos dispensaban a los aborígenes, por la que el alumno jamás alcanza ninguna conciencia, apenas cierta confianza y sumisión, y con la que el niño no se hace hombre, se mantiene como un niño. Cuando la naturaleza lo hizo, le dio un cuerpo fuerte y la alegría de saberse afortunado, y lo apuntaló por todos los lados con reverencia y confianza, para que pudiera vivir como un niño cumplidos sus setenta. Era tan genuino y sencillo que ninguna presentación serviría para presentarlo, tal como ocurriría si le presentaseis una marmota a vuestro vecino. Cada cual tendría que encontrar la forma de descubrirlo. No representaba ningún papel. Los hombres le pagaban un salario por su trabajo y así lo ayudaban a comer y a vestirse, pero nunca se paró a hablar con ellos. Era tan sencilla y naturalmente humilde —si podemos llamar humilde a quien carece de aspiraciones— que la humildad no era una cualidad distinta en él, ni podía concebirla. Los hombres más sabios le parecían semidioses. Al anunciarle la visita de uno de ellos, actuaba como si creyese que una criatura tan formidable nada podía esperar de él, sino que asumiría toda la responsabilidad y le dejaría de lado, olvidado. Jamás escuchó el sonido del elogio. Respetaba especialmente al escritor y al predicador. Sus obras eran milagros. Cuando le dije que yo escribía mucho, durante largo tiempo pensó que me refería meramente a prácticas caligráficas, ya que él mismo había conseguido tener una letra excelente. A veces me encontraba el nombre de su parroquia natal bellamente escrito en la nieve, junto a la carretera, con los acentos franceses correctamente situados, y así sabía que había pasado por allí. Le pregunté si alguna vez había deseado escribir sus pensamientos. Me contestó que había leído y escrito cartas para quienes no podían hacerlo, pero que nunca había tratado de anotar sus pensamientos; no, no podía, no sabría qué escribir primero, sería mortificante, ¡y además había que prestar atención al mismo tiempo a la ortografía!

Escuché cómo un distinguido sabio y reformador le preguntó si no deseaba que el mundo cambiara[13], y respondió con su acento canadiense y un chasquido de sorpresa, ignorando que la pregunta es un clásico del género: «No, me gusta tal como es». Aprendería mucho el filósofo que pasara tiempo con él. A un extraño le parecería un hombre que no sabía nada de las cosas en general, pero a veces yo veía en él a un hombre que no había visto antes y aún no sé si era tan sabio como Shakespeare o simplemente tan ignorante como un niño, si debía suponerle una refinada conciencia poética o la estupidez. Uno de mis conciudadanos me dijo que, cuando lo veía paseando y silbando por la ciudad con su pequeña gorra ceñida, le parecía un príncipe disfrazado.

Sus únicos libros eran un almanaque y un manual de aritmética, materia que sin duda dominaba. El almanaque era para él una especie de enciclopedia, pues lo consideraba un compendio del conocimiento humano, lo que no deja de ser en alguna medida cierto. Me encantaba sondearle sobre ciertos debates actuales, que enfocaba siempre de la forma más sencilla y práctica. Nunca antes había oído hablar de esas cosas. «¿Se podría prescindir de las fábricas?», le pregunté. Me respondió que él había llevado siempre la típica gorra de Vermont hecha en casa, y que estaba satisfecho. ¿Podría arreglárselas sin té ni café? ¿Ofrecía este país alguna otra bebida además del agua? Me dijo que él remojaba unas pocas hojas de abeto tsuga de Canadá y que esta bebida le parecía mejor que el agua si hacía calor. Cuando le pregunté si podía prescindir del dinero, me mostró la conveniencia del mismo con un argumento coincidente con la mayoría de las explicaciones filosóficas sobre el origen de esta institución, sin olvidar la propia etimología de la palabra *pecunia*[14]. Si poseyera un buey y quisiera comprar en una tienda aguja e hilo, pensó que resultaría poco práctico, o directamente imposible, ir hipotecando las diversas partes del animal cada vez que surgiera una necesidad. Sabía defender muchas instituciones mejor que cualquier filósofo, porque al describirlas estrictamente de acuerdo con lo que le concernía ofrecía las razones verdaderas para que prevalecieran, y la especulación no le sugería

[13] Probablemente Emerson, que contrató a Therein en diversas ocasiones.

[14] Del latín *pecus*, «rebaño» o «ganado».

ninguna otra. En otra ocasión escuchó la definición que dio Platón del hombre —un bípedo implume—, y cómo otro le contrarrestó exhibiendo un gallo desplumado y diciendo que ése era el hombre de Platón[15]; a él, sin embargo, se le ocurrió pensar que había una diferencia importante en el hecho de que las rodillas se doblaran en direcciones opuestas. Algunas veces exclamaba: «¡Cómo me gusta hablar! ¡Por Jorge, me pasaría el día hablando!». Una vez, después de no haberlo visto en muchos meses, le pregunté si se le había ocurrido alguna idea nueva aquel verano. «Dios mío», dijo, «un hombre que tiene que trabajar como yo tiene bastante si no olvida las ideas que ya tenía. Puede ser que el hombre con quien escardas se sienta inclinado a competir; entonces, ¡por Dios!, debes concentrarte: pensar tan sólo en las malas hierbas». Otras veces era él quien, tras un encuentro, me preguntaba el primero si había hecho algún progreso. Un día de invierno le pregunté si estaba satisfecho consigo mismo, pues quería sugerirle un sustituto interno para el sacerdote de fuera y una razón más elevada para vivir. «¡Satisfecho!», exclamó, «a unos hombres les satisface una cosa, a otros otra. El hombre que tiene suficiente seguramente estará satisfecho si puede sentarse todo el día con la espalda contra el fuego y la barriga contra la mesa, ¡por Jorge!». Sin embargo nunca, mediante ninguna maniobra, conseguí que adoptara un punto de vista espiritual sobre las cosas; lo más elevado que parecía concebir era la oportunidad cotidiana, como puede esperarse de un animal, lo que por otro lado sería constatable en la mayoría de los hombres. Si le sugería alguna mejora en su modo de vida, contestaba de un modo sencillo, sin expresar pena alguna, que era demasiado tarde. Y, sin embargo, creía firmemente en la honestidad y en otras virtudes semejantes.

Por pequeña que fuera, había en él una originalidad evidente, y de vez en cuando observé que pensaba por sí mismo y expresaba opiniones propias, un fenómeno tan raro que yo estaría dispuesto a caminar diez millas diarias para verlo, y que abocaría a la reconstrucción desde los cimientos de muchas de las instituciones de la sociedad. Aunque vacilaba y quizá no se expresaba con claridad, siempre tenía detrás un pensamiento presentable. Y, sin embargo,

[15] Fue Diógenes el Cínico, según Diógenes Laercio.

su forma de pensar era tan primitiva y se hallaba tan imbuida en la vida animal que, si bien era más prometedora que la de un hombre meramente instruido, muy pocas veces llegaba a un grado de maduración digno de ser referido. Su persona sugería la posible existencia de hombres de genio en los estratos inferiores de la vida, por permanentemente humildes y analfabetos que fuesen, con su propia visión del mundo y sin falsear en absoluto su mirada, insondables como se creía que era la laguna de Walden, y al tiempo igual de oscuros y cenagosos.

Más de un viajero se apartaba de su camino para visitarme y ver así el interior de mi casa, y como excusa pedían un vaso de agua. Solía decirles que yo bebía en la laguna y les señalaba el sitio, ofreciéndoles un cucharón. Y por lejos y apartado que viviera no pude evitar la visita anual que se realiza, según creo, hacia el primero de abril[16], día en que todo el mundo se pone manos a la obra; y aun así tuve suerte, a pesar de que entre mis visitantes se hallaban algunos curiosos especímenes. Algunos retrasados que viven en el asilo y en otros lugares vinieron a verme, pero me las arreglé para que adelantaran todo lo posible y me contaran sus confidencias; en algunos casos convertí sus progresos en el tema de nuestra conversación, de modo que era fácil resarcirse. De hecho, descubrí que algunos de ellos eran más sabios que los llamados *tutores* de los pobres y que los concejales de la ciudad, y pensé que ya era hora de que se intercambiaran los papeles. Y con respecto al retraso y al adelanto, me convencí de que la distancia por cubrir era escasa. Un día en concreto, un indigente inofensivo e ingenuo, a quien había visto que usaban, junto con otros, ya de pie, ya sentados, como cercado provisional de unos terrenos para evitar que el ganado y él mismo se descarriaran, me visitó y expresó su deseo de vivir como yo. Me dijo, con la mayor sencillez y sinceridad, muy por encima, o más bien *por debajo*, de todo aquello que llamamos humildad, que él era «intelectualmente retrasado». Ésas fueron sus palabras. El Señor le había hecho así, y sin embargo, creía que se preocupaba de él tanto como de cualquier otro. «Siempre he sido así», decía, «desde la niñez; nunca tuve mucha cabeza; no era como los otros

[16] Se trata de una suerte de Día de los Inocentes conocido como April Fools' Day y celebrado en muchos países el primer día de abril.

niños; soy débil mental. Supongo que es voluntad del Señor». Y ahí estaba él para probar la veracidad de sus palabras. Un rompecabezas metafísico para mí. Rara vez he conocido a un semejante sobre un terreno tan prometedor, pues todo lo que decía era sencillo, sincero y verdadero. Y en verdad, en la medida en que parecía humillarse, se enaltecía[17]. Al principio no supe verlo, pero era el resultado de una conducta sabia, y parecía que sobre esa base de verdad y franqueza que había establecido ese pobre débil mental, nuestra relación podría superar la de los sabios.

Tuve algunos invitados de los que no figuran, por lo general, entre los pobres de la ciudad, aunque debieran, y que en cualquier caso figuran entre los pobres del mundo; invitados que no requieren hospitalidad sino una *hospicialidad*[18], que reclaman seriamente una ayuda y depositan su solicitud advirtiendo que están por completo decididos a no ayudarse a sí mismos. Exijo al visitante que no esté muriéndose de hambre, aunque tenga el mejor apetito del mundo, y poco importa el origen de dicho apetito. Quien recibe vuestra caridad no es vuestro invitado. Otros hombres no sabían cuándo había terminado su visita, aunque yo volviera a mis asuntos y les contestara cada vez desde más lejos. Hombres con inteligencias muy distintas, que venían de visita en la temporada de migración. Algunos, de hecho, tan inteligentes que no sabían ya qué hacer; esclavos fugitivos que habían conservado los hábitos de la plantación, que de cuando en cuando se ponían la mano en la oreja por si acaso escuchaban, como el zorro de la fábula, el ladrido de los sabuesos tras su pista, y me miraban implorantes, como diciendo:

Oh, cristiano, ¿vas a mandarme de vuelta?[19].

[17] Alusión a Mateo 23, 12: «Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

[18] En el original *hospitalality*, palabra inventada por Thoreau para jugar con la relación entre la hospitalidad y los cuidados que dispensan instituciones como los hospicios.

[19] Cita del poema «The Fugitive Slave to the Christian» de Elizur Wright (1804-1885), matemático y abolicionista estadounidense, así como editor de un gran número de publicaciones, entre las que se encuentran *Human Rights*, *The Emancipator* o *Quarterly Anti-Slavery Magazine*. En 1851 fue arrestado y acusado de colaborar en la huida de Sadrac Minkins, el primer hombre negro apresado en Nueva Inglaterra bajo la Ley de Esclavos Fugitivos.

Ayudé a varios esclavos fugitivos reales, a uno en concreto enseñándole a orientar su camino hacia la Estrella Polar[20]. Hombres de una sola idea, como la gallina con un único polluelo[21], que finalmente es un patito; hombres de mil ideas y cabezas desgreñadas, como las cluecas a las que se obliga a cuidar a cien polluelos, todos persiguiendo a la misma sabandija y una veintena perdidos en el rocío de la mañana, crispados y sarnosos; hombres con ideas en lugar de piernas, como un ciempiés intelectual que obliga a arrastrarse. Un hombre me propuso que tuviera un libro de visitas donde todos los que pasaran pudieran escribir su nombre, como en las White Mountains[22], pero, ay, tengo una memoria demasiado buena para que eso sea necesario.

No pude dejar de advertir las peculiaridades de algunos de mis visitantes. Las muchachas y los muchachos, y las mujeres jóvenes en general, parecían sentirse felices en los bosques. Miraban la laguna y las flores y disfrutaban el momento. Los hombres de negocios, incluso los granjeros, pensaban únicamente en mi trabajo y mi soledad, y en la gran distancia que me separaba de esto y aquello; y aunque decían que les gustaba dar un paseo de vez en cuando por los bosques, era evidente que no era cierto. Hombres inquietos, entregados, consagrados por completo a ganarse la vida o a conservarla; sacerdotes que hablaban de Dios como si disfrutaran del monopolio de lo divino, que no podían tolerar una opinión diversa a la suya; médicos, abogados, turbadas amas de casa que fisgaban en mi armario y en mi cama cuando me encontraba fuera —¿cómo llegó a saber la señora Untel que mis sábanas no estaban tan limpias como las suyas?—; hombres jóvenes que habían dejado de serlo y consideraban más seguro seguir el camino trillado de las profesiones liberales; todos solían decir que no se podía hacer mucho bien desde mi situación. ¡Ay!, ahí estaba el problema[23]. Los ancianos, los enfermos y los tímidos, de cualquier

[20] Por otro lado, Thoreau ayudó en diversas ocasiones a esclavos negros que trataban de huir a Canadá, ofreciéndoles cobijo en la casa familiar de Concord e incluso acompañándolos y gestionando sus billetes para el tren.

[21] Refrán popular que proviene del s. XVIII.

[22] Efectivamente, desde 1824 existe un libro de visitantes en la cima del Monte Washington, en las White Mountains o Montañas Blancas.

[23] Paráfrasis de *Hamlet* (III, 1, 67) de William Shakespeare: «Ay, ahí está el problema».

edad o sexo, pensaban la mayoría en una enfermedad, en un accidente súbito o en la muerte; para ellos la vida estaba llena de peligros —¿qué peligro hay si no se piensa en ello?—, y creían que un hombre prudente elegiría cuidadosamente la opción más segura, donde uno pudiera tener a mano al doctor B. en caso de urgencia. Para ellos la ciudad era literalmente una *co-munidad*[24], una asociación para la defensa mutua, y podéis suponer que no saldrían ni a buscar arándanos sin un botiquín de viaje. Esto es como decir: si un hombre está vivo, siempre hay *peligro* de que muera, aunque hay que admitir que el peligro es menor en la medida en que el hombre se va convirtiendo en un muerto en vida. Un hombre asienta tantos riesgos como los que corre. Y finalmente estaban los autoproclamados reformadores, los más aburridos de todos, que pensaban que yo me pasaba la vida cantando:

Ésta es la casa que construí;
Éste es el hombre que vive en la casa que construí.

Pero ignoraban que el tercer verso decía:

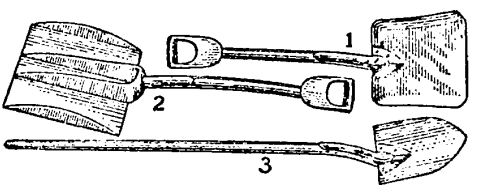
Éstas son las gentes que fastidian al hombre
Que vive en la casa que construí[25].

No temía al aguilucho pálido que asedia los corrales —al fin y al cabo yo no criaba pollos—, sino a quienes asedian a los hombres.

También tuve visitantes más alegres que los que acabo de nombrar. Niños que venían a recoger bayas, trabajadores del ferrocarril que en la mañana del domingo daban un paseo con sus camisas limpias, pescadores y cazadores, poetas y filósofos; para abreviar, toda clase de honestos peregrinos que salían a los bosques en busca de libertad y dejaban realmente atrás la ciudad y a quienes estaba listo para saludar al grito de: «¡Bienvenidos los ingleses! ¡Bienvenidos los ingleses!», porque ya había tenido relación con esa raza[26].

[24] Thoreau enfatiza la etimología de la palabra, del latín *munio*, «vallar», «fortificar», «defender».
[25] Parodia de una canción infantil que dice: «Ésta es la casa que construyó Jack».
[26] Legendario saludo del jefe Abenaki, de los indios Samosets, a los peregrinos separatistas de Plymouth.

EL CAMPO DE JUDÍAS



Entretanto, mis judías, cuyas hileras ya plantadas sumarían cerca de las siete millas, estaban impacientes por ser escardadas, ya que las primeras habían crecido considerablemente antes siquiera de llegar a plantar las últimas; no podía posponerlo más. Cuál podría ser el significado de este trabajo tan constante, digno, a un tiempo modesto y hercúleo, era algo que ignoraba. Llegué a amar mis hileras, mis judías, cuya producción superaba muy ampliamente mis necesidades. Me mantenían unido a la tierra y así adquiría fuerza, como Anteo. Pero ¿por qué cultivarlas? Sólo el cielo lo sabe. Me dediqué todo el verano a este curioso trabajo: hacer que ese pedazo de la superficie de la tierra, que hasta entonces sólo había engendrado cincoenramas, zarzamoras, hierbas de San Juan y cosas parecidas, dulces frutos silvestres y florecillas, produjera en su lugar estas legumbres. ¿Qué aprendería de las judías, o ellas de mí? Las cuidaba, las escardaba y les echaba un ojo a primera y última hora del día; ése era mi trabajo diario. Tienen una hoja ancha y hermosa.

Mis asistentes eran el rocío y las lluvias que riegan esta tierra seca, así como la escasa fertilidad que hay en ella, más bien negra y estéril. Mis enemigos eran los gusanos, los días fríos y, sobre todo, las marmotas, que royeron un cuarto de acre. Pero ¿acaso tenía yo más derecho cuando decidí desalojar a la hierba de San Juan y a las demás y acabar con su viejo jardín? De todas formas, muy pronto, las judías que quedaron estaban demasiado duras para ellas y tuvieron que ir en busca de nuevos enemigos.

Cuando tenía cuatro años, lo recuerdo muy bien, me trajeron desde Boston a ésta, mi ciudad natal, a través de estos mismos bosques y este campo, hasta la laguna. Es una de las primeras escenas que se hallan grabadas en mi memoria. Y ahora, esta noche, mi flauta ha resucitado los ecos sobre estas mismas aguas[1]. Los pinos están aún aquí, más viejos que yo; si alguno ha caído, he cocinado mi cena con la leña de sus tocones, y la naturaleza resurge, crece alrededor y prepara otras visiones para la mirada nueva de los niños. En este prado es casi la misma hierba de San Juan la que brota de las mismas raíces perennes, y yo mismo he contribuido finalmente a vestir el fabuloso paisaje de mis sueños de infancia, ya que esas hojas de judía, esos tallos de maíz y esas cepas de patatas son uno de los resultados de mi presencia y mi intervención aquí.

Sembré cerca de dos acres y medio de un terreno elevado y, como sólo hacía unos quince años desde que la tierra había sido desbrozada, y yo mismo había sacado dos o tres cuerdas de tocones, no le puse ningún abono; pero a lo largo del verano, las puntas de flechas[2] que iban apareciendo mientras escardaba hablaban de una nación ya desaparecida que había vivido aquí antiguamente, plantando maíz y judías antes de que el hombre blanco llegara y despejara la tierra, de modo que el suelo se había agotado en buena medida para la cosecha.

Antes de que una marmota o una ardilla cruzara el camino o el sol se alzara sobre los robles enanos, mientras permanecía aún

[1] La flauta era el instrumento favorito de Thoreau, que solía tocar en sus paseos o para entretener a las hermanas Alcott, y en particular a Louisa May (1832 – 1888), autora de la novela *Mujercitas.*

[2] Thoreau llegó a tener una colección de novecientos objetos y artefactos de diversas tribus nativas norteamericanas. Como recuerda Nathaniel Hawthorne en *Mosses from an Old Manse*: «Thoreau tenía una habilidad mágica para encontrar lo que los indios habían dejado».

el rocío, y aunque los granjeros me lo desaconsejaran —yo os recomiendo que siempre que sea posible realicéis todas vuestras tareas antes de que el rocío se evapore—, comencé a arrancar las malas hierbas de mi campo de judías y a esparcir el polvo sobre sus cabezas[3]. A primera hora de la mañana trabajaba descalzo, haciendo mis pinitos de escultor en la arena húmeda y desmenuzada, pero más tarde, según avanzaba el día, el sol me producía ampollas en los pies. El sol me alumbraba para escardar las judías, mientras avanzaba y retrocedía lentamente por aquella pedregosa meseta amarilla, entre hileras verdes de quince varas de largo, uno de cuyos extremos terminaba en un bosquecillo de robles enanos, donde podía descansar a la sombra, y el otro en un campo de zarzamoras cuyas bayas iban oscureciendo su tono verdoso a cada ida y vuelta que yo completaba. Éste era mi trabajo diario: desbrozar, añadir tierra fresca junto a los tallos de judías, animar a mis plantas, incitar al suelo amarillo para que compartiera sus pensamientos de verano en forma de hojas y flores de judía, y no como ajenjo, grama o mijo, y para que dijera judías en lugar de hierbas. Como apenas podía contar con la ayuda de un caballo, un buey o algún jornalero contratado, por no hablar de instrumentos agrícolas modernos, mi labor era lenta y llegué a conocer a mis judías mucho más de lo habitual. Pero el trabajo con las manos, aun cuando se llegue al extremo de la fatiga, seguramente no es la peor forma de ociosidad. Ofrece una lección moral constante e imperecedera, y proporciona al estudioso la enseñanza de un clásico. Para los viajeros que iban hacia el oeste por Lincoln y Wayland con destino desconocido, sentados cómodamente en sus calesas, con los codos sobre las rodillas y los frenos colgando como guirnaldas, yo encarnaba al *agricola laboriosus*, al hombre sedentario, al trabajador nativo de este suelo. Pero pronto mi casa quedaba fuera de su vista y su pensamiento. Como era el único campo abierto y cultivado en un gran trecho, tanto a un lado como al otro del camino, le dedicaban cierta atención, y a veces llegaba a escuchar la charla de los viajeros y algunos comentarios que no iban destinados a mis oídos: «¡Judías

[3] Alusión a Job 2, 12: «Éstos, alzando los ojos desde lejos, no lo reconocieron. Entonces lloraron a gritos, y rasgó cada cual su manto y esparcieron polvo los tres sobre sus cabezas hacia el cielo».

tan tarde! ¡Guisantes tan tarde!», porque yo continuaba sembrando cuando otros habían comenzado ya a escardar, a pesar de las previsiones del sacerdote agricultor[4]. «El maíz, hijo mío, como forraje... el maíz como forraje». «¿Pero realmente *vive* ahí?», pregunta el del sombrero negro y el chaquetón gris. Y el granjero de aspecto rudo tira de las riendas de su agradecido caballo para preguntar qué estáis haciendo, pues no ve abono en el surco, y os recomienda echar virutas, o algún desperdicio, o quizá cenizas o yeso. Pero aquí había dos acres y medio de surcos, una única azada como carreta y dos manos para tirar de ella —ninguna gana de conseguir otra carreta—, y las virutas había que ir a buscarlas muy lejos. Al marcharse, los viajeros seguían hablando entre ellos, a voz en grito, y comparaban este campo con aquellos por los que ya habían pasado, de modo que por fin llegué a saber qué posición ostentaba en el mundo de la agricultura. Mi campo no figuraba en el informe del señor Coleman. Y por cierto, ¿quién valora la cosecha que la naturaleza produce en los campos silvestres y no cultivados? La cosecha de heno inglés se pesa cuidadosamente, calculando la humedad, los silicatos y el potasio; pero en todos los valles y lagunas, en los bosques, pastos y pantanos, crece una cosecha rica y variada que el hombre no llega a segar. Mi terreno era, por así decirlo, el pasaje de las tierras silvestres a las cultivadas; así como algunos Estados están civilizados, otros semi-civilizados y otros salvajes o bárbaros, mi campo estaba, en el mejor de los sentidos, semi-cultivado. Cultivaba judías que volvían alegremente a su estado salvaje y primitivo, y mi azada les tocaba el «Ranz des Vaches»[5].

Cerca, sobre la rama más alta de un abedul, canta durante toda la mañana el malviz pardo —o el zorzal rojo, como algunos prefieren llamarlo—, contento por vuestra compañía, y que volaría en busca de otro campo si el vuestro no estuviera allí. Mientras siembras las semillas, grita: «Échala, échala; cúbrela, cúbrela; arráncala, arráncala, arráncala». Pero como mis granos no eran de maíz, estaba a salvo de enemigos como él. Os preguntaréis qué tiene que ver

[4] Henry Coleman (1785 – 1849), autor de cuatro conocidos informes sobre la agricultura de Massachusetts publicados entre 1838 y 1841.

[5] Canción pastoral suiza para llamar a las vacas lecheras y posible alusión, quizás irónica (véase nota 7 de este mismo capítulo), al «Ranz des Vaches» de la obertura de la ópera *Guillermo Tell* de Gioachino Rossini (1792 – 1868), basada en textos de Friedrich Schiller (1759 – 1805).

su algarabía, su interpretación *amateur* de Paganini tocada con una sola cuerda o con veinte, con vuestra siembra, y, sin embargo, es siempre preferible a las cenizas tamizadas o al yeso. Era un tipo de abono superior y barato en el que tenía plena confianza.

Al remover con mi azada una tierra aún más fresca entre las hileras, perturbé las cenizas de naciones inmemoriales, que en épocas primitivas vivieron bajo estos cielos, y sus modestos instrumentos de guerra y caza salieron a la luz de los tiempos modernos. Yacen mezclados con otras piedras naturales, algunas de las cuales tienen rastros de haber sido quemadas por los fuegos indios, otras por el sol, así como restos de vasijas y cristales llevados allí más recientemente por agricultores de esta tierra. Cuando mi azada tintineaba contra las piedras, su música[6] resonaba en los bosques y en los cielos, acompañando mi trabajo y produciendo una cosecha instantánea e incomparable. No se trataba ya de escardar judías, ni de mí mismo escardando; entonces recordaba, con tanta piedad como orgullo, si es que realmente era capaz de recordar, a mis conocidos que habían ido a la ciudad para asistir a los oratorios[7]. El añapero volaba en círculo sobre mi cabeza en los mediodías soleados —lo que por sí solo hacía que mi día mereciera la pena— como una mota en el ojo, o en el ojo del cielo[8], y caía de vez en cuando en picado con un sonido que parecía el de una rasgadura, algo que se hace jirones, pero la bóveda se mantenía allí sin necesidad de costura; son como pequeños duendes que llenan el aire y entierran sus huevos en la arena del suelo, o los esconden entre las rocas altas de las colinas, donde pocos pueden descubrirlos; gráciles y esbeltos, son como rizos arrancados de la laguna, se levantan como el viento, como hojas que simplemente flotan en el aire; semejantes parentescos existen en la naturaleza. El añapero es hermano aéreo de la ola que sobrevuela y vigila, y sus alas perfectas y henchidas de aire se corresponden con los primitivos e implumes alerones del mar. En ocasiones observaba también a un par de halcones volando en círculo en lo alto del cielo, alternando ascensos y caídas, acercándose y separándose el uno del otro,

[6] En sentido estricto, Thoreau escuchaba música en todo aquello que le rodeaba.

[7] Escribe Thoreau en sus diarios: «Dejar de ir a la ópera y a los oratorios no hará que nos perdamos la música».

[8] Epíteto del Sol usado por William Shakespeare en *Tito Andrónico*.

como si fueran la encarnación de mis propios pensamientos. O me fijaba en el paso de las palomas salvajes de un bosque a otro con la urgencia del mensajero, emitiendo un sonido trémulo como el del grano al ser aventado; o mi azadón encontraba bajo un tocón podrido una salamandra letárgica, portentosa y exótica, un recuerdo de Egipto y del Nilo, aunque contemporánea nuestra. Cuando me detenía reclinado sobre mi azada, en cualquier parte entre los surcos escuchaba estos sonidos y veía estas imágenes, una parte del inagotable entretenimiento que ofrece el campo.

En días de fiesta, la ciudad dispara sus cañones, que resuenan en los bosques como pistolas de juguete, y llega hasta allí algún acorde extraviado de una música marcial. Para mí, aislado en mi campo de judías al otro extremo de la ciudad, los grandes cañones resonaban como si hubiera estallado la blanca caperuza de un bejín perlado, y ya que se trataba de un ejercicio militar cuya naturaleza ignoraba, a veces sentía durante todo el día una suerte de comezón, como una enfermedad que se perfilara en el horizonte, el aviso inminente de una erupción, la escarlatina o algún tipo de úlcera, hasta que al fin alguna ráfaga de viento favorable que avanzaba sobre los campos y el camino de Wayland me traía la explicación: la milicia de Concord. A juzgar por el distante zumbido, parecía como si un panal de abejas se hubiera enjambrado y los vecinos, siguiendo el consejo de Virgilio y emitiendo un leve *tintinnabulum*[9] con sus utensilios domésticos más sonoros, trataran de reconducirlas a la colmena. Y cuando el sonido se desvanecía, remitía el zumbido y las brisas más favorables cesaban sus fábulas, sabía que hasta el último zángano estaba ya de vuelta en la colmena de Middlesex y no pensaban sino en la miel con que estaba untada.

Sentí orgullo al saber que las libertades de Massachusetts y de nuestra patria se hallaban a salvo, y al comenzar a escardar de nuevo me sentí desbordado por una confianza inexpresable y proseguí mi trabajo con alegría y una serena fe en el futuro. Cuando había varias bandas de música, sonaban como si toda la ciudad fuera un vasto fuelle y los edificios amplificaran y plegaran alternativamente el estrépito. Y a veces llegaba hasta los bosques un compás noble e inspirador, y la trompeta que canta la gloria me hacía

[9] Un campanilleo. *Tinnitusque* (tintineo de címbalos), dice Virgilio en las *Geórgicas*.

sentir de repente como si pudiera escupir a gusto a un mexicano —¿por qué vamos a andarnos siempre con melindres?— y buscaba alrededor a una marmota o a una mofeta en las que emplear tanto coraje[10]. Estos aires marciales me parecían tan lejanos como Palestina, y me evocaban un desfile de cruzados en el horizonte, con un ligero ímpetu y un movimiento trémulo en las copas de los olmos que sobresalen por encima de la ciudad. Éste era uno de los días *grandes*, aunque al contemplarlo desde el claro que había frente a mi casa el cielo ostentaba la misma y eterna grandeza que se ve a diario.

Fue una experiencia singular ese largo trato que mantuve con las judías que cultivaba, además de sembrarlas, escardarlas, cosecharlas, trillarlas, recogerlas y venderlas —esto último fue lo más difícil de todo—, podría añadir el comérmelas, porque, por supuesto, las probé. Estaba decidido a conocer a las judías. Cuando estaban creciendo solía escardar desde las cinco de la mañana hasta el mediodía y generalmente dedicaba el resto del día a otras tareas. Tened en cuenta el trato tan íntimo y curioso que uno entabla con todo tipo de malas hierbas —resultaría pesado hacer una lista, si bien el trabajo no lo fue tanto—, perturbando cruelmente sus delicados organismos y haciendo odiosas distinciones con la azada, arrasando ristras enteras de una especie y cultivando otras con diligencia. Esto es ambrosía, esto otro es amaranto, esto acedera, y esto de aquí cyondon; cogedlas, cortadlas, poned sus raíces al sol, no permitáis que quede una sola fibra en la sombra, si no queréis que en dos días vuelva a estar todo verde como un puerro. Una larga guerra, no contra las grullas, sino contra la maleza, tropas troyanas con el sol, la lluvia y el rocío de su parte. Las judías me veían llegar cada día al rescate, armado con mi azadón, y mermar las filas de sus enemigos llenando con ellos las trincheras. Más de un robusto Héctor con su penacho reluciente y elevado sobre la masa de sus compañeros fue derribado por mi arma.

[10] Thoreau se burla irónicamente a lo largo de todo este pasaje del patriotismo candente en la época derivado de la guerra que enfrentó a México y a los Estados Unidos entre 1846 y 1848. El autor consideró este conflicto injusto, derivado de la ideología expansionista y las necesidades de los estados esclavistas, y defendió la causa de los mexicanos. De hecho, esta guerra fue la razón por la que se negó a pagar impuestos y fue encarcelado, situación de la que nace su ensayo «Desobediencia civil».

Los días de verano que algunos de mis contemporáneos dedicaban a las bellas artes en Boston o Roma, a la contemplación en la India o al comercio en Londres o en Nueva York, yo los dedicaba, junto con otros granjeros de Nueva Inglaterra, a la labranza. No lo necesitaba para comer, pues en lo relativo a las judías soy pitagórico por naturaleza[11], ya sirvan para el puré o para votar[12], y las cambiaría gustosamente por arroz; pero alguien tiene que trabajar en los campos, aunque no sea más que por los tropos y las expresiones que provee para cualquier buen hacedor de parábolas. Era, en definitiva, un curioso entretenimiento, pero que de prolongarse demasiado podría haberse convertido en una disipación. A pesar de que no las aboné ni una sola vez y no las escardé nunca todas al mismo tiempo, cuando las escardaba lo hacía bien y a fondo, y al fin obtuve mi recompensa, pues, como dice Evelyn, «no hay en verdad abono comparable a este continuo movimiento, rebina y volteo de la tierra con la pala». Y en otra parte añade: «La tierra, en especial si es fresca, posee cierto magnetismo que atrae la sal, el poder o la virtud (llámesele como quiera) que le da vida y que es la lógica de todo el trabajo y el esfuerzo que realizamos para mantenernos; el estiércol y otros sórdidos procedimientos no son sino los auxiliares sucedáneos de esta mejora»[13]. Además, siendo éste uno de esos «campos agotados y exhaustos que gozan de su sábado», quizá había conseguido atraer, como opina de manera razonable Sir Kenelm Digby[14] a «los espíritus vitales» del aire. Finalmente coseché doce medidas de judías.

Pero os ofreceré ciertos detalles, pues hay quien se queja por ahí de que el señor Coleman informa sobre todo de los costosos experimentos de algunos *gentlemen* vestidos de granjero, de modo que diré cuáles fueron mis gastos:

Por una azada	0,54 $
Arar, trillar y hacer los surcos (*demasiado*)	7,50
Judías para sembrar	3,12 ½
Patatas	1,33

[11] Pitágoras enseñó a sus discípulos a no comer judías, pero Thoreau sí las comía.
[12] Antiguamente las judías se usaban para contar los votos.
[13] Cita de *Terra, a Philosophical Discourse on Earth* de John Evelyn (1620 – 1706), escritor y jardinero inglés.
[14] Físico y naturalista inglés (1603 – 1665).

Guisantes	0,40
Semilla de nabo	0,06
Cuerda blanca para la protección contra los cuervos	0,02
Caballo y muchacho (*tres horas*)	1,00
Caballo y carro para recoger la cosecha	0,75
En total	14,72 ½ $

Mis ingresos (*patrem familias vendacem, non emacem esse oportet*)[15], procedieron de:

Nueve medidas y doce cuartos de judías vendidas	16,94 $
Cinco medidas de patatas grandes vendidas	2,50
Nueve medidas de patatas pequeñas vendidas	2,25
Pasto	1,00
Tallos	0,75
En total	23,44 $

Con un beneficio económico, como ya he dicho en otra parte, de 8,71 ½ $

Éste es el resultado de mi experiencia cultivando judías. Sembrad el pequeño arbusto de judía blanca común a primeros de junio, en hileras de tres pies a una distancia de dieciocho pulgadas, tras seleccionar con cuidado semilla fresca, redonda y sin mezcla. Primero apartad las lombrices, después sembrad en los huecos. Si el lugar está expuesto, tened cuidado con las marmotas, porque roerán casi por completo las primeras hojas, muy tiernas, y en cuanto aparezcan los zarcillos, se darán cuenta de inmediato, y se dedicarán a pelar sus yemas y jóvenes vainas allí sentadas, erguidas como ardillas. Pero, por encima de todo, cosechad tan pronto como os sea posible, para escapar así a las heladas y tener una buena recolecta que vender; podéis evitar muchas pérdidas procediendo de este modo.

También adquirí otro tipo de experiencia. Me dije: otro verano, en lugar de sembrar judías y maíz con tanta dedicación, utilizaré semillas de sinceridad, verdad, sencillez, fe, inocencia y otras

[15] «Conviene al patrón ser vendedor y no comprador»: cita de *Sobre la agricultura* de Catón.

parecidas, y veré si crecen bien en este suelo, incluso con menos trabajo y abono, y si me alimentan, porque seguramente la tierra no ha sido esquilmada para esos productos. ¡Eso es!, me dije. Pero ya ha pasado un verano desde entonces, y otro, y otro, y estoy obligado a decirte, lector, que las semillas que sembré, si realmente eran las simientes de esas virtudes, se las comieron los gusanos o perdieron su vitalidad, en cualquier caso no germinaron[16]. Por lo general, los hombres son tan valientes o tan tímidos como lo fueron sus padres. Cada nuevo año, esta generación sembrará maíz y judías de la manera precisa en que los indios lo hicieron hace siglos y enseñaron a hacerlo a los primeros colonos, como si fuera el destino quien obrara. No deja de asombrarme cuando veo, el otro día sin ir más lejos, a un viejo con su azada cavando agujeros en la tierra por enésima vez en su vida, ¡y tampoco esta vez era una fosa donde enterrarse! Pero, ¿por qué no intenta nuevas aventuras el habitante de Nueva Inglaterra, olvidándose un poco de su grano, sus patatas, sus pastos y su huerto? ¿Por qué nos preocupamos tanto por las semillas de la judía y tan poco por la nueva generación de hombres? Deberíamos sentirnos alimentados y alegres si al encontrar a un hombre estuviéramos seguros de que algunas de las cualidades que acabo de nombrar, las cuales valoramos más que todos los productos de la tierra, pero que en gran medida flotan diseminadas en el aire, han arraigado y crecido en él. Aquí llega una cualidad tan sutil e inefable como la verdad o la justicia, aunque sea en una cantidad mínima o de una variedad nueva. Debería instruirse a nuestros embajadores para que enviaran a la metrópoli simientes como éstas y que el Congreso ayudara a diseminarlas por todo el país. No deberíamos hacernos de rogar cuando se trata de ser sinceros. No nos engañaríamos, insultaríamos y proscribiríamos los unos a los otros con tanta mezquindad si estuvieran en nosotros las semillas de la dignidad y la amistad. No deberíamos reunirnos con prisas. De la mayoría de los hombres ciertamente no sé nada, pues parece que no tiene tiempo; está ocupada con sus judías. Quién querría tratar con un hombre que siempre está afanado, apoyado sobre una azada o una pala que le sirve de báculo, no tanto como un

[16] Alusión a Jeremías 8, 20: «¡Pasó la siega, se acabó el verano, pero nosotros no hemos sido salvos!».

champiñón, hundido, sino como una golondrina recién posada que camina por la tierra:

> Y mientras hablaba sus alas llegaban a abrirse,
> Como si quisiera volar, y se cerraban de nuevo[17],

de modo que pensaríamos que estamos conversando con un ángel. Puede que el pan no siempre nos alimente, pero siempre nos hace bien, resta incluso rigidez a nuestras articulaciones, nos mantiene ágiles y enérgicos cuando no sabemos lo que nos aqueja y somos incapaces de reconocer la generosidad de un hombre, de compartir una alegría heroica y pura.

La poesía y la mitología antiguas sugieren que la agricultura fue una vez un arte sagrado, pero nosotros lo practicamos con urgencia irreverente y descuido. Nuestro único objetivo es tener grandes granjas y grandes cosechas. No tenemos festividad ni procesión ni ceremonia, y nuestras ferias de ganado, o el así llamado Día de Acción de Gracias, no parecen la excepción por medio de la cual el granjero expresa un sentido de lo sagrado en su oficio, o bien recuerda su origen sagrado. Lo que le lleva allí son el premio y la fiesta. No ofrece sacrificios ni a Ceres y ni a Júpiter terrestre, sino más bien al infernal Plutus[18]. Por avaricia y egoísmo, y gracias a esa costumbre servil de la que nadie se libra y que permite considerar la tierra como una propiedad, o como el medio para adquirir una propiedad, el paisaje se deforma, la agricultura degenera con nosotros y el granjero lleva una vida mezquina. Sólo conoce la Naturaleza como un ladrón. Catón dice que los beneficios de la agricultura son particularmente piadosos y justos (*maximeque pius quoestus*[19]), y según Varrón los antiguos romanos «llamaban de la misma manera a la tierra madre y a Ceres, y creían que quienes la cultivaban llevaban una vida pía y útil, y que sólo quedaban ellos entre los de la raza del rey Saturno»[20].

[17] Cita de la quinta égloga de Francis Quarles (1592 – 1644).

[18] Thoreau puede referirse a Pluto, dios griego de la agricultura y la abundancia, o a Plutón, dios del inframundo, sin duda más infernal, cuyas etimologías se confunden.

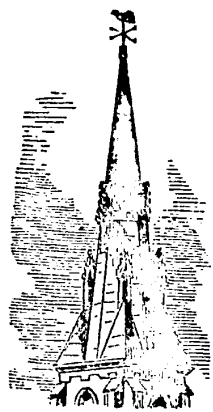
[19] Cita de *Sobre la agricultura* de Catón («los más estimables»).

[20] Cita de *Rerum rusticarum* de Marco Terencio Varrón (116 – 27 d. C.). En el original con la traducción de Thoreau.

Olvidamos que el sol observa sin distinción nuestros campos cultivados y las praderas y los bosques. Todos reflejan y absorben sus rayos por igual, pero los primeros suponen sólo una pequeña parte del glorioso cuadro que contempla en su trayectoria cotidiana. A sus ojos, toda la tierra se cultiva por igual como un jardín. Por lo tanto, debiéramos recibir el beneficio de su luz y su calor con la confianza y magnanimidad que corresponde. ¿Qué importa si le doy un gran valor a estas semillas de judía o si cosecho aquello otro en otoño? Este vasto campo que he atendido durante tanto tiempo no me considera a mí su principal cultivador, sino a otras influencias que le resultan más afables, lo riegan y lo hacen reverdecer. Estas judías dan frutos que yo no he cosechado. ¿Acaso no crecen en parte para las marmotas? La espiga de trigo (en latín *spica*, antiguamente *speca*, de *spe*, esperanza) no debiera ser la única esperanza de los agricultores; su corazón o su grano (*granum*, de *gerendo*, soportar) no es el único soporte. ¿Cómo podría entonces echarse a perder nuestra cosecha? ¿No me alegraré también ante la abundancia de las malas hierbas, cuyas semillas son el granero de los pájaros? Importa poco en realidad si los campos llenan los graneros del granjero. El auténtico agricultor no se inquietará —al igual que las ardillas no se preocupan de que los bosques den o no castañas este año—, y terminará su trabajo diario renunciando a cualquier derecho sobre el producto de sus campos y sacrificando en su espíritu no sólo los primeros frutos[21], sino también los últimos.

[21] Alusión a Éxodo 23, 19: «Las ofrendas que traigan a mi templo serán de los primeros y mejores frutos que produzcan sus campos».

LA CIUDAD



Después de escardar o quizás leer y escribir por la mañana, solía bañarme de nuevo en la laguna, nadaba durante cierto tiempo a través de sus caletas, y me quitaba el polvo del trabajo o suavizaba la última arruga que me había provocado el estudio, de modo que por la tarde gozaba de absoluta libertad. Casi cada día caminaba hasta la ciudad para escuchar los chismes que corren por allí incesantemente, circulando de boca en boca o de periódico en periódico y que, administrados en dosis homeopáticas, a su manera, eran tan refrescantes como el susurro de las hojas o el canto de las ranas. Al igual que paseaba por los bosques para ver a los pájaros y las ardillas, paseaba por la ciudad para ver a los hombres y a los muchachos; en lugar del viento entre los pinos, escuchaba el traqueteo de los carros. A cierta distancia de mi casa había una colonia de ratas almizcleras en los prados del río; bajo el bosque de olmos y plátanos, en dirección opuesta, se encontraba

una ciudad de hombres atareados, tan curiosos para mí como los perritos de la pradera, sentados junto a la boca de sus respectivas madrigueras o corriendo hasta la de un vecino para chismorrear un rato. Con frecuencia iba allí para observar sus costumbres. La ciudad me parecía una gran sala de redacción y, como ya se hiciera en Redding & Co. en State Street[1], se almacenaban en un lateral nueces y uvas, o bien sal, harina y otros productos que se usaban como sustento. Algunos tienen tal apetito por ese primer producto, es decir, por la noticia, y órganos digestivos tan robustos, que pueden permanecer inmutables en la vía pública durante el tiempo necesario dejando que ésta les susurre al oído como los vientos etesios[2], o como si inhalaran éter[3], percibiendo apenas un hormigueo y cierta insensibilidad al dolor —de otra manera sería quizás demasiado doloroso—, sin que afecte a su conciencia. Cuando paseaba por la ciudad nunca eché en falta una hilera de estos dignos ciudadanos, ya estuvieran sentados tomando el sol en una escalera, con los cuerpos inclinados hacia delante, una expresión voluptuosa y la mirada dirigida alternativamente a un lado y a otro, o bien apoyados contra un granero con las manos en los bolsillos, sosteniéndolo como cariátides. Al estar a todas horas en la calle oían cualquier cosa que llevara el viento. Éstos son los molinos más rudimentarios, en los que todo chisme se muele de forma tosca antes de volcarse en la más fina y delicada tolva dentro de la casa. Observé que los órganos vitales de la ciudad eran la tienda de comestibles, la taberna, la oficina de correos y el banco; como piezas indispensables del mecanismo contaban con una campana, un cañón y una bomba de incendios en los lugares adecuados; y las casas estaban dispuestas para sacar lo mejor de la humanidad, alineadas en callejuelas y enfrentadas las unas a las otras, de manera que cualquier viajante estaba obli-

[1] Empresa de distribución de prensa de George W. Redding en Boston.

[2] Vientos estivales en Grecia.

[3] Este anestésico se empleó por primera vez en 1846 y Thoreau lo experimentó una vez en 1851 en una visita al dentista, anotando después en su diario: «Tomando éter el otro día me convencí de lo lejos que puede llegar a estar un hombre de sus propios sentidos, del estado de conciencia y de todo lo que llamamos "el mundo" [...]. De repente eres una mente sana sin órganos, te expandes como una semilla en la tierra. Existes en tu propia raíz, como un árbol en invierno. Si te gusta viajar, prueba el éter, irás más allá de la estrella más lejana».

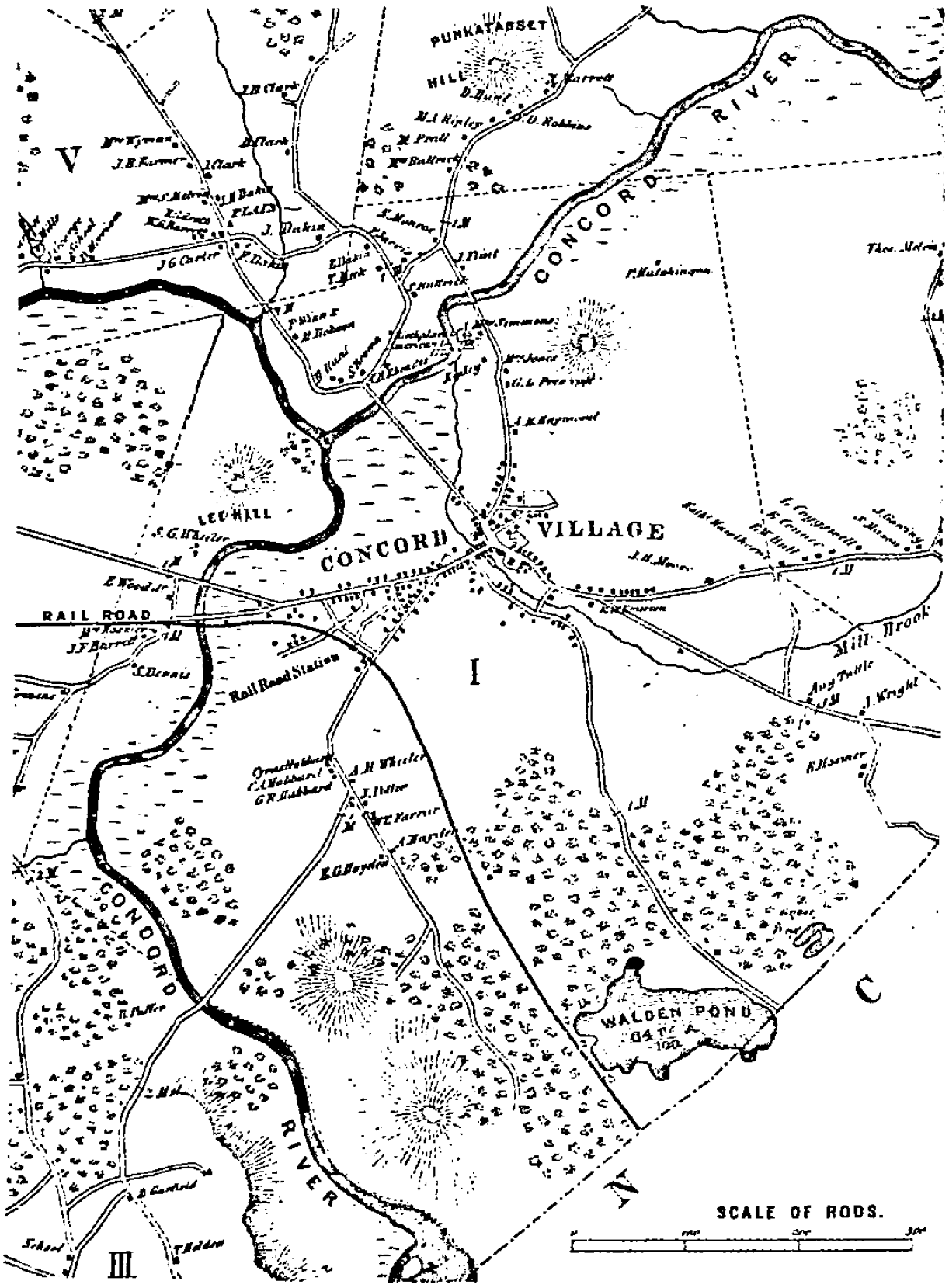
gado a correr las baquetas[4] y todo hombre, mujer y niño podían darle un zurriagazo. Naturalmente, aquéllos cuyas casas estaban situadas más cerca de la cabecera de la calle, donde podían ver y ser vistos mejor, y propinar el primer bofetón, pagaban los precios más altos; y aquellos pocos perdidos en las afueras de la ciudad, donde hay solares deshabitados y el viajante siempre puede pasar del otro lado de un cercado o escapar por un camino de vacas, pagaban un impuesto muy reducido por el suelo y las ventanas. Por todas partes hay carteles colgados para atraerle; algunos para cazarle por el apetito, como la taberna y la tienda de comestibles; otros por la moda, como la tienda de telas y la joyería; y los demás por el pelo, los pies o los faldones, como el peluquero, el zapatero o el sastre. Además, había una invitación permanente, aún más temible, para llamar a la puerta de cada una de esas casas una vez llegue la hora de las visitas. La mayor parte de las veces escapé magníficamente a esos peligros, ya fuera avanzando con decisión y mirando siempre al frente, como se recomienda a quienes corren entre baquetas, o bien pensando en otras cosas más elevadas, como Orfeo, quien «cantando en voz alta las alabanzas de los dioses con su lira ahogó el canto de las sirenas y se mantuvo fuera de peligro»[5]. A veces me marchaba repentinamente sin contarle a nadie cuál sería mi paradero, ya que no me preocupaba hacer gala de amabilidad y nunca dudé en escabullirme por el hueco de un cercado. Tenía incluso la costumbre de irrumpir en algunas casas donde era bien recibido, y tras informarme sobre las principales noticias recientes, qué dificultad había amainado, cuáles eran las perspectivas de paz y guerra y si el mundo iba a seguir en pie todavía algún tiempo, me permitían marcharme por la puerta de atrás, y de nuevo me escapaba a los bosques[6].

Era muy agradable, cuando me quedaba hasta tarde en la ciudad, zarpar por la noche, en especial si era oscura y tempestuosa,

[4] Sin duda Thoreau conocía esta práctica entre los nativos americanos (aplicada de forma similar en muchos cuerpos militares), consistente en dos filas de indios de ambos sexos y todas las edades entre las cuales era obligado a desfilar el prisionero mientras recibía una lluvia de golpes con todo tipo de objetos y armas.

[5] Cita de *De Sapienta Veterum* de Francis Bacon. En el original la traducción es de Thoreau.

[6] Sobre estas costumbres de Thoreau, anotaba Emerson en su diario: «Es curioso cómo Thoreau suele ir a casa de alguien sin previo aviso para contar algo que ha visto o ha leído, no muestra demasiada atención a los comentarios al respecto y se escapa después precipitadamente».


PUNKATASSET
HILL
CONCORD
RIVER
V
LEE HILL
CONCORD
VILLAGE
RAIL ROAD
Rail Road Station
I
Mill Brook
CONCORD
RIVER
WALDEN POND
C
N
III
SCALE OF RODS.

desde algún salón o sala de conferencias bien iluminado de la ciudad, con un saco de centeno o de harina de maíz sobre mi hombro, hacia mi seguro puerto en los bosques, atando todo bien en cubierta y retirándome al camarote con la bullanguera tripulación de mis pensamientos, dejando a mi externo al timón o incluso amarrándolo si la navegación era fácil. Tuve más de un pensamiento genial en el caldeado camarote «mientras navegaba»[7]. Nunca me vi a la deriva ni zozobré, aunque enfrenté varias tormentas severas. En el bosque, incluso en noches ordinarias, la oscuridad es mucho mayor de lo que algunos suponen. Con frecuencia tenía que otear, aprovechando un claro entre los árboles, para orientar mi ruta y, donde no había sendero alguno, tratar de reconocer bajo mis pies la imprecisa huella que yo mismo había dejado, o guiarme por la situación de determinados árboles que conocía y palpaba con mis manos, pasando, por ejemplo, entre dos pinos que, aun en la noche más lúgubre, invariablemente distaban entre sí dieciocho pulgadas. A veces, tras llegar a mi casa en una noche oscura y bochornosa en la que mis pies habían sentido el sendero que mis ojos no podían ver, soñando y con la mente ausente durante todo el camino, me despertaba a tiempo para abrir el cerrojo y no era capaz de recordar un solo paso de mi regreso. Pensaba entonces que quizás mi cuerpo podría orientarse siempre para regresar a casa, aunque su patrón lo olvidara, al igual que la mano encuentra el camino a la boca sin ninguna ayuda. Otras veces, cuando un visitante se quedaba hasta el atardecer y la noche iba a ser oscura, me veía obligado a conducirlo hasta la carretera de detrás de mi casa y a señalarle desde allí la dirección que debía seguir, por la que debería guiarse con sus pies antes que con sus ojos. Una noche muy oscura encaucé así a dos muchachos que habían estado pescando en la laguna. Vivían casi a una milla de distancia, al otro lado del bosque, y conocían bien el camino. Uno o dos días después me encontré con uno de ellos y me contó que habían errado durante buena parte de la noche, siempre cerca de sus propias tierras, pero que no llegaron a casa hasta el alba, calados hasta los huesos, pues cayeron varios chaparrones y la espesura estaba empapada. He oído de muchos que se han perdido incluso en las calles de la ciudad, cuando la

[7] Estribillo de la famosa «Balada del capitán Robert Kidd».

oscuridad era tan densa que, como suele decirse, podría cortarse con un cuchillo. Otros, que viven en las afueras, se han visto obligados a pernoctar en la ciudad tras ir hasta allí con sus carretas para abastecerse de algunos productos; ciertas señoras y caballeros, al ir de visita, caminaban por la acera teniendo sus pies como referencia y se han alejado hasta media milla fuera de su camino sin saber en qué momento se habían desviado. Perderse en los bosques es una experiencia tan sorprendente y memorable como valiosa. A menudo, durante una nevada, incluso durante el día, tomamos un camino bien conocido y, sin embargo, a partir de un cierto momento es imposible reconocer la ruta que lleva a la ciudad. Se trata de un recorrido que hemos hecho un millar de veces, pero no podemos reconocer ni un detalle, nos resulta tan extraño como si camináramos por Siberia. Y de noche, naturalmente, la perplejidad es mucho mayor. En nuestros paseos más triviales nos orientamos de forma constante e inconsciente, como hacen los pilotos, gracias a ciertas balizas y promontorios bien conocidos, y aunque vayamos más allá de nuestro recorrido habitual, siempre tenemos en mente la situación de algún cabo próximo; sólo cuando estamos totalmente perdidos —y sólo hace falta hacer girar a un hombre sobre sí mismo con los ojos cerrados para que se halle desorientado en este mundo—, tomamos conciencia de la inmensidad y de la extrañeza de la naturaleza. Con cada despertar, ya sea de un sueño o de una abstracción, el hombre tiene que aprender de nuevo lo que son los puntos cardinales. No nos encontramos con nosotros mismos hasta que no estamos perdidos[8], o en otras palabras, hasta que no perdemos el mundo y podemos reconocer dónde estamos y cuál es la infinita extensión de nuestras relaciones.

Hacia el final del primer verano, una tarde en que fui a la ciudad a recoger un zapato del remendón, fui arrestado y conducido al calabozo porque —como ya he contado en otra parte[9]— no había pagado un impuesto ni reconocido la autoridad del Estado para comprar y vender hombres, mujeres y niños, como si fueran vacas, a las puertas del Senado. Me había ido a los bosques con

[8] Alusión a Mateo 10, 39: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por mí, la hallará».

[9] Se refiere a su ensayo «Desobediencia civil».

otros propósitos. Pero allá donde vayáis los hombres os acosarán a zarpazos con sus sórdidas instituciones y, si pueden, os obligarán a pertenecer a sus lamentables sociedades caritativas. Es verdad que podría haberme resistido por la fuerza con mejor o peor resultado, podría haber lanzado un grito homicida y enloquecido contra la sociedad; pero preferí que la sociedad enloqueciera contra mí, pues ella es la parte desesperada. Sin embargo, me soltaron al día siguiente, fui a buscar mi zapato ya reparado y volví a los bosques a tiempo para recoger mi ración de arándanos en la colina de Fair Haven. En toda mi vida, nadie me ha molestado salvo las personas que representan al Estado. En mi casa no había cerradura ni candado, salvo en la mesa donde guardaba mis papeles, ni siquiera un clavo que fijara el picaporte o las ventanas. Nunca cerré la puerta ni de noche ni de día, aunque fuera a estar ausente varios días, ni siquiera durante las dos semanas de otoño que pasé en los bosques de Maine. Y, sin embargo, mi casa era respetada como si estuviera cercada por una fila de soldados. El vagabundo fatigado podía descansar y calentarse en mi hogar, el literato entretenerse con los pocos libros que hubiera sobre mi mesa, y el curioso averiguar lo que había sobrado de mi almuerzo y lo que tenía previsto para la cena con solo abrir la puerta de mi alacena. Aunque todo tipo de personas venía a la laguna pasando por aquí, nunca sufrí ningún inconveniente serio ni eché en falta nada, salvo un librito, un volumen de Homero, con el único defecto del dorado de su cubierta, y que confío en que se lo llevara algún soldado de nuestro campamento[10]. Estoy convencido de que si todos los hombres vivieran de forma tan sencilla como yo lo hice entonces nadie sabría de hurtos ni de robos. Éstos sólo tienen lugar en comunidades donde unos poseen más de lo necesario, mientras que otros no tienen bastante. Los versos homéricos de Pope[11] pronto quedarían repartidos de manera adecuada.

Nec bella fuerunt,
Faginus astabat dum scyphus antes dapes.

[10] Anécdota de Confucio que Thoreau recordaba en un artículo publicado en *The Dial* en 1843: el soldado se consuela pensando que su escudo desaparecido hará feliz a otro soldado.
[11] Alexander Pope, traductor del volumen robado.

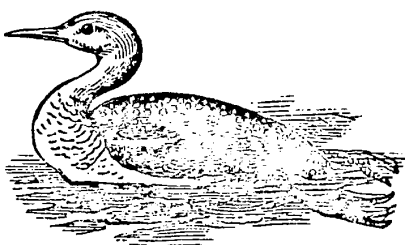
Las guerras no turbaban a los hombres
Cuando sólo hacían falta cuencas de haya[12].

«Vosotros, que gobernáis los asuntos públicos, ¿qué necesidad tenéis de emplear castigos? Amad la virtud y el pueblo será virtuoso. Las virtudes de un hombre superior son como el viento; las virtudes del hombre corriente son como la hierba; cuando el viento sopla sobre ella, la hierba se inclina»[13].

[12] Cita de las *Elegías*, I, 10, vv. 7-8 de Albio Tibulo (54 – 19 a.C.). La traducción es de Thoreau en el original.

[13] Cita de Confucio, *Analectas*, 12, 19, que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

LAS LAGUNAS



A veces, harto de la compañía humana y de los chismes, agotados ya todos mis amigos en la ciudad, caminaba desde mi casa hacia el oeste, paseando por los lugares menos frecuentados del condado, «por bosques frescos y nuevos pastos»[1], o bien, mientras se ponía el sol, cenaba arándanos y gayubas en la colina de Fair Haven y aprovisionaba una reserva para varios días. Los frutos no ofrecen su verdadero sabor a quien los compra, ni siquiera a quien los cultiva para el mercado. Sólo hay un medio para obtenerlo, pero pocos lo emplean. Si queréis conocer el sabor de los arándanos, preguntadle al vaquero o a la perdiz. Es un error vulgar suponer que habéis probado los arándanos si nunca los habéis recogido. Un arándano nunca llega hasta Boston; desde que dejaron de crecer en sus tres colinas, no han vuelto a verlos por allí. El sabor a ambrosía y su esencia

[1] Cita del poema «Lycidas» de John Milton (1608 – 1674).

se pierden con la pelusilla que se desprende con el roce en el carro del mercado, se convierten en meras provisiones. Mientras reine la justicia eterna, ni un solo arándano inocente será transportado hasta allí desde las colinas campestres.

Algunos días, después de escardar, me juntaba con un compañero impaciente que había estado pescando en la laguna desde la mañana, silencioso e inmóvil como un pato o como una hoja flotante, y que, después de haber recorrido varios géneros filosóficos, solía concluir, al verme llegar, que él pertenecía a la secta de los cenobitas[2]. También había un anciano, excelente pescador y diestro en todo tipo de trabajos con la madera, al que le gustaba considerar mi casa como una construcción idónea para los pescadores; y a mí me gustaba verlo sentado junto a mi puerta preparando sus sedales. A veces pasábamos tiempo juntos en la laguna, cada uno sentado en un extremo del bote, pero apenas cruzábamos una palabra, pues la vejez lo había dejado casi sordo y sólo de vez en cuando entonaba un salmo que armonizaba bastante bien con mi filosofía. En general, nuestra relación era perfectamente armoniosa y mucho más agradable para el recuerdo que si hubiera estado basada en la conversación. Cuando no había nadie con quien comunicarme, algo bastante frecuente, solía despertar al eco golpeando con un remo el costado de mi bote, llenando los bosques circundantes de ondas sonoras circulares, provocándolos como hace el cuidador de una manada de fieras salvajes, hasta que obtenía el gruñido de cada valle boscoso y cada ladera.

En las tardes cálidas me sentaba con frecuencia en el bote a tocar la flauta y veía a las percas, que parecían hechizadas, rondando a mi alrededor, y a la luna siguiendo su curso sobre el fondo estriado por el que se esparcían los desechos del bosque. En otro tiempo venía de vez en cuando a esta laguna con un compañero en busca de aventuras, durante las oscuras noches de verano; encendíamos un fuego muy cerca de la orilla, que pensábamos que atraería a los peces, y pescábamos abadejos con un manojo de gusanos atravesados por un hilo; avanzada la noche, cuando habíamos terminado, arrojábamos al aire los tizones incandescentes, como bengalas, que

[2] Juego de palabras de Thoreau: en inglés *cenobites* suena parecido a *sec no bites*, algo así como «por el momento no pican».

caían en la laguna, apagándose con un fuerte silbido y dejándonos a tientas en plena oscuridad; regresábamos silbando a través de esa tiniebla hacia la guarida de los hombres. Pero ahora había construido mi casa junto a esa orilla.

A veces, tras permanecer en algún salón en la ciudad hasta que toda la familia se había retirado, volvía a los bosques y, en parte para asegurar la cena del día siguiente, pasaba las horas centrales de la noche pescando en un bote a la luz de la luna, escuchando la serenata de los búhos y los zorros y, de vez en cuando, la nota chirriante de algún pájaro desconocido y no muy lejano. Esas experiencias eran memorables y muy valiosas para mí, anclado sobre cuarenta pies de agua y a veinte o treinta varales de la ribera bajo la luz de la luna, rodeado a veces por millares de pequeñas percas y peces plateados que agujereaban la superficie con sus colas, comunicándome a través de un largo sedal de lino con misteriosos peces nocturnos que habitan a cuarenta pies de profundidad, o bien tirando sesenta pies de cuerda sobre la laguna, mientras me deslizaba a favor de la suave brisa de la noche y sentía de vez en cuando una pequeña vibración que indicaba la presencia de alguna vida rondando en su extremo, con un propósito torpe, incierto, errático, incapaz de decidirse. Con mucho cuidado y colocando mano sobre mano, terminaba por extraer un abadejo escamoso que se estremecía y retorcía en el aire. Resultaba muy extraño, sobre todo en las noches oscuras, cuando los pensamientos habían avanzado a la deriva por vastas cuestiones cosmogónicas situadas en otras esferas, sentir ese leve tirón que venía a interrumpir mis ensueños y me ataba de nuevo a la naturaleza. Parecía como si pudiera arrojar mi sedal hacia arriba como lo hacía hacia abajo, hacia ese otro elemento apenas más denso. Y, por decirlo así, pescar dos peces con un único anzuelo.

El paisaje de Walden es de escala humilde y, aunque muy bello, carece de grandeza y deja indiferente a quien no lo frecuenta durante largo tiempo o vive en su orilla; sin embargo, esta laguna es tan notable por su profundidad y pureza que merece una descripción particular. Es un manantial claro y de un verde sombrío, de media milla de longitud y una milla y tres cuartos de circunferencia, con una superficie de unos sesenta y un acres y medio, una fuente perpetua en medio de los bosques de pinos y robles, sin más afluente o

aliviadero que las nubes y la evaporación. Las colinas circundantes se levantan directamente desde sus orillas hasta una altura de entre cuarenta y ochenta pies, aunque al sureste y al este alcanzan los cien y ciento cincuenta pies respectivamente, en una extensión de un cuarto y un tercio de milla. El terreno está cubierto de bosques en su totalidad. En los alrededores de Concord, cualquier estanque tiene dos colores: el que se aprecia a distancia y otro, más preciso, visto desde cerca. El primero depende más de la luz e imita al cielo. En días claros, durante el verano, las aguas parecen azules de cerca, especialmente si están agitadas, y a gran distancia todas parecen iguales. En días de tormenta el agua toma muchas veces un oscuro tono de pizarra. Se dice, sin embargo, que el mar es azul un día y verde otro, sin cambios perceptibles en la atmósfera. Cuando el campo está cubierto de nieve, he visto en nuestro río que tanto el agua como el hielo están tan verdes como el pasto. Algunos consideran que «el color del agua pura, tanto líquida como sólida, es el azul»[3], pero mirando directamente el agua desde un bote, parece ser de colores muy distintos. Walden es azul algunas veces y verde otras, aun visto desde el mismo ángulo. Colocado entre la tierra y el cielo, participa del color de ambos. Divisado desde la cima de una colina, refleja el color de la atmósfera, pero desde cerca adquiere un tono amarillo, junto a la orilla, donde puede verse la arena, y un verde ligero, que se oscurece de manera gradual y uniforme hacia el centro. Bajo cierta luz, visto también desde lo alto, es de un verde vívido en sus orillas. Algunos piensan que se debe al reflejo de la espesura, pero lo cierto es que el mismo verde puede verse junto al talud de arena del ferrocarril, y en primavera antes de que broten las hojas, por lo que podría tratarse sin más del resultado de la mezcla del azul predominante y el amarillo de la arena. Ése es el color de su iris. Ésa es también la parte donde, en primavera, el hielo comienza a fundirse gracias a los rayos del sol, que se reflejan en el fondo y cuyo calor se transmite desde la tierra, formando un estrecho canal que atraviesa la superficie helada. Como sucede en el resto de nuestros estanques y lagos, cuando están agitados en un día claro, y aunque la superficie de las olas refleje el cielo en el ángulo adecuado, tal vez porque se interponga más aire, desde

[3] Cita de *Travels Through the Alps of Savoy* de James D. Forbes (1809 – 1868).

lejos aparece con un color azul más oscuro que el del propio cielo y, en esos días, si me encontraba sobre el agua y hacía pantalla con la mano para poder ver el reflejo, discernía un azul claro incomparable e indescriptible, como el que sugieren ciertas sedas, irisadas y cambiantes, o la hoja de una espada, más cerúleo que el propio cielo, que alternaba con el verde oscuro en los extremos de las olas, las cuales, por contraste, parecían fangosas. En mi recuerdo es un azul verdoso y vítreo, parecido a esos pedazos de cielo invernal que se divisan a través de las nubes hacia el oeste antes de ponerse el sol. Sin embargo, un vaso de agua de la laguna visto al trasluz es tan incoloro como si estuviera lleno con la misma cantidad de aire. Es bien sabido que una placa gruesa de vidrio poseerá un tinte verde a causa, según dicen los fabricantes, de su «cuerpo», mientras que una pieza más pequeña será incolora. No he llegado a comprobar qué cantidad de agua de Walden se necesita para reflejar un matiz verde. El agua de nuestro río parece negra o de un color castaño muy oscuro para quien la mira directamente y, como la de la mayoría de los lagos, da un tinte amarillento al cuerpo de quien se baña en ella; pero esta otra agua es de una pureza tan cristalina que el bañista adquiere una blancura de alabastro, aún menos natural, y junto con el aumento y la deformación de sus miembros produce un efecto monstruoso que proporcionaría inspiración para un boceto de Miguel Ángel.

El agua es tan transparente que el fondo puede distinguirse con facilidad a una profundidad de veinticinco o treinta pies. Remando sobre el agua se pueden ver, a muchos pies bajo la superficie, los cardúmenes de percas y peces plateados, cuya longitud no excede quizás una pulgada, aunque los primeros se distinguen con claridad por sus rayas transversales, y cualquiera pensaría que los peces que encuentran allí su alimento son verdaderos ascetas. Hace muchos años, un invierno, tras perforar varios agujeros en el hielo para pescar lucios, iba caminando hacia la orilla y tuve la ocurrencia de arrojar mi hacha hacia atrás sobre el hielo y, como si algún genio malévolo la guiara, resbaló cuatro o cinco varales y fue a caer directamente en uno de los agujeros, de una profundidad de unos veinticinco pies. Por curiosidad, me tendí sobre el hielo, miré a través del agujero y vi el hacha un poco escorada, reposando sobre el acero, con el mango levantado y oscilando suavemente a merced de la laguna y, de no ser por mi intervención, allí se habría

quedado balanceándose hasta que el paso del tiempo hubiera podrido por completo su mango. Hice otro agujero justo por encima del hacha con un escoplo, arranqué con ayuda de mi navaja la rama de abedul más larga que pude encontrar en los alrededores, hice un lazo corredizo que fijé en un extremo de la rama y, deslizándola por el agujero con sumo cuidado, hice pasar el mango por el lazo y tiré de él por medio de una cuerda paralela a la rama. Y así fue como recuperé mi hacha.

Salvo por un par de pequeñas calas arenosas, la orilla está formada por un cinturón de piedras blancas, lisas y redondeadas que parecen pavimentarla, y es tan escarpada que, en muchos lugares, el agua te cubre inmediatamente al saltar dentro, y si no fuera por su excepcional transparencia, ése sería el último lugar donde verías el fondo antes de llegar a la otra orilla. De hecho, algunos piensan que no tiene fondo. El lecho no es fangoso en ninguna zona, y un observador casual diría que carece de vegetación; de las plantas reconocibles, excepto en los pequeños prados recientemente inundados, que no pertenecen como tal a la laguna, una observación detenida no descubre espadañas ni juncos, ni siquiera lirios blancos o amarillos, tan sólo nenúfares, plantas fluviales y quizá una o dos brasenias que un bañista, sin embargo, no advertiría, y que son tan limpias y luminosas como el elemento en el que se desarrollan. Las piedras se extienden dentro del agua uno o dos varales, y a partir de ahí el fondo es pura arena, excepto en las partes más profundas, donde suele haber más sedimento, formado por las hojas caídas que el viento ha arrastrado en muchos otoños sucesivos, de modo que incluso en mitad del invierno una brillante maleza verde sube siempre prendida del ancla.

Tenemos otra laguna equiparable a ésta, la laguna White en Nine Acre Corner, a unas dos millas y media al oeste, pero aunque conozco la mayoría de las lagunas situadas a doce millas a la redonda, no sé de una tercera laguna que posea este carácter puro de manantial. Sucesivos pueblos han bebido de ella, la han admirado y sondeado y después han desaparecido, mientras sus aguas siguen tan verdes y transparentes como siempre. ¡Su fuente es inagotable! Quizá en aquella mañana de primavera en la que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, ya existía la laguna de Walden, y ya se evaporaba para dar lugar a una suave lluvia de primavera acompañada de bruma y viento del sur, cubierta con miríadas de

patos y gansos que no habían oído hablar de la caída[4] y un lago puro como el de Walden era todo cuanto necesitaban. Ya entonces había comenzado a crecer y menguar, y a aclarar sus aguas, coloreándolas con el matiz que ahora poseen, obteniendo del cielo una patente para ser la única laguna del mundo destiladora de rocíos celestiales. ¿Quién sabe cuántas literaturas de naciones olvidadas la han celebrado como a la Fuente de Castalia[5]? ¿O qué ninfas presidían sus riberas durante la Edad de Oro? Concord luce en su corona una gema de aguas primordiales.

Sin embargo, tal vez los primeros en llegar a este manantial sí dejaron una huella de su paso. Me sorprendió descubrir alrededor de la laguna, incluso allí donde se ha talado un espeso bosque, un sendero estrecho que parece tallado en el flanco de la abrupta colina, que asciende, desciende, se acerca y se aleja de la orilla, seguramente tan viejo como lo fue aquí la raza humana, abierto por los pies de los cazadores aborígenes y recorrido de vez en cuando, sin ninguna conciencia, por los habitantes actuales de esta tierra. Puede observarse con claridad en invierno si uno se sitúa en el centro de la laguna, sobre todo si ha caído una nevisca, pues entonces se convierte en una línea blanca, clara y ondulante, sin apenas maleza ni ramas que lo oculten, y resulta visible a un cuarto de milla desde muchos lugares, mientras que en verano apenas puede distinguirse desde cerca. La nieve lo imprime, como si dijéramos, en caracteres blancos con un llamativo relieve. Los cuidados terrenos de las villas que algún día se construirán aquí conservarán aún algún indicio.

La laguna crece y mengua, pero nadie sabe si lo hace de un modo regular o periódico, aunque, como suele pasar, muchos pretenden saberlo. Por lo general, está más alta en invierno y más baja en verano, sin que exista una correspondencia con los periodos de lluvia o sequía. Recuerdo cuando menguó uno o dos pies y también cuando creció cinco pies, antes de que yo me instalara a vivir allí. En una estrecha lengua de arena que desciende en la laguna, con aguas muy profundas sobre uno de sus extremos, estuve ayudando

[4] En el original: *fall*, que remite tanto a la caída y al pecado original como al otoño y las migraciones.

[5] Fuente del monte Parnaso, sagrada para las Musas y de donde proviene la inspiración.

a hervir una caldera de pescado hacia el año 1824, a unas seis varas de la orilla, algo que no ha podido hacerse de nuevo en más de veinticinco años; mis amigos me escuchaban también con incredulidad cuando les contaba que, pocos años después, solía ir a pescar con un bote a una cala oculta en los bosques, a quince varas del lugar que para ellos era la única orilla, y que se convirtió después en un prado. Pero la laguna ha crecido con rapidez en los últimos dos años y ahora, en el verano de 1852, tiene cinco pies más de profundidad que cuando yo vivía allá, es decir, es tan alta como lo fue hace treinta años y se puede pescar de nuevo en aquel prado. La variación del nivel es importante y, sin embargo, el agua proveniente de las colinas circundantes es insignificante, de modo que las causas de esta variación deben hallarse en sus fuentes profundas. Este mismo verano la laguna ha comenzado a menguar de nuevo su nivel. Es curioso, en cualquier caso, que esta fluctuación, sea o no periódica, parece requerir muchos años para llevarse a cabo. He observado una crecida y parte de dos descensos y creo que, de aquí a doce o quince años, el agua estará tan baja como nunca la he visto. La laguna de Flint, una milla al este, está bien avenida con la de Walden, a pesar de la irregularidad de sus afluentes y aliviaderos, y de las pequeñas lagunas que se interponen, y recientemente registró su mayor crecida al mismo tiempo que la nuestra. Lo mismo sucede, por lo que he podido observar, en la laguna White.

La crecida y el descenso de Walden en estos grandes intervalos tienen al menos una función: cuando el agua permanece en su altura máxima durante un año o más, además de dificultar los paseos a su alrededor, mata los arbustos y árboles que han brotado en su orilla desde la última crecida, pinos tea, abedules, alisos, álamos y otros, y al bajar de nuevo deja la ribera despejada, pues, al contrario que ocurre en muchas lagunas y otras masas de agua sujetas a una marea diaria, su orilla está más limpia cuanto más baja está el agua. En la parte de la laguna más cercana a mi casa, así murió y se derrumbó una hilera de pinos tea de quince pies de altura, como si hubiera pasado una niveladora que hubiera puesto límite a esa intrusión forestal, y su tamaño indica cuántos años han transcurrido desde que el agua llegó a ese nivel. Mediante esa fluctuación, la laguna confirma su primacía sobre la *margen*, mientras los árboles quedan *al margen* y no pueden reivindicar en ese lugar ningún derecho. Son los labios del lago, sobre los que no crece barba alguna.

Tan sólo se relame de vez en cuando. Cuando el agua alcanza su máximo nivel, los alisos, los sauces y los arces generan una masa de raíces rojas y fibrosas, de varios pies de longitud, que parten hacia el agua desde cualquier punto del perímetro del tronco y, en su esfuerzo por sobrevivir, a una altura de hasta tres o cuatro pies. He visto crecer grandes arbustos de arándanos junto a la orilla y producir una abundante cosecha en estas circunstancias, cuando por lo general no rinden ningún fruto.

Algunos se han sorprendido al ver la orilla perfectamente pavimentada. Todos mis conciudadanos conocen la explicación tradicional, que los más viejos me cuentan que escucharon ya en su juventud: hace mucho tiempo, los indios celebraron un *pow-wow*[6] en una colina que se elevaba hacia los cielos tanto como la laguna se hunde en la tierra, y hubo tantas blasfemias —según el relato, aunque de este vicio los indios nunca fueron culpables— que la colina comenzó a tambalearse y se hundió de repente, y sólo una vieja india, llamada Walden, pudo escapar y darle su nombre a la laguna. Se ha conjeturado que, al desmoronarse la colina, rodaron las piedras que forman la orilla que conocemos. En cualquier caso, lo cierto es que hoy hay aquí una laguna que un día no estuvo, y esta fábula india no desmiente en modo alguno el relato de aquel antiguo colono del que ya he hablado, que recuerda muy bien que, cuando llegó aquí por primera vez con su vara de zahorí, vio elevarse desde la hierba una delgada columna de vapor mientras la vara apuntaba firmemente hacia abajo, por lo que decidió cavar un pozo. Por lo que respecta a las piedras, muchos piensan que la acción de las olas sobre las colinas difícilmente podría explicar su presencia, pero he observado que las colinas circundantes están repletas de las mismas piedras, por lo que han tenido que ser amontonadas formando dos paredes a ambos lados de la vía férrea que pasa junto a la laguna; además, hay más piedras allí donde la orilla es más abrupta, de manera que, por desgracia, ya no hay misterio para mí. Sé quién es el pavimentador[7]. Si el nombre no deriva de alguna localidad inglesa —Saffron Walden, por ejemplo—, se podría especular que en su origen se llamaba *Walled-in Pond*[8].

[6] Fiesta tradicional de los pueblos nativos norteamericanos.

[7] Posible alusión a las teorías de la acción de los glaciares, conocidas sobre todo a partir del año 1848 a través de Louis Agassiz, profesor en Harvard, con quien Thoreau mantuvo contacto.

[8] Laguna amurallada.

La laguna era mi pozo ya perforado. Durante cuatro meses su agua es tan fría como pura todo el año, y creo que entonces es tan buena como cualquier otra de la ciudad, si no mejor. En invierno, el agua expuesta al aire está más fría que los manantiales y fuentes resguardados. El 6 de marzo de 1846, la temperatura del agua de la laguna que tuve en mi casa desde las cinco de la tarde hasta el mediodía del día siguiente —teniendo en cuenta que el termómetro había subido de dieciocho a veintiún grados, debido en parte al sol que recalentaba el tejado— fue de seis grados y cuatro décimas, es decir, un grado más fría que el agua recién extraída de uno de los pozos más fríos de la ciudad. El mismo día, la temperatura del manantial de Boiling fue de siete grados y dos décimas, la más caliente que he probado, aunque es la más fría en verano, cuando el agua somera y estancada de la superficie no se mezcla con ella. Además, en verano, Walden nunca llega a estar tan caliente como la mayoría de las masas de agua expuestas al sol, a causa de su profundidad. En los días más calurosos solía colocar un balde lleno en el sótano, donde se enfriaba por la noche y permanecía fresca durante el día, aunque también acudía a una fuente cercana. El agua era tan buena el mismo día que la extraía o una semana después, y no cogía sabor a metal tras pasar por la bomba. Cualquiera que acampe en verano durante una semana a orillas de una laguna sólo necesita cavar un hoyo de varios pies de profundidad a la sombra de su tienda y colocar allí un balde de agua, y no tendrá que depender del lujo del hielo.

En Walden se han pescado lucios de hasta siete libras de peso, por no hablar, ya que no pudo ser visto, de aquel otro que desenrolló como el rayo e hizo desaparecer un carrete, y que el pescador estimó en ocho libras; también parcas y abadejos, alguno de los cuales ha llegado a las dos libras; peces plateados, barbos y gobios (*Leuciscus pulchellus*), unos cuantos sargos y una pareja de anguilas, una de las cuales pesaba cuatro libras —insisto en este particular porque el peso de un pez es por lo general su único título y no he oído hablar por aquí de otras anguilas—. También recuerdo, aunque vagamente, un pececillo de unas cinco pulgadas de longitud, con los costados plateados y la espalda verdosa, parecido al albur y al que menciono aquí, sobre todo, para vincular mis hechos a la fábula. Sin embargo, esta laguna no es muy rica en pesca. Su principal orgullo son los lucios, aunque no abunden. He llegado a ver al

mismo tiempo tres clases de lucios sobre el hielo: uno largo y plano, de color acerado, que es el más parecido a los que se pescan en el río; otro de un dorado brillante, con irisaciones en un tono verde oscuro, que es el más común por aquí; y un tercero de un dorado más opaco, parecido al segundo también en la forma, pero moteado en los flancos con manchitas de color castaño oscuro o negras, junto a otras de un rojo desvaído y más escasas, muy parecido a una trucha. El nombre específico de *reticulatus* no se aplica a este último, al que conviene mejor el apelativo de *guttatus*. Todos ellos son peces muy macizos y pesan más de lo que su tamaño hace suponer. Los peces plateados, los abadejos, las percas y, de hecho, todos los peces que habitan en Walden, son mucho más bellos, limpios y consistentes que los del río y la mayoría de las otras lagunas, porque el agua es más pura y pueden diferenciarse con facilidad de los otros. Probablemente muchos ictiólogos establecerían con algunos de ellos nuevas variedades. También hay una raza pura de ranas y tortugas, y algunos escasos mejillones; las ratas almizcleras y los visones dejan sus huellas alrededor de la laguna, y en ocasiones la visitan tortugas lagarto. A veces, cuando empujaba mi bote por la mañana, molestaba a una de estas tortugas que se había ocultado debajo durante la noche. Los patos y los gansos la frecuentan en primavera y otoño, las golondrinas de pecho blanco (*Hirundo bicolor*) rozan el agua, el martín pescador siembra el pánico en los alrededores, y el andarríos maculado (*Totanus macularius*) pendonea todo el verano a lo largo de sus pedregosas orillas. A veces he ahuyentado a un águila pescadora posada en un pino blanco sobre el agua, pero dudo que Walden haya sido jamás profanada por el vuelo de una gaviota, como ocurre en Fair Haven. A lo sumo, nuestra laguna tolera un colimbo al año. Éstos son, por tanto, los animales más destacados que la frecuentan.

Con el tiempo en calma, se pueden ver desde un bote, junto a la arenosa orilla oriental, donde el agua tiene de ocho a diez pies de profundidad, aunque también en algunas otras partes de la laguna, algunas protuberancias circulares de seis pies de diámetro por uno de altura, formadas por guijarros de un tamaño inferior al de un huevo de gallina y rodeadas de arena. En un primer momento uno se pregunta si serían los indios quienes las levantarían sobre el hielo con algún propósito y, al fundirse éste, se hundieron hasta el fondo; aunque parecen demasiado regulares y, además, algunas de

«El más elevado de mis pensamientos no deja de parecerse a un águila que de repente entra en el campo de visión, sugiere algo inmenso y emocionante al que la contempla, pero nunca se acerca realmente, vuela en círculo a lo lejos, haciéndose al rato su figura más tenue, hasta perderse finalmente tras un acantilado o una nube».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 26 de octubre de 1857

ellas son sin duda más recientes. Son semejantes a las que se hallan en los ríos, pero como aquí no hay rémoras ni lampreas, no sé qué peces las podrían haber formado. Quizá sean nidos de albures. Proporcionan un agradable misterio al lecho.

La orilla es lo bastante irregular como para no resultar monótona. Tengo en mente la parte occidental, recortada en profundas bahías, la septentrional, más abrupta, y la meridional, magníficamente ribeteada, donde los cabos se solapan los unos a los otros sugiriendo calas inexploradas entre cada uno de ellos. La imagen más bella y mejor configurada de un bosque se obtiene siempre desde el centro de una laguna situada entre colinas que se alzan en la orilla misma, pues el agua en la que se refleja no sólo proporciona un primer plano inmejorable, sino que su ribera sinuosa da lugar a su límite más natural y agradable. No hay rudeza ni imperfección en esta orilla, como sucede cuando el hacha abre un claro o un campo cultivado linda con el agua. Los árboles tienen amplio espacio para extenderse hacia la laguna y todos envían en esa dirección sus ramas más vigorosas. La naturaleza ha tejido allí un orillo natural y la mirada se alza gradualmente desde los arbustos más bajos de la ribera hasta los árboles más altos. Apenas se ve la huella del hombre. El agua lava la orilla como lo hacía mil años atrás.

Un lago es el rasgo más bello y expresivo en un paisaje. Es el ojo de la tierra; al mirar en su interior el observador mide la profundidad de su propia naturaleza. Los árboles acuáticos de la orilla son las finas pestañas que lo circundan, y las colinas boscosas y los acantilados a su alrededor son sus salientes cejas.

De pie sobre la playa de fina arena en el extremo oriental de la laguna, en una tranquila tarde de septiembre, cuando una ligera bruma difumina la línea de la orilla opuesta, comprendí de dónde proviene la expresión «la superficie de la laguna, lisa como un espejo». Si uno se agacha y mira con la cabeza metida entre las piernas[9], parece un hilo de finísima gasa extendido a través del valle, resplandeciente entre los lejanos pinares y sirviendo de separación entre dos estratos de la atmósfera. Por un instante parece posible

[9] Como a muchos artistas y a la mayoría de los trascendentalistas, a Thoreau le gustaba ver el paisaje «de otro modo», y de esta manera invertía la posición del cielo y la tierra en su visión. Habla sobre esta técnica en diversos pasajes de sus diarios.

atravesarla a pie sin mojarse hasta alcanzar las colinas de enfrente y que las golondrinas que planean sobre ella se posen en el agua. De hecho, a veces se sumergen por debajo del horizonte, como por error, y de inmediato se desengañan. Si miráis sobre la laguna hacia el oeste, no tendréis más remedio que utilizar ambas manos para defenderos tanto del sol verdadero como del que se refleja sobre el agua, pues ambos son igualmente brillantes, y si a través de los dedos examináis seriamente la superficie, veréis que es tan lisa como un espejo, excepto allí donde los insectos patinadores, diseminados a intervalos regulares por toda su extensión, producen con sus movimientos a pleno sol el centelleo más bello que podáis imaginar, o cuando de repente un pato ahueca sus alas o, como ya he dicho, una golondrina desciende y pasa rozando el agua. Es posible que, a lo lejos, un pez dibuje en el aire un arco de tres o cuatro pies, de modo que aparezca un destello brillante donde emerja y un segundo donde vuelva al agua; a veces se percibe todo el arco plateado, o bien, aquí y allá, los peces pelean por un cardo que flota a la deriva y dejan en el agua un borboteo. Es como vidrio derretido que se hubiera enfriado sin llegar a congelarse, y las pocas manchas que contiene son puras y bellas como las imperfecciones del cristal. A menudo descubriréis aguas más tranquilas y oscuras, como separadas del resto por una telaraña invisible donde descansan las ninfas acuáticas. Desde la cima de una colina podríais ver un pez brincar casi en cualquier parte, pues basta que un lucio o un pez plateado den caza a un insecto sobre su superficie para que todo el equilibrio del lago quiebre de manera evidente. Es asombrosa la minuciosidad con la que preparan los peces este asesinato, que yo contemplo sobre una distante atalaya, desde donde puedo ver las ondas concéntricas que apenas alcanzan un diámetro de unas seis varas. Desde allí podríais ver, incluso, una chinche de agua (*Gyrinus*) que avanzase sin cesar sobre la superficie durante un cuarto de milla, pues dejaría un leve surco en el agua limitado por dos líneas divergentes, al contrario que los insectos patinadores, que no producen ningún rizo perceptible. Cuando la superficie está agitada no hay patinadores ni chinches, pero, aparentemente, en los días tranquilos abandonan sus calas y se aventuran lejos de la orilla mediante pequeños impulsos, hasta llegar al otro extremo de la laguna. En uno de esos bellos días de otoño en que se siente más que nunca la calidez del sol, es una ocupación relajante

sentarse sobre un tocón a buena altura y divisar abajo la laguna y observar las ondas concéntricas que se inscriben sin cesar sobre su superficie que, de otra manera, con el reflejo del cielo y de los árboles, serían invisibles. Nada turba realmente esa inmensa extensión, que en un momento se alisa y sosiega, como cuando vibra un vaso de agua y los anillos temblorosos buscan la orilla y la calma. No salta un pez ni se posa un insecto sin que las ondas den aviso con unas cuantas líneas de belleza concéntrica, como si de ello dependiera el flujo de su fuente, la suave pulsación de su vida, el latido de su pecho. Los estremecimientos de la alegría no se distinguen de los temblores del dolor. ¡Qué apacibles son los fenómenos de la laguna! Las obras del hombre resplandecen de nuevo como en primavera. Ay, cada hoja, tallo, piedra y telaraña refulgen ahora a media tarde como si el rocío de una mañana de primavera las cubriera. El ínfimo movimiento de un remo o de un insecto ocasiona un relámpago de luz, y si cae el remo, ¡qué dulce es el eco!

En un día como ese de septiembre u octubre, Walden es el espejo perfecto para el bosque, engastado con piedras tan preciosas para mis ojos como si fueran en realidad mucho más raras o escasas. No hay nada en la superficie de la tierra tan bello, tan puro y, al mismo tiempo, tan grande como un lago. Agua del cielo. No necesita cercado. Las naciones van y vienen sin enturbiarlo. Es un espejo que ninguna piedra puede romper, cuyo azogue no se pierde y cuyo marco repara continuamente la naturaleza; ni las tormentas ni el polvo oscurecerán jamás su límpida superficie; un espejo en el que toda impureza se hunde, queda barrida y desechada por el brumoso cepillo del sol —ese ligero y radiante paño—, que no retiene ningún hálito sobre las aguas, sino que exhala el suyo propio como nubes que flotan sobre la superficie y se reflejan en su seno.

Toda masa de agua traiciona el espíritu que hay en el aire. Recibe continuamente desde arriba una vida nueva y un movimiento inédito. Por naturaleza, es intermediaria entre el cielo y la tierra. Sobre ésta, sólo el pasto y los árboles cimbrean, pero el agua se riza ella misma con el viento. Sé por dónde sopla la brisa gracias a los destellos y laminillas que deja la luz. Es asombroso que podamos bajar la mirada hacia su superficie. Tal vez un día podamos bajarla igualmente hacia la superficie del aire y advertir el lugar donde la barre un espíritu aún más sutil.

Los patinadores y las chinches desaparecen a finales de octubre, cuando llegan las fuertes heladas; desde ese momento, y por lo general durante todo noviembre, si el tiempo está en calma, no hay ya absolutamente nada que rice la superficie. Una tarde de noviembre, en la quietud perfecta que se instaló tras un temporal que duró varios días, con el cielo completamente encapotado sobre una densa niebla, observé que la laguna estaba tan lisa que era difícil distinguir la superficie, que ya no reflejaba los brillantes matices de octubre sino los sombríos colores de noviembre aparecidos en las colinas circundantes. Aunque lo atravesé con la máxima suavidad, las leves ondas producidas por mi bote viajaron hasta donde alcanzaba la vista y dieron a los reflejos un aspecto estriado. Mientras contemplaba la superficie vi en la distancia, aquí y allá, un ligero resplandor, como si algunos insectos patinadores hubieran sorteado las heladas y se hubieran congregado, a no ser que la tersa superficie estuviera delatando, en el fondo, la posición desde la que mana un manantial. Al remar suavemente hacia uno de estos lugares, me sorprendió verme rodeado de una miríada de percas, de unas cinco pulgadas de longitud y un color bronce intenso sobre el agua verdosa, jugueteando cerca de la superficie y dejando una estela de pequeñas burbujas. Sobre esa agua perfectamente transparente y en apariencia sin fondo, entre los reflejos de las nubes, me parecía estar flotando en el aire, en un globo, y las percas parecían revolotear, como si sobrevolara una tupida bandada de aves que desplegasen sus alas, como velas, a un lado y otro. En la laguna había muchos cardúmenes como ése, que al parecer aprovechaban esa breve estación antes de que el invierno cerrara con una persiana glacial su amplio tragaluz, dando la sensación de que una ligera brisa recorría la superficie, o como si cayeran unas pocas gotas de lluvia. Cuando me acercaba sin miramientos y las sobresaltaba, movían sus colas con un súbito chapaleo, como si alguien hubiera azotado el agua con una rama frondosa, y al momento se guarecían en las profundidades. Finalmente se levantó el viento, se cerró la niebla y llegaron las olas, y las percas comenzaron a dar saltos mucho más altos, sacando la mitad del cuerpo fuera del agua, cien trazos negros de tres pulgadas de largo simultáneamente sobre la superficie. Un año, en una fecha tan tardía como la del cinco de diciembre, vi algunos hoyuelos en la superficie y pensé que se estaba preparando un aguacero, pues la atmosfera estaba cargada,

de modo que me apresuré a tomar los remos y me dirigí hacia mi casa; parecía que la lluvia arreciaba con rapidez, aunque aún no la sentía en las mejillas, y previ que me calaría hasta los huesos, pero, de repente, desaparecieron los hoyuelos: eran las percas, y el ruido de mis remos las había espantado hacia las profundidades. Vi cómo desaparecían sus bancos en la oscuridad, así que, después de todo, pasé la tarde seco.

Un anciano que solía frecuentar esta laguna hace sesenta años, cuando los bosques que la rodeaban la hacían aún más sombría, me cuenta que en aquellos días la vio, a veces, poblada por patos y otras gallináceas acuáticas, y que la sobrevolaban muchas águilas. Venía aquí a pescar y usaba una vieja canoa de troncos que había encontrado en la orilla. Estaba construida con dos troncos de pino blanco, vaciados y ensamblados, cortados de plano en los extremos. No era fácil maniobrar con ella, pero resistió muchos años antes de que empezara a entrarle agua y acabara yéndose a pique. Nunca supo quién era su propietario, pertenecía a la laguna. Utilizaba como ancla un cable con tiras de corteza de nogal anudadas. Un anciano alfarero que vivía cerca de la laguna antes de la Revolución le contó una vez que había un cofre de hierro en el fondo y que él había llegado a verlo. A veces, el cofre se aproximaba flotando hasta la orilla, pero si uno trataba de acercarse volvía a hundirse y desaparecía. Me gustaba oír hablar de esa vieja canoa de troncos, que sustituyó a otra canoa india del mismo material, pero con mejor manufactura, que probablemente fue en su día un árbol junto a la orilla y después cayó al agua y flotó allí durante toda una generación, siendo el bote más adecuado para esta laguna. Recuerdo que cuando inspeccioné por vez primera sus profundidades vi muchos troncos de gran tamaño en el fondo, derribados por el viento o abandonados sobre el hielo durante la última tala, cuando la madera era barata; ahora la mayoría ha desaparecido.

La primera vez que remé en la laguna de Walden, estaba completamente rodeada por tupidos y altos bosques de pinos y robles, y en alguna de sus calas las vides silvestres se enroscaban en los árboles formando enramadas bajo las cuales podía deslizarse un bote. Las colinas que nacen en sus orillas son tan escarpadas y los bosques llegan tan arriba que, si uno mira hacia abajo desde el extremo occidental, parece un anfiteatro dispuesto para una suerte de espectáculo silvestre. Cuando era más joven, pasaba muchas horas

flotando sobre sus aguas al antojo del céfiro, tras llegar con mi bote hasta el centro y recostarme en el asiento, en tardes de verano, soñando despierto, hasta que el bote encallaba en la arena, despertaba y me incorporaba para ver hasta qué orilla me había arrastrado el destino, días en que el ocio era la industria más atractiva y productiva. Cuántas mañanas he usurpado de este modo para hacer mía la parte más valiosa del día, y me hice rico, si no en dinero, al menos en horas de sol y en días de verano que dilapidaba pródigamente, sin lamentar nunca no haberlos gastado en el taller o en un despacho de profesor. Pero desde que abandoné estas orillas, los leñadores las han esquilmado aún más y habrá que esperar muchos años para volver a vagabundear por los senderos de ese bosque, que dejaba ver de cuando en cuando el agua entre sus árboles. Mi musa tiene una buena excusa para guardar silencio de ahora en adelante. ¿Cómo van a cantar los pájaros si han talado sus arboledas?

Han desaparecido los troncos hundidos en el lecho, la vieja canoa y los sombríos bosques cercanos, y los habitantes de la ciudad, que apenas saben dónde se encuentra la laguna, en lugar de ir hasta allí a bañarse o beber, están pensando en traer el agua —que debiera ser tan sagrada como la del Ganges— mediante cañerías, ¡para lavar los platos! ¡Para tener su Walden con sólo abrir un grifo o tirar de una espita! ¡Ese diabólico caballo de hierro, cuyo relincho desgarrador se oye en toda la ciudad, ha cubierto de lodo el manantial de Boiling y ha hozado todos los bosques de las orillas de Walden, ese caballo troyano, con un millar de hombres en sus entrañas, introducido por griegos mercenarios! ¿Dónde está el héroe de este país, el Moore de Moore Hall[10], capaz de sorprenderlo en la Deep Cut[11] y clavarle una lanza vengadora en las costillas a esa plaga henchida?

Sin embargo, entre todos los personajes que he conocido, tal vez sea Walden quien conserve y preserve mejor su pureza. A muchos hombres se los ha comparado con ella, pero son pocos los que merecen ese honor. Aunque los leñadores hayan desmochado

[10] Héroe de la balada inglesa «The Dragon of Wantley», que venció a la bestia golpeándola en su único punto vulnerable, la boca o el culo según las versiones.

[11] Literalmente, «Corte profundo». Lugar al noroeste de la laguna donde la tierra había sido socavada para nivelarla y permitir el paso del ferrocarril.

primero esta orilla y luego la otra, y los irlandeses hayan construido allí sus chozas, y el ferrocarril haya violado sus límites, y los comerciantes de hielo estén aún en deuda con ella, su naturaleza es inalterable, son las mismas aguas que contempló mi juventud; yo soy el único que ha cambiado. Después de tanto ondular, no ha adquirido una sola arruga permanente. Es perennemente joven y, como he hecho tantas veces, puedo seguir deteniéndome a observar una golondrina que parece sumergirse para cazar un insecto en su superficie. Este espectáculo me ha sobrecogido esta tarde, como si no lo hubiera visto casi diariamente durante los últimos veinte años. ¿Por qué? Aquí está Walden, el mismo lago entre bosques que descubrí hace tantos años; donde se taló una arboleda el invierno pasado está brotando otra tan frondosa como siempre, muy cerca de la orilla; el mismo pensamiento que entonces aflora a su superficie; la misma felicidad líquida para ella misma y su Hacedor, ay, y *puede* que para mí también. ¡Seguramente es la obra de un hombre valiente, incapaz de engaño[12]! Rodeó el agua con su mano, le dio profundidad, la aclaró en su mente y la legó en su testamento a Concord. Veo en su rostro esta misma reflexión, y casi podría decir: «Walden, ¿eres tú?».

No sueño
Con adornar un verso;
No podría estar más cerca de Dios y del Cielo
Que viviendo en Walden.
Soy su orilla rocosa
Y la brisa que pasa sobre ella;
En la palma de mi mano
Están su agua y su arena,
Y su refugio más profundo
Se encuentra en lo alto en mi pensamiento[13].

Los vagones nunca se detienen a mirar la laguna; pero imagino que los maquinistas, los fogoneros, los guardafrenos y los pasajeros

[12] Alusión a Juan 1, 47: «Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, le dijo: "He aquí un verdadero israelita, incapaz de engaño"».
[13] Poema de Thoreau.

que tienen un abono temporal, y que la ven a menudo, son hombres mejores gracias a esa visión. Llegada la noche, el maquinista no olvida, o al menos su naturaleza no olvida, esa imagen de pureza y serenidad diurnas. Aunque sólo se la vea una vez, permite sacudirse State Street[14] y el hollín de la locomotora. Alguien propuso que se llamara «La gota de Dios».

Ya he dicho que Walden no tiene afluentes ni desaguaderos conocidos, pero, por una parte, está relacionada indirectamente, mediante una serie de lagunillas, con la laguna de Flint, más lejana y elevada, y, por la otra, directa y claramente, con el río Concord, que queda más abajo, mediante una cadena similar de lagunas, a través de las cuales puede haber fluido en alguna otra edad geológica, y por la cual se la podría hacer fluir de nuevo mediante una canalización, que Dios no quiera que se realice. Si Walden ha adquirido esta admirable pureza viviendo tanto tiempo de esta forma austera y recogida, como un eremita en mitad de los bosques, ¿quién no lamentaría que las aguas comparativamente impuras de la laguna de Flint se mezclaran con las suyas, o que ella misma echara a perder su dulzura entre las olas del océano?

La laguna de Flint o Laguna Arenosa está situada en Lincoln, a una milla de distancia al este de Walden, y es nuestro mayor lago y mar interior. Es mucho mayor, se dice que tiene un área de ciento noventa y siete acres, y más abundante en peces; pero, comparativamente, es poco profunda y su agua no es tan pura. Una caminata hasta allí a través de los bosques era a menudo mi recreo. Valía la pena, aunque sólo fuera para sentir el viento libre contra las mejillas y ver rodar las olas y recordar la vida de los marineros. En otoño iba allí a recoger castañas, en días de viento, cuando caían al agua y el oleaje las depositaba a mis pies. Un día, mientras me abría paso entre los juncales de la orilla y la espuma me salpicaba la cara, encontré los restos carcomidos de un bote, del que habían desaparecido los flancos y apenas quedaba huella de su fondo plano entre los juncos; pero su forma estaba bien definida, como si se tratase de un nenúfar caído con todas sus venas. La impresión de naufragio era tan sobrecogedora como si estuviera junto al mar,

[14] Epicentro de la zona financiera y comercial de Boston.

y la moraleja que sugería, igualmente eficaz. Entonces no era ya sino puro mantillo vegetal e indiscernible en la orilla de la laguna, sobre el que habían crecido juncos y espadañas. Solía admirar el trazo de las olas en el lecho arenoso, en el extremo septentrional de la laguna, que la presión del agua hacía firme y resistente para los pies del bañista que caminara por allí, así como los juncos que crecían en fila india y líneas onduladas, correspondiendo, fila tras fila, con el trazo del agua, como si los hubieran plantado las olas mismas. También encontré allí, en cantidades considerables, unas curiosas pelotas[15] formadas, aparentemente, por hierbas finas o raíces, tal vez brezo, de media a cuatro pulgadas de diámetro y de una esfericidad perfecta. Las aguas poco profundas las traen y las llevan y de vez en cuando las depositan en la orilla. A veces son sólo de hierba, otras veces tienen arena en el núcleo. A primera vista parecen hechas por la acción de las olas, como un canto rodado; pero las más pequeñas, de media pulgada de longitud, están formadas por los mismos toscos materiales, y sólo se encuentran en una estación del año. Además, sospecho que las olas, más que construir, desgastarían la consistencia del material. Al secarse conservan su forma durante un periodo indefinido.

¡La laguna de Flint! Qué pobre nomenclatura... ¿Qué derecho tenía el sucio y estúpido granjero, cuya granja lindaba con esta agua celestial, a darle su nombre tras haber devastado sin compasión sus riberas? Un avaro que prefería la superficie reverberante de un dólar o de un brillante centavo en la que pudiera ver su propio rostro descarado, que consideraba intrusos incluso a los patos salvajes que anidaban allí y cuyos dedos habían crecido como garras retorcidas y callosas por la costumbre de asir las cosas como una arpía —no, no soy yo quien le ha dado ese nombre—. No voy allí para ver ni oír hablar de alguien que nunca ha *visto* esa laguna, ni se ha bañado en ella, ni la ha amado, ni protegido, ni alabado ni una sola vez, ni ha dado gracias a Dios por haberla creado. Démosle el nombre de los peces que nadan en ella, de las aves salvajes y los cuadrúpedos que la frecuentan, de las flores silvestres que crecen en sus orillas, o de algún hombre o niño salvaje cuya historia se ha entretejido con la de sus aguas, no el de este individuo que

[15] *Cladophora aegagrophila*, un alga con forma globular.

no tiene más derecho que el título de propiedad que le ha transmitido un vecino con mentalidad semejante o la cámara legislativa, alguien que nunca ha pensado más allá del valor monetario y cuya presencia ha sido seguramente nefasta para sus riberas, dedicado a esquilmar la tierra y que no habría dudado en agotar el agua, lamentándose porque aquello no fuera un prado de heno inglés o un campo de arándanos. Según él, nada había de valor en esa laguna, de modo que, de haber podido, la habría drenado para vender el cieno de su lecho. Sus aguas no movían su molino y no sentía que fuera ningún *privilegio* contemplarla. No respeto su trabajo ni su granja, donde todo tiene un precio. Ese hombre sería capaz de transportar el paisaje hasta el mercado, sería capaz de transportar a Dios hasta el mercado, si pudiera sacar algo de dinero por ellos; de hecho, su único dios es el mercado y todo se lo ofrece. Nada crece libremente en su granja: sus campos no dan cosecha, sus praderas no dan flores, sus árboles no dan frutos, sólo dólares. No ama la belleza del fruto, pues no ve más fruto que el dólar. Dadme la pobreza que goza de la verdadera riqueza. Los granjeros me parecen respetables e interesantes en la medida en que son pobres, pobres granjeros. ¡Una granja modelo! ¡Un caserón que se alza como un hongo sobre un montón de estiércol y una sucesión de dependencias, limpias o por limpiar, destinadas a hombres, caballos, vacas y cerdos! ¡Muchos hombres como suministro! ¡Un lugar grasiento que apesta a estiércol y a suero de leche! ¡Una proeza civilizatoria abonada con los corazones y los cerebros de los hombres! ¡También se pueden plantar patatas en el cementerio! Ésta es la granja modelo.

No, no; si las formaciones más bellas del paisaje deben recibir su nombre de los hombres, elijamos entonces a los más nobles y dignos de entre ellos. Que nuestros lagos tengan nombres tan verdaderos como el mar de Icaria, «en cuya orilla aún resuena una audaz tentativa»[16].

La laguna de Goose[17], más pequeña, está a medio camino de la de Flint; Fair Haven, un remanso del río Concord, del que se dice que

[16] Cita de «Icarus» de William Drummond de Hawthornden (1585 – 1649) y alusión al conocido mito de Ícaro y su muerte en estas aguas, que reciben así su nombre.
[17] Laguna del Ganso.

comprende unos setenta acres, se encuentra una milla al sudoeste, y la laguna White[18], de unos cuarenta acres, dista milla y media de Fair Haven. Ésta es mi región de los lagos. Éstos, con el río Concord, son mis privilegios hídricos[19]; de noche y de día, año tras año, sacan grano de cuanto les aporto.

Desde que los leñadores, el ferrocarril y yo mismo hemos profanado Walden, quizá la más atractiva, si no la más bella, de nuestras lagunas, la gema de estos bosques, es la laguna White, un nombre pobre por su vulgaridad, ya provenga de la admirable pureza de sus aguas o del color de sus arenas. Desde este punto de vista, entre otros, es la hermana gemela de Walden, tan sólo algo más pequeña. Se parecen tanto que uno diría que están conectadas bajo tierra. Tienen la misma costa pedregosa y sus aguas poseen el mismo tinte. Como ocurre en Walden durante los días de bochorno, al mirar entre los árboles desde un alto hacia sus bahías, que no son tan profundas y, por tanto, las tinta el reflejo del lecho, sus aguas son de un desvaído azul verdoso, o glaucas. Hace muchos años solía ir allí a recoger carretadas de arena para fabricar papel de lija y desde entonces sigo visitándola. Alguien que la frecuentaba propuso que se llamara Lago Virid[20]. Quizá pudiera llamarse Laguna del Pino Amarillo por el siguiente motivo: hace unos quince años podía verse la copa de un pino tea, de esa variedad que aquí se llama pino amarillo, aunque no es una especie distinta, sobresaliendo de la superficie en una zona con aguas ya profundas, a muchas varas de distancia de la orilla. Algunos suponían que la laguna había bajado de nivel y que ese árbol pertenecía al bosque primitivo que hubo allí un día. He descubierto que ya en 1792, en una *Descripción topográfica de la ciudad de Concord* escrita por uno de sus habitantes y que se encuentra en las actas de la Sociedad Histórica de Massachusetts, el autor, tras hablar de las lagunas de Walden y White, añade: «En medio de esta última puede verse, cuando el agua está baja, un árbol que parece crecer en ese lugar, aunque sus raíces se hundan cincuenta pies bajo la superficie del agua, cuya copa está tronchada y a ese nivel tiene un diámetro de

[18] Laguna blanca.

[19] El privilegio de usar libremente esta agua para sus necesidades.

[20] Del latín, verde.

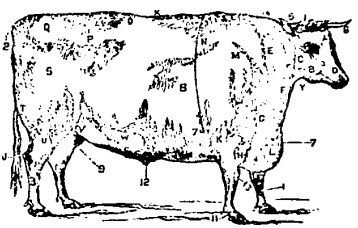
catorce pulgadas»[21]. En la primavera de 1849 hablé con un hombre que vivía en Sudbury, muy cerca de la laguna, quien me contó que fue él quien sacó el árbol de allí, hacía diez o quince años. Era invierno y había estado cortando hielo toda la mañana, y resolvió que aquella misma tarde, con ayuda de sus vecinos, pondría en tierra al viejo pino amarillo. Abrió con su sierra un canal en el hielo hasta la orilla y tiró del árbol hacia arriba con unos bueyes, lo arrastró y lo depositó sobre el hielo; pero antes de acabar la tarea, descubrió sorprendido que el árbol estaba del revés, es decir, que las ramas apuntaban hacia abajo y la copa se hundía con firmeza en el lecho del lago. El tronco tenía un pie de diámetro en su extremo más grueso, y sus esperanzas de conseguir buena madera para serrar se desvanecieron al ver que estaba tan podrido que apenas serviría para combustible. Decidió conservar una parte en su cobertizo. En un extremo tenía marcas de un hacha y de un pájaro carpintero. Pensó que podía tratarse de un árbol yerto de la orilla que hubiera sido arrastrado hasta la laguna por el viento y que, una vez empapada la copa y con las raíces aún secas y ligeras, hubiera avanzado a la deriva hasta girar y hundirse finalmente. Su padre, de ochenta años, no recordaba la laguna sin ese árbol. Todavía pueden verse en el fondo algunos buenos troncos, y debido a las ondulaciones de la superficie parecen gigantescas serpientes de agua en movimiento.

Rara vez ha profanado un bote esta laguna, pues pocas tentaciones hay en ella para un pescador. En lugar del nenúfar blanco, que requiere cieno, o la espadaña común, abunda la espadaña azul (*Iris versicolor*), que crece dispersa en las aguas puras, elevándose desde el lecho pedregoso a lo largo de toda la orilla, donde la visitan en junio los colibríes, y tanto el color de sus hojas azuladas como el de sus flores, y especialmente sus reflejos, armonizan a la perfección con sus aguas glaucas.

Las lagunas White y Walden son grandes cristales sobre la superficie de la tierra, lagos de luz. Si estuvieran siempre heladas y fueran lo bastante pequeñas para ser empuñadas, probablemente unos esclavos las recogerían a fin de adornar, como piedras preciosas, la frente de un emperador; pero son líquidas y extensas,

[21] Cita de una descripción topográfica de Concord escrita por William Jones en 1792.

eternamente aseguradas para nosotros y nuestros herederos, de modo que no las apreciamos y corremos en cambio tras el diamante de Kohinoor. Son demasiado puras para tener valor en el mercado, ni rastro del fango. ¡Cuánto más bellas son que nuestras vidas, cuánto más transparentes que nuestros caracteres! No hemos aprendido de ellas bajeza alguna. ¡Cuánto más bellas son que la charca que hay frente a la puerta del granjero en la que nadan sus patos! A estas otras vienen los impecables patos salvajes. La naturaleza carece de un nativo humano que la aprecie en su justa medida. Las aves, con su plumaje y sus acordes, se hallan en armonía con las flores, ¿pero qué joven o qué muchacha conspira con la salvaje y exuberante belleza de la naturaleza? Por lo general, la naturaleza florece en soledad, lejos de las ciudades en las que esos jóvenes residen. ¡Habláis del cielo! Y deshonráis la tierra.



A veces vagaba hacia los pinares, que se levantaban como templos, o como una flota en el mar, con todos sus aparejos, con sus ramas al viento, vibrantes de luz, tan suaves y verdes y umbrosos que los druidas habrían abandonado sus robles para celebrar entre ellos su culto; o llegaba hasta el bosque de cedros, más allá de la laguna de Flint, cuyos árboles, cubiertos de viejas bayas azules y cada vez más altos, bien podrían erguirse ante el Walhalla[1], mientras el enebro común recubre la tierra con guirnaldas llenas de frutos; o hacia el pantano, donde el liquen cuelga en festones desde las ramas de las piceas blancas y las setas venenosas —mesas redondas de los dioses de las ciénagas— cubren la tierra, y hongos más bellos adornan los tocones como mariposas o conchas, bígaros vegetales, y crecen la azalea y el zumaque, y las bayas rojas del aliso brillan como los ojos de los duendes, la dulcamara abre canales y aplasta en sus pliegues la madera más dura y las bayas del

[1] Recibidor de los dioses de las mitologías germánica y nórdica.

acebo silvestre, y con su belleza hacen que el observador olvide su propio hogar, deslumbrado y tentado por innumerables frutos silvestres y prohibidos, demasiado deliciosos para el gusto de los mortales. En lugar de acudir a un erudito, visitaba a ciertos árboles, escasos en esta zona, y que se alzan lejanos en medio de algún pastizal o en las profundidades de un bosque o en un pantano o en la cima de una loma; como al abedul negro, del que contamos con varios especímenes de dos pies de diámetro; a su primo, el abedul amarillo, con su amplio atuendo dorado, perfumado como el anterior; al haya, que tiene un tronco terso y bellamente pintado por los líquenes, perfecto en todos sus detalles, del que no queda en la ciudad, salvo especímenes aislados, más que un sotillo de árboles de cierto tamaño, que algunos creen que fue sembrado por las palomas, que en aquellos tiempos se cebaban con sus hayucos, y vale la pena ver cómo centellea su veta plateada al hendir la madera; y también al tilo americano, al hojaranzo, al falso olmo o *Celtis occidentalis*, del que sólo tenemos uno bien crecido, a algún pino de tronco esbelto, adecuado para hacer tejas de madera, a un abeto tsuga de inusual perfección, que se alza en medio del bosque como una pagoda, y a muchos otros que podría mencionar. Éstos eran los altares que visitaba tanto en verano como en invierno.

Una vez me encontré por casualidad al pie de un arco iris que llenaba el estrato inferior de la atmósfera y teñía el pasto y las hojas de los alrededores y que me deslumbró como si mirase a través de un cristal coloreado. Era un lago de luz irisado en el que, por un momento, viví como un delfín. Si hubiera durado un poco más, habría teñido mis ocupaciones y mi vida. Mientras caminaba por la vía del ferrocarril me maravillaba el halo de luz que contorneaba mi sombra e imaginaba que era uno de los elegidos. Uno de mis visitantes me contó que las sombras de algunos irlandeses que caminaban a veces delante de él no tenían halo alguno a su alrededor, porque sólo los autóctonos recibían esa distinción. Benvenuto Cellini[2] relata en sus memorias que tras un sueño o visión terrible que tuvo mientras se hallaba preso en el castillo de Sant'Angelo, una luz resplandeciente comenzó a aparecer sobre la sombra de su cabeza, tanto por la mañana como a la caída de la tarde, ya se hallara

[2] Artista italiano (1500 – 1571).

en Italia o en Francia, que se distinguía con singular nitidez cuando la hierba se hallaba impregnada de rocío. Probablemente se trata del mismo fenómeno al que acabo de referirme, que se observa sobre todo por la mañana, aunque también a otras horas e incluso a la luz de la luna. Aunque sucede con gran frecuencia, no suele advertirse y, en el caso de una imaginación excitable como la de Cellini, puede servir de base suficiente para la superstición. Por otro lado, confiesa que se lo mostró a muy pocos. ¿Pero acaso no son ciertamente distinguidos quienes tienen conciencia de ser observados?

Una tarde atravesé los bosques y fui a pescar a Fair Haven, para complementar mi escasa reserva de verduras. Mi camino pasaba por Pleasant Meadow, que forma parte de la granja de Baker, ese retiro al que ha cantado un poeta:

> Tu entrada es un campo agradable,
> Que algunos frutales mohosos
> Comparten con un arroyo rojizo,
> Donde se desliza la rata almizclera,
> Y la errática trucha
> En él serpentea[3].

Antes de ir a Walden pensé en vivir allí. Aquella tarde, a pesar de que ya estaba avanzada cuando partí, «birlé» unas manzanas, salté el arroyo, espanté a la rata almizclera[4] y a la trucha, y sentí inagotables las horas, capaces de ofrecerme cualquier cosa, una parte importante de nuestra vida natural. Por el camino cayó un aguacero que me obligó a parar media hora bajo un pino, a colocar varias ramas sobre mi cabeza y usar mi pañuelo como techado, y cuando por fin estaba, con el agua a la cintura, lanzando mi sedal sobre las plantas acuáticas entre las que nadaban los lucios, de repente me vi metido en la sombra de otra nube e incapaz de obviar el rugido del trueno. Pensé que los dioses debían de estar orgullosos al ver esos relámpagos viperinos destinados a ahuyentar a un pobre pescador desarmado. Así que me apresuré a refugiarme en la choza

[3] Cita del poema «Baker Farm» de William Ellery Channing.
[4] Thoreau utiliza la palabra india *musquash*.

más cercana, que se hallaba a media milla de distancia de cualquier camino pero bastante más cerca de la laguna, y que llevaba deshabitada mucho tiempo:

> Y aquí un poeta construyó,
> Hace ya años,
> Una humilde cabaña donde pararse a mirar
> Que pronto será destruida[5].

Así fabula la Musa. Pero descubrí que estaba viviendo allí John Field, un irlandés, con su mujer y sus hijos, un muchacho de cara ancha que ayudaba a su padre en el trabajo, y que llegaba corriendo a su lado desde la ciénaga para escapar de la lluvia, y un bebé arrugado, sibilino, con la cabeza cónica, sentado en las rodillas de su padre como en los palacios de los nobles, mirando de manera inquisitorial al forastero, en medio de la humedad y del hambre, con el privilegio de la infancia, como si fuera el último de un noble linaje, esperanza y blanco de las miradas del mundo, en lugar del pobre y hambriento mocoso de John Field. Nos sentamos juntos, allí donde el techo goteaba menos, mientras fuera llovía y tronaba. Me había sentado allí muchas veces, antes de que se construyera el barco que trajo a América a esa familia. John Field era a todas luces un hombre honrado y trabajador, pero inútil; su mujer tenía el coraje suficiente para cocinar una comida tras otra en los recovecos de ese inmenso horno, con su cara redonda y grasienta y un pecho al aire, pensando siempre en que algún día mejoraría su situación, sin soltar nunca el estropajo y sin que se pudiera apreciar para qué lo usaba. Los pollos, que también se habían guarecido allí de la lluvia, se paseaban por la estancia como miembros de la familia, demasiado humanizados, a mi modo de ver, para asarlos después; de repente se paraban y me miraban a los ojos, o me picoteaban con insistencia los zapatos. Entretanto, mi anfitrión me contó su historia. Trabajaba duramente para un granjero de la zona, extrayendo turba, con una azada como las que se usan en los pantanos, a razón de diez dólares por acre y con derecho a usar esa tierra y algo de abono durante un año; el hijito cariancho trabajaba

[5] Cita del poema «Baker Farm» de William Ellery Channing.

feliz al lado de su padre, ignorando el desventajoso acuerdo al que éste había llegado. Intenté ayudarle con mi experiencia, diciéndole que era uno de mis vecinos más cercanos y que yo, a pesar de parecer un holgazán que había venido a pescar por aquí, me ganaba la vida igual que él. Le expliqué que vivía en una casa impermeable, luminosa y limpia cuyo costo seguramente era inferior a la renta anual que él pagaba por esa ruina, un palacio propio que podría levantar en uno o dos meses; que yo no tomaba té, ni café, ni mantequilla, ni leche, ni carne fresca, y, por lo tanto, no necesitaba trabajar para conseguir todo eso, y como no trabajaba tan duro, tampoco tenía que comer mucho y apenas gastaba en alimentos; pero que como él empezaba con el té, el café, la mantequilla y la leche hasta llegar a la carne, tenía que trabajar mucho más para poder pagarlos, y al trabajar así, tenía que comer más para que su cuerpo pudiese reparar las fuerzas, de modo que, a fin de cuentas, nada ganaba —o sí: el descontento y la certeza de estar desperdiciando su vida— de lo que había pensado que obtendría al venir a América y poder consumir té, café y carne todos los días. Pero la única América verdadera es esa en la que somos libres para llevar un tipo de vida que nos permita prescindir de esas cosas y donde el Estado no nos obligue a sustentar la esclavitud y la guerra y a realizar otros gastos superfluos que derivan directa o indirectamente del consumo de estos productos. Le hablé deliberadamente como si él fuera un filósofo o quisiera llegar a serlo. Me haría feliz ver todos los prados de la tierra dejados en estado salvaje si así comenzara la redención del hombre. No es necesario estudiar historia para saber qué es lo mejor para nuestra cultura. Pero, ay, cultivar a un irlandés es una tarea que precisa una inmensa azada moral. Como él trabajaba tan duramente extrayendo turba, le dije, necesitaba buenas botas e indumentaria gruesa que, sin embargo, pronto se manchaban y gastaban, mientras yo podía usar zapatos ligeros y vestimenta más simple que no me costaban ni la mitad, aunque él pudiera pensar que yo vestía como un caballero (que no era el caso), y en una o dos horas, como recreo y cuando me apeteciera, pescar los peces que necesitara para comer un par de días o ganar el dinero suficiente para mantenerme durante una semana. Si él y su familia vivieran con sencillez, podrían salir a recoger gayubas durante el verano para divertirse. John suspiró y su mujer me miró detenidamente, con los brazos en jarras, y ambos parecían

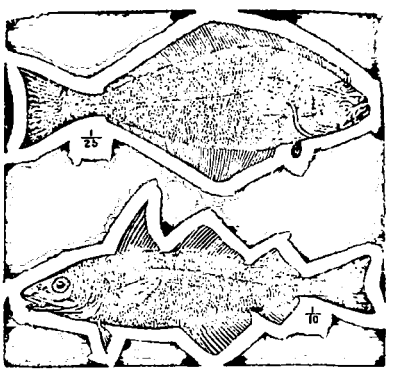
preguntarse si tendrían suficiente capital para iniciar esa clase de vida, o bastantes conocimientos aritméticos para llevarla a cabo. Para ellos era como navegar por estima y no veían con claridad cómo llegarían a puerto, por lo que supongo que seguirán afrontando su existencia con coraje, a su manera, plantándole cara, luchando con uñas y dientes, incapaces de resquebrajar las pesadas columnas de la vida con una buena cuña, de pensar en ella sin rudeza, sino más bien como quien agarra un cardo. Pero combaten con una desventaja abrumadora al vivir, ¡ay, John Field!, sin aritmética y fracasando por ello de antemano.

«¿Suele ir a pescar?», le pregunté. «Oh, sí, de vez en cuando saco así el rancho, si paso por allí; he cogido buenas percas...». «¿Qué cebo usas?». «Uso lombrices para las carpas y con éstas cebo a las percas». «Sería mejor que te fueras ya, John», dijo su mujer con una expresión radiante y llena de esperanza, pero John puso reparos.

Había dejado de llover y hacia el este, por encima de los bosques, el arco iris prometía un bello atardecer, de modo que me despedí. Al salir de la casa pedí de beber para poder ver el pozo y completar mi inspección del lugar, pero allí, ay, había poca agua, arenas movedizas, una cuerda rota y un balde irrecuperable. Eligieron el recipiente más adecuado para esta misión culinaria, destilaron, al parecer, el agua, y tras varias consultas y un largo rato dieron de beber al sediento, sin refrescarla ni clarificarla. Éste es el potaje que mantiene aquí la vida, pensé, mientras cerraba los ojos, trataba de no tragarme las impurezas mediante una corriente dirigida con habilidad y brindaba el trago a la genuina hospitalidad tan cordialmente como pude. No soy remilgado cuando se trata de mostrar buenas maneras.

Cuando dejé el techo del irlandés y me encaminé hacia la laguna, mi impaciencia por atrapar esos lucios, que me hacía vadear pastizales recónditos, lodazales y oquedades en lugares desamparados y salvajes, me pareció, por un instante, un comportamiento banal, sobre todo para un hombre que había ido a la escuela y a la universidad[6], pero cuando corría ladera abajo hacia el rojizo po-

[6] A los ojos de Concord, Thoreau no se comportaba como podía esperarse de un hombre que había estudiado en Harvard, y el autor ironiza y critica en diversos lugares de sus diarios las instituciones educativas y su alcance: «¿Cuál es el resultado de la educación? Convierte un arroyo serpenteante en una zanja».



«¡Los lucios de Walden! Cuando los veo, tendido sobre el hielo o a través de los agujeros que perforan los pescadores, una y otra vez me sorprende su rara belleza, como si fueran un pez fabuloso».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 25 de enero de 1853

niente, con el arco iris a mis espaldas y unos débiles tintineos en mis oídos, que no sabía de dónde venían, mi Buen Genio parecía decirme: «Vete a cazar y a pescar día tras día, lejos y más lejos, y descansa sin temor junto a cada arroyo y cada fuego. Recuerda a tu creador en los días de tu juventud[7]. Levántate libre de preocupaciones antes del alba y corre a buscar aventuras. Que el mediodía te encuentre en la orilla de otros lagos y allá donde te atrape la noche siéntete como en casa. No hay campos más amplios que éste, ni juego al que merezca más la pena jugar. Crece salvaje de acuerdo con la naturaleza, como estos juncos y helechos que jamás se convertirán en heno inglés. Que retumbe el trueno. ¿Qué importa si amenaza con arruinar la cosecha del granjero? Ese mensaje no es para ti. Busca cobijo bajo la nube, mientras los demás corren hacia los carros y los cobertizos. No permitas que tu trabajo sea tu forma de ganarte la vida, sino tu diversión. Disfruta de la tierra, pero no la poseas. Los hombres están donde están por falta de iniciativa y de fe, compran, venden y pasan sus vidas como siervos».

¡Oh, granja de Baker!
Paisaje donde la verdadera riqueza
Es un tenue e inocente rayo del sol...
Nadie viene a disfrutar
En tu llano cercado de rieles[8].

No discutes con los hombres,
Nada te sorprende,
Pacífico a primera vista, como ahora,
Vestido con tu rojiza gabardina.

Venid quienes amáis
Y quienes odiáis,
Hijos de la Sagrada Paloma
Y el Guy Faux[9] del Estado,
¡Y ahorcad a los conspiradores
De las fuertes ramas de los árboles[10]!

[7] Paráfrasis de Eclesiastés 12, 1.

[8] El ferrocarril pasa por esa granja. Estos versos pertenecen al poema anterior de Channing.

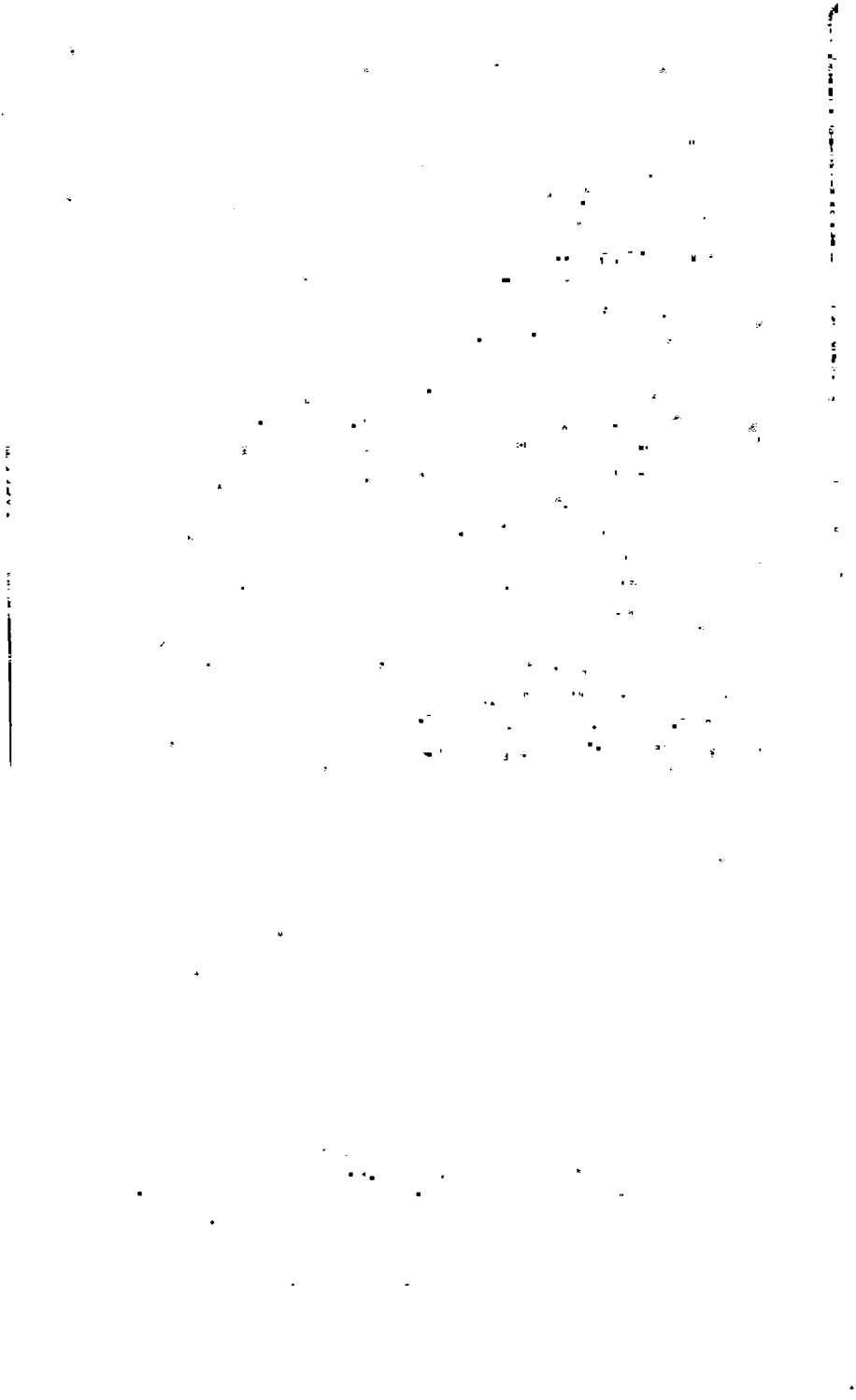
[9] Se refiere a Guy Fawkes (1570 – 1606), quien conspiró para volar con pólvora el Parlamento inglés en 1605 y fue ahorcado.

[10] Cita del poema «Baker Farm» de William Ellery Channing.

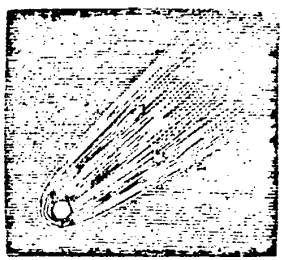
Por la noche, los hombres vuelven a casa dócilmente desde el campo o la calle de al lado, donde los persiguen los ecos domésticos y su vida languidece porque allí respiran tan sólo su propio aliento; mañana y tarde, sus sombras llegan más allá de donde quedaron sus pasos cotidianos. Cada día deberíamos regresar al hogar de lejos, de aventuras, peligros y descubrimientos, con experiencias nuevas y el carácter renovado.

No había llegado aún a la laguna cuando un repentino impulso sacudió a John Field, alteró su ánimo y le hizo olvidarse de la turba durante toda la tarde. Pero el pobre hombre apenas incordió a un par de aletas mientras yo pescaba una buena hilera, y dijo que ésa era su suerte; pero cuando cambiamos de asiento en el bote, también cambió de asiento la suerte. ¡Pobre John Field! (confío en que no lea esto a menos que le sirva para ser mejor), que en este nuevo país primitivo pretende vivir como si fuera el viejo mundo, cebando percas con carpas[11]. Aunque concedo que a veces puedan ser un buen cebo. Todo su horizonte, sin embargo, sigue siendo el de un pobre hombre, nacido para seguir siéndolo, con su herencia de pobreza irlandesa o pobre existencia, ese modo de vida turboso transmitido por la abuela de Adán, y no se alzará en este mundo, ni él ni su descendencia, hasta que sus pies zancudos, palmípedos y manchados de turba no calcen las sandalias aladas.

[11] Las percas pueden ser cebadas directamente con lombrices, por lo que hacerlo con carpas de pequeño tamaño parece un trabajo vano.



LEYES SUPERIORES[1]



Mientras volvía a casa a través de los bosques con mi sarta de pescado, arrastrando mi caña y siendo ya noche cerrada, vislumbré una marmota que cruzó furtivamente el sendero y sentí una extraña sacudida de placer indómito y la poderosa tentación de cazarla y devorarla cruda, no porque tuviera hambre, sino por aprehender la vida salvaje que representaba. En cualquier caso, mientras vivía en la laguna, al menos un par de veces me sorprendí rastreando los bosques, como un sabueso hambriento, en un estado de extraño abandono, buscando algún venado que pudiera devorar, y ninguna pieza habría estado demasiado cruda para mí. Los lugares más salvajes me resultaban inexplicablemente familiares. Encontraba en mí mismo, y aún encuentro, un instinto dirigido hacia una vida

[1] El ensayo «Desobediencia civil» del propio Thoreau no era sino una llamada para que otras leyes superiores rigieran sobre los hombres: «El Estado, pues, nunca confronta a conciencia la razón de una persona, intelectual o moralmente, sino sólo su cuerpo, sus sentidos. No está equipado con un ingenio superior o una honestidad superior, sino con una fuerza superior. Yo no nací para ser forzado. Respiro a mi manera. Ya veremos quién es el más fuerte. ¿Qué fuerza tiene una multitud? Sólo me pueden forzar los que obedecen una ley superior a mí mismo». El término «leyes superiores» supone para Thoreau en un mismo sentido su falta de asentimiento a las supuestas «leyes democráticas» que garantizaban, por ejemplo, la esclavitud.

superior o, como se suele decir, espiritual, común a la mayoría de los hombres, y otro hacia un estado primitivo y salvaje, y siento el mismo respeto por ambos. Amo lo salvaje tanto como el bien. El aspecto salvaje y aventurero inherente a la pesca resulta muy recomendable para mí. A veces me gusta plantar los dos pies en la vida y pasar el día como un animal. Quizá deba a esta ocupación y a la caza, practicadas desde mi juventud, mi intimidad con la naturaleza. Nos llevan de forma temprana a lugares que a esa edad, de otra manera, apenas conoceríamos. Los pescadores, cazadores, leñadores y otros cuyas vidas transcurren en los campos y en los bosques son, en cierto sentido, parte de la naturaleza, y a menudo tienen una disposición más favorable a observarla en los intervalos de sus ocupaciones que los filósofos o los poetas, que se aproximan con tanta expectación. La naturaleza no teme mostrarse ante ellos. En las llanuras, el viajero es por naturaleza un cazador, en las cuencas altas de los ríos Missouri y Columbia, un trampero, y en las cataratas de Saint Mary, un pescador. Quien sólo es viajero, aprende las cosas de oídas y a medias, y tendrá escasa autoridad. Nos interesa sobre todo lo que la ciencia nos enseña del saber práctico o instintivo de esos hombres, pues sólo ahí reside la verdadera *humanidad* o el relato de la experiencia humana.

Se equivocan los que afirman que el yanqui tiene pocas diversiones porque no dispone de tantas vacaciones oficiales, y que los hombres y los jóvenes no juegan a tantos juegos como en Inglaterra, pues aquí las diversiones más primitivas y solitarias, como la caza, la pesca y otras semejantes, no han sido sustituidas por éstos. Entre mis contemporáneos, casi todos los muchachos de Nueva Inglaterra entre diez y catorce años llevaban al hombro una escopeta, y los terrenos adonde iban a cazar no estaban limitados como los cotos de un noble inglés, sino que eran más extensos incluso que los de un salvaje. No es extraño, por tanto, que no se quedaran a jugar en la plaza. Sin embargo, las cosas están cambiando, no tanto por una creciente compasión como por la escasez de la caza, pues quizá el cazador sea el mejor amigo de los animales cazados, sin exceptuar a la Sociedad Protectora[2].

[2] La primera de estas sociedades, The English Society for the Prevention of Cruelty to Animals, fue fundada en 1824.

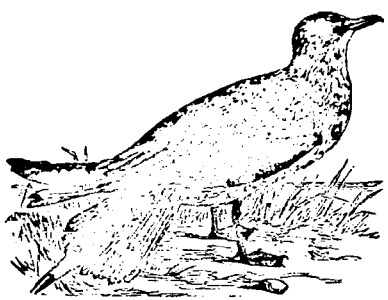
Cuando vivía junto a la laguna, a veces deseaba diversificar mi menú introduciendo un poco de pescado. En realidad, pescaba por la misma necesidad que movió a los pescadores primitivos. Cualquier argumento dictado por la compasión que pudiera invocar contra esta práctica sería ficticio y tendría más que ver con mi filosofía que con mis sentimientos. Pero con esto me refiero únicamente a la pesca, pues hace ya tiempo que cambié de parecer con respecto a la caza de aves: vendí mi rifle antes de venir a los bosques. No tengo más vedada que otros la piedad, pero no creí que mis sentimientos fueran a verse afectados. No sentía lástima de los peces ni de los gusanos. Era una cuestión de costumbre. En lo que atañe a la caza de aves, durante los últimos años mi excusa para usar un rifle fue el estudio ornitológico y el hecho de perseguir sólo aves raras o nuevas para mí. Confieso que ahora creo que hay formas mejores de estudiar ornitología. Ésta requiere, ante todo, una atención minuciosa hacia el comportamiento de los pájaros, razón suficiente para dejar el rifle. No obstante, a pesar de esta objeción basada en la compasión, dudo de que haya unos esparcimientos tan beneficiosos como la caza y la pesca, y cuando algunos amigos se han mostrado inquietos ante esta cuestión y me han consultado si deberían permitir a sus hijos ir de caza, les he respondido que sí, recordando que ésta fue una de las mejores aportaciones a mi educación: *hacedlos* cazadores, aunque al principio sólo sean aficionados, que se conviertan finalmente en verdaderos cazadores, que nunca encuentren, en este bosque ni en ningún otro, una pieza suficientemente grande, que sean, en última instancia, cazadores y pescadores de hombres[3]. Hasta ese extremo comparto la opinión de la monja de Chaucer que

> No cambiaría una gallina desplumada por el texto
> Que afirmaba que los cazadores no eran hombres santos[4].

Hay un periodo en la historia del individuo, como en la de la raza, en el que a los cazadores se los denomina «los mejores hombres»,

[3] Alusión a Marcos 1, 17: «Y les dijo Jesús: "Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres"».

[4] Cita del prólogo de *Los cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer (1343 – 1400). Thoreau confunde al monje con una monja.



«Cada nuevo año es una sorpresa. Nos encontramos con que prácticamente habíamos olvidado la nota distintiva de cada pájaro, y cuando lo escuchamos de nuevo lo recordamos como un sueño que nos trae a la memoria un estado anterior de nuestra existencia».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 30 de abril de 1856

como hacían los algonquinos[5]. Siento lástima por el muchacho que jamás ha disparado una escopeta; no por eso es más humano, y en cambio su educación ha sido tristemente descuidada. Ésta era mi respuesta cuando me preguntaban por aquellos jóvenes que se inclinaban hacia la caza, confiando siempre en que pronto dejaría de interesarles. Ningún ser humano, una vez pasada la irreflexiva época de la juventud, asesinaría[6] gratuitamente a una criatura que tiene el mismo derecho a la vida que él. En el instante de la muerte, la liebre grita como un niño. Os advierto, madres, que mi compasión no siempre hace las distinciones fil-*antrópicas*[7] al uso.

A menudo, el joven aprende así a conocer el bosque y la parte más original de sí mismo. Primero va allí como cazador y pescador, hasta que, al final, si lleva en sí la simiente de una vida mejor, distingue los intereses que realmente le conciernen, tal vez como poeta o como naturalista, y abandona el rifle y la caña de pescar. Si fuera así, la mayoría de los hombres se mantendría siempre jóven. En algunos países no es raro ver a un párroco cazador, que tal vez podría ser un buen perro pastor, pero está muy lejos de ser un Buen Pastor[8]. Me sorprende que, por lo que yo sé y con una sola excepción, la única actividad que de forma evidente retuvo a cualquiera de mis conciudadanos en Walden durante medio día, ya fueran padres o hijos, salvo que estuvieran cortando leña, hielo, u ocupados en algo parecido, fue la pesca. Por lo general, si no obtenían una buena sarta de pescado no se sentían ni afortunados ni haciendo buen uso de su tiempo, aunque hubieran tenido ocasión de contemplar la laguna durante todo ese rato. Podrían ir allí mil veces antes de que el sedimento de la pesca se hundiera hasta el fondo y dejara un propósito claro, pero, sin duda, semejante proceso clarificador se extiende en el tiempo. El gobernador y su consejo apenas recuerdan la laguna, adonde iban a pescar cuando eran unos muchachos; ahora son demasiado viejos y dignos para ir de pesca, de modo que nunca volverán a verla. Y sin embargo esperan ir al cielo. Si los legisladores se

[5] Tribu nativa de Canadá.

[6] En diversas ocasiones a lo largo de su obra y sus cartas, Thoreau utiliza la palabra «asesinato» (*murder*) para referir la muerte de un animal a manos de un hombre.

[7] Como en otras ocasiones, un destacado etimológico le sirve para reforzar un concepto: el amor de Thoreau («fil», del griego *philos*) no se limita a los humanos.

[8] Alusión a Juan 10, 11: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas».

interesaran por ella, sería para reglar el número de anzuelos que pueden usarse allí; pero nada saben del Gran Anzuelo con el que se puede atrapar a la propia laguna, usando como cebo el cuerpo legislativo. Incluso en las comunidades civilizadas, el desarrollo embrionario del hombre pasa por una etapa de cazador.

En estos últimos años, me he dado cuenta en repetidas ocasiones de que no puedo pescar sin perder una parte del respeto que tengo hacia mí mismo. Lo he intentado una y otra vez. Estoy dotado para la pesca y, como muchos de mis semejantes, tengo un instinto ineludible que se reaviva de vez en cuando, pero cada vez que pesco siento que sería mejor no hacerlo. Y creo que no me equivoco. Me llega como una leve insinuación, como las primeras luces del alba. Es innegable que ese instinto, propio de los órdenes inferiores de la creación, perdura en mí; sin embargo, cada año que ha ido pasando he ido siendo menos pescador, aunque no por ello me he hecho más humano ni más sabio; en la actualidad no soy pescador en absoluto. Pero me doy cuenta de que si viviera en un lugar salvaje, me tentaría la idea de ser de nuevo cazador y pescador. Además, hay algo esencialmente sucio en esa dieta y en toda carne, y empiezo a comprender dónde comienza el quehacer doméstico y el porqué de tantos esfuerzos para ofrecer cada día un aspecto pulcro y respetable y mantener la casa agradable y ajena a malos olores e imágenes repulsivas. Como fui mi propio carnicero, pinche de cocina y cocinero, así como el caballero al que servía los platos, puedo hablar con una inusual experiencia global. En mi caso, la objeción práctica a los alimentos de origen animal era su suciedad; por otro lado, cuando pescaba, limpiaba, aderezaba y comía mis peces, no tenía la sensación de que me alimentaran esencialmente. Insignificante y prescindible, todo ello me costaba más de lo que valía. Un poco de pan y unas patatas me habrían servido igual, con menos trastornos e inmundicias. Como muchos de mis contemporáneos, durante muchos años me he abstenido de comer animales[9] y de beber té, café, etc., no tanto por las posibles consecuencias nocivas como por el desagradable efecto que te-

[9] Thoreau se refiere a todos aquellos reformadores que desde mediados del s. XIX proponen nuevas maneras de comer y nuevos equilibrios dietéticos. Thoreau no era estrictamente vegetariano, pero comía carne muy pocas veces y casi siempre para evitar un problema a la hora de sentarse a la mesa con la familia.

nía en mi imaginación. La repugnancia que producen los alimentos de origen animal no procede de la experiencia, sino del instinto. Me parecía más admirable vivir con poco o incluso pasarlo mal en algunos aspectos; aunque nunca llegué a tanto, hice lo suficiente para agradar a mi imaginación. Creo que todo hombre que pretenda sinceramente conservar intactas sus facultades superiores o poéticas está inclinado a abstenerse de comer alimentos de origen animal y a evitar, en general, el exceso de alimento. Es un hecho significativo y comprobado por diversos entomólogos, lo he encontrado en Kirby y Spence[10], que «algunos insectos completamente desarrollados, a pesar de estar dotados de órganos digestivos, no hacen uso de ellos», de lo que concluyen que «por regla general, casi todos los insectos en ese estado comen mucho menos que en estado larvario. La voraz oruga transformada en mariposa... y la glotona cresa convertida en mosca»[11] tienen bastante con una o dos gotas de miel o de cualquier otro líquido dulce. El abdomen situado bajo las alas de la mariposa sigue representando a la larva. Ése es el bocado escogido que tienta su destino insectívoro. El tragaldabas es un hombre en estado larvario, y hay naciones enteras en esa condición, naciones sin fantasía ni imaginación, cuyos vastos abdómenes les delatan.

Es difícil proporcionarse y cocinar una dieta tan sencilla y limpia que no ofenda a la imaginación, la cual debe ser alimentada al mismo tiempo que el cuerpo: deben sentarse juntos a la mesa. Tal vez pueda lograrse. La fruta, consumida con moderación, no hará que nos avergoncemos de nuestro apetito ni dificultará nuestras aspiraciones más dignas. Sin embargo, añadid un condimento innecesario en vuestro plato y os intoxicareis. No vale la pena vivir de una cocina opulenta. La mayoría de los hombres se avergonzaría si se sorprendiera preparando semejante comida con sus propias manos, ya fueran alimentos de origen animal o vegetal, tal como se los preparan otros a diario. Pero hasta que eso no ocurra, no estaremos civilizados, y aunque sean caballeros y señoras, no serán verdaderos hombres y mujeres. Ésta es una sugerencia de lo que deberíamos sin duda cambiar. Inútil preguntarse por qué la imaginación

[10] William Kirby (1759 – 1850) y William Spence (1783 – 1860), autores de *An Introduction to Entomology*.

[11] Cita de *An Introduction to Entomology* de Kirby y Spence.

no puede reconciliarse con la carne y la grasa. Me alegra que no lo haga. ¿No es éste un reproche que recibe el hombre como animal carnívoro? Por supuesto que el hombre puede vivir, y vive en gran medida, depredando a otros animales, pero éste es un modo de vida miserable —como sabe cualquiera que haya colocado trampas para conejos o haya degollado a un cordero—, y aquel que enseñe a los hombres a ceñirse a una dieta más inocente y saludable será considerado un benefactor de la humanidad. Independientemente de mis propias costumbres, estoy convencido de que dejar de comer animales es parte del destino de la raza humana y de su mejora progresiva, al igual que las tribus salvajes abandonaron la mutua antropofagia cuando entraron en contacto con otras más civilizadas.

Si uno presta oído a las tenues pero constantes sugerencias de su genio, en todo verdaderas, no ve realmente hasta qué límite podrían conducirle, incluso a la locura, y sin embargo, a medida que se haga más resuelto y fiel, ése será su camino. La más leve objeción asumida por un hombre sano se impondrá a la larga a los usos y costumbres de la humanidad. Nadie ha descarrilado por seguir a su genio. Aunque lo llevara a la debilidad corporal, no habría nada que lamentar, pues sería una vida conformada con los principios superiores. Si acogéis con alegría al día y a la noche, si la vida exhala un aroma de flores y de hierbas aromáticas, y así es más ligera, más estrellada, más inmortal, ése es vuestro éxito. La naturaleza entera os felicita y, por el momento, podéis regocijaros. Los mayores valores y beneficios son los menos apreciados. Fácilmente llegamos a dudar incluso de que existan. Los olvidamos pronto. Son la esencia de lo real. Quizá los hechos más asombrosos y reales nunca se le comunican al hombre a través de su semejante. La verdadera cosecha de mi vida cotidiana es algo tan intangible e indescriptible como los matices de la mañana o de la tarde. Una pizca de polvo estelar, un fragmento del arco iris atrapados al vuelo.

Sin embargo, nunca he sido demasiado remilgado; si fuera necesario, podría comerme con gusto una rata asada. Me alegra haber bebido agua durante tanto tiempo, por la misma razón por la que prefiero el cielo natural al paraíso de un comedor de opio[12]. No tengo problema en permanecer siempre sobrio, aunque existan infinitos

[12] Probable alusión a las *Confesiones de un comedor de opio* de Thomas de Quincey (1785–1859).

grados de ebriedad. Creo que el agua es la única bebida del sabio; el vino no es un licor tan noble, ¡y pensar en espolear las esperanzas matinales con una taza de café caliente o las de la tarde con una de té! Ah... ¡qué bajo caigo cuando alguna de las dos me tienta! Hasta la música puede embriagar. Éstas son las causas, en apariencia, nimias, que destruyeron Grecia y Roma y destruirán Inglaterra y los Estados Unidos. Entre todas las ebriedades, ¿quién no preferiría la que procura el aire que respiramos? He descubierto que mi objeción más seria al trabajo burdo y prolongado es que me obliga a comer y a beber burdamente. Aunque es cierto que ahora soy menos exigente a este respecto. Llevo menos religión a la mesa y no pido bendición alguna, no porque sea más sabio, sino porque —me veo obligado a confesarlo, por lamentable que resulte— con los años me he vuelto más burdo e indiferente. Quizá estas cuestiones sean preocupaciones de la juventud, como se cree también de la poesía. Mi costumbre no está «en ninguna parte», mi opinión está aquí. No obstante, estoy lejos de considerarme uno de esos seres privilegiados a los que se refieren los Vedas cuando dicen: «Quien tiene fe sincera en el Ser Supremo Omnipresente puede comer todo cuanto existe», es decir, no está obligado a averiguar cuál es su alimento ni quién lo prepara; pero aun en este caso habría que advertir, como ha hecho notar un comentador hindú, que el Vedanta limita este privilegio a los «tiempos de miseria»[13].

¿Quién no ha sentido alguna vez un placer inefable tras un bocado en el que no participó su apetito? Me complace pensar que el sentido del gusto, por lo general grosero, me ha provisto de una percepción intelectual, que la inspiración me llegaba desde el paladar, que algunas bayas comidas en la ladera de una colina han alimentado mi genio. «Si el alma no es dueña de sí misma —dice Tseng-tse[14]— miramos sin ver, escuchamos sin oír, comemos sin distinguir los sabores de los alimentos»[15]. Quien distingue el verdadero sabor de sus alimentos nunca será un glotón; el que no lo hace no será otra cosa. Un puritano puede tomar su corteza de pan

[13] Cita de *Translation of Several Principal Books, Passages and Texts of the Veds and of Some Controversial Works of Brahmunical Theology* de Rammohun Roy (1832).

[14] Discípulo de Confucio.

[15] Cita del «Comentario al filósofo Tsang» que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

negro con tanto apetito como un concejal su sopa de tortuga. No contamina al hombre el manjar que entra por su boca, sino el apetito con el que lo ingiere[16]. No se trata de la calidad ni de la cantidad, sino de la devoción a los sabores sensuales, de que aquello que comemos no sustente nuestra parte animal ni inspire nuestra vida espiritual, sino que sea alimento para los gusanos a los que pertenecemos. El cazador tiene afición a las tortugas de tierra, a las ratas almizcleras y a otros bocados salvajes semejantes, mientras la señora refinada se permite el gusto por la jalea hecha con pezuña de ternera o las sardinas europeas, ambos son iguales. Él va a buscarlas a la presa del molino y ella abre su tarro de conservas. Lo sorprendente es que ellos, que tú y que yo, podamos llevar esta vida bestial y repugnante dedicados a comer y a beber.

Nuestra vida al completo es asombrosamente moral. Entre la virtud y el vicio no hay un instante de tregua. La única inversión que nunca da pérdidas es la bondad. Es la insistencia de esta música de arpa la que hace vibrar el mundo y nos conmueve. Esa arpa es el viajante charlatán de la Compañía Universal de Seguros que informa sobre sus cláusulas, y la única prima que abonamos es nuestra pequeña bondad. Aunque la juventud termine por hacerse indiferente, las leyes del universo no son indiferentes, sino que siempre se inclinan del lado de los seres más sensibles. Escuchad el reproche del céfiro, ahí lo tenéis, quien no lo oiga será desgraciado. No podemos rasgar una cuerda o tocar un solo registro sin que nos traspase esta moral fascinante. Tomad cierta distancia y muchos ruidos desagradables os parecerán música, una dulce y altiva sátira sobre la mezquindad de nuestras vidas.

Somos conscientes de que un animal habita en nosotros y que despierta a medida que nuestra naturaleza superior se adormece. Es sensual, repta y quizá no lo podamos desalojar nunca, como los gusanos que, incluso en vida y con buena salud, están instalados en nuestro cuerpo. Tal vez podamos alejarnos de él, pero no cambiar su naturaleza. Temo que goce de una salud que le es propia, temo que nosotros podamos estar bien sin ser puros. El otro día recogí la mandíbula inferior de un puerco, provista de dientes y

[16] Alusión a Mateo 15, 11: «No lo que entra en la boca contamina al hombre, mas lo que sale de la boca».

colmillos blancos y robustos, lo que sugería una salud y una fuerza animales distintas de las del espíritu. Ese animal prosperó por medios distintos a la templanza y la pureza. «La diferencia entre los hombres y las bestias —decía Mencio[17]— es ínfima; el rebaño de hombres comunes la pierde pronto; los hombres superiores la conservan con cuidado»[18]. ¿Quién sabe qué clase de vida llevaríamos de haber alcanzado la pureza? Si supiera de un hombre tan sabio que pudiera enseñarme la pureza, iría a buscarlo de inmediato. «Según el Veda, el gobierno de nuestras pasiones y de los sentidos exteriores del cuerpo, así como las buenas acciones, son indispensables para que nuestra mente se acerque Dios»[19]. El espíritu puede, con el tiempo, penetrar y dirigir todos los miembros y funciones del cuerpo y convertir en pureza y devoción aquello que es en apariencia la sensualidad más grosera. La energía genésica que nos disipa y contamina cuando nos abandonamos nos vigoriza e inspira desde la contención. La castidad es el florecimiento del hombre; y lo que llamamos Genio, Heroísmo, Santidad y otras cosas parecidas son los frutos que genera. El hombre fluye inmediatamente hacia Dios cuando se abre el canal de la pureza. Una tras otra, nuestra pureza nos inspira y nuestra impureza nos abate. Bendito sea aquel que está seguro de que el animal muere cada día dentro de él y deja espacio a lo divino. Quizá no haya nadie que no tenga motivos para la vergüenza a cuenta de la naturaleza inferior y animal a que se ve trabado. Temo que sólo seamos dioses o semidioses como los faunos y los sátiros, bestias aliadas con lo divino, criaturas del apetito, y que, hasta cierto punto, nuestra vida misma sea nuestra desgracia.

¡Feliz aquel que les ha asignado su lugar
A sus bestias y ha deforestado su alma!

***

¡Se sirve de su caballo, cabra, lobo y demás animales
Sin ser un asno para todos los demás!

[17] Filósofo confuciano chino, realmente Meng-tse (372 – 289 a. C.).
[18] Cita que Thoreau traduce directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).
[19] Cita de Rammohun Roy, *cit.*

Si no, el hombre no es sólo una piara de cerdos,
También esos demonios que desencadenan en él
Una rabia temeraria y lo hacen aún peor[20].

La sensualidad es una, aunque adopte muchas formas; la pureza es una. Es la misma cuando el hombre come, bebe, cohabita o duerme de forma sensual. Sólo existe un apetito, y no hay más que ver a alguien haciendo alguna de estas cosas para saber cuál es su grado de sensualidad. El impuro no puede estar ni de pie ni sentado de manera pura. Cuando se acecha al reptil por una boca de su madriguera, asoma por la otra. Si uno quiere ser casto, debe ser moderado. ¿Qué es la castidad[21]? ¿Cómo sabe un hombre si es casto? No lo sabe. Hemos oído hablar de esa virtud, pero no sabemos en qué consiste. Hablamos de oídas y de acuerdo a rumores. La sabiduría y la pureza proceden del ejercicio; la ignorancia y la sensualidad, de la pereza. Para el estudiante, la sensualidad es un comportamiento perezoso de la mente. De manera universal, alguien sucio es también perezoso, siempre sentado junto a la estufa, acostado cuando el sol ya alumbra, descansando sin estar fatigado. Si queréis evitar esa suciedad y todos los pecados, trabajad duro, aunque sea limpiando una cuadra. Es difícil someter a la naturaleza, pero hay que someterla. ¿De qué te sirve ser cristiano siendo tan impuro como el pagano, si no eres más abnegado, más religioso? Conozco muchas creencias religiosas consideradas paganas cuyos preceptos cubrirían de vergüenza al lector y le sugerirían nuevos esfuerzos, aunque sólo fuera a la hora de celebrar los ritos.

Dudo al escribir estas cosas, pero no a causa de su contenido —no me importa lo obscenas que puedan resultar mis *palabras*—, sino porque no puedo tratarlas sin revelar mi impureza. Hablamos libremente y sin rubor sobre una forma de la sensualidad,

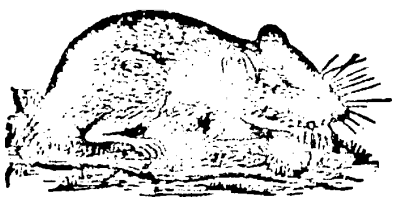
[20] Cita de «To Sir Edward Herbert at Julyers» de John Donne (1572 – 1631).

[21] Thoreau escribió un breve ensayo sobre la castidad para su amigo Harrison Blake. En julio de 1852, con treinta y seis años, viudo y con dos hijas, Blake decidió casarse en segundas nupcias con Nancy Pope Howe Conant, una joven alumna suya que pertenecía a una acaudalada familia de Sterling, Massachusetts. Blake escribió a Thoreau solicitándole que compartiera sus pensamientos sobre el modo en que un hombre y una mujer podían vivir juntos y Thoreau le envió dicho ensayo. (En castellano se puede leer en *Cartas a un buscador de sí mismo*, Henry David Thoreau, Madrid, Errata naturae editores, 2012, pp. 49-60).

nos callamos acerca de las otras. Nos hemos degradado hasta tal punto que no podemos conversar con sencillez sobre las funciones necesarias de la naturaleza humana. En épocas remotas, en algunos países se hablaba con respeto sobre todas esas funciones y se regulaban por ley. Nada era demasiado trivial para el legislador hindú, por ofensivo que resulte para el gusto moderno. Enseñaba a comer, a beber, a cohabitar, a evacuar heces y orina, etc., sin mirar hipócritamente hacia otro lado ni quitar importancia a estas cosas.

Todo hombre edifica un templo, que llama cuerpo, para el dios al que adora, según un estilo propio, y no puede escapar de esta tarea dedicándose en su lugar a martillear el mármol. Todos somos escultores y pintores y los materiales que empleamos son nuestra propia carne, sangre y huesos. La nobleza comienza por refinar los rasgos del hombre, la bajeza o la sensualidad por embrutecerlos.

John Farmer se sentó a su puerta una tarde de septiembre, después de una dura jornada de trabajo, y aún seguía pensando en su tarea. Después de darse un baño, se recreó en sus pensamientos. Era un atardecer más bien frío, y algunos de sus vecinos tenían miedo de que cayera una helada. Ya hacía rato que había dejado de perseguir la marcha de sus ideas cuando oyó que alguien tocaba una flauta, y aquel sonido armonizó con su estado de ánimo. Aún seguía pensando en su trabajo, el peso de todas esas preocupaciones era tal que, aunque ocupaban su mente sin descanso, se encontró urdiendo planes y proyectos contra su voluntad e implicándose muy poco en ellos. No eran sino una costra que se desprendía con facilidad de su piel. Pero las notas de esa flauta llegaban a sus oídos desde una esfera distinta de aquella en la que él trabajaba y le sugerían una actividad para ciertas facultades que hasta entonces habían permanecido adormiladas. Esa música suprimía la calle, la ciudad y el Estado donde vivía. Una voz le susurró: «¿Por qué sigues aquí y llevas esta vida mezquina y agotadora cuando podrías tener una existencia gloriosa? Esas mismas estrellas centellean también sobre otros campos». Pero ¿cómo escapar de esta condición y emigrar realmente allí? Lo que se le ocurrió entonces fue practicar una sobriedad nueva, permitiendo que su mente descendiera hasta el fondo de su cuerpo y lo redimiera, tratándose a sí mismo con un respeto siempre creciente.



A veces tenía un compañero de pesca[1] que llegaba a mi casa desde el otro lado de la ciudad, y conseguir la cena era parte de nuestra vida social tanto como comérnosla.

EL ERMITAÑO: Me pregunto qué estará haciendo ahora el mundo. Durante las tres últimas horas ni siquiera he oído a un saltamontes entre los helechos. Las palomas dormitan en sus perchas, ni un revoloteo. Eso que acaba de sonar al otro lado del bosque, ¿es el cuerno de un granjero que anuncia el mediodía? Los jornaleros ya dan cuenta de su almuerzo, carne de vacuno cocida y salada, sidra y pan indio. ¿Por qué se preocuparán tanto los hombres? Quien no come no necesita trabajar. Me pregunto cuánto habrán cosechado. ¿Quién querría vivir allí donde un cuerpo no puede escuchar sus

[1] El poeta William Ellery Channing.

propios pensamientos por culpa de los ladridos de un perro? Y luego... ¡todas las labores domésticas! ¡Mantener relucientes los malditos pestillos de las puertas y restregar las tinas en este maravilloso día! Mejor sería no tener casa, ¡con un árbol hueco para las visitas matutinas y las cenas con invitados tengo bastante! Y escuchar tan sólo el repiqueteo del pájaro carpintero. Pululan por aquí. Allí el sol calienta demasiado, creo que han nacido demasiado cerca de la vida. Tengo agua de la fuente y una hogaza de pan negro en la despensa. ¡Atento! Oigo un rumor de hojas. ¿Es un perro malnutrido de la ciudad que cede a su instinto de cazador? ¿O el cerdo perdido que dicen que merodea por estos bosques y cuyo rastro encontré una vez tras un aguacero? Se acerca; tiemblan mis zumaques y mis escaramujos. Eh, señor Poeta, ¿es usted? ¿Cómo ve hoy el mundo?

EL POETA: Mire esas nubes, maravillosamente suspendidas. Es lo más fabuloso que he visto hoy. No encontrará nada comparable en las viejas pinturas ni en otros países, salvo que estuviéramos navegando frente a las costas de España. Es un auténtico cielo mediterráneo. Como tengo que ganarme la vida y hoy aún no he comido, he pensado en venir a pescar. Éste es el verdadero trabajo de los poetas. El único oficio que he aprendido. Venga, vamos.

EL ERMITAÑO: No puedo resistirme. Pronto se terminará mi pan negro. Le acompañaré encantado, pero antes debo concluir una meditación importante. Creo que estoy cerca del final. Déjeme solo un momento. Y para no retrasarnos, vaya usted cavando para hallar la carnada. Es difícil encontrar gusanos de pesca por aquí, pues el suelo nunca ha sido abonado y por lo tanto casi han desaparecido. Cuando el apetito no es voraz, el ejercicio de cavar en busca de cebo es tan agradable como el de pescar, y creo que hoy deberá ocuparse usted. Me permito aconsejarle que hinque la pala allí, entre las papas de la India, donde se agita la hierba de San Juan. Le aseguro que encontrará un gusano por cada tres terrones que remueva junto a las raíces de esa hierba, como si estuviera escardando. Pero si prefiere ir más lejos, tampoco será mala idea, pues he comprobado que el buen cebo es proporcional al cuadrado de la distancia recorrida.

Veamos, ¿dónde estaba? Me parece que estaba cercano a esta disposición de espíritu y que el mundo se me ofrecía desde esta pers-

pectiva. ¿Iré al paraíso o a pescar? Si concluyo apresuradamente esta meditación, ¿se me presentará otra ocasión tan propicia? Jamás en toda mi vida había llegado tan cerca de la esencia de las cosas. Temo que mis pensamientos me dejen y no vuelvan. Si me sirviera de algo, les silbaría. Cuando el pensamiento te ofrece algo, ¿es sabio decirle: «Lo pensaré»? Mis pensamientos no han dejado huella y no consigo encontrar su camino. ¿En qué estaba pensando? Era un día muy brumoso. Probaré con tres frases de Confucio, tal vez consigan devolverme a ese estado. No sé si me hundía abatido o estaba a las puertas de un éxtasis. *Nota bene*: hay oportunidades que no se repiten.

EL POETA: Eremita, ¿terminaste ya? He desenterrado trece gusanos completos y otros muchos imperfectos o más pequeños, que no cubren todo el anzuelo, pero que servirán para la morralla. Los gusanos de la ciudad son demasiado largos; una perca podría darse un banquete sin llegar al anzuelo.

EL ERMITAÑO: Está bien, vámonos. ¿Iremos al río Concord? Es un buen sitio si no hay demasiado caudal.

¿Por qué son precisamente estos objetos que contemplamos los que conforman el mundo? ¿Por qué el hombre tiene como vecinos a estas especies animales en concreto? ¿Nada más que el ratón puede ocupar esa grieta? Supongo que Pilpay & Co.[2] ha hecho el mejor uso imaginable de los animales, pues, en cierto sentido, todos son bestias de carga aptas para transportar una parte de nuestros pensamientos.

Los ratones que merodeaban por mi casa no eran de los que llaman comunes, que parece ser que, en su día, fueron traídos a este país, sino ratones nativos y salvajes de los que no se encuentran en la ciudad. Envié un ejemplar a un distinguido naturalista[3] que expresó gran interés. Cuando estaba construyendo mi casa, descubrí

[2] Pilpay, supuesto autor de la colección de fábulas *Hitopadesa*, y su compañía en este género, es decir, Esopo, Jean de La Fontaine, etc.

[3] Al naturalista suizo Louis Agassiz. Algunas de estas muestras, como ese ratón que le envió Thoreau en 1847, resultaron totalmente desconocidas para él.

que uno de ellos tenía su nido justo debajo y, antes de que hubiera fijado la segunda capa del suelo y barrido las virutas, solía salir a la hora del almuerzo para buscar las migas a mis pies. Es probable que yo fuera el primer hombre que veía, pero congeniamos pronto, hasta el punto de corretear sobre mis zapatos y mis ropas. Era capaz de encaramarse a las paredes de la habitación con pequeños saltos, como una ardilla, a la que se asemejaba en muchos movimientos. Al poco tiempo, un día que estaba acodado sobre un banco de trabajo, subió por mi ropa, recorrió una manga, comenzó a dar vueltas en torno al papel que aún envolvía mi comida y juntos jugamos con él al escondite, hasta que cogí un trozo de queso con los dedos, se acercó, lo mordisqueó sentado en mi mano, se limpió después el hocico y las patas, como si fuera una mosca, y se marchó.

Un papamoscas anidó al poco en mi cabaña y un petirrojo encontró protección en un pino que crecía junto a ella. En junio, un grévol engolado (*Tetrao umbellus*), a pesar de ser un ave muy tímida, pasó con sus polluelos ante mis ventanas, llegó desde los bosques hasta la puerta de mi casa, cloqueando y llamándoles como una gallina, y a tenor de su comportamiento merecería que la reconociesen como gallina de los bosques. Si os acercáis, una señal de la madre hace que los polluelos se dispersen como si los barriera un torbellino, y se parecen tanto a las hojas secas y las ramitas que más de un caminante ha pisado una nidada y ha escuchado el sobresalto de la madre y sus ansiosas llamadas y reclamos, o la ha visto mover las alas para distraerlo, sin llegar siquiera a ver a los polluelos. La madre girará y os rodeará con tal frenesí que por un momento no sabréis de qué criatura se trata. Los pequeños se agazapan y permanecen inmóviles, con la cabeza bajo una hoja, siempre atentos a las indicaciones que la madre les da desde lejos, y ni siquiera al acercaros vosotros saldrán corriendo y delatando su presencia. Podríamos pisarlos, o detener la mirada en ellos durante un minuto, sin descubrirlos. Los he tenido en la palma de la mano durante ese tiempo y su único cuidado era obedecer a su madre y a su instinto, y permanecer, por tanto, agazapados, sin miedo ni temblor. Ese instinto es tan perfecto que una vez deposité a uno sobre unas hojas, por accidente se cayó de costado y, cuando regresé al cabo de diez minutos, lo encontré con los demás en la misma posición. No son implumes, como los polluelos de la mayoría de las aves, sino que se desarrollan mejor y con más precocidad

que los pollos. La expresión sorprendentemente adulta, y sin embargo inocente, de sus ojos bien abiertos y serenos es inolvidable. Toda inteligencia parece reflejarse en ellos. Junto a la pureza de la infancia sugieren una sabiduría esclarecida por la experiencia. Una mirada así no nace cuando lo hace el pájaro, sino el cielo que refleja. Los bosques no guardan otra gema igual. El caminante no verá con frecuencia una fuente tan límpida. El cazador ignorante o descuidado dispara con frecuencia a la madre en esa época del año, de modo que estos pequeños inocentes quedan a merced de las bestias o de otras aves de presa o se incorporan gradualmente al lecho de hojas caídas a las que tanto se parecen. Dicen que cuando los incuba una gallina se dispersan ante cualquier sobresalto y se pierden, pues tan sólo la llamada de su verdadera madre podría reunirlos de nuevo. Estos grévoles eran mis gallinas y mis pollos.

Es sorprendente la cantidad de criaturas que viven en los bosques de manera libre y salvaje pero secreta y, sin embargo, consiguen encontrar su sustento en los alrededores de las ciudades; presencias sólo sospechadas por los cazadores. ¡Con qué discreción vive la nutria por aquí! Llega a medir cuatro pies, tan grande como un muchachito, sin que ningún ser humano llegue quizás a verla. Tiempo atrás vi al mapache en los bosques que quedan detrás del claro donde estaba construida mi casa, y probablemente aún se oiga su lamento nocturno. Por lo general, hacia el mediodía, después de sembrar, descansaba una o dos horas a la sombra, cerca de un manantial que alimenta una ciénaga y un arroyo a los pies de Brister's Hill, a media milla de mi campo, y aprovechaba para comer y leer un poco. Llegaba a través de una sucesión de lomas cubiertas de hierba y pinos tea que terminaban en un bosque cerca del pantano. Allí, en un lugar retirado y sombrío, bajo el abundante ramaje de un pino blanco, había un pradito despejado donde sentarse. Junto al manantial había cavado un pozo de agua grisácea pero clara, en el que podía llenar un balde sin llegar a enturbiarla, por lo que en verano iba hasta allí casi todos los días, cuando sube la temperatura del agua de la laguna. También allí llevaba la becada su nidada para buscar gusanos en el barro, planeando a menos de un palmo de distancia de la orilla, mientras los polluelos corrían tras ella; al descubrirme se desentendía de ellos y comenzaba a girar a mi alrededor, cerrando sus círculos hasta quedar a cuatro o cinco pies de distancia, y entonces fingía tener las alas y las patas

rotas para atraer mi atención y desviarla de los polluelos, que se alejaban ya en una hilera, piando débilmente, a través de la ciénaga, tal como ella se lo ordenaba. O bien oía piar a las crías sin ver a la madre. También se podían ver tórtolas en el manantial, o bien revoloteando de rama en rama en los mullidos pinos blancos que dominaban el lugar, y ardillas rojas, bajando por cualquier tronco cerca de donde yo estuviera, familiares y curiosas. Sólo tenéis que sentaros durante el tiempo suficiente en un lugar agradable del bosque para que todos sus habitantes se muestren ante vosotros.

También fui testigo de acontecimientos de carácter menos apacible. Un día, cuando caminaba hacia mi leñera, o más bien mi montón de tocones, vi dos enormes hormigas, una roja y la otra mucho más grande, casi de media pulgada de largo y negra, luchando de manera furiosa. Se habían trabado y no se separaban, sino que peleaban y rodaban por entre las astillas sin descanso. Fijándome un poco mejor, descubrí que las astillas estaban cubiertas de combatientes, que no era un *duellum* sino un *bellum*, una guerra entre dos razas de hormigas, las rojas haciendo siempre frente a las negras y, en muchos casos, dos rojas contra una negra. Las legiones de estos mirmidones[4] se extendían por las colinas y los valles de mi leñera y el terreno estaba ya sembrado de cadáveres y moribundos, tanto rojos como negros. Fue la única batalla que he presenciado nunca, el único campo de batalla por el que he pasado mientras se libraban las operaciones; una guerra intestina entre republicanos rojos de un lado e imperialistas negros del otro. Allá donde uno mirase se entregaban a un combate mortal, a pesar de que no se escuchara nada, con más bravura de la que jamás mostró ningún soldado humano. En un pequeño valle soleado entre las astillas vi a una pareja atrapada en su propio abrazo, dispuesta a luchar todo el día hasta que cayera el sol, o su oponente. La pequeña campeona roja se había agarrado como un vicio a la parte delantera de su adversaria y, a pesar de los tumbos que iban dando, no dejó ni por un instante de morderle una de las antenas a la altura de la base —ya le había arrancado la otra—, mientras la negra trataba de sacudírsela después de haberle cercenado varios miembros, como pude certificar al acercarme. Su lucha era más acé-

[4] Pueblo que luchó en la Guerra de Troya bajo el mando de Aquiles.

rrima que la de dos Bulldogs. Ninguna manifestaba la menor intención de retirarse. Era evidente que su grito de guerra era «vencer o morir». Entretanto, una hormiga roja llegó por la ladera de este valle con claros signos de agitación, bien porque acabara de despachar a su enemiga, bien porque aún no hubiera entrado en acción —aunque lo más probable es que se tratara de esto último, ya que en ese momento conservaba todos sus miembros—, recordando la consigna de su madre: vuelve con tu escudo o sobre él[5]. O quizá se tratara de algún Aquiles que había cebado en soledad su ira y que ahora llegaba para vengar o rescatar a su Patroclo. Divisó desde lejos este combate desigual, pues las negras casi doblaban en tamaño a las rojas, se acercó hasta ponerse en guardia a media pulgada de los combatientes y entonces, cuando llegó su ocasión, saltó sobre el guerrero negro, y comenzó sus operaciones cerca de la raíz de su pata anterior derecha, dejando que el enemigo eligiera entre sus propios miembros; de modo que allí había tres hormigas unidas de por vida, como si se hubiera inventado una nueva clase de adherente ante el que languidecían todos los demás fijadores y cementos. En ese momento no me hubiera asombrado descubrir que tuvieran sus respectivas bandas de música situadas en alguna astilla más elevada, tocando sus marchas nacionales para animar a los remisos y estimular a los combatientes moribundos. Yo mismo me sentía, en cierto modo, tan agitado como si se tratara de hombres. Cuanto más pienso en ello, menos diferencias encuentro. Y desde luego no hay una sola batalla en los anales de Concord, o incluso en los de los Estados Unidos, que aguante ni por un momento la comparación con esta batalla, tanto desde el punto de vista de los efectivos como del patriotismo y heroísmo desplegados. A tenor de los contingentes y la carnicería, tendríamos que remitirnos a Austerlitz o a Dresde. ¡La Batalla de Concord! ¡Dos muertos por el lado de los patriotas y Luther Blanchard herido! Aquí cada hormiga fue un Buttrick[6] —«¡Fuego!, en nombre de Dios, ¡fuego!»— y miles compartieron el destino de Davis y Hosmer[7]. No había mercenarios. No tengo ninguna duda de que

[5] Según la anécdota que recoge Plutarco en su antología de «Dichos de mujeres espartanas».
[6] Luther Blanchard fue, según se dice, el primer herido de la Batalla de Concord del 19 de abril de 1775 contra los británicos, y John Buttrick el Mayor al mando sobre el terreno.
[7] Los únicos dos americanos muertos.

luchaban por un principio, como nuestros ancestros, y no contra una tasa de tres peniques sobre su té, ni de que los resultados de esta batalla serán, como mínimo, tan importantes y memorables para los afectados como fue la acción de Bunker Hill[8].

Recogí la astilla sobre la que luchaban las tres hormigas que he descrito con detalle, me la llevé a casa y la puse en un vaso en el alféizar de mi ventana, para ver el desenlace. Al observar a través del microscopio a la hormiga roja que mencioné en primer lugar, vi que, aunque mordía sin cesar una de las patas anteriores de su rival, habiendo cercenado ya la otra antena, su propio tórax estaba desgarrado por completo, exponiendo las entrañas a las mandíbulas del soldado negro, cuya placa torácica parecía demasiado gruesa para que su enemigo pudiera atravesarla, y los oscuros carbunclos de los ojos de la víctima brillaban con una ferocidad que sólo la guerra puede engendrar. Continuaron luchando en el vaso durante media hora más, y cuando miré de nuevo el soldado negro había arrancado de sus cuerpos las cabezas de sus oponentes, las cuales, con signos aún de vida, colgaban a sus costados como terribles trofeos de su arzón, en apariencia tan firmemente ancladas como antes, y sobreponiéndose a su debilidad, sin antenas, con el muñón de una única pata e incontables heridas, trataba de desembarazarse de ellas, lo que logró al cabo de otra media hora. Alcé el vaso y se marchó como un tullido por el alféizar de la ventana. No sé si finalmente sobrevivió a la batalla y pasó el resto de sus días en algún *Hôtel des Invalides*, pero temo que su esfuerzo fuera inútil después de aquello. Jamás llegué a saber cuál fue la causa de la guerra ni cuál de los dos bandos resultó vencedor, pero pasé el resto del día exaltado y atormentado por la visión de aquella lucha, la ferocidad y la carnicería de una batalla humana ante la puerta de mi casa.

Kirby y Spence nos informan de que los combates de hormigas son célebres desde hace mucho tiempo, y de que sus fechas han quedado registradas, aunque observan que Huber es el único autor moderno que parece haberlos presenciado[9]. «Aeneas Syl-

[8] Victoria americana contra los británicos del 17 de junio de 1775 en Charlestown, Massachusetts.

[9] En efecto, Thoreau no bromea, pues en *An Introdution to Entomology* Kirby y Spence confirman este hecho y citan al respecto el libro de François Huber (1750 – 1831), *Natural History of Ants*.

vius[10]—anotan—, después de ofrecer una descripción muy detallada de una batalla librada con gran obstinación entre dos especies, una grande y otra pequeña, en el tronco de un peral, añade a continuación: "Esta acción se sostuvo durante el pontificado de Eugenio IV[11] en presencia del eminente jurista Nicolás de Pistoya, quien relató el curso completo de la batalla con la mayor fidelidad. Olaus Magnus[12] registra otro combate singular entre hormigas grandes y pequeñas, en el que estas últimas, vencedoras, enterraron los cuerpos de sus propios soldados, dejando que los de sus gigantescos enemigos fueran presas de las aves. Este suceso acaeció poco antes de la expulsión del tirano Cristián II de Suecia». La batalla de la que fui testigo aconteció durante la presidencia de Polk en los Estados Unidos, cinco años antes de la promulgación de la Ley Webster sobre los esclavos fugitivos[13].

Varios perros de la ciudad, apenas capaces de perseguir a una tortuga de tierra en una despensa, paseaban sus pesados cuartos traseros por los bosques sin que lo supieran sus amos y olisqueaban en vano las madrigueras del viejo zorro y los agujeros de las marmotas. Guiados quizás por algún perro asilvestrado que recorría ágilmente el bosque y podía llegar a inspirar un terror natural a sus habitantes, ladraban detrás de su explorador como toros caninos a alguna ardilla que oteaba encaramada en un árbol, y luego, trotando y doblando los arbustos a su paso, imaginaban que estaban sobre el rastro de algún miembro extraviado de la familia de los jerbos. Una vez me sorprendió ver a un gato caminando por la pedregosa orilla de la laguna, pues es muy poco frecuente que se alejen tanto de sus hogares. La sorpresa fue mutua. Pero hasta el más doméstico de los gatos, que pasa sus días tumbado sobre una alfombra, parece sentirse como en casa en pleno bosque, y demuestra con su conducta astuta y artera que pertenece a este lugar tanto como sus residentes habituales. En otra ocasión, mientras recogía bayas en el bosque, me topé con una gata y sus crías, completamente salvajes, y todas a una, como su madre, arrugaron el

[10] Nombre literario de Eneas Silvio de Piccolomini (1405 – 1464), papa Pío II.

[11] Gabriel Condulmero (1383 – 1447), papa Eugenio IV.

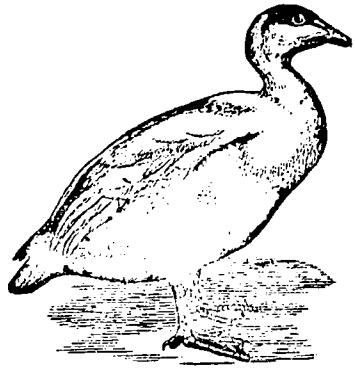
[12] Historiador y eclesiástico sueco (1490 – 1557).

[13] Ley de 1850 que obligaba a los ciudadanos de los Estados de Norte a colaborar con el Sur esclavista en la búsqueda y detención de esclavos fugados.

lomo y me bufaron con fiereza. Años antes de vivir en los bosques había un gato (no estoy seguro de si era macho o hembra, y por ello empleo el pronombre más usual) al que llamaban «alado»[14], que vivía en una de las granjas de Lincoln más cercanas a la laguna, propiedad del señor Gilian Baker. Cuando fui a verle, en junio de 1842, había salido a los bosques de caza, como acostumbraba. Su dueña me contó que había estado rondando por aquella vecindad poco más de un año, hasta que, en abril, por fin lo acogieron en su casa; que era de un color gris pardo, con una mancha blanca en la garganta, y patas también blancas, y que tenía una cola matosa y grande parecida a la de un zorro; que en el invierno el pelo le crecía espeso y se alisaba en los flancos, formando como bandas de diez o doce pulgadas de largo por dos y media de ancho, y una especie de rollito bajo el mentón, con la parte superior lisa y la inferior desgreñada, y que, en primavera, todos estos mechones se le desprendían. Me regaló un par de sus «alas», que todavía conservo. En ellas no hay rastro alguno de membrana. Algunos pensaban que era una especie de ardilla voladora o algún otro animal salvaje, lo que no es imposible, pues, según los naturalistas, han nacido híbridos prolíficos apareando una marta y un gato doméstico. De haber querido un gato, éste habría sido el ideal para mí, pues ¿qué mejor para un poeta que un gato alado, al igual que su caballo?

En otoño llega el colimbo (*Colymbus glacialis*), como siempre, a mudar la pluma y bañarse en la laguna, haciendo que los bosques resuenen con su risa salvaje antes de que me levante. Al rumor de su llegada los cazadores de Mill-dam se ponen en alerta, preparan sus calesas o echan a caminar, en parejas o tríos, con rifles patentados, balas cónicas y catalejos. Atraviesan los bosques susurrando como hojas de otoño, al menos diez hombres por cada colimbo. Algunos se apostan a este lado de la laguna, otros en aquél, pues la pobre ave no es ubicua: si se sumerge aquí, tiene que asomar allá. Pero el suave viento de octubre arrecia pronto, haciendo que las hojas crujan y rizando la superficie del agua, de forma que no puede verse ni oírse al colimbo, aunque sus enemigos

[14] Probablemente a causa de una enfermedad de la piel, localizada en la zona de los hombros, lomo y cuartos traseros, que la hace extraordinariamente flexible y, en movimiento, asemeja unas alas.



«El oficio de agrimensor me pareció un empleo noble que ponía a mi alcance el canto de esta ave».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 30 de abril de 1856

oteen la laguna con sus catalejos y los bosques retumben con sus descargas. Las olas se alzan, generosas, y se quiebran, enojadas, posicionándose a favor de las aves acuáticas, y nuestros cazadores tienen que tocar retirada hacia la ciudad, sus comercios y sus ocupaciones interrumpidas. No obstante, triunfan demasiado a menudo. Cuando a la mañana temprano iba a sacar un balde de agua de la laguna, veía con frecuencia a esa magnífica ave alejarse nadando unas pocas varas desde mi cala. Si trataba de atajarla con el bote, para observar cómo maniobraba, se zambullía y la perdía por completo de vista, a veces no volvía a encontrarla hasta el final del día. En la superficie le llevaba ventaja. Y con la lluvia solía desaparecer.

Una tarde muy tranquila de octubre en la que remaba a lo largo de la costa septentrional, en uno de esos días en los que, con la caída de la pluma, se los ve más fácilmente en la laguna, había estado buscando en vano algún colimbo, cuando, de repente uno voló desde la orilla hacia el centro a pocas varas de mí, lanzó su risa salvaje y se delató. Lo perseguí con un remo y se zambulló, pero, cuando salió de nuevo a flote, casualmente estaba más cerca de mí que antes. Se zambulló de nuevo, pero erré al prever la dirección que tomaría y, cuando emergió esta vez, nos separaban unas cincuenta varas, y de nuevo rio a gusto y con más razón que antes. Sus maniobras fueron tan hábiles que no me pude aproximar a menos de media docena de varas. Cada vez que salía a la superficie, volviendo su cabeza en todas las direcciones, observaba con detenimiento el agua y la ribera, y al parecer guiaba su nueva zambullida de manera que pudiera emerger donde hubiera una distancia mayor hasta el bote. Era sorprendente lo rápido que tomaba una decisión y la llevaba a cabo. Me condujo enseguida a la zona más ancha de la laguna, y no logré sacarlo de allí. Mientras su cerebro tramaba un plan, yo me esforzaba en predecirlo con el mío. Una magnífica partida jugada sobre la tersa superficie de la laguna: un hombre contra un colimbo. De repente, la pieza del adversario desaparecía bajo el tablero y el problema consistía en situar la mía lo más cerca posible del lugar donde resurgiría. A veces, de manera inesperada, salía a flote al otro lado, después de pasar, muy probablemente, justo bajo mi bote. Contenía de tal modo su respiración y tenía tal resistencia que, aun cuando hubiera buceado lo más lejos posible, nada más emerger se zambullía de nuevo inmediatamente, y entonces no había modo de adivinar por dónde,

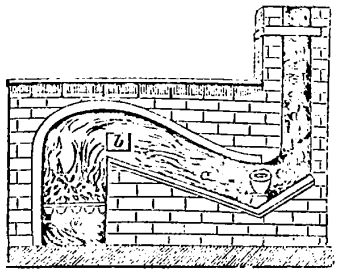
en la profunda laguna, bajo su lisa superficie, continuaba su camino como el de un pez, porque tenía incluso tiempo y capacidad para llegar hasta el lecho en su parte más honda. Dicen que se han atrapado colimbos a ochenta pies de profundidad en los lagos de Nueva York, con anzuelos colocados para truchas, aunque Walden es aún más profunda. ¡Qué sorpresa deben llevarse los peces al ver a este visitante desmañado y de otro mundo atravesando a toda velocidad sus cardúmenes! Sin embargo, parecía orientarse igual de bien bajo el agua que en la superficie, e incluso nadaba más rápido. Una o dos veces vi un rizo en el lugar en que iba a salir a flote, justo después sacaba la cabeza para orientarse, y volvía a sumergirse. Al final asumí que tanto me valía descansar sobre mis remos y esperar su reaparición que tratar de calcular por dónde asomaría, pues una y otra vez, mientras escrutaba atentamente la superficie en una dirección, su risa sobrenatural me sorprendía de repente a mi espalda. Pero, después de demostrar tal habilidad, ¿por qué se delataba invariablemente con su sonora carcajada en el instante en que emergía de nuevo? ¿Acaso no lo denunciaba ya su pecho blanco? Pensé que sin duda era un colimbo tonto. Casi siempre lo localizaba gracias al sonido del chapoteo que provocaba al salir. Pero tras una hora parecía tan fresco como al principio, zambulléndose con la misma energía y buceando aún más lejos. Era sorprendente ver con qué calma nadaba al resurgir, el pecho terso y sereno, dejando recaer todo el trabajo en sus patas palmípedas ocultas bajo el agua. Su grito habitual era una risa demoníaca, parecida a la de la becada; pero, alguna vez, cuando me había engañado a las claras y aparecía a mucha distancia de mi bote, lanzaba un prolongado aullido que se parecía más al de un lobo que al canto de cualquier otra ave, como cuando una bestia baja un poco la cabeza y brama con todas sus fuerzas. Ése era su colimjeo[15], tal vez el sonido más salvaje que jamás se haya oído aquí y que resonaba a través de los bosques. Concluí que se burlaba de mis esfuerzos, confiado en sus propios recursos. Pero aunque el cielo se había encapotado, la laguna estaba tan tersa que podía ver dónde quebraba cada

[15] En el original *looning*, término inventado por Thoreau para referir el canto del colimbo (*loon*), que pasará a *The Century Dictionary* en 1889, y del que no existe traducción hasta ahora en nuestro idioma.

vez la superficie incluso cuando no lo escuchaba. En su contra estaban su blanco pecho, la serenidad de la atmósfera y la tersura del agua. Al final emergió a unas cincuenta varas de distancia, lanzó uno de sus sostenidos aullidos, como si invocara al dios de los colimbos, y enseguida comenzó a soplar un viento del este que rizó la superficie y llenó el aire con una llovizna acompañada de niebla, lo que me impresionó, pues parecía la respuesta a la súplica del colimbo, como si su dios estuviera airado conmigo, así que lo dejé alejarse y desaparecer en la tumultuosa superficie del agua.

En otoño pasaba horas observando a los patos, cómo viraban hábilmente y cambiaban de rumbo y se mantenían siempre en el centro en la laguna, lejos de los cazadores, añagazas de las que habrían tenido menos necesidad en las bahías de Luisiana. Cuando se veían forzados a alzar el vuelo, a veces giraban alrededor de la laguna a una altura considerable, desde la que podían divisar fácilmente otras lagunas y el río, como motas negras en el cielo; y cuando pensaba que ya se habrían ido de allí hacía mucho, descendían en un vuelo sesgado de un cuarto de milla sobre una zona alejada y libre de la laguna. Más allá de cierta seguridad, nunca supe qué interés podían tener en navegar así en medio de la laguna de Walden, a menos que amaran sus aguas por la misma razón que yo.

CALENTAR LA CASA



En octubre fui a vendimiar a las praderas de la ribera del río y me cargué de racimos más preciosos por su belleza y fragancia que como alimento. También admiré allí, sin llegar a recoger, los arándanos, pequeñas gemas céreas que penden de las matas del prado, rojas y nacaradas, y que el labrador arranca con un feo rastrillo —dejando el delicado prado hecho una maraña—, tasa en celemines y dólares, y vende en Boston y en Nueva York como despojos campestres, para que allí los conviertan en *mermelada* y satisfagan los paladares de los amantes de la naturaleza. Del mismo modo arrancan los carniceros la lengua del búfalo de las llanuras, sin importarles el resto de esa vida desgarrada y caída. El brillante fruto del agracejo era de igual manera alimento sólo para mis ojos, pero recogí una pequeña cantidad de manzanas silvestres, que el propietario y los caminantes habían pasado por alto, para cocerlas a fuego lento. Cuando maduraban las castañas, reservaba medio celemín para el invierno. En esa época del año me resultaba

fascinante vagar por los castañares de Lincoln —entonces ilimitados, ahora duermen el sueño eterno bajo el ferrocarril—, con un hato al hombro y un bordón en la mano para abrir los zurrones, ya que no siempre esperaba a las heladas, entre el susurro de la hojarasca y los sonoros reproches de las ardillas rojas y los arrendajos, a los que robaba a veces sus castañas ya picoteadas, pues estaba seguro de que los zurrones que ellos escogían contenían los mejores frutos. Otras veces me subía a los árboles y sacudía las ramas. También se podían encontrar detrás de mi casa, en un gran árbol que, cuando estaba en flor, la cubría casi por completo con su sombra y perfumaba los alrededores, pero las ardillas y los arrendajos se quedaban con todos sus frutos; estos últimos llegaban por la mañana temprano y sacaban las castañas de su zurrón antes de que cayeran. Les cedí esos árboles y fui visitando bosques más lejanos, compuestos en su mayoría de castaños. Las castañas, durante la temporada, son un buen sustituto del pan. Aunque puedan encontrarse otros muchos. Un día, mientras cavaba en busca de gusanos para cebo, descubrí la papa de la India (*Apios tuberosa*) en su vaina, la patata de los aborígenes, una suerte de fruto fabuloso, y empecé dudar de que la hubiese desenterrado y comido en mi infancia, como ya he contado, o de haberlo soñado todo. Desde entonces he visto a menudo su flor arrugada, roja y aterciopelada, sostenida por los tallos de otras plantas. La agricultura casi ha acabado con ella. Tiene un gusto dulzón, muy parecido al de las patatas escarchadas, y a mí me gusta más hervida que asada. Este tubérculo evoca la frágil promesa de la naturaleza de criar a sus propios hijos y alimentarlos aquí en un futuro indeterminado. En estos días de animales cebados y ondulantes campos de cereal, esta raíz humilde, que en otro tiempo fue el tótem de una tribu india[1], está totalmente olvidada o sólo se la conoce por su floreciente enredadera. Pero dejemos que la naturaleza salvaje reine aquí de nuevo, que los tiernos y costosos cereales ingleses desaparezcan ante una miríada de enemigos, pues al estar desprovistos de la protección humana, el grajo recogerá el último grano y lo devolverá al gran maizal del dios de los indios que queda al suroeste, de donde se dice que una vez lo trajo, y entonces la papa de la India, ahora casi desaparecida, podrá quizás re-

[1] De los iroqueses.

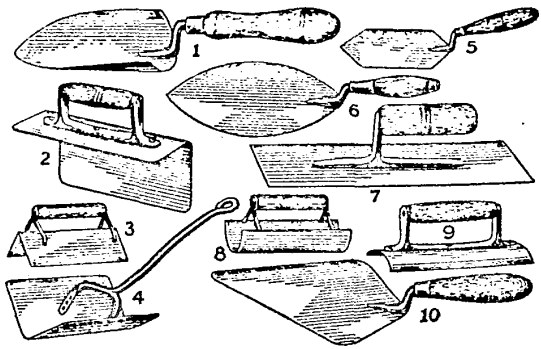
vivir y florecer a despecho de las heladas y la maleza, demostrando que es indígena y recuperando su antigua importancia y dignidad como alimento de las tribus de cazadores. Alguna Ceres o Minerva india debe de haber sido la inventora y custodia de la papa y, cuando principie aquí el reinado de la poesía, nuestras obras de arte reproducirán sus hojas y sus vainas.

El primero de septiembre vi cómo al otro lado de la laguna dos o tres arces pequeños se volvían ya escarlata, bajo el lugar donde divergen los troncos blancos de tres álamos, en la extremidad de un promontorio y muy cerca del agua. ¡Ah, cuántas historias relataba ese color! Semana tras semana y de manera gradual se ponía de manifiesto el carácter de cada árbol, que se admiraba a sí mismo reflejado en el terso espejo de la laguna. Cada mañana, el director de esta galería retiraba de la pared un cuadro antiguo y lo sustituía por uno nuevo que se distinguía por su colorido más brillante o más armonioso.

En octubre las avispas llegaron a millares hasta mi cabaña, como si fueran sus cuarteles de invierno, y se instalaron en mis ventanas y mis paredes, disuadiendo a veces a los visitantes. Por las mañanas, cuando el frío las atería, conseguía expulsar a algunas, pero no me preocupé demasiado por liberarme de ellas, e incluso me tomé como un cumplido que vieran mi casa como un cómodo refugio. Nunca me molestaron seriamente, aunque se acostaban conmigo, y poco a poco fueron desapareciendo por grietas desconocidas para mí, huyendo del frío y riguroso invierno.

Al igual que las avispas, antes de encerrarme yo también en mis cuarteles de invierno, en noviembre solía acudir a la ribera noreste de Walden, que el sol, reflejado por los pinos tea y el pétreo suelo, transformaba en el «fogón» de la laguna; cuando se puede elegir, es mucho más placentero y sano calentarse con el sol que con un fuego artificial. Y así me calenté, con los rescoldos aún incandescentes del verano, como los que hubiera dejado un cazador que ya reemprendió su marcha.

Cuando tuve que construir mi chimenea, estudié albañilería. Como mis ladrillos eran de segunda mano, necesitaba limpiarlos antes con una paleta, con lo que aprendí más de lo corriente sobre las cualidades de los ladrillos y las paletas. La argamasa adherida tenía unos cincuenta años, y se dice que aún se endurece más, pero ése es uno



«Los hombres se han convertido en las herramientas de sus herramientas».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 30 de septiembre de 1845

de esos tópicos que tanto le gusta repetir a la gente, sea o no cierto. Lo que realmente se endurece con el tiempo son los tópicos, y harían falta muchos paletazos para desprenderlos todos de un viejo sabelotodo. Muchas aldeas de Mesopotamia se levantaron con ladrillos de segunda mano de muy buena calidad, obtenidos de las ruinas de Babilonia, y el cemento pegado a ellos es aún más viejo y probablemente más resistente. Sea como fuere, me sorprendió la dureza peculiar del acero que resistió bien innumerables golpes violentos sin desgastarse. Como mis ladrillos habían formado parte antes de una chimenea, aunque no podía leer en ellos el nombre de Nabucodonosor, separé todos aquellos que habían constituido el fogón para ahorrar esfuerzo y dinero, rellené los intersticios entre los ladrillos de mi hogar con piedras recogidas en la orilla de la laguna, y fabriqué mi mortero con arena blanca de la misma playa. Al tratarse de la parte vital de la cabaña, empleé en ella todo el tiempo necesario. En realidad, trabajé tan concienzudamente que la primera hilada de ladrillos que coloqué por la mañana me sirvió de almohada por la noche; sin embargo, no recuerdo que me produjera tortícolis: de hecho, mi tortícolis venía de antiguo. En aquella época alojé a un poeta durante un par de semanas, lo que supuso un problema de espacio[2]. Trajo su propio cuchillo, aunque yo poseía un par, y solíamos hincarlos en la tierra para limpiarlos. Compartíamos las labores de la cocina. Me agradaba ver cómo avanzaba mi obra, con nuevos niveles sólidos e impecables, y pensé que, aun cuando crecía despacio, estaba destinada a resistir mucho tiempo. La chimenea es, hasta cierto punto, una construcción autónoma que se afirma en la tierra y sube hacia el cielo a través de la casa; a veces subsiste incluso después de que la casa se haya incendiado, y son patentes su importancia e independencia. Aquello ocurría a finales del verano. Ahora estábamos en noviembre.

El viento del norte había comenzado a congelar la laguna, aunque para lograrlo necesitó muchas semanas, durante las cuales sopló regularmente y con fuerza, pues Walden es muy profundo. Cuando comencé a encender el fuego por las tardes, antes de revocar mi

[2] William Ellery Channing vivió con Thoreau en Walden durante el otoño de 1845, durmiendo en el suelo.

casa, la chimenea tiraba muy bien gracias a los muchos resquicios que había entre las tablas. Así pasé algunas tardes agradables en aquel aposento fresco y aireado, formado por rudas maderas de color pardo llenas de nudos y bajo un techo sin descortezar. Una vez revocado no me gustaba tanto a la vista, pero debo reconocer que era más confortable. ¿No debería cualquier aposento que habite el hombre tener altura suficiente para crear una oscuridad superior donde, al anochecer, las sombras titilantes puedan jugar entre las vigas? Esas formas son más gratas para la fantasía y la imaginación que las pinturas al fresco o el artesonado más lujoso. Podría decir que comencé a habitar mi casa entonces, al utilizarla por primera vez para calentarme y como refugio. Había conseguido un par de viejos morillos para sostener la leña en la chimenea, y me gustaba ver las formas que tomaba el hollín en la pared que había construido al fondo, de modo que atizaba el fuego con más derecho y satisfacción que de costumbre. Mi morada era pequeña y sin apenas resonancia, pero parecía más grande al tratarse de una sola habitación y estar alejada de cualquier vecino. Todos los encantos domésticos se concentraban en una sola estancia: era cocina, dormitorio, recibidor y sala de estar, y yo gozaba de todas las satisfacciones que pueden obtener de una casa el padre y el hijo, el amo y el criado. Catón dice que el padre de familia (*paterfamilias*) debe poseer en su casa de *campo cellam oleariam, vinariam, dolia multa, uti lubeat caritatem expectare, et rei, et virtuti, et gloriar erit*, es decir, «una bodega para el aceite y el vino, muchas barricas para esperar de manera agradable la llegada de los malos tiempos, lo cual redundará en su ventaja, virtud y gloria»[3]. En mi bodega tenía una barrica de patatas, dos cuartos de guisantes con gorgojos y, en mi estantería, un poco de arroz, un tarro de melaza y una pizca de harina de centeno y otra de harina de maíz.

A veces sueño con una casa más grande y populosa, edificada en una edad dorada con materiales resistentes y sin florituras, que tendría asimismo una sola estancia, una sala amplia, rústica, esencial, primitiva, sin techo ni revoques, con vigas y correas al aire que soporten una especie de cielo inferior, indispensable para refugiarse de la lluvia y de la nieve, donde la viga maestra se alce para recibir

[3] Cita de *Sobre la agricultura* de Catón y traducción de Thoreau en el original.

nuestro homenaje, una vez hayáis rendido respeto al postrado Saturno de una dinastía más antigua al cruzar el umbral; una casa cavernosa en la que necesitéis agitar una tea atada al extremo de una pértiga para poder ver el techo, donde algunos puedan vivir alrededor de la chimenea, otros bajo el hueco de una ventana, otros en bancos, algunos en un extremo de la sala y varios más en el opuesto, y si alguno lo prefiere, colgado de las vigas con las arañas; una casa en la que uno esté dentro según abra la puerta, sin más ceremonias; en la que el viajero fatigado pueda lavarse, comer, conversar y dormir, sin tener necesidad de ir más lejos; el cobijo que os gustaría encontrar en una noche de tormenta y que contenga la esencia de una casa y ninguno de sus quehaceres; en la que podáis ver de una sola vez todos sus tesoros y donde todo lo que el hombre necesita cuelgue de un gancho; a un tiempo cocina, despensa, recibidor, dormitorio, almacén y buhardilla; donde podáis encontrar cosas tan necesarias como un barril o una escalera y tan útiles como un armario, y oír bullir la cacerola, y presentar vuestros respetos al fuego que cocina la comida y al horno que cuece el pan, y donde los muebles y utensilios necesarios sean los adornos fundamentales; donde la colada no se haga fuera de casa, el fuego no se extinga, el ama de casa no se sienta incómoda, y donde quizá se os pida que os apartéis de la trampilla para que el cocinero pueda bajar a la bodega, y descubráis así si el suelo es sólido o hueco bajo vuestros pies sin tener que taconear. Una casa cuyo interior sea diáfano y despejado como el nido de un pájaro, y en la que podáis entrar por la puerta principal y salir por la trasera sin toparos con alguno de sus habitantes; donde el huésped sea libre en toda la casa y no quede excluido de siete octavas partes de la misma, encerrado en el confinamiento solitario de su celda personal, mientras se le dice que se sienta como en su propio hogar. Hoy en día, vuestro anfitrión no os admite en *su* hogar, sino que pide al albañil que os construya uno al final de la callejuela, y la hospitalidad es el arte de *manteneros* a la mayor distancia posible. La cocina se reviste de tal secretismo que parece que fueran a envenenaros. He estado en las propiedades de muchos hombres, de las que me podrían haber expulsado legalmente, pero no tengo conciencia de haber sido recibido en muchas casas. Vestido con mis viejas ropas podría visitar incluso a un rey y a una reina que vivieran en una casa como la que acabo de describir si, de repente, pasara por allí; pero si por

desgracia acabo en un palacio moderno, todo lo que querría saber sería cómo salir de allí reculando.

Diría que el propio lenguaje que se usa en nuestros salones pierde su vigor y degenera por completo en mera palabrería, pues nuestras vidas transcurren lejos de esos símbolos, y sus metáforas y tropos son pesados como si nos llegaran alzados por un montaplatos; en otras palabras, el salón está muy lejos de la cocina y del taller. Por lo general, la cena no es más que la parábola de la cena, como si tan sólo el salvaje viviera lo bastante cerca de la naturaleza y de la verdad para pedirles prestado un tropo. ¿Cómo sabría sobre qué parlamentar en una cocina el erudito que vive en el Territorio del Noroeste o en la Isla de Man?

Sin embargo, sólo uno o dos de mis invitados fueron lo bastante osados para quedarse a comer conmigo un pudin de gachas de maíz, y aun así, en cuanto vieron que el brete era inminente se batieron en rápida retirada, como si ese plato fuera a sacudir la casa desde sus cimientos. Pero resistió innumerables pudines.

No revoqué la casa hasta que llegaron las heladas. Para ello, desde la orilla opuesta de la laguna, transporté arena más blanca y limpia con mi bote, una forma de acarreo que, de haber sido preciso, me habría hecho navegar con gusto mucho más lejos. Entretanto ya había cubierto por completo mi casa con tejas de madera. Al colocar los listones, me gustó ver que era capaz de fijar cada clavo con un solo martillazo, y mi intención era llevar el revoque de forma limpia y rápida desde la tabla hasta la pared. Recordaba la historia de un tipo engreído que, muy bien vestido, solía callejear en otro tiempo por la ciudad dando consejos a los obreros. Un día osó reemplazar sus palabras con acciones, se remangó los puños, tomó la artesa que usan los albañiles para mezclar el revoque y, tras cargar la paleta sin miramientos, observó complacido el entablado y efectuó un movimiento osado que, para su completo desconcierto, hizo que todo el contenido se vertiera sobre su pechera almidonada. No me canso de admirar la economía y las ventajas del revoque, que protege con eficacia del frío y ofrece un bello acabado, y aprendí sobre los varios accidentes a los que se expone el revocador. Me sorprendió ver la sed que tenían los ladrillos, pues antes de alisar siquiera la masa ya se habían bebido toda su humedad, y también la cantidad de baldes de agua que hace falta para bautizar un nuevo hogar. El invierno anterior había preparado, a modo

de experimento, una pequeña cantidad de cal quemando las conchas de la *Unio fluviatilis* que me suministró el río, así que conocía la procedencia de mis materiales. Podría haber conseguido buena piedra caliza a una o dos millas de distancia y haberla calcinado yo mismo, si me hubiera interesado.

Mientras tanto, la laguna se había ido cubriendo de una fina capa en las calas más sombrías y menos profundas, días e incluso semanas antes de congelarse por completo. El primer hielo es especialmente interesante y perfecto: resistente, oscuro y traslúcido, de modo que ofrece la mejor oportunidad para observar el fondo allí donde queda cerca de la superficie, pues podemos tumbarnos por completo sobre el hielo, de una pulgada de espesor, al igual que hace un insecto patinador sobre el agua, y estudiar a placer el fondo, que sólo dista dos o tres pulgadas, como una imagen tras una lente, con el agua necesariamente en calma. Puede verse una infinidad de surcos trazados en la arena por alguna criatura que ha caminado y vuelto sobre sus pasos; en cuanto a despojos, está sembrado con las envolturas de larvas de friganeas hechas con minúsculos granos de cuarzo blanco. Quizá fueron esas larvas las que hicieron los surcos, pues algunas de las envolturas yacen entre ellos, aunque parecen demasiado anchos y profundos para ser obra suya. Pero el material de mayor interés es el propio hielo, por lo que debéis aprovechar la primera oportunidad para estudiarlo. Si lo examináis detenidamente por la mañana, después de la helada, veréis que la mayor parte de las burbujas, que al principio parecían hallarse dentro del hielo, están bajo su superficie, y que muchas otras ascienden continuamente desde el fondo. Mientras el hielo es relativamente sólido y oscuro, podéis ver el agua a su través. Las burbujas tienen un diámetro que oscila entre un ochentavo y una octava parte de pulgada, son muy claras y bellas, y podéis ver vuestra cara reflejada en ellas a través del hielo. En una pulgada cuadrada puede haber entre treinta y cuarenta. También hay, ya dentro del hielo, burbujas estrechas, alargadas y verticales, de una longitud de media pulgada, formando conos afilados con su vértice hacia arriba, o, más a menudo, si el hielo es muy reciente, burbujas perfectamente esféricas y contiguas como una sarta de abalorios. Pero las que están dentro del hielo no son tan numerosas ni patentes como las que se encuentran debajo. A veces lanzaba guijarros para comprobar la resistencia del hielo, y los que lograban atravesarlo

introducían aire al mismo tiempo y éste formaba grandes burbujas blancas bien visibles en la parte inferior. Un día en que regresé al mismo lugar cuarenta y ocho horas después, descubrí que esas grandes burbujas se mantenían intactas, a pesar de que el hielo había engrosado una pulgada más, como podía comprobar gracias a la grieta que yo mismo había abierto. Pero como los dos últimos días habían sido muy calurosos, como un veranillo de San Miguel, el hielo ya no era transparente, sino que mostraba el color verde oscuro del agua y el tono opacado, blancuzco o gris, del fondo, y aunque había doblado su espesor, no era tan resistente, pues las burbujas se habían dilatado y agrupado por ese mismo calor, perdiendo su regularidad; tampoco permanecían contiguas, sino que parecían monedas de plata escurridas de una talega, unas sobre las otras o agrupadas en delgadas hojuelas que se deslizaban por pequeñas grietas. La belleza del hielo había desaparecido y era demasiado tarde para estudiar el fondo. Curioso por conocer la situación que ocuparían mis grandes burbujas en la nueva capa de hielo, rompí un fragmento que contenía una burbuja de tamaño medio y lo coloqué de nuevo dado la vuelta. El nuevo hielo se había formado alrededor y por debajo de la burbuja, de manera que ésta se encontraba entre las dos capas. En realidad estaba casi por completo en la capa inferior, pero rozando la de arriba, y era aplanada o ligeramente lenticular, con el borde redondeado, cuatro pulgadas de diámetro por una de altura. Me sorprendió descubrir que justo bajo la burbuja se había fundido el hielo, creando una forma regular, como un platillo invertido con el centro a una altura de cinco octavos de pulgada, y dejando una fina capa de separación entre el agua y la burbuja que alcanzaría escasamente un octavo de pulgada de espesor. Además, en muchos lugares las burbujillas habían reventado hacia abajo, y con toda probabilidad bajo las burbujas más grandes, que tenían un pie de diámetro, no había más hielo. Deduje que las infinitas burbujillas que había observado con anterioridad bajo la superficie del hielo se habían helado también y que cada una de ellas, según su tamaño, había actuado como un espejo ustorio[4] por debajo del hielo para fundirlo y corroerlo.

[4] Un espejo cóncavo de gran tamaño utilizado para concentrar en su foco los rayos solares o de un cuerpo en combustión y aprovechar con fines bélicos el gran calor que produce.

Éstas son las pequeñas carabinas de aire comprimido que contribuyen a que el hielo cruja y estalle.

Apenas había acabado de revocar las paredes cuando el invierno se afirmó con crudeza y el viento comenzó a aullar alrededor de la casa, como si hasta entonces no hubiera tenido permiso para hacerlo. Noche tras noche, los gansos iban llegando con vuelo torpe y estrepitoso, incluso después de que la tierra estuviera cubierta de nieve, descendiendo algunos en Walden y prosiguiendo otros a baja altura sobre los bosques en dirección a Fair Haven, con destino a México. Muchas veces, al volver de la ciudad a las diez o las once de la noche, oía las pisadas de una bandada de gansos, o quizá de patos, sobre la hojarasca seca de los bosques, cerca de una pequeña charca que hay detrás de mi morada a la que venían en busca de alimento, y el débil graznido o reclamo de su guía cuando huían. En 1845, la superficie total de Walden se congeló por primera vez la noche del 22 de diciembre, mientras que el río, la laguna de Flint y otras menos profundas llevaban ya heladas diez días; en 1846 fue el día 16; en 1849 hacia el 31 y en 1850 hacia el 27 de diciembre; en 1852 fue el 5 de enero y en 1853 el 31 de diciembre. Desde el 25 de noviembre la nieve cubría la tierra y me rodeaba un paisaje invernal. Me replegué aún más en mi cáscara y procuré mantener un fuego radiante tanto en mi casa como en mi corazón. Mi tarea fuera de casa consistía entonces en recoger leña seca en el bosque y trasladarla, ya fuera con las manos o a hombros, y de vez en cuando remolcar hasta mi cobertizo algún pino muerto. Una vieja cerca abandonada en el bosque, que ya había visto pasar sus mejores días, fue una buena presa para mí; había dejado de servir al dios Terminus, de modo que la sacrifiqué en aras de Vulcano. ¡Cuánto más interesante es el acontecimiento que supone la cena de un hombre cuando éste viene de cazar —de robar, diréis quizás— el combustible con el que hará hervir su sopa! Su pan y su carne son dulces[5]. En la mayoría de los bosques que rodean nuestras ciudades hay bastantes gavillas y madera muerta de todo tipo para alimentar innumerables fuegos, que a día de hoy no calientan a nadie, e incluso,

[5] Alusión a Proverbios 9, 17: «Las aguas robadas son dulces. Y el pan comido en oculto es sabroso».

según piensan algunos, dificultan el crecimiento de los árboles jóvenes. Y además estaba la madera que flota a la deriva en la laguna. En verano había descubierto una balsa de troncos de pino tea sin descortezar atados entre sí, fabricada por los irlandeses que trabajaban en el ferrocarril. La había arrastrado casi por completo sobre la orilla. En remojo durante dos años y puesta a secar los últimos seis meses, se conservaba perfectamente, aunque estaba lejos de haber perdido toda la humedad. Un día de invierno me divertí deslizándola poco a poco sobre la superficie helada casi media milla, guiándola gracias a un tronco de quince pies de largo apoyado en un extremo sobre mi hombro y el otro en el hielo; también conseguí deslizarla usando varios troncos atados con una flexible ramita de abedul y una rama más larga, de abedul o de aliso, con un gancho incorporado en su extremo. Aunque seguían completamente húmedos y pesaban como el plomo, no sólo ardieron largo rato, sino que dieron buen calor; llegué a pensar incluso que se quemaban mejor porque estaban empapados, como si la resina, conservada gracias a la humedad, ardiera durante más tiempo, al igual que en una lámpara.

A propósito de los ingleses que viven en los límites de los bosques, Gilpin dice que «la antigua ley forestal consideraba graves delitos tanto las intrusiones furtivas como la construcción de casas y cercados en los confines de los bosques, cuyo severo castigo se conocía como *purprestures*, por actos tendentes *ad terrorem ferarum*, es decir, a espantar a los animales, y *ad nocumentum forestae*, en perjuicio del bosque»[6]. Pero yo estaba mucho más interesado que los cazadores y los leñadores en proteger a los animales y en mantener vivo el privilegio de cortar leña, como si fuese el mismísimo Lord Guardián; y si alguna parte se quemaba, aunque la quemara yo mismo por accidente, me apenaba con una pena más duradera e inconsolable que la de los mismos propietarios[7]. Me gustaría que cuando nuestros granjeros talaran un bosque sintieran algo del espanto respetuoso que invadía a los antiguos romanos cuando abatían los árboles de un soto sagrado (*lucum conlucare*) para dejar

[6] Cita de *Remarks on Forest Scenery and Other Woodland Views* de William Gilpin.

[7] La aflicción derivada de aquel incendio accidental en el que estuvo involucrado perseguirá a Thoreau durante muchos años, como se aprecia en distintos lugares de su obra y sus diarios.

pasar la luz, es decir, que creyeran que ese lugar está consagrado a un dios. Los romanos hacían una ofrenda expiatoria y decían esta oración: quienquiera que seas, dios o diosa, a quien este bosque está consagrado, sé propicio conmigo, mi familia y mis hijos, etc[8].

Llama la atención el valor que aún se otorga a la madera, incluso en nuestra época y en un país nuevo: valor más duradero y universal que el del oro. A pesar de todos nuestros descubrimientos e invenciones, no hay hombre que pase por alto un montón de leña. Es tan preciosa para nosotros como lo fue para nuestros antepasados sajones y normandos. Ellos construían sus arcos con madera, nosotros fabricamos con ella las culatas de nuestras escopetas. Hace más de treinta años Michaux escribía que el precio de la leña para combustión, en Nueva York y Filadelfia, «es casi igual y a veces superior al de la mejor leña de París, aunque esta inmensa capital necesita más de trescientas mil cuerdas al año y está rodeada por tierras de cultivo en trescientas millas a la redonda»[9]. En nuestra ciudad el precio de la leña se incrementa más y más, y lo único que cabe preguntarse es cuánto más cara será este año. Los trabajadores y los comerciantes que vienen en persona a los bosques con este propósito acudirán sin duda a la subasta de madera, y pagarán incluso un gravamen elevado por el privilegio de rebuscar tras el leñador. Hace ya mucho tiempo que los hombres van a los bosques en busca de combustible y materia prima para las artes; el habitante de Nueva Inglaterra y de Nueva Holanda, el parisino y el celta, el granjero y Robin Hood, Goody Blake y Harry Gill[10], en la mayor parte del mundo el príncipe y el campesino, el erudito y el salvaje, tanto unos como otros precisan ramazones del bosque para calentarse y preparar su comida. Tampoco yo podría pasarme sin ellas.

Todos miramos con cariño nuestra pila de leña. Me gusta tener la mía ante la ventana, y cuantas más astillas hay, mejor recuerdo tengo de mi agradable tarea. Tenía una vieja hacha que nadie había reclamado y con la que, a ratos, en los días de invierno, allí donde diera el sol junto a mi cabaña, me ejercitaba por pura diversión con los tocones que había sacado de mi huerta de judías. Como predijo

[8] Alusión a *Sobre la agricultura* de Catón.

[9] Cita de *The North American Sylva* de François André Michaux (1770 – 1855), naturalista francés.

[10] Personajes estos dos últimos de un poema de William Wordsworth.

mi conductor mientras llevaba el arado, esos tocones me calentaron dos veces: la primera vez cuando los partí y la segunda cuando los eché al fuego; ningún otro combustible podría haberme dado más calor. En cuanto al hacha, me aconsejaron que la llevara al herrero del pueblo para «hacerla saltar», pero yo me lo salté a él, colocándole un mango de nogal americano que yo mismo tallé, y me arreglé con ella. Tal vez estuviera algo roma, pero bien sujeta.

Unos pocos maderos de pino resinoso eran un gran tesoro. Conviene no olvidar que una parte importante del alimento para el fuego aún se esconde en las entrañas de la tierra. Años atrás solía ir a «husmear» en alguna ladera desnuda donde se había asentado anteriormente un bosque de pinos tea y desenterraba las raíces, que son casi indestructibles. Tocones de al menos treinta o cuarenta años, aún sanos en el centro, aunque la albura se hubiese convertido en humus vegetal, como se ve en las costras de espesa corteza que forman un anillo a ras del suelo, a una distancia de cuatro o cinco pulgadas del corazón. Con hacha y pala se puede explorar esta mina y su depósito medular, amarillo como el sebo vacuno, como si fuese una veta de oro. Sin embargo, por lo general prendía mi fuego con las hojas secas del bosque que almacenaba en mi cobertizo antes de que llegaran las primeras nieves. Cuando los leñadores acampan en los bosques utilizan para sus fogatas ramas verdes de nogal cuidadosamente cortadas. Una vez hice un fuego así. Cuando los habitantes de la ciudad encendían sus fuegos en el horizonte, yo también anunciaba con una serpentina de humo a los habitantes salvajes del valle de Walden que estaba despierto.

Humo de alas ligeras, ave de Icaria,
Que fundes tus alones al remontar el vuelo,
Alondra sin canto y mensajero del alba,
Que envuelves las aldeas como tu propio nido;
O bien, sueño fugitivo y forma sombría
De una visión de medianoche que recogen tus faldas;
Velas de noche las estrellas, y de día
Oscureces la luz y ocultas el sol;
Sube, incienso mío, desde este hogar,
Y pide a los dioses perdón por esta llama clara[11].

[11] Poema de Thoreau.

La madera verde y resistente, recién cortada, aunque la empleaba poco, respondía mejor que ninguna otra a mi propósito. A veces dejaba encendido un buen fuego cuando salía a pasear en las tardes de invierno, y cuando regresaba, tres o cuatro horas más tarde, aún ardía resplandeciente. Aunque saliera, mi casa no se quedaba vacía. Era como si dejara en ella a una alegre ama de llaves. Vivíamos allí el fuego y yo, y en general mi ama de llaves resultaba digna de confianza. Un día, sin embargo, estaba cortando leña y sentí la necesidad de mirar por la ventana para ver que la casa no se estuviera incendiando; que yo recuerde, ésta fue la única ocasión en que me preocupé a este respecto; de modo que miré y vi que un ascua había alcanzado mi cama, entré y la apagué cuando ya se había quemado una extensión del tamaño de una mano. Pero mi casa se asentaba en un lugar tan soleado y abrigado, y su techo era tan bajo, que podía permitirme que el fuego se apagara en medio de casi cualquier día de invierno.

Los topos anidaron en mi sótano y mordisquearon una de cada tres patatas, incluso se prepararon un cómodo lecho con un poco de papel de estraza y algunas cerdas que sobraron del revoque. Los animales salvajes aman la comodidad y el calor tanto como el hombre, y sobreviven al invierno porque se preocupan de obtenerlos. Algunos de mis amigos hablaban como si yo hubiera venido a los bosques con el propósito de congelarme. El animal prepara su lecho en un lugar abrigado y lo calienta con su cuerpo, pero el hombre, tras descubrir el fuego, almacena cierta cantidad de aire en una estancia espaciosa y la calienta, en lugar de obtener el calor de sus propias reservas, y consigue que su cama, en la que se mueve a gusto y despojado de sus ropas más incómodas, mantenga una suerte de verano en el corazón del invierno, mientras por medio de las ventanas recibe la luz y con una lámpara prolonga el día. De este modo da uno o dos pasos más allá del instinto y gana algo de tiempo para las bellas artes. Aunque mi cuerpo empezaba a embotarse tras haber estado largo tiempo expuesto a la violenta intemperie, una vez penetraba la atmósfera cordial de mi hogar, pronto recuperaba mis facultades y prolongaba mi vida. El hombre que vive aposentado en el lujo tiene poco de qué alardear a este respecto, al igual que los demás no debemos inquietarnos por conocer el modo en que la raza humana será finalmente destruida. En cualquier momento, una ráfaga del norte demasiado afilada puede segar todas esas vidas. Aún recordamos

la fecha del Viernes Frío[12] y de la Gran Nevada[13], pero un viernes un poco más frío aún o una nevada algo mayor pueden poner término a la existencia del hombre en la tierra.

Como el bosque no era mío, el invierno siguiente empleé una pequeña estufa para economizar, pero el fuego no se mantenía tan bien como en la chimenea. Además, cocinar ahí no era tanto un proceso poético como químico. En esta época de estufas, pronto se olvidará que antes solíamos asar las patatas sobre las cenizas, como los indios. La estufa no sólo ocupa espacio y deja olor en la casa, sino que oculta el fuego; sentí que había perdido a un compañero. Siempre se ve un rostro en las llamas. El trabajador, mirando el fuego al atardecer, purifica sus pensamientos de la escoria terrenal que han acumulado durante la jornada. Pero yo ya no podía sentarme a mirar el fuego y las oportunas palabras de un poeta volvían a mí con un vigor nuevo:

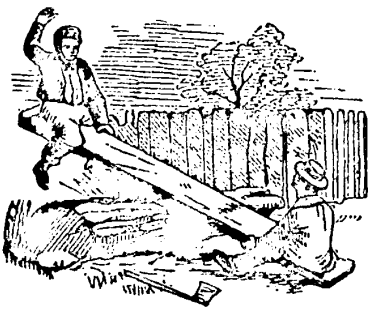
No se me niegue nunca esta radiante llama,
Tan querida, imagen de la vida, íntima simpatía.
¿Qué, salvo mis esperanzas, se alza tan radiante?
¿Qué, salvo mi fortuna, se hundió tanto en la noche?

¿Por qué has sido proscrita en nuestros hogares y salones,
Tú que eres bienvenida y querida por todos?
¿Era tu existencia demasiado caprichosa
Para la luz común de nuestras insípidas vidas?
¿Conversaba entre misterios tu brillante fulgor
Con nuestras almas inocentes? ¿Algún secreto demasiado audaz?

Sí, nos sentimos fuertes y a salvo, pues ahora nos sentamos
Junto a un hogar donde no revolotean sombras confusas,
Donde no hay nada que nos alegre o nos apene, tan sólo un fuego
Que calienta pies y manos, que a nada más aspira;
Junto a su pira compacta y eficaz
El presente se asienta y se duerme,
Sin temor a los fantasmas que llegan desde el oscuro pasado,
Que a la luz desigual del viejo fuego de leña, nos hablan[14].

[12] El 19 de enero de 1810 Nueva Inglaterra experimentó vientos gélidos y un súbito descenso de las temperaturas hasta los cuarenta y cinco grados centígrados bajo cero.
[13] Que tuvo lugar el 17 de febrero de 1717 y llegó a sepultar casas y granjas por completo.
[14] Cita del poema «The Wood-Fire» de Ellen Sturgis Hooper (1812 – 1848).

PRIMEROS HABITANTES Y VISITAS INVERNALES



He afrontado alegres tormentas de nieve y pasado agradables tardes de invierno junto al fuego, mientras los copos remolineaban furiosamente afuera e incluso el búho silenciaba su ulular. Durante muchas semanas no me encontré con nadie en mis paseos, como no fueran gentes que venían de vez en cuando a cortar madera y llevársela en trineos a la ciudad. Los elementos, sin embargo, sí estuvieron presentes y me ayudaron a abrir una senda a través de la nieve más espesa del bosque, pues sobre mis huellas y a lo largo de la senda el viento iba depositando hojas de roble que absorbían los rayos del sol y hacían que la nieve se fundiera, y así no sólo me fabricaron un pasaje seco para mis pies, sino que, de noche, su línea oscura me servía de guía. Pero en cuanto a compañía humana, me vi forzado a evocar a los primeros habitantes de estos bosques. En la memoria de muchos de mis conciudadanos, el camino que pasa cerca de mi casa resonaba aún con las risas y las charlas de sus antiguos habitantes, y los bosques que la rodean conservan, aquí y

allá, las marcas de sus pequeños jardines y casas, aunque entonces el bosque era mucho más denso que ahora. Según mi propio recuerdo, en algunos lugares los pinos rozaban a un tiempo los dos costados de una calesa, y las mujeres y niños que se veían obligados a tomar ese camino para ir a Lincoln, solos y a pie, lo hacían con miedo y a menudo recorrían una buena parte del trayecto a la carrera. Aunque no era más que una humilde ruta entre poblaciones cercanas o de uso para los leñadores, hubo un tiempo en que, por su variedad, resultaba más amena para el caminante y se grababa mejor en su memoria. Allí donde ahora transcurre entre campos abiertos y un suelo firme que se extiende desde la ciudad hasta el bosque, antes lo hacía a través de un terreno cenagoso lleno de arces y cimentado por troncos, cuyos restos, sin duda, aún yacen bajo el actual camino polvoriento desde la granja de Stratten, hoy en día un hospicio, hasta Brister's Hill.

Al este de mi huerta de judías, al otro lado del camino, vivía Catón Ingraham[1], esclavo de Duncan Ingraham[2], Esquire[3] y caballero de la ciudad de Concord, que construyó una casa para su esclavo y le permitió vivir en los bosques de Walden; Catón, sí, pero no *Uticensis*, sino *Concordiensis*[4]. Hay quien dice que era un negro de Guinea. Pocos recuerdan su pequeña parcela entre los nogales, que dejó crecer para cuando fuera viejo y los necesitara, pero un especulador más joven y de tez más blanca se adueñó de ellos, aunque en la actualidad ocupa una casa igual de estrecha[5]. Aún perdura la entrada medio derruida al sótano de Catón, aunque casi nadie la conoce, pues una ringlera de pinos la oculta al caminante. Ante ella crecen exuberantes los zumaques (*Rhus glabra*) y una de las especies más tempraneras de la vara de oro (*Solidago stricta*).

Aquí, junto al límite de mi campo, aun más cerca de la ciudad, tuvo su casa Zilpha[6], una mujer de color, y ahí hilaba lino para las

[1] Esclavo emancipado que vivió cerca de Walden y murió en 1805.

[2] Fue el hombre más rico de Concord en el s. XVIII, y que amasó su fortuna con el comercio de esclavos.

[3] Título honorífico otorgado a los hombres destacados de la sociedad, utilizado primeramente en el Reino Unido.

[4] En latín, habitantes de Útica y Concord.

[5] Su tumba.

[6] Esclava emancipada que vivía sola y murió en 1820.

gentes de la ciudad y hacía que los bosques de Walden resonaran con su penetrante canto, pues tenía una voz fuerte y notable. Finalmente, en la guerra de 1812, y mientras ella estaba ausente, unos soldados ingleses, prisioneros liberados bajo palabra, quemaron su casa; su gato, su perro y sus gallinas ardieron con ella. Llevó una vida áspera y algo cruel. Un viejo paseante de estos bosques recuerda que un mediodía en que caminaba cerca de su casa la oyó refunfuñando acerca de su puchero hirviente: «¡Huesos! ¡Nada más que huesos!». He visto ladrillos en medio de aquel bosquecillo de robles.

Camino abajo, a mano derecha, hacia Brister's Hill, vivía Brister Freeman, «un negro habilidoso», en otro tiempo esclavo del hacendado Cummings. Allí crecen todavía los manzanos que Brister plantó y cuidó, ya viejos y grandes, aunque su fruto para mí sigue teniendo un gusto excesivo a sidra salvaje. No hace mucho que leí su epitafio en el viejo cementerio de Lincoln, hacia un costado, junto a las tumbas de varios granaderos británicos desconocidos que cayeron cuando se retiraban desde Concord. Allí se le llama «Sippio Brister» —aunque tenía títulos para ser llamado Escipión el Africano—, «un hombre de color», como si hubiera sido decolorado. El epitafio decía también, con gran énfasis, cuando murió, lo que no era sino un modo indirecto de informarme de que había vivido. A su lado reposa Fenda, su hospitalaria esposa, que leía la fortuna, pero de forma agradable; era grande, gruesa y negra, más negra que ninguno de los hijos de la noche, un orbe oscuro como nunca se había visto en Concord, ni se ha vuelto a ver tras su muerte.

Más allá de la colina, en la margen izquierda, por el viejo camino de los bosques, hay señales del hogar de la familia Stratten, cuya huerta llegó a cubrir toda la ladera de Brister's Hill, pero hace ya tiempo que sucumbió a los pinos tea, con excepción de unas cuantas cepas cuyas viejas raíces aún suministran injertos silvestres para muchos prósperos frutales de la ciudad.

Al otro lado del camino y aún más cerca de la ciudad, se encuentran las tierras de John Breed, enclavadas en el mismo linde del bosque, famosas por las travesuras de un demonio no reconocido en la antigua mitología, pero que desempeñó un papel destacado y asombroso en la vida de nuestra Nueva Inglaterra, y que merece —por lo menos tanto como cualquier otra entidad mitológica— que se escriba algún día su biografía. Tan sólo diré que se presenta

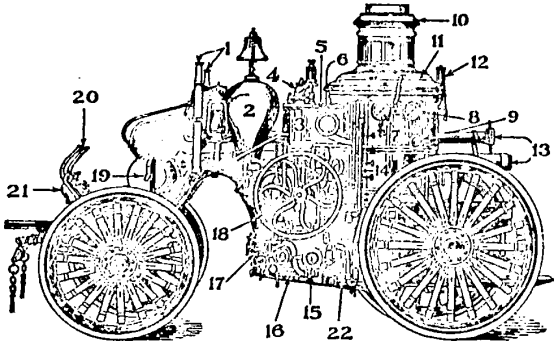
con la forma de un amigo o de un jornalero, para, acto seguido, robar y asesinar a toda la familia: el Extraño de Nueva Inglaterra[7]. Pero la historia no debe contar aún las tragedias que han acontecido aquí; hay que dejar que el tiempo contribuya en alguna medida a mitigarlas, prestándoles un tinte azulado. La más oscura y dudosa tradición dice que alguna vez hubo aquí una taberna; el pozo que habría atemperado la sed del viajero y refrescado a su corcel aún está ahí. Habría sido aquí donde se saludaban los hombres, se contaban y se escuchaban las novedades, y se proseguía la ruta.

La choza de Breed estaba aún en pie hace apenas una docena de años, aunque deshabitada desde hacía mucho tiempo. Era de un tamaño semejante al de la mía. Unos muchachos traviesos la incendiaron durante una noche electoral, si no me equivoco. Yo entonces vivía a las afueras de la ciudad y andaba inmerso en el *Gondibert* de Davenant[8], aquel invierno en que trabajé con gran letargo, lo cual, dicho sea de paso, nunca supe si debía considerar como una enfermedad familiar —pues tenía un tío que se dormía mientras se afeitaba y los domingos se obligaba a pelar patatas en el sótano para mantenerse despierto y respetar así el Sabbath—, o bien consecuencia de mis intentos por leer de manera íntegra la antología de poesía inglesa de Chalmers. El incendio pudo finalmente con mis *Nervii*[9]. Acababa de hundir la cabeza en el *Gondibert* cuando las campanas doblaron a rebato y las bombas de incendios salieron a toda prisa hacia el lugar del siniestro, guiadas por una tropa dispersa de hombres y muchachos, yo mismo a la cabeza, pues había saltado ya el arroyo. Pensamos que sería un granero, un comercio o alguna casa particular al sur de los bosques, pues ya habíamos apagado algún incendio parecido. «¡Es el granero de Baker!», gritó uno. «¡Es lo de Codman!», decía otro. Entonces se vieron nuevas llamaradas por encima del bosque, como si el techo fuera a desplomarse, y todos exclamamos: «¡Todo Concord en nuestra ayuda!». Los carros pasaron a gran velocidad y cargados de hom-

[7] Posible alusión de Thoreau al «demonio del ron». Breed era barbero en Concord y alcohólico.

[8] Poema épico de 1651 de Sir William Davenant (1606 – 1668).

[9] Juego de palabras entre la antigua tribu celto-germánica de los Nervii, sometida con gran dificultad por Julio César, y los nervios. Alusión a Shakespeare en *Julius Caesar* (III, 2, 167): «Ese día pudo con los Nervii».



Firetruck 6147R-ML

«En mitad del bosque vi a aquel granjero, que se daba la vuelta indiferente, diciendo que nada suyo había allí, esforzándose únicamente por salvar su madera ya cortada, lo suyo, que el fuego había cercado y que finalmente devoraría».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 31 de mayo de 1850

bres, entre ellos quizá el agente de la compañía de seguros, que debía llegar lo antes posible, y la campana de la bomba de incendios seguía tañendo de vez en cuando detrás de nosotros, más lenta y segura, y por último, como se cuchicheaba más tarde, llegaron los que habían causado el incendio y dado la voz de alarma. Progresamos como auténticos idealistas, rechazando la evidencia de nuestros sentidos hasta que, en un recodo del camino, oímos las crepitaciones y sentimos de verdad el calor del fuego, que salía por encima del muro, y nos dimos cuenta, ay, de que ya estábamos allí. La cercanía del fuego real enfrió nuestro ardor. Al principio pensamos en echarle el agua de una charca de ranas, pero al final concluimos que no valía la pena, pues el incendio había avanzado tanto que el granero estaba ya derruido y sin valor. Permanecimos alrededor de las bombas, intercambiando algún apretón y expresando a voz en grito nuestros sentimientos o, ya en tono menor, recordando las grandes conflagraciones que el mundo ha visto, incluida la de la tienda de Bascom, y en nuestro fuero interno pensamos que, de haber llegado a tiempo con nuestra «cubeta»[10], teniendo la charca de ranas tan cerca, hubiéramos podido cambiar este incendio que se anunciaba universal por un nuevo diluvio. Al cabo nos retiramos sin haber causado estragos, de vuelta a la cama y al *Gondibert*. A propósito de éste, querría citar un pasaje del prefacio en que dice que el ingenio es la pólvora del alma, «pero para la mayoría de los hombres el ingenio es algo extraño, como la pólvora para los indios»[11].

Resultó que a la noche siguiente, hacia la misma hora, pasé por la zona y escuché, a través de los campos, un tenue lamento, me aproximé en la oscuridad y descubrí al único superviviente que conozco de esa familia, heredero de sus vicios y virtudes, y el único al que había afectado el incendio, tendido boca abajo y mirando sobre la pared del sótano los rescoldos que aún ardían, murmurando para sí como acostumbraba. Había estado atareado todo el día lejos de allí, en los prados junto a la ribera del río, y en cuanto se quedó libre aprovechó para visitar el hogar de sus padres y de su juventud. Contempló el sótano desde todos los lados y puntos de vista,

[10] En el original *tub*, nombre familiar con que se conocía el carretón tirado por hombres que portaba los útiles contra los incendios.

[11] Cita de *Gondivert* de William Davenant.

tumbado siempre en el suelo, boca abajo, como si supiera que había allí un tesoro oculto entre las piedras, aunque no había nada más que un montón de cenizas y ladrillos. Esfumada la casa, miraba lo que restaba. Le consoló la solidaridad que mi mera presencia indicaba y me mostró, en la medida en que la oscuridad lo permitía, dónde estaba el pozo que, gracias al cielo, no podría quemarse nunca. Durante un buen rato estuvo tanteando a lo largo de la pared hasta encontrar la roldana que su padre había tallado y montado, palpando para dar con el gancho o argolla de hierro del que se había colgado una carga desde el extremo más pesado —ya no podía agarrarse a nada más—, para convencerme de que no era un «ingenio» cualquiera. Lo toqué y desde entonces lo tengo en mente casi a diario durante mis paseos, pues en él se quedó suspendida la historia de una familia.

Durante un tiempo, donde ahora se ven el pozo y el matorral de lilas, cerca del muro y hacia la izquierda, vivieron allí Nutting y La Grosse, en lo que ahora es campo abierto. Pero volvamos a Lincoln.

Tan adentrado en los bosques como ningún otro, donde el camino se aproxima ya a la laguna, se asentó ilegalmente Wyman, el alfarero, que suministraba objetos de cerámica a sus conciudadanos y dejó descendientes que le sucedieron. Ninguno de ellos fue rico en bienes materiales, pero se les permitió conservar el terreno mientras vivieron. A menudo iba hasta allí el *sheriff* para tratar de recaudar los impuestos, pero el paseo era en balde y «embargaba una astilla»[12] para guardar las apariencias, como he podido leer en sus actas, pues no había nada más a lo que echarle el guante. Un día, a mitad del verano, mientras yo sembraba, un hombre que acarreaba una carga de loza hacia el mercado detuvo su caballo junto a mi campo y me preguntó por el joven Wyman. Hacía mucho que le había comprado una rueda de alfarero y quería saber qué había hecho de ella. Yo había leído en las Escrituras acerca de la arcilla y la rueda de alfarero[13], pero no se me había ocurrido que

[12] Costumbre que simbolizaba la imposibilidad de cobrar ciertos impuestos, llevándose apenas algo de madera.

[13] Alusión a Jeremías 18, 3-6: «Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que hacía se echó a perder en su mano; y volvió e hizo otra vasija, según le pareció mejor. Entonces vino a mí la palabra de Jehová, diciendo: "¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh, casa de Israel? He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh, casa de Israel"».

las vasijas que empleamos no fueran las mismas de entonces, conservadas intactas, o crecidas en algún lugar como calabazas, y me agradó saber que un arte tan plástico se practicaba en mi vecindad.

El último habitante que me precedió en estos bosques fue un irlandés, Hugh Quoil (si es que he desenrollado bien su nombre)[14], o coronel Quoil, como le llamaban, que ocupó el terreno de Wyman. Corría el rumor de que había combatido en Waterloo. Si hubiera vivido lo suficiente, le habría hecho revivir esas batallas. Su oficio aquí era el de cavador de zanjas. Napoleón fue a Santa Elena, Quoil vino a los bosques de Walden. Todo lo que sé de él es trágico. Era un hombre con buenos modales, propios de alguien que ha visto mundo, y capaz de conversar con más civilidad de la que podría esperarse. Usaba un gran abrigo, incluso en pleno verano, ya que sufría *delirium tremens*, y su cara tenía siempre un color carmín. Murió en el camino al pie de Brister's Hill, poco antes de que yo viniera a los bosques, así que no lo tuve como vecino. Visité su casa antes de que fuera derribada, cuando sus camaradas aún la evitaban como si se tratara de un «castillo hechizado». Todavía estaban allí sus viejos trajes arrugados por el uso, como si fueran él mismo, sobre su catre montado sobre un tablón. Su pipa estaba rota sobre la chimenea, en lugar del cántaro roto junto a la fuente[15]. El cántaro no habría podido ser nunca el símbolo de su muerte, pues me confesó que, si bien había oído hablar de la fuente de Brister, jamás la había visto. Por el suelo había esparcidos unos cuantos naipes sucios, reyes de diamantes, picas y corazones. Un pollo negro y silencioso como la noche, que el administrador de sus bienes no consiguió atrapar, con el cacareo perdido y a la espera del Sr. Zorro, se retiró a descansar en su percha de la habitación contigua. Al fondo se adivinaba el difuso esbozo de un huerto en el que se había sembrado, pero sin llegar a escardar, por culpa de los terribles accesos de la enfermedad, aunque ya era tiempo de cosecha. Estaba invadido por el ajenjo romano y las garrapatas, que, a falta de frutos, se adhirieron a mis ropas. Detrás de la casa había una piel

[14] Juego de palabras entre *Quoil* y *coil*, «desenrollar».

[15] Alusión a Eclesiastés 12, 6-7: «Antes que la cadena de plata se quiebre, y se rompa el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente, y la rueda sea rota sobre el pozo, y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio».

de marmota recién estirada, un trofeo de su último Waterloo, aunque el coronel ya no iba a necesitar ni gorro bien abrigado ni mitones.

Ahora, una hondonada en la tierra es la única señal que recuerda donde estuvieron esas casas, con las piedras de las bodegas sepultadas, las fresas, frambuesos, avellanos y zumaques creciendo en la hierba; algún pino tea o un roble nudoso ocupa el rincón de la chimenea, y un abedul negro de suave fragancia se inclina donde se hallaba quizás el umbral. A veces se puede ver aún el hueco del pozo del que una vez brotó un manantial; ahora no hay más que hierba seca y ni una lágrima; o tal vez el último de su estirpe lo ocluyó con una laja pétrea en las profundidades antes de partir, para que no fuera descubierto hasta un futuro aún lejano. ¡Qué triste tiene que ser cerrar un pozo mientras se abre la fuente de las lágrimas! Los huecos de estas bodegas, como viejas madrigueras abandonadas por los zorros, son todo lo que ha quedado donde una vez se escuchaba el bullicio y la agitación de la vida humana y donde «el destino, el libre albedrío y la presciencia absoluta»[16], bajo una forma u otra, en uno u otro dialecto, fueron sucesivamente objeto de debate. Pero todo lo que puedo aprender de sus conclusiones se reduce a esto: «Catón y Brister no eran trigo limpio», lo cual es tan edificante como la historia de las más famosas escuelas de filosofía.

Ha pasado una generación después de que desaparecieran la puerta, el dintel y el umbral, pero todavía crece vivaz la lila y sus flores despliegan un dulce aroma todas las primaveras, ofreciéndose al caminante contemplativo; plantada y cuidada en otra época por manos infantiles en arriates frente a la casa, ahora asienta junto a los cercados de pastos más lejanos y cede su lugar a los nuevos bosques, última de aquella estirpe y única superviviente de la familia. Mal podían imaginar aquellos niños con el rostro negruzco que el diminuto esqueje de dos yemas que clavaron en el suelo a la sombra de la casa, y que regaban a diario, arraigaría de ese modo y les sobreviviría tanto a ellos como a la casa, en esa zona sombreada, para convertirse en jardín y huerto del hombre y murmurar quedamente la historia de esa familia, medio siglo después de su desaparición, al caminante solitario, floreciendo tan bella y con tan

[16] Cita de *El paraíso perdido*, de John Milton (II, 557).

suave fragancia como en aquella prístina primavera. Me fijo en los tonos aún tiernos, delicados y alegres de la lila.

Pero ¿por qué se malogró esta pequeña ciudad, donde de verdad crecía algo grande, y en cambio Concord sigue en pie? ¿Acaso no había aquí ventajas naturales y privilegios hídricos? Ay, la profunda laguna de Walden y la fría fuente de Brister, el privilegio de esos largos y saludables tragos que estos hombres despreciaron, contentándose con diluir allí sus bebidas. Eran de una raza siempre sedienta. ¿No podrían haber prosperado aquí la cestería, la fabricación de escobas, felpudos, el tueste de maíz, el lino hilado o la cerámica, haciendo que el yermo floreciera como la rosa[17] y que una numerosa descendencia heredara la tierra de sus padres? El suelo estéril, por lo menos, habría sido una prueba contra una degeneración a causa de que los campos fueran fáciles. Ay, pobre homenaje el que ofrece la memoria de estos hombres a la belleza del paisaje que habitan... Tal vez la naturaleza haga una nueva prueba conmigo, como si fuera su primer colono, y mi casa, levantada la pasada primavera, se convierta en la más vieja de la aldea.

No sé de nadie que haya construido nunca en el lugar que yo ocupo. Libradme de una ciudad construida en el lugar de otra más antigua, cuyos materiales son ruinas, cuyos jardines son cementerios. Allí el suelo está pelado y maldito, y la propia tierra será destruida. Con estas reminiscencias repoblaba los bosques y arrullaba mi sueño.

***

En esa época del año apenas tenía visitas. Durante las semanas en que la nieve era más espesa nadie se aventuraba a llegar hasta mi casa, pero yo vivía allí tan cómodo como un ratón de campo o como el ganado o las gallinas, de los que se dice que pueden sobrevivir mucho tiempo enterrados bajo un ventisquero e incluso sin alimento; o como la familia de aquel pionero de la ciudad de Sutton, en nuestro estado de Massachusetts, cuya granja quedó

[17] Alusión a Isaías 35, 1: «Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo gozará y florecerá como la rosa».

completamente cubierta por la Gran Nevada de 1717 mientras él estaba ausente, y menos mal que un indio la localizó gracias al agujero que la respiración de la chimenea abrió en la nieve y de esa forma pudo salvar a la familia. Pero ningún indio amistoso se ocupó de mí, ni falta que hizo, pues el dueño de la casa estaba allí. ¡La Gran Nevada! ¡Cómo me gusta oír hablar de ella! Los granjeros no podían llegar hasta los bosques y pantanos con sus yuntas y se vieron obligados a talar los árboles que daban sombra en sus propiedades, y cuando la corteza helada de la nieve se endureció y consiguieron llegar hasta los pantanos, talaban los árboles a diez pies sobre el suelo, como se pudo ver con la llegada de la primavera.

Con las nevadas más fuertes, el sendero que yo seguía entre la carretera y mi casa, de una media milla de largo, podía representarse como una sinuosa línea de puntos separados por amplios intervalos. A lo largo de una semana de tiempo estable, di exactamente el mismo número de pasos y de la misma longitud a la ida y a la vuelta, caminando a propósito y con la precisión de un compás sobre mis propias y profundas huellas —a semejantes rutinas nos obliga el invierno—, pero a menudo las encontraba llenas del azul del cielo[18]. Sin embargo, ningún cambio de tiempo impedía necesariamente mis paseos, o más bien mis salidas al extranjero, pues muchas veces recorría ocho o diez millas, a través de la nieve más espesa, para acudir a una cita que tenía con un haya o con un abedul amarillo, o con un viejo conocido entre los pinos, cuando el hielo y la nieve doblaban sus ramas y aguzaban sus copas hasta convertirlos en abetos; o me abría camino a zancadas hasta las cimas de las colinas más altas cuando la nieve tenía un espesor de dos pies, sacudiéndome a cada paso una nevisca de la cabeza; y otras veces avanzaba incluso a cuatro patas, cuando los cazadores se habían retirado ya a sus cuarteles de invierno. Una tarde me divertí observando a un carabo (*Strix nebulosa*) posado en una rama muerta en la parte inferior de un pino blanco, cerca del tronco, a plena luz del día, apenas a una vara de distancia de donde me encontraba. Al moverme escuchaba el crepitar de la nieve bajo mis pies, pero era evidente que no me veía. Hice algo más de ruido y entonces

[18] William Ellery Channing anota en su copia de *Walden* que a Thoreau le gustaba hacer agujeros en la nieve mientras paseaban para ver reflejado en esas cavidades el azul del cielo.

alargó el cuello, desplegó las plumas del pescuezo y abrió mucho los ojos, pero sus párpados se entornaron de nuevo muy pronto y comenzó a dar cabezadas. Yo también me sentí presa de una cierta somnolencia después de observarlo durante media hora, ahí encaramado, con los ojos a medio cerrar, como un gato, como el hermano alado de un gato. Una estrecha hendidura separaba sus párpados, mediante la cual el carabo mantenía conmigo una relación peninsular; con los ojos casi sellados, miraba desde el país de los sueños y procuraba tomar conciencia de mi presencia, confuso objeto o mota de polvo que interfería en sus visiones. Al final, a causa de algún ruido más fuerte o de mi excesivo acercamiento, aumentó su inquietud y dio la vuelta perezosamente en su rama, como si se mostrara molesto por haber visto alterado su sueño; y no pude oír el menor ruido cuando salió volando entre los pinos, extendiendo sus alas de un tamaño inesperado. Así, guiándose entre las ramas más por un preciso sentido de la proximidad que por su vista, encontrando a tientas su ruta crepuscular gracias a la extrema sensibilidad de sus plumas, se fue en busca de una nueva percha donde esperar en paz el alba de su día.

Más de una vez, cuando recorría a pie el largo terraplén que se levantó entre los prados para permitir el paso del ferrocarril, me vi asaltado por fuertes ráfagas heladas, pues en ninguna otra parte el viento disponía de un campo de juego tan vasto; y en cuanto el frío me castigaba una mejilla, por muy pagano que me consideren, le ofrecía inmediatamente la otra[19]. El camino de carros que bajaba desde Brister's Hill no era mejor. De modo que para llegar hasta la ciudad prefería andar tranquilamente, como un indio amigable, mientras la nieve caída sobre los amplios campos abiertos se amontonaba contra los muros del camino de Walden y media hora bastaba para borrar las huellas del último caminante. Además, cuando regresaba ya se habían formado nuevos aludes, que no eran fáciles de superar, donde el infatigable viento del noroeste había estado depositando la polvorienta nieve en una curva del camino y no podía verse el rastro de un solo conejo, ni siquiera la fina impresión, en minúsculos caracteres, de un ratón de campo. Sin embargo,

[19] Alusión a Mateo 5, 39: «Pero yo os digo: "No os resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, dale también la otra"».

casi siempre encontraba, aun en pleno invierno, algún templado tremedal en el que la hierba y las fétidas coles exhibían su perenne verdor y en el que algun ave fuerte y osada esperaba a veces el retorno de la primavera.

De vez en cuando, a pesar de la nieve, cuando regresaba por las tardes después de mi paseo, me encontraba las profundas pisadas de un leñador que salían de la puerta de mi casa, así como su pila de virutas sobre la chimenea y el olor de su pipa. Si estaba en casa una tarde de domingo, podía escuchar el crujido de la nieve producido por las pisadas de un granjero sigiloso, que venía buscando mi morada desde lejos a través de los bosques para conseguir un poco de «cháchara»; era uno de los pocos representantes de su profesión que no era sólo un granjero, sino, y ante todo, un hombre, capaz de vestir una camisa en lugar de una toga de profesor, pero tan dispuesto a extraer las enseñanzas morales de la Iglesia o del Estado como a levantar una carga de estiércol en su establo. Hablábamos de aquellos tiempos rudos y sencillos en que los hombres se sentaban alrededor de grandes hogueras con el frío en los huesos y las ideas claras, y si no teníamos postre, le hincábamos el diente a una nuez[20] que nos habían dejado las sabias ardillas, porque por lo general las que tienen la cáscara más dura suelen estar vacías.

Quien vino hasta mi refugio desde más lejos, a través de la nieve más espesa y de funestas tempestades, fue un poeta[21]. Un granjero, un cazador, un soldado, un periodista y hasta un filósofo pueden acobardarse, pero nada puede intimidar a un poeta, pues éste actúa por puro amor. ¿Quién podría predecir sus idas y venidas? Su negocio lo requiere a cualquier hora, incluso cuando duermen los médicos. Hacíamos que mi pequeña casa retumbara con una alegría desbordante y resonara con el murmullo de conversaciones mucho más serias, consolando al valle de Walden de sus largos silencios. En comparación, el mismo Broadway resultaba calmo y desierto. A intervalos adecuados había salvas regulares de risa, que lo mismo podían referirse a la última broma o a la que estaba por llegar. Forjamos muchas teorías «llamativamente nuevas» sobre la

[20] Juego de palabras: en el original *nut*, que es tanto «nuez» como «misterio, acertijo».
[21] William Ellery Channing.

vida delante de un pequeño plato de gachas, que combinaban las ventajas de la camaradería con la lucidez que requiere la filosofía.

No debo olvidar que durante mi último invierno en la laguna di la bienvenida a otro visitante, que llegó a través de la ciudad, la nieve, la lluvia y la oscuridad hasta que, entre los árboles, divisó mi lámpara y compartió conmigo largas tardes de invierno[22]. Uno de los últimos filósofos, venido al mundo en Connecticut, que comenzó vendiendo todo tipo de mercancías de casa en casa para terminar vendiendo sus ideas. Todavía comercia con ellas, instigando a Dios y avergonzando a los hombres, con su cerebro como único fruto, como la nuez su meollo. Entre los vivos, creo que no hay otro hombre con una fe tan ardiente. Sus palabras y su actitud sugieren siempre un estado de las cosas mejor que aquél que conocen los hombres, y sería el último en sentirse decepcionado con la evolución de los tiempos. Su proyecto no concierne el presente. Incomprendido hoy, pero llegará su día: cuando las leyes ignoradas por la mayoría se hagan efectivas, y los cabezas de familia y los gobernantes acudan a pedirle consejo.

¡Qué ciego está quien no ve la serenidad![23].

Un verdadero amigo del hombre, casi el único amigo del progreso humano. Un Viejo Mortal[24], o más bien Inmortal, con paciencia y fe inagotables para hacer visible la imagen grabada en los cuerpos de los hombres, el Dios del que son monumentos derruidos y desfigurados. Su hospitalaria inteligencia abraza a los niños, los mendigos, los locos y los sabios, y los invita a pensar y a hacerlo con amplitud de miras y elegancia. Creo que debería regentar una enorme posada en el gran camino del mundo donde filósofos de todas las naciones pudieran pernoctar y en cuya enseña se leyera: «Bienvenido el hombre, no su bestia. Entrad quienes seáis dueños

[22] Amos Bronson Alcott (1799 – 1888), pedagogo y escritor.

[23] Cita de *The Life and Death of Thomas Wolsey, Cardinal* de Thomas Storer (1571 – 1604), poeta inglés.

[24] Apodo de Robert Paterson (1715 – 1801), un albañil que se dedicó a viajar por las tierras bajas de Escocia tallando inscripciones de las tumbas anónimas de los Convenants presbiterianos, y que inspiró la novela homónima de Sir Walter Scott.

de vuestras horas y de una mente serena, y busquéis con seriedad el camino verdadero». Quizá sea el hombre más sano y con menos sombras de cuantos he conocido, idéntico a sí mismo, tanto ayer como mañana. A su lado he caminado y conversado hasta dejar atrás el mundo, pues es un hombre absolutamente libre, *ingenuus*, ajeno a toda institución. Allá donde dirigiéramos nuestros pasos parecía que el cielo y la tierra se juntaban, pues su sola presencia realzaba la belleza del paisaje. Un hombre vestido de azul, cuyo techo ideal es la bóveda celeste que refleja su propia serenidad. No veo cómo podría morir: la naturaleza no puede estar sin él.

Como ambos teníamos algunas ripias de pensamiento bien secas, nos sentábamos y las mondábamos poniendo a prueba nuestras navajas y admirando la corteza amarillenta del pino blanco. Vadeábamos los cauces con tanta amabilidad y respeto, o remábamos juntos con tal suavidad, que los peces del pensamiento no se apartaban ni temían que les lanzáramos el anzuelo, sino que iban y venían majestuosamente, como las nubes que flotan hacia el oeste y los copos de madreperla que, a veces, se forman y disuelven allí. Así era nuestro lugar de trabajo, donde revisábamos la mitología, dándole vueltas a una fábula u otra y erigiendo castillos en el aire para los que la tierra no ofrecía unos cimientos dignos. ¡Gran observador! ¡Siempre expectante! Conversar con él era como leer *Las mil y una noches de Nueva Inglaterra*. Ah, qué debates tuvimos los tres, el ermitaño, el filósofo y el viejo colono del que ya he hablado, haciendo que mi pequeña casa se dilatara y estremeciera. No me atrevería a calcular el peso suplementario que se añadía a la presión atmosférica en cada pulgada cuadrada. Las junturas de la casa se abrían de tal modo que era conveniente calafatearla con la estopa del aburrimiento más tarde para que no se derrumbase, pero de ese tipo de materiales yo tenía una buena reserva.

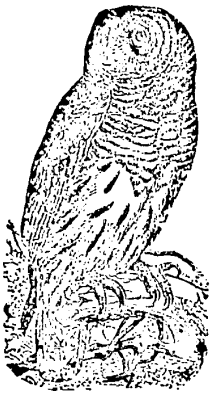
Había alguien más con quien debatía en «sólidas sesiones», dignas de recordar, en su casa de la ciudad, y que me visitaba de vez en cuando[25]; y ésta era toda la compañía que frecuentaba.

También allí, como ocurre en cualquier otro sitio, a veces esperaba al Visitante que nunca llega. Dice el *Visnú-Purana*: «Al atardecer, el amo de la casa debe sentarse en su patio tanto tiempo como

[25] Ralph Waldo Emerson.

lleva ordeñar una vaca, o más si lo desea, para esperar a su invitado»[26]. A menudo he cumplido con este deber de hospitalidad y he esperado el tiempo suficiente para ordeñar un rebaño entero de vacas, sin ver jamás al hombre aproximándose desde la ciudad.

[26] Cita del *Visnú-Purana*, en el original con traducción del sánscrito de H. H. Wilson (1840).



Cuando las lagunas se helaron por completo, no sólo se abrieron nuevas rutas más cortas hacia muchos lugares, sino también nuevos puntos de observación en su superficie desde los que contemplar el paisaje familiar que las rodea. Mientras atravesaba el lago de Flint cubierto por la nieve, a pesar de haber remado sobre sus aguas y patinado sobre su superficie helada con frecuencia, me pareció una inmensidad tan inesperada y sorprendente que no podía sino pensar en la bahía de Baffin. Las colinas de Lincoln se alzaban a mi alrededor en el confín de una llanura nevada en la que no recordaba haber estado con anterioridad, y los pescadores, a una distancia difícil de calcular, moviéndose con lentitud sobre el hielo junto a sus perros lobo, me parecían cazadores de focas o esquimales, entre la bruma parecían incluso animales fabulosos, y no habría sabido concretar si eran gigantes o pigmeos. Seguí esa ruta el día que fui a Lincoln para dar una conferencia, sin llegar a ver camino ni casa algunos en todo el trayecto que separa mi morada de la sala

de conferencias. En la laguna de Goose, que estaba en mi ruta, había una colonia de ratas almizcleras cuyas madrigueras se elevaban sobre el hielo, aunque no llegué a ver a ninguno de sus habitantes. Walden, que por lo general, y al igual que los otros lagos, no suele estar nevado, sino tener tan sólo algún ventisquero aislado y poco profundo, se convertía entonces en mi patio, por el que podía caminar libremente sobre dos pies de nieve llana mientras mis conciudadanos quedaban confinados en sus calles. Allí, lejos de esas calles y, salvo en contadas ocasiones, también del tintineo de los cascabeles de los trineos, me deslizaba y patinaba como en un gran corral bien allanado y despejado por los alces, rodeado por bosques de robles y majestuosos pinos doblados por la nieve o erizados de carámbanos.

En cuanto a los sonidos de esas noches de invierno, y a menudo también a los de sus días, oía las notas desamparadas, pero melodiosas, de un búho que ululaba desde una lejanía indefinida, un sonido como el que emitiría la tierra helada si fuera pulsada con el plectro adecuado, la auténtica *lingua vernacula* de los bosques de Walden, y que terminó por resultarme familiar sin llegar a ver nunca al ave que lo exhalaba. Rara vez abría mi puerta en una tarde de invierno sin oírlo: *Hou hou hou-eur hou*, un canto sonoro, las primeras tres sílabas acentuadas, algo así como *hou der do*; o, a veces, solamente *hou, hou*. Una noche, al comienzo del invierno, antes de que la laguna se helara, hacia las nueve, me sobresaltó el fuerte graznido de un ganso y, al caminar hacia la puerta, escuché el sonido de sus alas como una tempestad en los bosques cuando sobrevoló rasante mi casa. La bandada atravesó la laguna hacia Fair Haven, tal vez mi luz los disuadió de quedarse, mientras su comodoro no dejaba de graznar con ritmo regular. De repente, muy cerca de mí, inconfundible, un búho, con la voz más severa y poderosa que cualquier habitante de estos bosques haya escuchado, respondió a intervalos semejantes al ganso, como si quisiera acusar públicamente y avergonzar a ese intruso de la bahía de Hudson exhibiendo una voz indígena con mayor registro y volumen, expulsándolo con su *bou-hou* del cielo de Concord. ¿Qué te propones al alarmar a esta hora de la noche a la ciudadela que me ha sido consagrada[1]? ¿Piensas que alguna vez me

[1] Referencia a los gansos sagrados del templo de Juno que alertaron a la ciudad de la llegada de los galos en el año 390 d. C.

han sorprendido dando una cabezada a estas horas y que no tengo pulmones y laringe comparables a los tuyos? *¡Hou-hou hou-hou!* Fue una de las desavenencias más apasionantes que jamás he escuchado. Y, sin embargo, un buen oído registraría en ella los elementos armónicos como no se han visto ni oído en estas llanuras.

También oía los quejidos del hielo en el lago, mi gran compañero de cama en esa parte de Concord, como si estuviera desvelado en su lecho y quisiera darse la vuelta, molesto por las flatulencias y las pesadillas, o bien me despertaba el crujido de la tierra a causa de la escarcha, como si alguien hubiera conducido una yunta hasta mi puerta, y a la mañana siguiente encontraba una grieta en el suelo de una extensión de un cuarto de milla y una anchura de un tercio de pulgada.

De vez en cuando, durante las noches de luna llena, oía correr a los zorros sobre la corteza de nieve en busca de una perdiz o de otra presa, ladrando de manera alocada y demoníaca, como perros salvajes, como si los devorase la angustia y tratasen de expresar algo, luchando por alcanzar la luz y por convertirse en perros para correr libremente por las calles, pues si tuviéramos en cuenta las edades de las especies, ¿no se estaría produciendo una civilización entre las bestias al igual que entre los hombres? Los zorros me parecían hombres rudimentarios que vivían en madrigueras, aún a la defensiva y a la espera de su transformación. A veces alguno se acercaba a mi ventana, atraído por la luz, aullaba una maldición vulpina y se batía en retirada.

Por lo general, la ardilla roja (*Sciurus hudsonius*) me despertaba al amanecer corriendo por el techo y las paredes de la casa de un lado para otro, como si la hubiesen enviado desde los bosques con ese único propósito. A lo largo del invierno, arrojé sobre la nieve helada, cerca de la puerta, medio celemín de mazorcas de maíz dulce, sin madurar aún, y me divertí observando la actividad de los diversos animales a los que atrajo este cebo. Con el crepúsculo y avanzada ya la noche, venían los conejos y montaban un banquete. Durante el día iban y venían las ardillas rojas y me proporcionaban un buen entretenimiento con sus maniobras. Al principio, una de ellas se acercaba con cautela entre los robles jóvenes e inmediatamente comenzaba a correr sobre el hielo haciendo cabriolas, como una hoja agitada por el viento, unos cuantos pasos en una dirección con una velocidad extraordinaria y un enorme derroche de

energía, apresurándose de un modo inconcebible con sus patitas «trotadoras», como si de una apuesta se tratara, y a continuación otros tantos pasos en dirección opuesta, sin distanciarse más de media vara cada vez. Entonces se detenía en seco con una expresión burlona y daba un gran salto perfectamente injustificado, como si fuera el centro de todas las miradas del universo —pues todos los movimientos de una ardilla, incluso en los rincones más recónditos de los bosques, al igual que los de una bailarina, presuponen un espectador—, gastando más tiempo en paradas y en circunspección del que hubiera necesitado para recorrer la distancia entera —nunca he visto a una ardilla que simplemente diera un paseo—, hasta que, de repente, antes de que pudieras decir Jack Robinson[2], se encaramaba en la copa de un joven pino tea para dar cuerda a su reloj y regañar a todos sus espectadores imaginarios, hablando para sí y para el universo al mismo tiempo, por motivos que ignoro y que, imagino, ella tampoco conocía. Al final llegaba hasta el maíz, y tras elegir la mazorca adecuada volvía a brincar a su manera incierta y trigonométrica hasta la cúspide de mi pila de leña, ante mi ventana, desde donde me miraba cara a cara y descansaba durante varias horas, proveyéndose de vez en cuando de una nueva mazorca, royéndola al principio con voracidad y arrojándola a medio pelar, hasta que, poco a poco, se iba mostrando más sibarita, dando cuenta únicamente del meollo del grano, y si la mazorca, que pendía de sus garras desde uno de sus extremos, resbalaba y se le caía al suelo por un descuido, la ardilla la miraba desde arriba con una cómica expresión de incertidumbre, como si sospechara que la mazorca tuviera vida, sin decidirse a recogerla, a tomar otra nueva o a marcharse, pensando en el maíz y, al instante siguiente, en lo que decía el viento. Así, la muy descarada echaba a perder varias mazorcas cada mañana, hasta que, por fin, agarrando una más larga y voluminosa, de hecho bastante más grande que ella misma, volvía a los bosques sosteniéndola hábilmente, como haría un tigre con un búfalo, con la misma marcha zigzagueante y frecuentes paradas, arrastrándola con dificultad y tropezándose a menudo, creando con la mazorca una diagonal perfecta entre su verticalidad y la horizontalidad del suelo y

[2] Dicho proveniente de una canción popular del s. XVIII.

resuelta a transportarla pasase lo que pasase. Un animalillo singularmente frívolo y caprichoso, y que así se marchaba con su trofeo hasta donde vivía, tal vez en la copa de un pino a cuarenta o cincuenta varas de distancia, y más tarde era fácil encontrar granos de maíz diseminados por el bosque en varias direcciones.

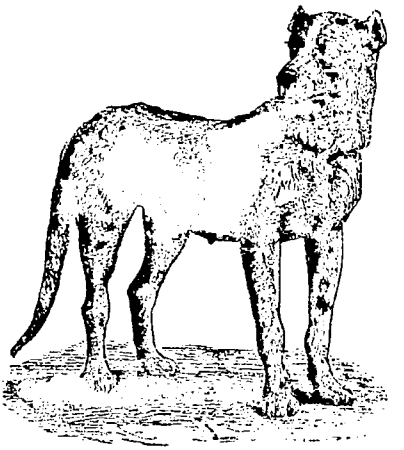
Luego llegaban los arrendajos, cuyos gritos disonantes se oían desde un cuarto de milla de distancia, y cada vez más alto en la medida en que se iban acercando, con cautela, y revoloteaban de un árbol a otro de manera furtiva y solapada, más y más cerca, y comenzaban a picotear los granos de maíz que las ardillas habían dejado caer. Posados en las ramas de algún pino tea intentaban tragar con premura un grano que era demasiado voluminoso para sus gargantas y se atragantaban, lo expulsaban con esfuerzo y empleaban una hora en desmenuzarlo con sus picos. Eran rateros declarados y yo les guardaba poco respeto; las ardillas, al contrario, si bien tímidas al principio, trabajaban como si tomaran lo que era suyo.

Entretanto llegaban las bandadas de carboneros, recogían las migajas que habían dejado caer las ardillas, volaban a la rama más cercana y, sujetándolas entre sus garras, las martilleaban con sus pequeños picos, como si se tratara de la corteza de un insecto, hasta que las desmenuzaban lo suficiente para hacerlas pasar por sus estrechos gaznates. Una pequeña bandada de estos carboneros venía diariamente a picotear en mi pila de leña o ante mi puerta con notas vagas, fugaces y ceceantes, parecidas al crujido de los carámbanos en la hierba, o bien con un alegre *di, di, di*, o, más rara vez, en días ya casi primaverales, con un agudo y estival *fi-bi* que me llegaba desde el bosque. Eran tan familiares que uno de ellos se posó en una brazada de leña que estaba transportando y picoteó sin temor entre las astillas. Una vez se posó un gorrión sobre mi hombro durante un instante mientras escardaba en un jardín de la ciudad y sentí más orgullo por esa distinción que por cualquier charretera que hubiera podido colgarme. Las ardillas también llegaron a familiarizarse por completo conmigo y a veces pasaban por encima de mi zapato si ése era el camino más corto para ellas.

Antes de que la nieve lo cubriese todo, y de nuevo a finales del invierno, al fundirse en la falda meridional de la colina y alrededor de mi pila de leña, las perdices salían del bosque por la mañana y por la tarde para alimentarse allí. Por donde sea que uno camine en el bosque, las perdices levantan el vuelo con estruendo, sacudiendo

la nieve de las hojas secas y las ramas más altas, que desciende después como un polvo dorado entre los rayos del sol. El invierno no intimida a esta intrépida ave. Con frecuencia la sepulta una nevada y se dice que «a veces se sumerge con un aleteo en la nieve blanda y permanece escondida durante uno o dos días». Yo solía sorprenderlas también en campo abierto, donde llegaban al atardecer desde los bosques para «injertar» los manzanos silvestres. Cada tarde acuden con regularidad a determinados árboles y allí las espera tendido el cazador astuto, una depredación que repercute negativamente en los huertos que se hallan fuera de la ciudad y ya próximos a los bosques. Me alegra que, de un modo u otro, la perdiz encuentre su alimento. El pájaro propio de la naturaleza, aquel que vive de brotes y decocciones.

En las oscuras mañanas o en las breves tardes de invierno, oía a veces a una jauría de sabuesos rastreando los bosques entre ladridos y gañidos, incapaces de resistirse al instinto de la caza, y también la nota intermitente del cuerno que daba prueba de que el hombre estaba tras ellos. Los bosques retumban una vez más y, sin embargo, ningún zorro irrumpía en la planicie de la laguna y ninguna de las jaurías perseguía allí a su Acteón. A la caída de la tarde veía a los cazadores con una cola de zorro atada a su trineo como único trofeo, de camino a su posada. Me cuentan que si el zorro permaneciese en el seno helado de la tierra, estaría a salvo, y tampoco podría alcanzarlo ningún sabueso si simplemente corriese en línea recta; sin embargo, cuando deja muy atrás a sus perseguidores, se detiene a descansar hasta que los escucha llegar, y entonces corre trazando círculos hasta llegar a su vieja madriguera, donde lo aguardan los cazadores. Otras veces, sin embargo, los zorros corren muchas varas a lo largo de un muro y luego saltan lejos hacia el otro lado. Y parecen saber que el agua no retiene su olor. Un cazador me contó que una vez vio a un zorro perseguido por una jauría arrojarse a la laguna de Walden, cuando el hielo estaba aún cubierto por charcos poco profundos y, tras recorrerla en parte, salió por la misma orilla por la que había entrado. Cuando llegaron los sabuesos ya se había desvanecido el rastro. Alguna vez, una jauría que cazaba por su cuenta pasaba ante mi puerta, ladrando y dando vueltas alrededor de mi casa sin ni siquiera mirarme, como si sufrieran un ataque de locura que les impidiera atender a nada que no fuese su presa. De modo que giraban y giraban hasta que daban



«Si un perro corre hacia ti, sílbale».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 26 de junio de 1840

con el rastro del zorro, que un buen sabueso antepondrá a cualquier cosa. Un día llegó un hombre a mi cabaña, venía caminando desde Lexington y me preguntó por su perro, que, según me dijo, dejaba huellas muy visibles y llevaba una semana cazando por su cuenta. Pero creo que de nada le sirvió cuanto le dije, porque cada vez que intentaba responder a sus preguntas, me interrumpía preguntándome a su vez: «¿Qué hace usted aquí?». Había perdido un perro, pero había encontrado a un hombre.

Un viejo cazador taciturno que solía venir a bañarse a Walden una vez al año, cuando el agua estaba más caldeada, y me visitaba en esas ocasiones, me contó que, hacía muchos años, una tarde tomó su rifle y salió a dar un paseo por el bosque de Walden. Mientras caminaba por el camino de Wayland oyó los ladridos de unos sabuesos que se acercaban, y al momento un zorro saltó por encima del muro hasta el camino y, tan rápido como el pensamiento, saltó de nuevo desde el camino sobre el otro muro y su rápido disparo no lo alcanzó. Detrás llegaron una vieja sabuesa y sus tres cachorros en plena persecución, batiendo por su cuenta, y desaparecieron en los bosques. Avanzada la tarde, cuando se hallaba descansando en el tupido bosque que hay al sur de Walden, oyó de nuevo el vocerío de los sabuesos hacia Fair Haven, aún a la captura del zorro, y los ladridos continuaron resonando en la espesura durante largo rato, a veces desde Well-Meadow, a veces desde la granja de Baker. Permaneció inmóvil durante un buen tiempo, escuchando esa música, tan agradable para los oídos de un cazador, cuando, de repente, apareció el zorro atravesando esos solemnes corredores, amortiguando su sonido con el susurro cómplice de las hojas, a paso ligero pero tranquilo, guardando las distancias y dejando muy atrás a sus perseguidores. Saltó sobre una roca en medio de la arboleda y se sentó tieso y atento, dando su lomo al cazador. Durante un momento, la compasión contuvo el gatillo, pero ésa fue una emoción pasajera y, rápido como el pensamiento, apuntó con su rifle y *¡bang!* El zorro rodó por la roca y quedó sin vida en el suelo. El cazador se mantuvo en su sitio y escuchó a los sabuesos acercándose, mientras los bosques cercanos retumbaban en cada una de sus veredas con su aullido demoníaco. Al final, la vieja sabuesa apareció con su hocico pegado al suelo, olfateando como una posesa, y corrió directamente hacia la roca, pero al ver al zorro muerto se detuvo como pasmada de asombro y comenzó

a rodearlo una y otra vez en silencio. Uno tras otro llegaron sus cachorros y, al igual que su madre, se mostraron serios y silenciosos ante el misterio. Entonces el cazador avanzó hasta colocarse en medio y aclararlo. Esperaron en silencio mientras despellejaba al zorro y cepillaba la piel, y finalmente se dieron media vuelta de nuevo hacia los bosques. Esa noche, un hacendado de Weston llegó hasta el refugio del cazador de Concord para preguntar por sus sabuesos y le contó que llevaban una semana cazando por su cuenta tras abandonar los bosques de Weston. El cazador de Concord le contó lo que sabía y le ofreció la piel del zorro, pero el otro no la aceptó y se marchó. Aquella noche tampoco encontró a sus perros, pero al día siguiente se enteró de que habían cruzado el río y habían pasado la noche en una granja que, de nuevo, habían dejado atrás después de conseguir allí algo de comida.

El cazador que me relató todo esto se acordaba de un tal Sam Nutting, que solía cazar osos en las altas cornisas de Fair Haven y acudía a Concord para cambiar las pieles por ron, y que le contó que allí arriba vio una vez un alce. Nutting tenía un famoso sabueso que se llamaba Burgoyne —él pronunciaba Bugine—, que mi informante solía tomar prestado. En el libro de cuentas de un viejo comerciante de la ciudad, que también era capitán, empleado municipal y diputado, hallé las siguientes entradas: «18 de enero de 1742-3, John Melven, crédito por un zorro gris, 0 libras, 2 chelines, 3 peniques». Ya no quedan zorros grises en esta zona. Y en su libro mayor, el 7 de febrero de 1743: «Ezequias Stratton tiene crédito por media piel de gato, 0 libras, 1 chelín, 4 peniques y medio». Naturalmente, se trataba de un gato montés, pues Stratton había sido sargento en la antigua guerra contra los franceses y no hubiera recibido crédito por una caza menos noble. También se daba crédito por pieles de ciervo, que se vendían a diario. Un hombre conserva aún los cuernos del último ciervo que se mató en estos parajes y otro me contó los detalles de la batida, en la que tomó parte su tío. En otro tiempo los cazadores formaban aquí una cuadrilla numerosa y alegre. Recuerdo bien a un delgado Nimrod[3] que agarraba una hoja al lado del camino y podía tocar con ella una tonada más

[3] Alusión al Génesis 10, 9: «Éste fue vigoroso cazador delante de Jehová; por lo cual se dice: "Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de Jehová"».

salvaje y melodiosa, si mi memoria no me engaña, que la de cualquier cuerno de caza.

A medianoche, cuando había luna, me topaba a veces en mi camino con sabuesos que rondaban por los bosques y me evitaban, silenciosos e inmóviles, como asustados, tras unos matorrales, hasta que pasaba.

Las ardillas y los ratones salvajes se disputaban mi reserva de nueces. Había veintenas de pinos tea alrededor de mi casa, con un diámetro de una a cuatro pulgadas, roídos por los ratones el invierno precedente, un invierno noruego para ellos, pues la nieve se mantuvo alta y durante largo tiempo, y se vieron forzados a incluir en su dieta una buena cantidad de corteza de pino. Esos árboles parecían vivos y florecientes a mediados del verano, y muchos de ellos crecieron más de un pie aunque se les sacó un aro completo de su corteza; pero el invierno siguiente, sin excepción, murieron todos. Llama la atención que a un solo ratón se le adjudique como almuerzo un pino completo, del que sólo roe la corteza de la base y deja intacto el resto del tronco; pero quizá esto sea necesario para eliminar una parte de esos árboles, que tienen tendencia a multiplicarse.

Las liebres (*Lepus americanus*) eran muy familiares. Una se ocultó durante todo el invierno bajo mi casa, separada de mí sólo por el entarimado, y cuando me levantaba cada mañana me sobresaltaba con su rápida escapada, *zamp, zamp, zamp*, golpeándose la cabeza contra los tablones. A la caída de la tarde solían venir cerca de mi puerta para mordisquear las mondaduras de patatas que yo arrojaba fuera, y su color era tan parecido al de la tierra que, si permanecían inmóviles, apenas podía distinguirlas. A veces, llegado ya el ocaso, veía a una de ellas quieta bajo mi ventana, dejaba de verla y la localizaba de nuevo. Cuando abría la puerta por la tarde, se escapaban entre chillidos y respingos. Al tenerlas cerca sólo sentía compasión. Un atardecer, una de ellas se sentó a dos pasos de mí, junto a la puerta, temblando de miedo al principio, pero incapaz de moverse; un pobre animalillo magro y huesudo, con las orejas gachas y la nariz afilada, la cola pequeña y las patas delgadas. Parecía como si la naturaleza no pudiera ya traer al mundo estirpes más nobles[4]

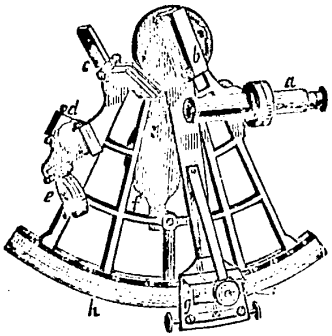
[4] Alusión a *Julius Caesar* de William Shakespeare (I, 2, 152): «Roma, has perdido la estirpe de la sangre más noble».

y se encontrara en las últimas. Sus grandes ojos parecían jóvenes y enfermos, casi hidrópicos. Di un paso y ¡hop!, dio un salto elástico y echó a correr sobre la nieve helada, alargando su cuerpo y sus patas con un movimiento grácil, y pronto puso los bosques entre ambos: salvaje y libre, aquel animal reafirmaba en realidad su vigor y la dignidad de la naturaleza. Su delgadez se explicaba ahora. Así es la naturaleza. (*Lepus, levipes*, de pies ligeros, según piensan algunos)[5].

¿Qué sería del campo sin conejos ni perdices? Son algunos de los animales más simples y autóctonos, familias ancianas y venerables, conocidas desde la Antigüedad hasta los tiempos modernos, tez y sustancia de la propia naturaleza, fundidos con las hojas y la tierra y entre ellos, cuadrúpedos o alados. Cuando un conejo o una perdiz se escabulle ante nuestros ojos, no creemos haber visto una criatura salvaje, sino un mero efecto natural, como las hojas susurrantes. La perdiz y el conejo prosperarán, como auténticos nativos ligados a la tierra, cualesquiera que sean las revoluciones que acontezcan. Si se talara el bosque, los retoños y arbustos que brotaran les proporcionarían escondite y serían más numerosos que nunca. La región que no albergue una liebre tiene que ser realmente pobre. En nuestros bosques abundan ambos y podemos verlos deambulando alrededor de cualquier tremedal, rodeados por cercados de ramas y trampas de crin de caballo preparadas por los vaqueros.

[5] Alusión a *Rerum rusticarum* de Marco Terencio Varrón: «Lucius Aelius pensaba que la liebre [*lepus*] recibía su nombre por su viveza, al ser un animal de pies ligeros [*levipes*]».

LA LAGUNA EN INVIERNO



Tras una tranquila noche de invierno, me desperté con la sensación de que me hubieran preguntado algo mientras dormía y de haber tratado de responder en sueños y en vano: ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde? Pero despertaba ya la naturaleza, en la que todos los seres viven, y se asomaba a mis amplias ventanas con rostro sereno y satisfecho sin que *sus* labios me preguntaran nada. Me desperté a una pregunta ya contestada: a la naturaleza y a la luz del día. La espesa nieve cubría la tierra moteada de jóvenes pinos y la propia ladera de la colina, en la que se asienta mi casa, parecía decir: ¡adelante! La naturaleza no pregunta ni responde sobre nada de todo aquello que nosotros, mortales, planteamos. Hace ya mucho tiempo que tomó su decisión. «Oh, príncipe, nuestros ojos contemplan con admiración y transmiten al alma el maravilloso y variado espectáculo del universo. Sin duda, la noche vela una parte de esta gloriosa creación,

pero el día viene de nuevo para revelarnos esta gran obra, que se extiende desde la tierra hasta las planicies del éter»[1].

Comienzo, por tanto, mi trabajo matutino. Primero tomo un hacha y un cubo y voy a por agua, aunque esto a veces sea un sueño. Después de una noche fría y nevosa, hace falta una varita mágica para encontrar agua. Cada invierno, la superficie líquida y temblorosa de la laguna, tan sensible al mínimo soplido y al reflejo de la luz y las sombras, se solidifica con una capa de un pie o pie y medio de profundidad, de modo que puede soportar hasta las yuntas más pesadas, y la nieve suele cubrirla con otro tanto de espesor, convirtiéndola en un campo llano. Como hacen las marmotas en las colinas circundantes, cierra sus párpados y se duerme durante tres meses o más. De pie sobre la planicie cubierta de nieve, como en un pastizal en medio de las colinas, perforo primero una vía de un pie de profundidad en la nieve y de otro pie más ya en hielo, y abro una ventana por la cual, arrodillado para beber, veo el tranquilo recibidor de los peces, invadido por una luz tenue, como filtrada por un vidrio esmerilado, con su lecho de arena tan brillante como en verano: reina allí, al abrigo de las olas, una serenidad perenne como en el cielo ámbar del crepúsculo, en correspondencia con el temperamento frío y constante de sus habitantes. El cielo se halla bajo nuestros pies tanto como sobre nuestras cabezas.

Por la mañana temprano, cuando el hielo aún mantiene todas las cosas petrificadas, vienen algunos hombres con sus cañas de pescar y un almuerzo frugal, y dejan caer sus sedales a través del campo nevado para pescar lucios y percas; hombres salvajes que instintivamente obedecen a otras maneras de ser y confían en autoridades distintas a las de sus conciudadanos, y que, con sus idas y venidas, tejen en las ciudades redes sin las cuales éstas se desgarrarían. Se sientan en la orilla sobre las hojas secas de los robles, abrigados con gruesas prendas de lana, y devoran su almuerzo, tan versados en el conocimiento tradicional de la naturaleza como el ciudadano lo está en el del artificio. Nunca consultan libros, saben y hacen cosas de las que no sabrían hablar. Se dice que sus prácticas, en realidad, no se conocen aún. Uno de ellos pesca lucios usan-

[1] Traducción del propio Thoreau de libro de Alexandre Langlois, *Harivansa, ou Histoire de la famille de Hari* (1835).

do perca adulta como cebo. Al mirar su cubo uno se asombra, como si viera un estanque en verano, como si fuera él quien guardase la llave del verano o conociera dónde se refugia esa estación. Díganme, por favor, ¿cómo ha conseguido todos estos peces en pleno invierno? Ah... encontró los gusanos en los troncos podridos que deja la tierra al helarse y así pescó las percas. Su propia vida penetra la naturaleza más de lo que lo hacen las investigaciones del naturalista; él mismo es materia de estudio para éste. El naturalista levanta suavemente el musgo y la corteza con su navaja en busca de insectos; el pescador trocea los troncos hasta el cerno con su hacha, de modo que el musgo y la corteza salen volando. Se gana la vida descortezando los árboles. Un hombre así tiene al menos cierto derecho a pescar y me alegra ver que la naturaleza se manifiesta a través de él. La perca se traga el gusano de la madera, el lucio se traga a la perca y el pescador al lucio, y así se colman todas las aberturas de la escala del ser.

Cuando paseaba alrededor de la laguna y había bruma, a veces me divertía observando las técnicas primitivas de algún pescador más rudo. Por ejemplo, colocaban ramas de aliso sobre los angostos orificios hechos en el hielo, que distaban entre sí y de la orilla cuatro o cinco varas, y tras asegurar el extremo del sedal a un palo para impedir que fuera arrastrado al agua, pasaban la parte floja del sedal sobre una de las ramas de aliso, a un pie sobre el hielo, enhebrando una hoja de roble seca, la cual, al bajar, indicaba que había picado alguno. Al caminar contorneando la laguna, las ramas de aliso asomaban a través de la bruma a intervalos regulares.

¡Ah, los lucios de Walden! Cuando los veo tendidos sobre el hielo, o en el hueco que abre el pescador para que suba algo de agua, siempre me sorprende su belleza peregrina, como si fueran peces fabulosos, extraños a las calles y los bosques, como es extraña Arabia a nuestra vida en Concord. Poseen una belleza deslumbrante y trascendente que los aleja, y muchas millas, de los cadavéricos bacalaos y abadejos, cuya fama se trompetea en nuestras calles. No son verdes como los pinos, ni grises como las piedras, ni azules como el cielo, sino que, a mis ojos, tienen colores más raros, parecidos a los de las flores y las piedras preciosas, como si fueran las perlas, los *nuclei* animalizados o los cristales del agua de Walden. Naturalmente, esos lucios están rodeados por Walden y cada uno de ellos es un pequeño Walden del reino animal, son waldenses.

Es sorprendente que se pesquen aquí, que en este manantial profundo y vasto, muy por debajo de las rechinantes yuntas y carruajes y de los cascabeleros trineos que recorren el camino de Walden, nade este gran pez dorado y esmeralda. Nunca lo he visto en un mercado, atraería todas las miradas. Entregan fácilmente sus espíritus acuáticos con unas cuantas sacudidas convulsivas, como un mortal trasladado antes de tiempo hasta el liviano aire del cielo.

Deseoso por reencontrarme con el fondo de la laguna de Walden, perdido para mí hacía tiempo, a comienzos de 1846 lo examiné cuidadosamente con ayuda de la brújula, la cadena de medir y la sonda, antes de que el hielo se agrietara. Se contaban muchas historias sobre el fondo de esta laguna o, mejor dicho, sobre su inexistencia, que en realidad carecían de todo fundamento. Es increíble durante cuánto tiempo los hombres pueden llegar a creer que un lago no tiene fondo, en lugar de tomarse el trabajo de sondearlo. En un solo paseo por esta región he visitado dos Lagos Sin Fondo de ese tipo. Muchos han creído que Walden atravesaba por completo el orbe hasta las antípodas. Algunos, que estuvieron tendidos boca abajo un buen rato sobre el hielo, mirando a través de ese medio engañoso, acaso, y para colmo, con los ojos llorosos por el frío y apremiados por el temor de coger frío en el pecho, concluyeron que habían visto grandes agujeros «por donde cabría una carretada de heno» si alguien pudiera llevarla hasta allí, la fuente indudable de la Estigia y la entrada desde estos alrededores a las regiones infernales. Otros han venido desde la aldea con un peso de acero de cincuenta y seis libras y un carro cargado de cuerda de una pulgada, pero no han encontrado el fondo, pues mientras el «cincuenta y seis» descansaba en el fondo, ellos seguían largando cuerda en un vano intento de sondear su insondable capacidad para maravillarse. Pero puedo asegurar a mis lectores que Walden tiene un fondo razonablemente firme a una profundidad igualmente razonable, aunque poco corriente. La sondeé sin mayor problema gracias a un sedal y una piedra que pesaría libra y media, y puedo decir con exactitud en qué momento dejó de tocar la piedra el fondo, pues en ese momento pude tirar de ella con menos fuerza gracias a la ayuda del agua que quedaba ya debajo. La hondura máxima era de ciento dos pies exactamente, a los que pueden añadirse los cinco pies que desde entonces ha medrado, con lo que suma un

total de ciento siete pies. Para un área tan pequeña, es una hondura importante, pero la imaginación no debe prescindir de una sola pulgada. ¿Qué pasaría si todas las lagunas fueran poco profundas? ¿No se resentiría el espíritu de los hombres? Me siento agradecido porque esta laguna se creara profunda y pura como un símbolo. Mientras los hombres sigan creyendo en lo infinito, se pensará que algunas lagunas carecen de fondo.

El dueño de una fábrica, tras conocer la medida que yo había sondeado, pensó que aquello no podía ser cierto, pues, a juzgar por su conocimiento de las presas, dedujo que la arena no podría sostenerse sobre una pendiente tan abrupta. Pero las lagunas más profundas no lo son en proporción a su área, como suponen muchos, y, si fueran desecadas, no se convertirían en valles importantes. No son tazas rodeadas por colinas: de hecho, Walden, que en relación a su extensión tiene una hondura tan infrecuente, en una sección vertical que atravesase su centro, no parecería más profunda que un plato llano. Casi todas las lagunas, una vez desecadas, dejarían un prado no más profundo que los que vemos con frecuencia. William Gilpin, con conocimiento tan admirable en lo relativo a los paisajes, y por lo general tan exacto, hallándose en el extremo de Loch Fyne, en Escocia, que describe como «una bahía de agua salada de una profundidad de sesenta o setenta brazas y una anchura de cuatro millas», y una longitud de unas cincuenta millas, rodeado por montañas, observa: «Si lo hubiéramos visto tras la catástrofe del diluvio, o el cataclismo que la naturaleza ocasionó, antes de que las aguas se derramaran, ¡qué horrible abismo debía de parecer!

> Tan alto como se elevan las tumefactas colinas, tan bajo
> Se sume un hueco vasto y profundo,
> Espacioso lecho de las aguas[2].

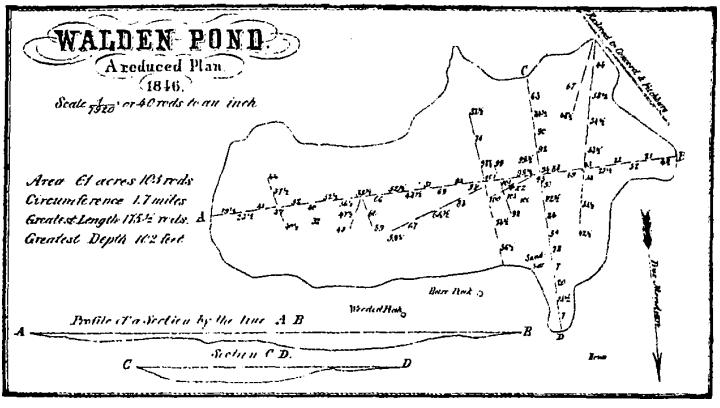
Pero si tomáramos el diámetro más corto de Loch Fyne y aplicásemos esta proporción a Walden, la cual, como ya hemos visto, asemeja un plato llano en su sección vertical, sería entonces cuatro veces menos profundo. Y eso sería todo con respecto a los

[2] Cita de *El paraíso perdido*, de John Milton (VII, 288).

horrores del abismo de Loch Fyne, en el caso de que se vaciara. Sin duda muchas vegas sonrientes, con sus dilatados campos de maíz, ocupan exactamente tales «horridos abismos» de los que se retiraron las aguas, aunque hagan falta la penetración y la perspicacia de un geólogo para convencer de ese hecho a los descuidados habitantes. A menudo, un ojo curioso puede descubrir las orillas de un lago primitivo entre las colinas bajas del horizonte, sin que haya sido necesaria una elevación posterior del terreno para ocultar su historia. Pero como bien saben quienes trabajan en las carreteras, es más fácil hallar las depresiones del terreno después de un chaparrón, cuando se han formado ya los charcos. En suma, si le damos la menor licencia a la imaginación, cavará más profundo y se elevará más alta que la naturaleza. Del mismo modo, probablemente se descubrirá que la profundidad del océano no es demasiado imponente si se compara con su extensión.

Mientras sondaba a través del hielo pude determinar la forma del fondo de la laguna con mayor exactitud de la que es posible al medir fondeaderos cuya superficie no se hiela, y me sorprendió su regularidad general. En la parte más honda hay una extensión de varios acres más llana que casi cualquier campo expuesto al sol, a los vientos y al arado. En una de mis mediciones, hecha siguiendo una línea al azar, la profundidad no varió más de un pie en treinta varas, y por lo general, cerca del centro, pude calcular de antemano, con un margen de error de tres o cuatro pulgadas, las variaciones que seguían trechos de hasta cien pies. Se habla de simas profundas y peligrosas, incluso en lagunas tranquilas y arenosas como Walden, pero la acción del agua en estos lugares tiende, por el contrario, a nivelar el fondo. La regularidad del mismo y su adecuación a las orillas y a la línea de las colinas cercanas eran tan perfectas que un promontorio distante se manifestaba en los sondeos a lo largo de la laguna y podía fijarse su posición simplemente observando la orilla opuesta. El cabo se convierte en alfaque y en banco de arena, y el valle y la garganta en aguas profundas y en canal.

Observé esta notable coincidencia al dibujar el plano de la laguna en una escala de diez varas por pulgada y anotar el resultado de los sondeos, que fueron en total más de cien. Advertí que la anotación que indicaba la mayor profundidad estaba aparentemente en el centro del mapa, de modo que, para determinar el centro, tracé con una regla una línea sobre la longitudinal mayor, otra


WALDEN POND.
A reduced Plan.
1846.
Scale 1/7920 or 40 rods to an inch.
Area 61 acres 103 rods
Circumference 1.7 miles
Greatest Length 175½ rods.
Greatest Depth 102 feet.
Profile of a Section by the line A B
Section C D.
Bare Pink
Wooded Pink
Sand
Bus Meadows
Railroad to Concord & Fitchburg

perpendicular a ésta sobre la transversal mayor, y resultó, para mi sorpresa, que el cruce de ambas líneas se producía *exactamente* en el punto de mayor profundidad, a pesar de que la parte central es casi uniformemente llana y el perfil de la laguna dista mucho de ser regular (tanto la longitud como la anchura las obtuve midiendo el interior de las calas). Entonces me dije: ¿quién sabe si esta pista pudiera llevarnos de la misma manera a conocer el punto más profundo del océano o de otra laguna o de un charco? ¿No servirá también para medir la altura de las montañas, entendidas como antítesis de los valles? Sabemos que una colina no alcanza su punto más elevado en la parte más angosta.

Observé que, sobre cinco calas, tres que fueron sondeadas tenían un alfaque que cruzaba sus bocas y mayor profundidad en el interior, de forma que la bahía tendía a ser una expansión de agua dentro de la tierra, no sólo en sentido horizontal, sino también en vertical, y a formar una cuenca o laguna independiente, y la dirección de los cabos indicaba la del alfaque. Todos los fondeaderos marítimos tienen también su alfaque a la entrada. Conforme la boca de la cala es más amplia, aumenta la profundidad del alfaque respecto de la cuenca. Dados, pues, el ancho y el largo de la cala, y las características de la orilla circundante, se tienen los elementos necesarios para deducir una fórmula válida con carácter general.

Para comprobar con qué exactitud podía calcular el punto más profundo de una laguna, tomando como referencia esta experiencia y observando tan sólo el contorno de su superficie y las características de su orilla, delineé un plano de la laguna White, que tiene una extensión de unos cuarenta y un acres, y que, al igual que Walden, carece de islas, afluentes o aliviaderos conocidos. Como la línea de mayor anchura caía muy cerca de la línea de menor anchura, trazadas entre dos bahías que se separaban y dos cabos opuestos que se aproximaban el uno al otro, me aventuré a señalar como punto más profundo uno situado a corta distancia de esta última línea y siempre sobre la línea de mayor anchura. Finalmente resultó que el lugar más profundo distaba menos de cien pies de ese punto, siempre hacia la dirección por la que yo me inclinaba, y tenía sólo un pie más de profundidad, sesenta en total. Naturalmente, si la laguna hubiera estado atravesada por un río o hubiese habido una isla, el problema se habría complicado mucho más.

Si conociésemos todas las leyes de la naturaleza, tan sólo precisaríamos un hecho, o la descripción de un único fenómeno, para deducir todos los resultados consiguientes. Pero apenas conocemos unas cuantas leyes y nuestros resultados están falseados, no por una confusión o irregularidad de la naturaleza, por supuesto, sino por nuestro desconocimiento de los elementos esenciales para ese cálculo. Nuestras nociones de ley y armonía se limitan normalmente a los casos que investigamos, pero la armonía resultante de un número muchísimo mayor de leyes, en apariencia excluyentes pero en realidad concordantes, y que escapan a nuestra atención, es realmente maravillosa. Las leyes particulares son como nuestros puntos de vista, como le sucede al viajero, cuya visión de la montaña varía con cada paso que da y le ofrece un número infinito de perfiles, aunque exista una única forma absoluta. Aunque la rajemos o la perforemos, no podremos comprender la montaña en su totalidad.

Mis observaciones sobre la laguna no son menos ciertas en el terreno de la ética. Es la ley del término medio. La regla de los dos diámetros no solamente nos guía hacia el sol en nuestro sistema y hacia el corazón en nuestro cuerpo, sino que, si trazáramos líneas que señalasen el largo y el ancho del conjunto de las conductas cotidianas y propias de un hombre, y tuviéramos en cuenta el oleaje de su vida y sus calas y afluentes, encontraríamos en esa intersección la altura o profundidad de su carácter. Quizá no precisemos conocer más que la inclinación de sus orillas y el terreno o circunstancias adyacentes para deducir su profundidad y su fondo oculto. Si lo rodean circunstancias montañosas, una orilla aquilea, cuyos picos arrojan sombra sobre su seno y se reflejan en él, cabría pensar en una profundidad comparable. Pero una orilla baja daría prueba de su superficialidad. En nuestros cuerpos, una frente despejada y prominente indica una profundidad de pensamiento análoga[3]. También hay un alfaque a la entrada de cada cala o inclinación particular de un hombre, que nos sirven de fondeadero durante una temporada y donde permanecemos detenidos y parcialmente rodeados de tierra. Por lo general, estas inclinaciones no son caprichosas, sino que su forma, extensión y dirección vienen determinadas por los promontorios de la orilla, sus antiguos ejes

[3] Referencia a la frenología, muy popular en tiempos de Thoreau.

de elevación. Cuando el alfaque crece a causa de las tormentas, las mareas o las corrientes, o porque el nivel de las aguas desciende, de manera que emerge a la superficie, lo que en un principio era una inclinación en la orilla donde se había refugiado un pensamiento se convierte en un lago independiente, separado del océano, donde el pensamiento establece sus propios principios, cambia, quizás, de salado a dulce, y se convierte en un mar interior, un mar muerto o un pantano. A la llegada de todo individuo a este momento de la vida, ¿no podríamos suponer que un alfaque ha asomado en algún lugar a la superficie? Es verdad que somos tan pésimos navegantes que la mayor parte de nuestros pensamientos costea un litoral sin ensenadas, no conoce sino los recovecos generales de las bahías de la poesía y se dirige hacia los puertos de acceso público y los diques secos de la ciencia, donde es simplemente aparejada de nuevo para este mundo y donde ninguna corriente natural puede ayudarla a obtener la mínima originalidad.

En lo referente a los afluentes y aliviaderos de Walden, no he encontrado ninguno más allá de la lluvia, la nieve y la evaporación, aunque quizás pudieran hallarse con un termómetro y una cuerda, pues deberían estar donde el agua esté más fresca en verano y más templada en invierno, lo que indicaría la entrada de una corriente. Entre 1846 y 1847 llegaron trabajadores con la misión de cortar y extraer hielo de la laguna, pero un día los bloques enviados a la orilla fueron rechazados por aquellos que los recogían allí, argumentando que no tenían el suficiente espesor para quedar almacenados sobre los anteriores; los que cortaban el hielo se dieron cuenta de que dentro de una misma zona de la laguna había variaciones en el grosor de hasta dos y tres pulgadas, lo que les hizo pensar que allí había un afluente. También me mostraron en otro lugar lo que ellos llamaban un «coladero» a través del cual la laguna daba salida al agua, pasando por debajo de una colina, en un prado cercano, y me remolcaron sobre un bloque de hielo para que lo viera. Se trataba de una pequeña cavidad a diez pies de profundidad, pero creo estar en condiciones de asegurar que la laguna no necesita soldadura alguna mientras no se encuentre una grieta mayor. Alguien propuso que la conexión del «coladero» con el prado, de haberla, podría demostrarse vertiendo serrín o polvo coloreado por la cavidad y colocando en el manantial del prado un filtro que retendría algunas de las partículas transportadas por la corriente.

Mientras efectuaba estas observaciones, el hielo, que tenía dieciséis pulgadas de espesor, ondulaba como si fuera agua en cuanto se levanta una mínima brisa. Es bien sabido que sobre el hielo no se puede utilizar un nivel. A poca distancia de la orilla, su mayor fluctuación, observada desde la tierra gracias a un nivel dirigido hacia una vara graduada y clavado en el hielo, era de tres cuartos de pulgada, aunque el hielo parecía firmemente soldado a la orilla; probablemente fuera mayor en el centro de la laguna. ¿Quién sabe si no podríamos detectar las ondulaciones sobre la corteza terrestre si nuestros instrumentos fueran lo bastante sensibles? Cuando apoyaba dos de los soportes de mi nivel sobre el suelo y el tercero sobre el hielo, y dirigía la mira hacia allí, una infinitesimal subida o bajada del hielo arrojaba una diferencia de varios pies sobre la medida de un árbol al otro lado de la laguna. Cuando comencé a perforar orificios para mis sondeos, había tres o cuatro pulgadas de agua sobre el hielo, bajo una espesa capa de nieve que había quedado hundida a ese nivel, pero el agua comenzó a circular inmediatamente por esos agujeros y continuó fluyendo durante dos días en corrientes más profundas que fundieron el hielo a su paso y contribuyeron, al menos en gran medida, a secar la superficie de la laguna, porque la afluencia de agua elevaba y reflotaba el hielo. Era como abrir un agujero al fondo de un barco para permitir que el agua saliera. Cuando esas perforaciones se hielan y llega la lluvia, y una nueva helada lo recubre todo con una capa nueva y tersa, aparecen figuras oscuras que motean el interior, algo así como una telaraña, que podríamos llamar rosetas de hielo, producidas por los canales excavados por el agua que fluyen desde todos los lados hacia el centro. A veces, también, cuando el hielo estaba cubierto de charcos superficiales, veía una sombra doble de mí mismo, asentando la primera sobre la cabeza de la segunda, una en el hielo, la otra en los árboles o en la ladera de la colina.

Mientras el mes de enero sigue siendo frío, la nieve espesa y el hielo sólido, el propietario previsor viene de la ciudad a proveerse de hielo, que durante el verano servirá para enfriar sus bebidas; impresionante sensatez, patética incluso, la que lleva a prever en enero el calor y la sed de julio, ¡vistiendo un abrigo y unos mitones!, cuando se descuidan tantas otras cosas. No creo que se preocupe de la misma manera por amontonar en este mundo tesoros que enfríen

su bebida en el próximo. Corta y sierra la sólida laguna, destecha la casa de los peces y se lleva en su carro su elemento vital, sujeto con cadenas y estacas como un haz de leña, desde el aire del invierno hacia bodegas invernales para sustentar desde allí el verano. Visto de lejos, mientras atraviesa las calles, parece el azur celeste solidificado. Estos neveros son una raza alegre, pletóricos con sus bromas y su recreo; cuando iba con ellos solían invitarme a serrar a dos en los agujeros de hielo, conmigo en la parte inferior.

En el invierno de 1846 a 1847 vino un centenar de hombres de las regiones hiperbóreas que, una mañana, descendieron precipitadamente hasta nuestra laguna con carretas llenas de utensilios de labranza de aspecto desgastado, trineos, arados, sembradoras, cuchillas para la hierba, palas, sierras, rastrillos, y todos estaban armados con un pico de doble punta cuya forma no aparece descrita en *El granjero de Nueva Inglaterra* ni en el *Cultivator*[4]. No sabía si venían a sembrar centeno de invierno o alguna otra especie de cereal importada recientemente de Islandia. Como no vi abono, pensé que irían a rastrillar la tierra, como había hecho yo, presuponiendo que el suelo era profundo y que habría estado bastante tiempo barbechado. Dijeron que un hacendado, que permanecía en el anonimato, deseaba doblar su capital, que, según entendí, ascendía ya a medio millón de dólares, pero, a fin de cubrir cada dólar con otro nuevo, hizo descubrir la piel de la laguna de Walden quitándole su abrigo en pleno y crudo invierno. Comenzaron a trabajar enseguida, arando, rastrillando, pasando el rodillo, trazando surcos, todo con un orden admirable, como si estuvieran empeñados en convertir la laguna en una granja modelo; pero cuando me fijé para ver qué clase de simiente dejaban caer en los surcos, una caterva de tipos que no andaban muy lejos de mí comenzaron de repente a levantar el moho virgen con ganchos, tirando bruscamente y de un modo peculiar hasta encontrar la arena, o más bien el agua —pues como toda la *terra firma*, aquél era un suelo lleno de acuíferos—, y la cargaban en trineos, de modo que deduje que estaban extrayendo turba del pantano. Iban y venían todos los días, con el silbido peculiar de la locomotora, desde y hasta algún lu-

[4] *New England Farmer* (1822 – 71) y *Boston Cultivator* (1839 – 76), revistas de la época sobre agricultura.

gar de las regiones polares, y me parecía que se asemejaban a una bandada de aves árticas. Pero a veces la india Walden sabía vengarse y un jornalero que caminaba tras su yunta se deslizaba por una grieta hacia el Tártaro, y aquel que tan valiente se había mostrado antes de repente no llegaba a ser sino la novena parte de un hombre, a punto estaba de entregar su calor animal y podía sentirse afortunado de refugiarse en mi casa, donde reconocía que mi estufa poseía no pocas virtudes; otras veces el suelo helado arrancaba un pedazo de acero de la reja del arado o el arado quedaba encajado en un surco de hielo y había que sacarlo en pedazos.

No me andaré con rodeos: todos los días venían cien irlandeses con capataces yanquis desde Cambridge para llevarse el hielo de la laguna. Lo dividían en barras utilizando métodos bien conocidos que no hace falta detallar y las cargaban en trineos hasta la orilla, donde las arrastraban rápidamente sobre una plataforma y las alzaban con ganchos de hierro, poleas y aparejos, tiraban de ellas con caballos y las hacinaban con firmeza, como si fueran barriles de harina, y allí las colocaban a nivel, cara con cara y fila sobre fila, como si formaran la sólida base de un obelisco proyectado para perforar las nubes. Me contaron que en un buen día podían sacar mil toneladas, lo que equivale aproximadamente a un acre. El paso de los trineos sobre una misma huella desgastaba el hielo y producía profundos surcos y baches del tamaño de una cuna, como si fuera *terra firma*, y los caballos comían su avena en bloques de hielo excavados como baldes. Apilaban las barras al aire libre en una pila de treinta y cinco pies de altura por seis o siete varas de ancho, poniendo heno entre las capas externas para evitar que pasara el viento, pues aunque no tan frío como el hielo, encontraría su hueco a través de las barras y produciría grandes cavidades, reduciendo algunas barras y terminando por derribar la estructura. Al principio parecía Walhalla, o una vasta fortaleza azul, pero cuando el áspero heno de los prados comenzó a servir de relleno en las rendijas y se cubrió la pila con escarcha y carámbanos, asemejó más bien una ruina venerable, cana y cubierta de musgo, construida con un mármol de vetas azul, la morada del Invierno, ese anciano que vemos en el almanaque, su propia choza, como si tuviera la intención de veranear con nosotros. Calculaban que un veinticinco por ciento del hielo no se mantendría hasta su destino, y que un dos o tres por ciento se perdería en los

vagones. Sin embargo, lo cierto es que una parte mayor de esa montonera tuvo un destino distinto al previsto, pues ya fuera porque no se conservó tan bien como se esperaba, pues contenía más aire del que debía, o por alguna otra razón, nunca llegó al mercado. Apilada en el invierno de 1846 a 1847, y con un peso estimado de mil toneladas, se cubrió finalmente con heno y maderas, y no se descubrió hasta el mes de julio para transportar una parte, momento a partir del cual el resto permaneció expuesto al sol y, sin embargo, resistió todo ese verano y el invierno siguiente y no se fundió completamente hasta septiembre de 1848. Fue entonces cuando la laguna recuperó la mayor parte.

Visto desde cerca, el hielo de Walden, como sucede con su agua, es de color verde, pero a distancia es de un azul bellísimo, y se distingue con facilidad del hielo blanco del río o del hielo puramente verdoso de algunos lagos que se encuentran a un cuarto de milla de distancia. A veces alguno de esos grandes bloques resbala del trineo de un nevero, cae a una calle de la ciudad y yace allí durante una semana, como una gran esmeralda, recibiendo la atención de los transeúntes. He observado que una porción de Walden que era verde en estado líquido a menudo parece azul cuando se congela, aun cuando se observe desde el mismo punto de vista. Así, las hondonadas cercanas a la laguna se llenan durante el invierno con un agua verdosa semejante a la de Walden, que un día después se convierte en hielo azul. Quizá el color azul del agua y del hielo se deba al aire que contienen y a la luz: a más trasparencia, más azul. Es interesante observar el hielo. Hay quien me asegura que algunos bloques se han conservado intactos en los neveros de la laguna Fresh desde hace cinco años. ¿Por qué el agua de una tinaja se pudre enseguida mientras que la de un bloque de hielo se mantiene en perfecto estado[5]? Suele decirse que ésta es la diferencia entre los afectos y la inteligencia.

Así, durante dieciséis días vi desde mi ventana a cien hombres afanados en su tarea como laboriosos campesinos, con yuntas y caballos y todos los utensilios agrícolas aparentemente necesarios, una imagen similar a la de la primera página del almanaque, y cada

[5] La pregunta de Thoreau no es retórica, pues entonces no se conocía aún cuál era la acción de las bacterias.

vez que miraba me acordaba de la fábula de la alondra y los segadores[6], o de la parábola del sembrador[7] y de otras semejantes. Ahora se han ido todos y dentro de treinta días probablemente contemplaré desde esta misma ventana el agua pura y verde como el océano de Walden, reflejando las nubes y los árboles, evaporándose hacia la soledad del aire, y no quedará rastro del paso de esos hombres por aquí. Quizá escuche la risa de un colimbo solitario que se zambulle y se arregla el plumaje con el pico, o contemple a un huidizo pescador en su bote, como una hoja a la deriva, observando su reflejo en las aguas, donde hacía poco trabajaba tranquilamente un centenar de hombres.

Así es como, al parecer, los achicharrados habitantes de Charleston y Nueva Orleans, de Madrás, Bombay y Calcuta, beben de mi pozo. Por la mañana baño mi intelecto en la formidable y cosmogónica filosofía del Bhagavad Gita, desde cuya composición han transcurrido años de dioses[8], y en comparación con la cual tanto nuestro mundo moderno como nuestra literatura parecen exiguos y triviales; es tan sublime y se halla tan alejada de nuestras concepciones que pienso que tal vez deberíamos referir esa filosofía a un estado anterior de la existencia. Dejo mi libro y voy a mi fuente a buscar agua y, ¡oh!, me topo allí con el siervo de Brahma, de Visnú y de Indra, que aún se sienta en su templo junto al Ganges a leer los Vedas, o habita en la raíz de un árbol con su corteza de pan y su cuenco de agua. Viene a recoger agua para su maestro y nuestras vasijas se entrechocan en la fuente. El agua pura de Walden se mezcla con el agua sagrada del Ganges. Con vientos favorables es trasportada por el aire desde aquí hasta más allá de las fabulosas islas de Atlantis y las Hespérides, sigue el periplo de Hannon y, ondeando sobre Ternate y Tidor y la entrada del golfo Pérsico, se funde con los monzones del mar de la India hasta llegar a puertos de los que Alejandro sólo llegó a conocer sus nombres.

[6] Puede ser la que relata Esopo o La Fontaine.

[7] Alusión a Mateo 13, 3-8.

[8] En el ciclo hindú del tiempo un año de los dioses representa trescientos sesenta años humanos.

PRIMAVERA[1]

La abertura de grandes brechas provocada por quienes se dedican a cortar el hielo suele causar un deshielo prematuro de la laguna, pues el agua, agitada por el viento a una temperatura aún baja, merma el hielo que la rodea. Pero aquel año no fue eso lo que ocurrió en Walden, ya que enseguida se vistió con una nueva capa que reemplazó a la anterior. Esta laguna no se deshiela tan pronto como sus vecinas, tanto por su mayor profundidad como porque no posee ninguna corriente que, al atravesarla, contribuya a derretir o desgastar su hielo. Nunca la he visto resquebrajarse durante el invierno, ni siquiera en el de 1852 a 1853, que supuso una prueba muy dura para todas las demás lagunas. Por lo general el deshielo comienza hacia el primero de abril, una semana o diez

[1] La primavera era un símbolo importante para Thoreau y su estación favorita, como deja constancia en muchos pasajes de sus diarios.

días después de lo que lo hace en las lagunas de Flint y Fair Haven, comenzando a fundirse por el norte y en las zonas menos profundas, por donde igualmente empezó a helarse. Walden indica el cambio de estación mejor que ninguna otra de las masas de agua vecinas, pues apenas le afectan los cambios pasajeros de temperatura. Un frío intenso que dure varios días a lo largo del mes de marzo puede retrasar el deshielo de otras lagunas, mientras que la temperatura de Walden continúa aumentando de manera ininterrumpida. Un termómetro sumergido en el centro de Walden el 6 de marzo de 1847 registró los 32° Fahrenheit, es decir, el punto de congelación; sumergido cerca de la orilla, señaló 33°; en el centro de la laguna de Flint, el mismo día, 32,5°; a una docena de varas de la orilla, en aguas muy poco profundas y bajo hielo de un pie de espesor, 36°. Esta diferencia de tres grados entre la temperatura de las aguas más profundas y las más someras en la laguna de Flint, unida al hecho de que, en términos generales, ésta es una laguna con poca profundidad, explican por qué se deshiela antes que Walden. En ese momento, el hielo de las partes menos profundas era varias pulgadas más delgado que el del centro. En cambio, en pleno invierno se registraba mayor temperatura en la zona central y entonces el hielo era allí menos grueso. De la misma manera, cualquiera que haya caminado en verano por la orilla de una laguna se habrá dado cuenta de que el agua es más cálida allí, donde apenas tiene tres o cuatro pulgadas de profundidad, que un poco más adentro, al igual que, en una zona más honda, es más fría en las profundidades que en la superficie. Durante la primavera, el sol no sólo ejerce su influencia elevando la temperatura del aire y de la tierra, sino que su calor penetra a través del hielo de un pie de espesor, y aún más, se refleja desde el lecho en las zonas poco profundas, de manera que calienta también el agua y funde la cara inferior del hielo, al mismo tiempo que deshace directamente la superior, haciéndolo irregular y provocando que las burbujas de aire que contiene el hielo se extiendan hacia arriba y hacia abajo, hasta que queda como un panal de miel en su totalidad y al final desaparece sin más con las primeras lluvias de la primavera. El hielo, como la madera, tiene sus trepas, y cuando un bloque comienza a descomponerse y a «formar celdas», es decir, a adquirir ese aspecto similar al de un panal de miel, las celdas de aire, cualquiera que sea su posición, se colocan en ángulo recto en relación a lo que

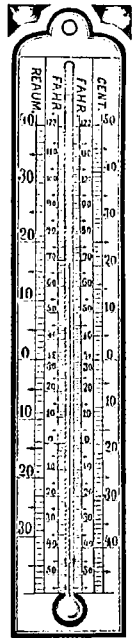
constituía la superficie del agua. Si hay una roca o un tronco que sobresale de la superficie, el hielo que los recubre es mucho más delgado y, con frecuencia, se deshace al reflejar calor. Me han contado que, durante un experimento realizado en Cambridge para congelar agua dentro de un recipiente de madera poco profundo, a pesar del aire frío que circulaba por debajo, y que por tanto entraba y salía, el reflejo del sol sobre el fondo sirvió para compensar esta desventaja. Cuando, en mitad del invierno, una lluvia tibia funde la nieve helada de Walden y deja una capa de hielo duro, oscuro o transparente en su centro, el reflejo del calor crea junto a la orilla una banda de hielo blanco agrietado pero más grueso, de una anchura de algo más de una vara. Como he dicho antes, las burbujas situadas en el cuerpo del hielo actúan como espejos ustorios para fundir el hielo por debajo de la superficie.

Los fenómenos ligados a las estaciones tienen lugar todos los días a pequeña escala en cualquier laguna[2]. Por lo general, cada mañana el agua somera se calienta más rápidamente que la profunda, aunque el aumento de temperatura no sea notable y al anochecer se enfríe con igual rapidez, hasta la mañana siguiente. El día es un resumen del año. La noche es el invierno, la mañana y la tarde son la primavera y el otoño, el mediodía es el verano. Las grietas y estallidos del hielo indican un cambio de temperatura. Una agradable mañana tras una gélida noche, el 24 de febrero de 1850, fui a la laguna de Flint a pasar el día y advertí con asombro que cuando golpeaba el hielo con el extremo de mi hacha resonaba, en muchas varas a la redonda, como un gong, o como si hubiera golpeado la tersa piel de un tambor. Una hora después del amanecer la laguna comenzó a rugir al sentir el influjo de los rayos del sol, que le llegaban sesgados por encima de las colinas; se estiró y desperezó como un hombre al despertarse, montando un tumulto cuya intensidad iba en aumento y que duró tres o cuatro horas. Al mediodía se echó una pequeña siesta y de nuevo bramó hacia la noche, cuando el sol se retiraba. Si el tiempo es estable, un lago dispara su cañón al anochecer con gran regularidad. Pero en medio del día, llena de grietas y con un aire más denso, la laguna pierde

[2] Como todos los trascendentalistas, Thoreau estaba fascinado por la correspondencia que él percibía entre el día y el año, lo próximo y lo lejano, el microcosmos y el macrocosmos.

por completo su resonancia, y no creo que los peces y las ratas almizcleras queden aturdidos por un golpe sobre el hielo. Dicen los pescadores que «el tronar de la laguna» espanta a los peces e impide que muerdan el cebo. La laguna no truena todas las tardes y yo no sabría decir con seguridad cuándo hay que esperar su trueno, pues aunque yo no perciba ninguna diferencia en el tiempo atmosférico, la laguna sí lo hace. ¿Quién podría sospechar que algo tan vasto y frío, con una piel tan gruesa, fuera tan sensible? Sin embargo, obedece a una ley por la que truena cuando debe con la misma regularidad con la que se abren los capullos en primavera. La tierra está viva y cubierta de papilas. La más extensa de las lagunas es tan sensible a los cambios atmosféricos como la bolita de mercurio en el tubo del termómetro.

Uno de los motivos que me llevaron a vivir en los bosques fue tener tiempo libre y ocasión para asistir a la llegada de la primavera. Por fin, el hielo de la laguna comienza a dibujar sus celdas y mi tacón se hunde cuando camino por encima. La nieve se va fundiendo poco a poco a causa de las lluvias, las brumas y el sol, más cálido cada mañana; los días se hacen sensiblemente más largos y veo que llegaré al final del invierno con la leña que aún queda en mi cobertizo, pues ya no es necesario hacer fuegos grandes. Estoy atento a los primeros signos vernales, para oír la nota casual de algún ave recién llegada o el chillido de la ardilla estriada, que debe andar al límite de sus reservas, o para ver a la marmota aventurarse fuera de sus cuarteles de invierno. El 13 de marzo, habiendo escuchado ya al azulejo, al gorrión cantarín y al zorzal alirrojo, el hielo tenía aún un pie de espesor. Aunque el tiempo era cada día más cálido, no parecía que el agua hubiera empezado a descomponerlo, ni a resquebrajarlo y arrastrarlo como sucede en los ríos, sino que, si bien estaba fundido por completo en el límite de la orilla, en el centro tan sólo aparecían celdas y se mostraba saturado de agua, de forma que se podría caminar por encima de sus seis pulgadas de espesor; pero quizá a la tarde siguiente, después de una lluvia cálida seguida de la bruma, se esfumaría en la niebla como por arte de magia. Un año atravesé la laguna apenas cinco días antes de que el hielo desapareciera del todo. En 1845 Walden se desheló de forma completa el 1 de abril; en 1846, el 25 de marzo; en 1847, el 8 de abril; en 1851, el 28 de marzo; en 1852, el 18 de abril; en 1853, el 23 de marzo; en 1854, hacia el 7 de abril.



«Diría que al cabo del año hay dos o tres días muy cálidos y otros tantos muy fríos, pero los demás son parecidos en lo que respecta a la temperatura. Esto respondo a los que me preguntan si no paso frío al estar todo el día fuera de casa caminando».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 14 de diciembre de 1851

Todos los incidentes relacionados con el agrietamiento del hielo en ríos y lagos y la estabilidad del tiempo son de especial interés para nosotros, que vivimos en un clima de cambios extremos. Cuando llegan los días más calurosos, quienes viven junto al río oyen cómo, durante la noche, el hielo cruje con un grito alarmante y tan fuerte como el sonido de la artillería, como si sus cadenas heladas se desgarraran de un extremo a otro, y al cabo de pocos días lo ven extinguirse rápidamente. De la misma manera sale el caimán del lodo haciendo temblar la tierra. Un anciano, exacto observador de la naturaleza y tan sabio en lo que a ella respecta como si la hubiera visto armarse siendo muchacho y hubiera ayudado a colocarle la quilla —un hombre que ha llegado a su pleno desarrollo y que difícilmente podría adquirir un conocimiento natural más amplio aunque viviera hasta la edad de Matusalén—, me contó, y me sorprendió escucharle expresar su asombro ante la acción de la naturaleza, pues pensaba que no habría secretos entre ellos dos, que un día de primavera cogió su rifle y se subió al bote con idea de entretenerse cazando patos. Todavía había hielo en las praderas, pero se había fundido ya en el río y descendió sin dificultad desde Sudbuby, donde vivía, hasta la laguna de Fair Haven, que, inesperadamente, encontró cubierta en su mayor parte por una sólida capa de hielo. Era un día de calor y le sorprendió ver que aún se conservaba una masa helada tan extensa. Al no divisar ningún pato, escondió su bote en la orilla norte de un islote y se agazapó entre los arbustos de la orilla sur para esperarlos. El hielo se había fundido hasta una distancia de tres o cuatro varas de la orilla, y en ese tramo había una sábana de agua cálida y calma sobre un lecho embarrado, tal como les gusta a los patos, de modo que pensó que no tardarían en aparecer. Tras permanecer allí tendido e inmóvil más de una hora, oyó un sonido bajo y en apariencia lejano, pero singularmente majestuoso e impresionante, que no se parecía en nada a cuantos había oído con anterioridad y que poco a poco iba creciendo e intensificándose como si apuntara hacia un apogeo universal y memorable, una embestida y un rugido amenazantes, que le parecieron de repente el ruido de una gran bandada de aves que fuera a posarse allí, de modo que agarró su rifle, se levantó apresurado y emocionado y, para su sorpresa, se encontró con que la masa de hielo se había desprendido mientras él había estado allí tumbado e iba a la deriva hacia el islote. El ruido que había oído lo

produjo el hielo al golpear y raspar la orilla, royéndola y desmoronándola al principio con suavidad, pero proyectando al cabo fragmentos a una altura considerable y esparciendo sus restos por el interior del islote antes de que volviera la calma.

Al final los rayos del sol alcanzan el ángulo recto, los vientos cálidos se llevan la niebla y la lluvia, funden los bancos de nieve, el sol termina por dispersar la bruma y sonríe a un paisaje variado de blancos y rojos que humea incienso, a través del cual el viajero encuentra su camino de isla en isla, mecido por la música de un millar de arroyos y arroyuelos tintineantes con las venas repletas de la sangre del invierno que se llevan consigo.

Pocos fenómenos me han proporcionado tanto placer como observar las formas que la arena y la arcilla toman con el deshielo, al deslizarse en las profundas grietas que se forman en la vía férrea, que yo recorría en mi camino a la ciudad, un fenómeno muy poco común a una escala tan grande, aunque el número de taludes formados por el material propicio para que tenga lugar este fenómeno debe de haberse multiplicado desde que se inventó el ferrocarril. Dicho material consiste en arena de distinta finura y variados colores, mezclada por lo general con un poco de arcilla. En primavera, cuando las heladas son ya raras, o incluso en un día de deshielo en invierno, la arena comienza a deslizarse como lava por las vertientes, y a veces irrumpe a través de la nieve y la recubre allí donde antes no llegaba. Se entrecruzan innumerables flujos que dan lugar a una suerte de fenómeno híbrido que obedece en parte a las leyes de los fluidos y en parte a las de la vegetación. Al derramarse adopta el aspecto de hojas o vides llenas de savia que dan lugar a montoneras pulposas de un pie de profundidad, o incluso algo más, que se parecen, si se miran detenidamente, a los tallos laciniados, lobulosos e imbricados de algunos líquenes, o bien recuerda al coral, o a las zarpas de un leopardo, o a las garras de las aves, o a unos sesos, unos pulmones o unos intestinos, incluso a excrementos de todo tipo. Es una vegetación realmente *grotesca*, cuyas formas y color vemos imitadas en bronce, una especie de follaje arquitectónico más antiguo y típico que el acanto, la achicoria, la hiedra, la vid o cualquier otra hoja vegetal, tal vez destinado a convertirse en un enigma para los futuros geólogos. Cada grieta me producía la misma impresión que una gruta con sus estalactitas expuestas a la luz. Los diversos tonos de la arena son enormemente

variados y agradables a la vista y abarcan los diferentes colores del hierro: pardo, grisáceo, amarillento y rojizo. Cuando esa masa deslizante alcanza su sumidero al pie del talud, se esparce aplastada en forma de *hebras*, los flujos pierden por separado su forma semicilíndrica y gradualmente se aplanan y ensanchan, discurriendo sin interrupción mientras se mantiene la humedad hasta que forman una *arena* casi plana, pero con matices aún diversos y bellos, en la que se pueden observar todavía las formas originales de la vegetación; hasta que, por fin, llegada al agua, se convierte en *alfaques* como los que se forman en la boca de los ríos, y las formas vegetales se disuelven en las ondulaciones del fondo.

Todo el talud, que tiene una altura de entre veinte y cuarenta pies, queda cubierto a veces por una masa de esta especie de follaje o desmoronamiento arenoso a lo largo de un cuarto de milla en uno o ambos costados, obra de un solo día de primavera. Pero lo que hace extraordinario a este follaje arenoso es su repentina llegada a la existencia. Cuando veo un costado del talud, inerte, mientras el otro, donde primero obra el sol, queda recubierto de este exuberante follaje, creación de una hora, siento que algo vibra en mi interior, como si contemplara el laboratorio del Artista que me creó y creó el mundo, como si hubiera llegado cuando éste aún estuviera trabajando, divirtiéndose en este talud y diseminando nuevos motivos con una energía desmesurada. Me siento más cerca de los órganos vitales de la tierra, pues esta superabundancia arenosa es algo similar a la masa foliácea que conforma las entrañas de un cuerpo animal. Así aparece en la pura arena el anticipo de la hoja vegetal. No es extraño que la tierra se exprese utilizando las formas de las hojas si trabaja con esta idea en su interior. Los átomos aprendieron esa ley y están preñados por ella. La hoja suspendida en su rama encuentra aquí su prototipo. *Internamente*, sea en el orbe o en el cuerpo animal, es un *lóbulo* espeso y húmedo, una palabra que se aplica especialmente al hígado y a los pulmones y las *capas*[3] de grasa (*λειβω*) *labor, lapsus*, fluir o deslizarse, un lapso; *λοβος, globus*, lóbulo,

[3] En el original *leaves*, que Thoreau relaciona etimológicamente a continuación con los conceptos de «labor» y «lapsus». Se trata, en realidad, de una ensoñación etimológica sin rigor alguno, que persigue demostrar que las palabras se hallan ligadas directamente con la realidad física, siguiendo la teoría del lenguaje propuesta por Emerson en su libro *Nature*.

globo; de igual manera *lamer, aletear* y otras muchas palabras[4]. *Externamente*, una *hoja* seca y delgada, como si la *h* y la *o* fueran una *b* comprimida y desecada. La raíz gramatical de *lóbulo* es *lb*: la suave masa de la *b* (como lóbulo simple, o bien *B*, con doble lóbulo) y la líquida *l* tras ella, empujándola hacia adelante. En la palabra *globo*, *glb*, la gutural *g* añade al significado la capacidad de la garganta. Las plumas y las alas de los pájaros son hojas aun más secas y delgadas. Del mismo modo se pasa de la tosca larva de la tierra a la aérea y juguetona mariposa. El propio globo se trasciende y traduce a sí mismo continuamente y se hace alado en su órbita. Incluso el hielo comienza a formarse con delicadas hojas de cristal, como si saliera de moldes que las frondas de las plantas acuáticas hubieran impreso en el espejo de las aguas. El árbol completo no es sino una hoja, los ríos son hojas aún más grandes, cuya pulpa es la tierra que los separa, y las aldeas y ciudades son los óvulos de los insectos, ubicados en sus axilas.

Cuando el sol se retira, la arena deja de fluir, pero a la mañana siguiente comienzan a circular de nuevo los flujos y a ramificarse por miríadas. Tal vez pueda verse aquí cómo se constituyen los vasos sanguíneos. Si se observa con atención, se advierte que, en un primer momento, la cálida masa avanza empujada por una corriente de arena blanda cuya punta asemeja una gota o la yema de un dedo, que tantea su camino de bajada suave y ciegamente, hasta que, por fin, al ganar calor y humedad a medida que el sol va remontando, la parte más fluida, en su esfuerzo por obedecer la ley que rige incluso sobre lo inerte, se separa y constituye por sí misma un canal o arteria sinuosa en el que se ve una pequeña corriente plateada que brilla como un relámpago, y va de una parte a otra de las hojas o ramas pulposas, y que acaba tragada por la arena. Es asombroso ver la rapidez y eficacia con que la arena se organiza mientras fluye, y se sirve de los mejores materiales que contiene su masa para conformar los nítidos bordes de su canal. Así son también las fuentes de los ríos. El silíceo que el agua deposita tal vez sea el sistema óseo, y el barro aún más fino y la materia orgánica serían las fibras musculares y el tejido celular. ¿Qué es el hombre sino una masa de arcilla

[4] Véase nota 3.

fundente[5]? La yema del dedo humano no es sino una gota helada. Los dedos de las manos y los pies fluyen hasta su extremo emplazamiento desde la masa corporal en proceso de fundición. ¿Quién sabe cuánto se dilataría el cuerpo humano y hasta dónde fluiría bajo un cielo más propicio? ¿No es la mano una hoja de *palma* extendida con sus lóbulos y venas? Con algo de imaginación, la oreja puede ser vista como un liquen, *umbilicaria*, situado a cada lado de la cabeza con su lóbulo o gota. El labio —*labium*, ¿de *labor*?— se dobla o desfallece ante la boca cavernosa. La nariz es claramente una gota congelada, una estalactita. La barbilla es una gota más grande, confluencia de los flujos de la cara. Las mejillas son un derrumbamiento que baja desde las cejas hasta el valle facial, contenido por los maxilares. Cada lóbulo redondeado de la hoja de una planta es también una gota espesa y remolona, más grande o más pequeña; los lóbulos son los dedos de la hoja; y tiende a fluir en tantas direcciones como lóbulos posee, y un calor más elevado u otras influencias favorecedoras harían que fluyera aún más.

Me parecía que esta vertiente de la colina explicaba el origen de todos los actos de la naturaleza. El Hacedor de este mundo no patentó sino esta hoja. ¿Qué Champollion[6] descifrará este jeroglífico de manera que podamos pasar la hoja y leer la siguiente página? Este fenómeno es más estimulante para mí que la abundancia y la fertilidad de las viñas. Es cierto que en su esencia hay algo excrementicio, reflejado en esa infinita acumulación de hígados, pulmones e intestinos, como si al planeta se le hubiera dado la vuelta como a un calcetín y nos enseñara su cara interior; pero esto indica, cuanto menos, que la naturaleza tiene entraña y es la madre de la humanidad. He aquí la escarcha que se funde en el suelo: la Primavera. Precede a la verde y floreciente primavera, como la mitología precede a la poesía. No conozco nada que purgue mejor los gases e indigestiones del invierno. Me convenzo de que la Tierra aún se encuentra en pañales y estira sus deditos infantiles. De sus sienes peladas nacen nuevos rizos. No existe nada inorgánico. Esos bultos foliáceos que se hallan a lo largo del talud como ascuas de

[5] Alusión a diversos pasajes bíblicos, como por ejemplo Isaías 64, 8: «Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros arcilla».

[6] Jean-François Champollion (1790 – 1832), egiptólogo francés que descifró la piedra Rosetta.

un hogar muestran que la naturaleza se halla «al rojo vivo» en su interior. La tierra no es tan sólo un fragmento de historia muerta, estrato sobre estrato, como las hojas de un libro dispuestas para el estudio de todos los geólogos y anticuarios, sino que es poesía viva como las hojas de un árbol que anteceden a las flores y a los frutos; no es una tierra fósil, sino una tierra con vida, respecto de la cual toda vida animal y vegetal es meramente parasitaria. Sus estertores removerían nuestros restos en sus tumbas. Podéis fundir vuestros metales y verterlos en los más bellos moldes, jamás me conmoverán como lo hacen las formas que arroja esta tierra deshecha, y no sólo ella, sino también los organismos que sobre ella asientan, tan maleables como la arcilla en manos del alfarero.

No pasará mucho tiempo antes de que la escarcha abandone estos taludes, y también cada colina, cada llanura y cada valle, como un cuadrúpedo durmiente que deja su madriguera y va a buscar su propia música en el mar, o emigra en forma de nube y en busca de climas distantes. El deshielo, con su delicada persuasión, es más poderoso que Thor con su martillo. El primero funde, el segundo rompe en pedazos.

Cuando la tierra estaba parcialmente desprovista de nieve y unos cuantos días cálidos secaban un poco su superficie, era agradable detectar los primeros y tiernos signos del año infantil, que asoman entre la belleza majestuosa de la vegetación marchita que resistió al invierno: siemprevivas, varas de oro, jaras y graciosas hierbas silvestres, a menudo más visibles e interesantes que durante el verano, como si su belleza no estuviera madura entonces; también la hierba del algodón, la espadaña, la candelaria, la hierba de San Juan, la *spiraea*, la ulmaria y otras plantas de tallo duro, graneros inagotables que alimentan a las primeras aves, plantas discretas que sirven de velo para una naturaleza aún de luto. Me atrae particularmente el tallo curvado y agavillado del junco, que trae de vuelta el verano a nuestros recuerdos de invierno, siempre entre las formas que el arte prefiere imitar y que, en el reino vegetal, tienen la misma relación que la astronomía con los modelos ya existentes en la mente humana. Un estilo antiguo, anterior al egipcio y al griego. Muchos de los fenómenos del invierno sugieren una ternura inefable y una fragilidad delicada. Estamos acostumbrados a oír hablar de este rey como de un tirano rudo y tremendo, que, sin embargo, adorna los bucles del verano con la galantería de un amante.

Al acercarse la primavera, las ardillas rojas se instalaban bajo mi casa por parejas, mientras yo estaba arriba sentado, leyendo o escribiendo, y emitían sonidos extraños, gorjeos y gorgoritos vocales que jamás había oído, y si pegaba una patada al suelo trinaban aún más alto, como desafiando a la humanidad y habiendo dejado atrás todo temor y respeto en el curso de sus aventuras. ¡Dónde creéis que estáis! Tchicari, tchicari[7]. Eran completamente sordas a mis argumentos, o no lograban darse cuenta del barullo que armaban y caían en una irresistible melodía de invectivas.

¡El primer gorrión de la primavera! ¡El año comienza con una esperanza más joven que nunca! Los tenues trinos plateados del azulejo, del gorrión melódico y del zorzal alirrojo se escuchan en los campos húmedos y casi desnudos como si fuera el tintineo de los últimos copos del invierno. En una época como la nuestra, ¿qué son las historias y las cronologías, las tradiciones y todas las revelaciones escritas? Los arroyos cantan sus alabanzas a la primavera. El aguilucho pálido sobrevuela las praderas buscando la primera vida que despierta en el légamo. Se escucha el sonido de la nieve que se desploma en los valles y el del hielo deshaciéndose en las lagunas. El pasto flamea sobre las laderas como un incendio primaveral —«et primitus oritur herba imbribus primoribus evocata»[8]—, como si la tierra enviara su propio calor interno para saludar al sol en su regreso; el color de su llama no es amarillo, sino verde; el símbolo de su perpetua juventud, la brizna de hierba, se extiende como un pañuelo verde sobre la cespedera hacia el verano, desembarazándose de la escarcha y brotando de nuevo enseguida, nueva vida que se eleva sobre la lanza del heno del año pasado. Crece tan firmemente como el arroyo mana en el cauce. De hecho, son casi idénticos, pues en los largos días de junio, cuando los arroyos se secan, las briznas de hierba son sus canales y de un año para otro los rebaños beben en esta corriente perenne y verde de la que el segador extrae también sus víveres para el invierno. Así es como la vida humana llega hasta sus raíces y se obstina en que su verde brizna crezca hacia la eternidad.

[7] Onomatopeya común en la época que refería a las ardillas.

[8] Cita de *Rerum rusticarum* de Marco Terencio Varrón: «La hierba, llamada desde lejos por las primeras lluvias, comienza a crecer».

Walden se funde con rapidez. Hay un canal de dos varas de anchura que costea las orillas norte y oeste, y otro aún más ancho en el lado este. Un gran campo de hielo se ha desgajado de la masa principal. Oigo cantar a un gorrión tras los matorrales de la ribera —*olit, olit olit, chip chip chip, che char, che, wis wis wis*—. También el gorrión ayuda a romper el hielo. ¡Qué bellas son esas grandes formas curvadas en el borde del hielo, que, si bien más regulares, en cierto modo corresponden a las de la orilla! El hielo es sumamente duro debido al frío reciente, tan extremo como transitorio, y tiene el brillo y las vetas del suelo de un palacio. Pero el viento aún se desliza en vano hacia el este sobre su opaca superficie, sin tocar la vida que queda al otro lado. Es maravilloso contemplar esta franja de agua centelleante al sol, el rostro desnudo de la laguna lleno de alegría y juventud, como si expresase el gozo de los peces en su interior y de las arenas de sus orillas, un resplandor plateado, semejante al de las escamas de un *leuciscus*, como si la laguna fuera un inmenso pez en movimiento. Éste es el contraste entre el invierno y la primavera. Walden estaba muerta y ahora vuelve a la vida. Pero, como ya he dicho, esta primavera el deshielo se produjo con mayor regularidad.

El paso de las tormentas y del invierno al clima estable y suave, de las muchas horas sombrías a los largos y luminosos días, llenos de vida, es una crisis memorable proclamada por todas las cosas. Y al final parece un acontecer instantáneo. De repente, una ola de luz llenó mi casa, a pesar de que el atardecer era inminente, las nubes del invierno se mantenían obstinadas en el cielo y los aleros goteaban aguanieve. Miré a través de la ventana y allí donde ayer había hielo frío y gris, había aparecido la laguna transparente, calma y llena de esperanzas, como en un atardecer de verano, reflejando en su seno ese cielo estival que no podía verse arriba, como si se hallara ligada con alguna atmósfera remota. Oí en la distancia a un zorzal petirrojo, el primero que oía en varios miles de años, pensé, y cuya nota no olvidaré en otros tantos milenios, el mismo trino dulce y poderoso de antaño. ¡Oh, el zorzal petirrojo en el atardecer de un día de verano en Nueva Inglaterra! ¡Si pudiera encontrar la ramita donde se posa! ¡*Esa* ramita! No es el *Turdus migratorius*. Los pinos tea y los robles jóvenes que rodeaban mi casa, tanto tiempo marchitos, recuperaron de repente su naturaleza propia y reaparecieron más brillantes, más verdes, más rectos y más vivos, como si la

lluvia los hubiera limpiado y restaurado con eficiencia. Supe que ya no llovería más. Basta observar cualquier rama del bosque, incluso el propio leñero, para saber si el invierno ha pasado o no. A medida que fue oscureciendo me sobresaltaban los graznidos de los gansos que volaban muy bajo sobre los bosques, como viajeros cansados que llegaban tarde desde los lagos del sur y dejaban caer sus quejas francas y sus recíprocos consuelos. De pie ante mi puerta podía oír sus alas mientras volaban hacia mi casa, cuando, de pronto, atisbaron mi luz y giraron para posarse en la laguna. Entré, cerré la puerta y pasé mi primera noche de primavera en los bosques.

A la mañana siguiente, a través de la niebla, observé desde la puerta a los gansos, que nadaban en medio de la laguna, a cincuenta varas de distancia, tan numerosos y tumultuosos que Walden parecía un estanque artificial construido para su recreo. Pero cuando llegué hasta la orilla elevaron repentinamente el vuelo siguiendo alguna señal de su guía, batiendo con fuerza sus alas, y una vez en formación veintinueve gansos comenzaron a girar alrededor de mi cabeza y se marcharon rumbo a Canadá al son de los graznidos regulares de su guía, confiando en poder desayunar en algún estanque más fangoso. Otros cuantos «ahuecaron el ala» a continuación y emprendieron viaje al norte, siguiendo la estela de sus escandalosos primos.

Durante una semana oí aún el estrépito de un ganso solitario que daba vueltas a tientas en las mañanas de niebla, buscando a sus compañeros y poblando los bosques con el sonido de una vida demasiado grande para ser acogida. En abril volví a ver a las palomas volando en pequeñas y rápidas cuadrillas y, llegado el momento, oí al vencejo gorjeando sobre mi claro, aunque no parecía que hubieran llegado tantos a la ciudad como para que uno de ellos tuviera que venirse a mi refugio, y se me ocurrió que pertenecería a una antigua y singular raza que habría habitado en los huecos de los árboles antes de que llegaran los hombres blancos. En casi todos los climas, la tortuga y la rana se encuentran entre los precursores y los heraldos de la primavera, los pájaros vuelan con trinos y plumajes brillantes, las plantas brotan y florecen, y los vientos soplan para corregir esa leve oscilación de los polos y mantener el equilibrio de la naturaleza.

Cada estación nos parece en su momento la mejor, y la llegada de la primavera significa la creación del cosmos desde el caos y la realización de la Edad de Oro.

Eurus ad Auroram Nabataeque regna recessit,
Persidaque et radiis iuga subdita matutinis[9].

El Viento del Este se retira hacia la Aurora y los reinos nabateo
Y persa, y hacia las cimas situadas bajo los rayos del sol[10].

***

Había nacido el hombre. Ya fuese que el artífice de las cosas,
Origen de un mundo mejor, lo creó de una simiente divina,
Ya fuese que la tierra, apenas separada del alto
Éter, retuvo algunas semillas de ese mismo cielo[11].

Un único y sencillo chaparrón basta para que la hierba adquiera una gran variedad de verdes. De igual forma, nuestras esperanzas pueden brillar gracias al influjo de un único pensamiento mejor. La alegría podría consistir en vivir siempre en el presente y obtener ventaja de cada accidente que nos acaeciera, como hace la hierba, que disfruta la influencia del más suave rocío que cae sobre ella, y así no perderíamos nuestro tiempo expiando nuestras negligencias pasadas, eso que llamamos cumplimiento de nuestro deber. Holgazaneamos en invierno, pero ya ha llegado la primavera. En una agradable mañana de primavera quedan perdonados todos los pecados de los hombres. Un día así es una tregua para el vicio. Mientras este sol se mantenga firme y arda, el peor de los pecadores tendrá la oportunidad de arrepentirse. A través de nuestra propia inocencia recuperada percibimos la inocencia de nuestros vecinos. Tal vez ayer tuvieras a tu vecino por ladrón, borracho o libertino y lo compadecieras o despreciaras, y perdieras la fe en el mundo; pero el sol luce esta primera mañana de primavera, calienta y recrea el mundo, y encuentras a tu vecino atareado en un trabajo sereno, y te fijas en cómo se dilatan sus venas —exhaustas de tanta

[9] Cita de las *Metamorfosis* de Ovidio 1, 61-62.
[10] En el original, traducción de Thoreau de los versos precedentes de Ovidio.
[11] En el original, traducción de Thoreau de las *Metamorfosis* de Ovidio 1, 78-81.

depravación— y se expanden con una alegría tranquila: bendice el nuevo día, siente el influjo de la primavera con la inocencia de la niñez, y todas sus faltas quedan olvidadas. No sólo existe una atmósfera de buena voluntad a su alrededor, sino que incluso parece que una cierta aura de santidad busca a tientas su expresión, quizá de forma ciega e inútil, como el instinto de un recién nacido, pero durante una corta hora la ladera meridional de la colina[12] no responde con el eco de un chiste fácil. Se ven brotes bellos e inocentes que se preparan para reventar en su corteza nudosa, para probar un año más otra vida, tierna y fresca como la planta más joven. Incluso ese vecino ha entrado en la alegría de su Señor[13]. ¿Por qué el carcelero no deja abiertas las puertas de la prisión? ¿Por qué el juez no abandona su causa? ¿Por qué el predicador no licencia a su auditorio? Porque ninguno obedece la indicación que Dios les ha dado, ni acepta el perdón que generosamente les ofrece.

> Cada día se produce un regreso a la bondad con la llegada del calmo y benéfico hálito de la mañana, y en el amor a la virtud y en el odio al vicio nos aproximamos a la naturaleza primigenia del hombre, talada como los retoños en un bosque. De igual ma-nera, el mal que hacemos a lo largo de un solo día impide que se desarrollen las semillas de la virtud que apenas repuntaban, destruyéndolas.
>
> Después de que tantas veces se haya impedido el desarrollo de las semillas de la virtud, el benéfico hálito de la tarde no basta para preservarlas. Y apenas se llega a esta situación, la naturaleza humana no difiere en nada de la animal. Los hombres, al cons-tatar que su naturaleza dista tan poco de la de los animales, creen que nunca poseyeron la facultad innata de la razón. ¿Son éstos los sentimientos verdaderos y naturales del hombre?[14]

***

[12] En donde trabajaba Thoreau.

[13] Alusión a Mateo 25, 21: «Y su Señor le dijo: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor"».

[14] En el original, traducción de Mencius hecha por Thoreau del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

Primero se creó la Edad de Oro, que sin justiciero
Ni ley apreciaba espontáneamente la fidelidad y la rectitud.
Grabadas en tablillas de bronce, ni la multitud suplicante temía
Las palabras del juez, pues se sentían a salvo sin justiciero.
El pino derribado en la montaña aún no había bajado
Por las corrientes para conocer este mundo extraño,
Y los mortales no sabían de más costa que la suya.

La primavera era perpetua y los serenos céfiros, con cálidas ráfagas,
Acariciaban las flores nacidas sin semilla[15].

El 29 de abril, mientras pescaba en la orilla del río, cerca del puente del Nine Acre Corner, de pie sobre la hierba temblorosa y las raíces de sauce, allí donde merodean las ratas almizcleras, oí un crujido extraño, parecido al ruido de los palos y huesos con los que juegan los niños y, al alzar la vista, vi a un ligero y gracioso aguilucho, parecido a un añapero, que se encumbraba y descolgaba como una ola, una y otra vez, mostrando el dorso de sus alas y brillando al sol como un pañuelo de raso o una perla en su concha. Esa visión me llevó a pensar en la cetrería y en toda la nobleza y la poesía asociadas a esa práctica. Me pareció que podría llamarse Merlín, pero poco importaba su nombre. Ése fue el vuelo más etéreo que jamás he visto. No revoloteaba como una mariposa, ni remontaba como los grandes halcones, sino que, con soberbia confianza, se divertía en los campos del cielo, ascendiendo una y otra vez con el extraño chasquido de su risa, repitiendo su caída, bella y libre, dando vueltas como un milano y recobrándose de su pronunciado descenso, como si nunca hubiera posado sus patas sobre *terra firma*. No parecía tener un solo compañero en el universo —divirtiéndose por su cuenta— ni precisar sino de la mañana y del éter para sus juegos. No era un solitario, pero hacía que la tierra pareciera solitaria bajo sus alas. ¿En qué parte del cielo estaban la madre que lo empolló, sus hermanos y su padre? Residente en el aire, parecía no tener otra relación con la tierra que la del huevo incubado durante el tiempo necesario en la grieta de un risco, ¿o quizá nació en un nido colgado del ángulo de una nube, tejido con

[15] En el original, traducción de Thoreau de las *Metamorfosis* de Ovidio 1, 89-96, 107-108.

los alamares del arco iris y del cielo vespertino y perfilado con una suave bruma de estío arrancada a la tierra? Su ponedero es ahora una nube escarpada.

Además de esto, di con una rara sucesión de pescados de oro, plata y cobre brillante que parecían una sarta de joyas. Ah, cuántas mañanas de primavera me he adentrado en esos prados, saltando de cerro en cerro, de una raíz de sauce a otra, cuando el valle, el río y los bosques salvajes estaban bañados por una luz tan pura y brillante que habría despertado a los muertos si, como algunos suponen, estuvieran dormitando en sus sepulcros. Allí no hace falta una prueba más patente de la inmortalidad. Todas las cosas deben vivir en una luz semejante. Oh, Muerte, ¿dónde está tu picana? Oh, Tumba, ¿dónde está tu victoria?[16]

La vida de nuestra ciudad se estancaría de no ser por los bosques y los prados inexplorados que la circundan. Necesitamos el tónico de la naturaleza salvaje, caminar cada tanto por marjales donde acechan el avetoro y el rascón, oír el grito gutural de la agachadiza, oler la juncia susurrante en la que sólo labran sus nidos los pájaros más salvajes y solitarios, allí donde el visón se arrastra con su abdomen a ras de tierra. A la par que estamos empeñados en explorar y aprender de todas las cosas, exigimos que todas ellas sean misteriosas e intocadas, que la tierra y el mar sean infinitamente salvajes, fuera del alcance de nuestras sondas, y por lo tanto, insondables. Lo que la naturaleza nos da, nunca nos resulta suficiente. Debemos refrescar constantemente nuestra mirada con nuevas visiones de un vigor inagotable, fenómenos vastos y titánicos, la costa y sus naufragios, las extensiones inagotables y sus árboles, vivos o putrefactos, las nubes tormentosas y el diluvio que dura tres semanas y da lugar a grandes inundaciones. Necesitamos ver nuestros propios límites sobrepasados y alguna forma de vida paciendo en libertad donde nosotros no llegaremos nunca. Nos gusta ver al buitre alimentándose de la carroña que nos disgusta y nos descorazona y le ofrece salud y vigor. En el sendero que llevaba a mi casa había un caballo muerto que a veces me obligaba a apartarme del camino, sobre todo en las noches de bochorno, pero a cambio me permitía seguir creyendo en el apetito voraz y la salud inviolable

[16] Paráfrasis de I Corintios 15, 55.

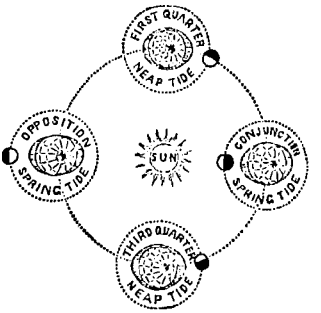
de la naturaleza. Me gusta ver que la naturaleza está tan llena de vida que permite el sacrificio de miríadas enteras y tolera que los unos sean presa de los otros, que organismos tan frágiles puedan ser borrados tranquilamente de la existencia, aplastados como pulpa, renacuajos engullidos por garzas, tortugas y sapos reventados en el camino, ¡y que eso haga que a veces llueva carne y sangre! Debemos asumir la ínfima importancia que tiene un accidente. El sabio sabe ver en todo esto la inocencia del universo. El veneno no es venenoso, no existen las heridas fatales. La compasión carece de fundamento. La naturaleza debe ser expeditiva, no hay lugar para ruegos estereotipados.

A principios de mayo, los robles, los nogales americanos, los arces y otros árboles que crecían dispersos entre los bosques de pinos que rodean la laguna proporcionaban al paisaje un destello casi solar, especialmente en los días nublados, como si el sol quebrara por momentos las brumas y dejara su brillo sobre las laderas, aquí y allá. El tercer o cuarto día de mayo vi en la laguna un colimbo y durante la primera semana de ese mes oí al chotacabras, al cuitlacoche rojizo, al zorzal colorado, al burlisto boreal, al rascador y a otros pájaros. Mucho antes había oído al zorzal maculado. Ya había vuelto el mosquero y se asomaba por mi puerta y mi ventana para ver si mi casa era lo bastante cavernosa para él, sosteniéndose sobre sus alas susurrantes y con las garras encogidas, como si estuviera posado en el aire, sin dejar de inspeccionar el lugar. El polen de los pinos tea, parecido al azufre, cubrió pronto la laguna, así como las piedras y la madera podrida de las orillas, de manera que se podría haber recogido un barril entero. Éstos son los «chaparrones de azufre» de los que hemos oído hablar. Incluso en el *Shakuntalá* de Kalidasa se habla de «los arroyos teñidos de amarillo por el polvo de oro del loto»[17]. Así se suceden las estaciones hasta el verano, como avanza el caminante sobre hierba cada vez más alta.

De este modo terminó mi primer año de vida en los bosques. El segundo fue parecido al primero. Y abandoné finalmente Walden el 6 de septiembre de 1847.

[17] Cita de *Shakuntalá* de Kalidasa (s. VI d. C.) con traducción en el original de Sir William Jones (1789).

CONCLUSIÓN



A los enfermos, los médicos les recomiendan, con sensatez, un cambio de aires y de escenario. Gracias al cielo, el mundo no se reduce a este rincón. El castaño de Indias no crece en Nueva Inglaterra y es raro escuchar aquí el trino del sinsonte. El ganso salvaje es más cosmopolita que nosotros: desayuna en Canadá, almuerza en Ohio y se arregla las plumas a la noche en alguna bahía del sur. Incluso el búfalo, hasta cierto punto, sigue el paso de las estaciones y pasta en las praderas de Colorado hasta que una hierba más verde y dulce lo espera en Yellowstone. Por el contrario, nosotros pensamos que si bajáramos las barreras del ferrocarril y levantásemos muros de piedra alrededor de nuestras granjas, con ello colocaríamos una frontera a nuestras vidas y sellaríamos nuestros destinos. Si os nombran secretario del ayuntamiento, es obvio que no podréis ir este verano a Tierra del Fuego, pero tal vez vayáis a pesar de todo a la tierra del fuego infernal. El universo es más amplio que nuestras ideas acerca del mismo.

Sin embargo, deberíamos mirar más a menudo por encima de la borda de nuestro navío, como pasajeros curiosos, y no hacer el viaje como estúpidos marineros encargados de fabricar estopa. El otro lado del globo no es sino el hogar de nuestro corresponsal. Nuestro viaje es una circunnavegación y los doctores sólo se preocupan de las enfermedades cutáneas[1]. Hay quien corre a África del Sur para cazar jirafas, pero seguramente no es ésa la pieza que busca. ¿Cuánto tiempo es capaz de pasarse un hombre cazando jirafas? La agachadiza y la becada pueden proporcionar también una curiosa diversión, pero creo que sería una caza más noble pegarse uno mismo un tiro en la cabeza.

Vuelve la mirada hacia ti mismo y encontrarás
Mil regiones de tu espíritu
Aún inexploradas. Recórrelas y serás
Un experto en cosmografía doméstica[2].

¿Qué significa África? ¿Y el Oeste[3]? ¿No aparece en blanco nuestro interior en el mapa? Pero podríamos descubrir que es negro, como la costa. ¿Podrían ser las fuentes del Nilo, del Níger o del Misisipi, o incluso el Paso del Noroeste, lo que descubriéramos? ¿Son ésos los problemas cruciales de la humanidad? ¿Acaso es Franklin[4] el único hombre que se ha perdido para que su esposa esté tan ocupada en encontrarlo? ¿Sabe el señor Grinnell[5] dónde se

[1] Es decir, de la parte más superficial del hombre.

[2] Cita del poema «To My Honoured Friend Sir Ed. P. Knight» de William Habbington (1605 – 1664).

[3] Anota Thoreau en sus diarios: «El Oeste del que hablo no es más que otro nombre para lo Salvaje, y lo que he estado tratando de decir es que a través de la naturaleza salvaje se preserva el mundo en su conjunto». De este modo, Thoreau se enfrenta a la noción ideológica del Oeste asociada al supuesto progreso, la conquista, la apropiación de la tierra y el beneficio económico, según la famosa teoría del Destino Manifiesto.

[4] Sir John Franklin (1786 – 1847), explorador inglés desaparecido cuando trataba de hallar el famoso Paso del Noroeste.

[5] Henry Grinnell (1799 – 1874), comerciante neoyorkino que costeó expediciones en busca de John Franklin.

encuentra él mismo? Procurad ser Mungo Park[6], Lewis, Clarke[7] y Frobisher[8] en relación a vuestros propios ríos y océanos; explorad vuestras latitudes más altas, con barcos cargados de víveres en conserva para alimentaros durante el tiempo necesario, y amontonad las latas vacías apuntando al cielo como señal[9]. ¿Acaso la comida en conserva se inventó sólo para conservar comida? Mejor aún, sed un Colón para continentes y mundos nuevos y enteros dentro de vosotros mismos, abriendo nuevos canales, no para el comercio, sino para el pensamiento. Todo hombre es el señor de un reino a cuyo lado el imperio terrestre del Zar es un dominio insignificante, una loma dejada atrás por el hielo. Sin embargo, hay quien se llama patriota sin tener el mínimo respeto hacia *sí mismo* y sacrifica así lo más grande en virtud de lo más pequeño. Ése ama el suelo que será su tumba, pero no tiene simpatía alguna por el espíritu que quizás anime aún su arcilla. El patriotismo es un gusano en su cabeza. ¿Cuál fue el sentido de aquella expedición a los Mares del Sur[10], con sus desfiles y dispendios, sino reconocer de manera velada que existen mares y continentes inexplorados en el mundo moral para los que todo hombre es un istmo o una ensenada, y que es más fácil navegar miles de millas a través del frío, los ciclones y los caníbales en una nave propiedad del gobierno con quinientos hombres y grumetes, en lugar de explorar un mar privado, el Atlántico o el Pacífico de nuestro ser?

Erret, et extremos alter scrutetur Iberos
Plus habet hic vitae, plus habet me viae[11].

[6] Mungo Park (1771 – 1806), explorador escocés que trazó el curso del río Niger y murió ahogado durante un conflicto con una tribu nativa.

[7] Meriwether Lewis (1774 – 1809) y William Clarke (1770 – 1838), exploradores que descubrieron la ruta hasta el Pacífico.

[8] Martin Frobisher (1535 – 1594), navegante inglés que intentó encontrar el Paso del Noroeste en tres ocasiones.

[9] Elisha Kent Kane (1822 – 1857), participó en una expedición en busca de John Franklin y encontró uno de sus campamentos con una pila de más de seiscientas latas vacías.

[10] Expedición dirigida por Charles Wilkes (1798 – 1877) entre 1838 y 1842 para explorar el Pacífico Sur y el océano Antártico.

[11] Cita de *Carmina Minores* del poeta Claudio Claudiano (370 – 404 d. C.).

Que vaguen y escruten a los extraños australianos,
Yo tengo más Dios, ellos más camino[12].

No vale la pena dar la vuelta al mundo para contar los gatos que hay en Zanzíbar. Sin embargo, hacedlo si no tenéis nada mejor en que ocupar vuestro tiempo, quizás encontréis un «agujero de Symmes»[13] por el que llegar por fin al interior. Inglaterra y Francia, España y Portugal, la Costa de Oro y la Costa de los Esclavos, todas miran a ese mar privado, pero ningún barco se ha aventurado a perder de vista la tierra, aunque sea siguiendo la ruta directa hacia la India. Si queréis aprender todas las lenguas, adaptaos a las costumbres de todas las naciones y viajad más lejos que todos los viajeros, aclimataos allí donde estéis y obligad a la Esfinge a romperse la cabeza contra una roca, obedeced el precepto del viejo filósofo y exploraos a vosotros mismos[14]. Para ello necesitareis atención y determinación. Sólo los derrotados y los desertores van a las guerras, cobardes que corren a enrolarse. Partid ahora por el camino del lejano Oeste, que no se detiene en el Misisipi o en el Pacífico, ni conduce hacia las agotadas China o Japón, sino que lleva directamente por una tangente hasta esta esfera, en verano y en invierno, de día y de noche, a la caída del sol y de la luna y, al final, a la de la tierra.

Se dice que Mirabeau[15] comenzó a saltear caminos «para averiguar qué grado de resolución era preciso para oponerse formalmente a las leyes más sagradas de la sociedad». Declaró que «un soldado que lucha en el ejército no necesita ni la mitad del valor que requiere un salteador de caminos», y que «el honor y la religión nunca fueron un estorbo para llegar a una decisión firme y bien pensada». Tal como va el mundo, ésta es una afirmación viril, aun-

[12] Thoreau traduce los versos de Claudiano y sustituye *iberos* por *australianos* para acercar el texto a sus lectores.

[13] John Cleves Symmes (1779 – 1829), capitán retirado del ejército que desde 1818 hasta su muerte en 1829 trató de demostrar que la Tierra era hueca.

[14] Alusión a Sócrates (469 – 399 a. C.): «Conócete a ti mismo».

[15] Honoré-Gabriel Victor Riquetti, conde de Mirabeau (1749 – 1791), escritor y revolucionario francés.

que vana, incluso desesperada. Un hombre sensato se encuentra a menudo «opuesto formalmente» a las llamadas «leyes más sagradas de la sociedad» por obedecer a leyes aún más sagradas, y debe poner a prueba su decisión sin apartarse de su camino. No es propio del hombre adoptar semejante actitud ante la sociedad, sino mantener la actitud que requieran las leyes de su ser, que nunca será opuesta a un gobierno justo, si tuviera la suerte de toparse con uno.

Abandoné los bosques por una razón tan buena como la que me trajo a ellos[16]. Me pareció que quizás tenía otras vidas que vivir y que no podía dedicar más tiempo a ésta. Es llamativa la facilidad e insensibilidad con la que tomamos un determinado camino y lo convertimos en un sendero trillado. No llevaba en Walden ni una semana y mis pisadas ya habían establecido una senda desde mi puerta hasta la orilla de la laguna, y cinco o seis años después aún es visible. Aunque sospecho que otros hayan podido seguirla y contribuido así a mantenerla despejada. La superficie de la tierra es frágil e impresionable a las pisadas de los hombres, y lo mismo sucede con los senderos de la mente. ¡Qué deteriorados y polvorientos deben de estar los caminos del mundo y qué profundos los surcos de la tradición y el conformismo! No querría hacer este viaje en un camarote, sino en la cubierta del mundo y delante del mástil, pues desde allí podré ver mejor la luz de la luna entre las montañas. Ya no deseo volver a dentro.

Con mi experimento aprendí al menos que quien avance confiado en la dirección de sus sueños y acometa la vida tal como la ha imaginado recibirá a cambio una gratificación que no le otorgará el tiempo ordinario. Dejará atrás algunas cosas, cruzará una frontera invisible; leyes nuevas, universales y más tolerantes comenzarán a regir en su interior y a su alrededor; o se modificarán las antiguas, interpretadas en su beneficio, en un sentido más generoso, y vivirá con la libertad de la que gozan seres más elevados. Conforme simplifique su vida, las leyes del universo parecerán menos complicadas y la soledad ya no será soledad, ni la pobreza tal pobreza, ni la debilidad tal debilidad. Si construye castillos en el aire, su obra no se perderá: ahí están bien edificados. Que tan sólo ponga ahora los cimientos bajo esos castillos.

[16] Tras la partida de Emerson a Europa para realizar allí una larga estancia y una gira de conferencias, su mujer, Lidian, le pidió a Thoreau que fuera a vivir con ella y su hijo.

Es una demanda ridícula la que formulan naciones como Inglaterra y los Estados Unidos para que habléis de forma que puedan entenderos. Ni los hombres ni las setas venenosas crecen así. Como si fuera importante que nos comprendieran ellas, y no hubiera otros muchos que nos entienden sin dificultad. Como si la naturaleza sólo pudiera soportar un orden del entendimiento y no mantuviera a pájaros y a cuadrúpedos, animales que vuelan y animales que reptan, como si el *so* y el *arre* que puede entender el buey fuera el mejor inglés que pueda hablarse. Como si la seguridad no existiera fuera de la estupidez. Temo, por el contrario, que mi expresión no sea lo bastante *extra-vagante*, que sepa errar lo suficientemente lejos y más allá de los límites angostos de mi experiencia cotidiana, de modo que sea adecuada a la verdad en la que creo. *¡Extra-vagancia!* Todo depende de cómo os acorralen. El búfalo errante, que busca nuevos pastizales en otras latitudes, no es tan extravagante como la vaca que cocea el cubo, salta el cercado y persigue a su ternera a la hora de ordeñarla. Deseo hablar en alguna parte *sin* límites, como un hombre despierto, dirigiéndome a hombres despiertos, pero sé que no puedo exagerar lo suficiente como para afirmar los cimientos de una expresión verdadera. Después de escuchar una melodía musical, ¿quién no teme ser incapaz de hablar con auténtica extravagancia? En relación al futuro y a lo posible, deberíamos vivir sin inquietud y sin imágenes preconcebidas, conservando nuestros contornos vagos y brumosos por ese lado, al igual que nuestra sombra revela una transpiración imperceptible hacia el sol. La inestable verdad de nuestras palabras debería traicionar y revelar continuamente la inadecuación del resto del enunciado. Su verdad se *traduce* de inmediato y sólo resta el monumento de su literalidad. Las palabras que expresan nuestra fe y nuestra piedad no están definidas, y aun así resultan significativas y desprenden su aroma, como el incienso, para las naturalezas superiores.

¿Por qué establecernos en el nivel más opaco de nuestra percepción y alabarlo como el lugar del sentido común? El sentido más común es el de los durmientes y se manifiesta mediante el ronquido. A veces tendemos a clasificar a los que tienen ingenio y medio junto a los que no poseen ni una mitad, porque sólo valoramos una tercera parte de su inteligencia. Algunos encontrarían defectos hasta en el matiz rojizo de la aurora, si madrugaran lo suficiente para verla. Por lo que he oído, hay quien propone que «los versos de Ka-

bir[17] tienen cuatro sentidos diferentes: ilusión, espíritu, inteligencia y la doctrina exotérica de los Vedas»[18], pero en esta parte del mundo resulta intolerable que los escritos de un hombre admitan más de una interpretación. Mientras Inglaterra se esfuerza por evitar la podredumbre de las patatas, ¿nadie se esforzará por evitar la podredumbre del cerebro, mucho más extendida y fatal?

No creo haber llegado a la oscuridad, pero me sentiría orgulloso si en mis páginas no se encontrara a este respecto falta mayor que la que se encontró en el hielo de Walden. Los consumidores del sur objetaban su color azul, que es prueba de su pureza, como si fuera turbiedad, y preferían el hielo de Cambridge, que es blanco pero con sabor a hierbas. La pureza que aman los hombres es como la bruma que envuelve la tierra y no como el éter azur que está más allá.

Algunos nos aturden diciendo que nosotros, los americanos, y el hombre moderno en general, somos enanos intelectuales comparados con los antiguos o incluso con los isabelinos. Pero ¿qué importancia tiene todo esto? Un perro vivo vale más que un león muerto[19]. ¿Debe ahorcarse un hombre por pertenecer a la raza de los pigmeos en lugar de tratar de ser el más alto entre los suyos? Que cada cual se ocupe de sus propios asuntos y se esfuerce en ser tal como fue hecho.

¿Por qué hemos de apresurarnos desesperadamente por triunfar en empresas desesperadas? Si un hombre no marcha al mismo paso que sus camaradas, probablemente esté escuchando otro tambor. Que camine al ritmo de esa música, aunque sea más comedida y lejana. No importa que madure tan pronto como el manzano o el roble. ¿Se transformará por ello su primavera en verano? Si aún no existen las condiciones de posibilidad para las que fuimos creados, ¿cómo podríamos reemplazarlas? No debemos encallar en una realidad hueca. ¿Construiríamos con gran esfuerzo un cielo de cristal azul sobre nuestras cabezas si supiéramos con certeza que, una vez terminado, seguiríamos contemplando el

[17] Místico pacifista hindú (1488 – 1512).

[18] Cita de *Histoire de la littérature hindoui et hindoustani* de Garcin de Tassy, en el original con la traducción de Thoreau.

[19] Alusión a Eclesiastés 9, 4: «Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos, porque mejor es perro vivo que león muerto».

verdadero y etéreo cielo más allá, como si el primero nunca hubiera existido?

En la ciudad de Kouroo hubo una vez un artista dispuesto a alcanzar la perfección[20]. Un día se le ocurrió hacer un cayado. Tras observar que el tiempo da forma a toda obra imperfecta, pero es ajeno al trabajo perfecto, se dijo: «Mi cayado será perfecto en todos los sentidos, aunque sea lo único que haga en mi vida». Fue de inmediato al bosque a buscar madera, teniendo claro que no haría el cayado con un material inadecuado, y siguió buscando y rechazando cada rama mientras sus amigos le fueron abandonando uno tras otro, pues envejecían en sus trabajos y morían, mientras él dejó de envejecer. Su dedicación, su tenacidad y su gran piedad le habían otorgado, sin que él lo notase, la eterna juventud. Como no estableció compromiso alguno con el tiempo, éste se apartó de su camino y tan sólo suspiraba a distancia, incapaz de subyugarlo. Antes de que encontrara la rama perfecta en todos los sentidos, la ciudad de Kouroo era ya una ruina venerable, y cuando la halló se sentó sobre sus vestigios a descortezarla. Antes de llegar a darle forma, la dinastía de los Candahar llegó a su fin y con la punta del cayado escribió el nombre del último de esa estirpe en la arena, reanudando a continuación su tarea. Cuando hubo alisado y pulido el cayado, Kalpa ya no era la Estrella Polar, y antes de que hubiera recubierto el mango y el resto del cayado con piedras preciosas, Brahma se había dormido y despertado varias veces[21]. Pero ¿por qué me detengo a contar esto? Cuando su obra recibió el toque final, ésta apareció de repente ante los ojos atónitos del artista como la más bella de las creaciones de Brahma. No sólo había fabricado un cayado, sino que había creado también un nuevo sistema, un mundo de proporciones bellas y ajustadas, en el que, si bien habían desaparecido las viejas ciudades y dinastías, otras más espléndidas y gloriosas ocupaban su lugar. Entonces se percató del montón de virutas que aún había a sus pies, y de que, en relación a él mismo y a su obra, el tiempo transcurrido había sido una ilusión, que no había transcurrido más tiempo del que se requiere para que una ínfima chispa del cerebro de Brahma caiga y prenda la yesca

[20] Al parecer la siguiente fábula es invención del propio Thoreau.

[21] Cada noche que pasa Brahma durmiendo equivale a 4,32 billones de años humanos.

«La noche siempre es oracular».

Henry David Thoreau, *Diarios*, 27 de octubre de 1851

del cerebro de un mortal. El material era puro y su arte también. ¿Qué podía resultar sino algo maravilloso?

Ninguna fachada con la que podamos presentar un tema nos reportará tanto provecho como la verdad. Sólo ésta envejece bien. En lo esencial, no estamos donde estamos, sino en una posición falsa. A causa de un defecto en nuestra naturaleza, suponemos un estado de las cosas y nos situamos en relación al mismo; de ahí que existan a un tiempo dos planos de realidad y que la dificultad que enfrentamos sea doble. En los instantes de mayor lucidez tenemos en cuenta únicamente los hechos, es decir, lo que se da tal cual. Decid lo que tengáis que decir, no lo que deberíais decir. Cualquier verdad es mejor que un engaño. Cuando Tom Hyde, el calderero, se encontraba ya en el cadalso, le preguntaron si tenía algo que decir: «Decidles a los sastres —respondió— que no se olviden de anudar el hilo antes de dar la primera puntada». No se recuerda el ruego de su compañero.

Por mediocre que sea vuestra vida, enfrentadla y vividla; no la esquivéis ni la denostéis. Ella no es tan mala como vosotros. Parece más pobre cuanto más ricos sois. Aun en el paraíso hallará faltas el puntilloso. Amad vuestra vida por pobre que sea. Seguramente tengáis algunas horas agradables, conmovedoras y gloriosas, hasta en un asilo. El sol del atardecer se refleja en las ventanas del hospicio con la misma calidez que en la mansión del hombre rico; con la llegada de la primavera, la nieve se funde ante su puerta al mismo tiempo. No veo por qué un hombre tranquilo no podría vivir ahí feliz y tener pensamientos joviales al igual que en un palacio. Con frecuencia tengo la sensación de que los pobres de la ciudad viven una vida más independiente que la de cualquier otro. Quizá simplemente tengan la grandeza de espíritu suficiente para recibir sin desconfianza. La mayoría de ellos se cree por encima de la ayuda que les ofrece la ciudad, aunque es cierto que a menudo sucede que no están por encima de la ayuda que se procuran por medios deshonrosos. Cultivad la pobreza en vuestro jardín, como hierba de la sabiduría. No os preocupéis por conseguir más cosas, ya sean ropas o amigos. Dadles la vuelta a las viejas prendas; volved a los amigos de siempre. Las cosas no cambian; nosotros cambiamos. Vended vuestras ropas y conservad vuestros pensamientos. Dios velará para que no te haga falta compañía. Si pasara el resto de mi vida confinado en la esquina de una buhardilla, igual que una araña,

el mundo sería para mí exactamente igual de grande que antes, siempre y cuando tenga mis pensamientos conmigo. Como dijo el filósofo: «Se puede hacer prisionero a un general y poner en desbandada a las tres divisiones de su ejército, pero ni siquiera al hombre más abyecto y vulgar se le puede aprisionar el pensamiento»[22]. No busquéis con tanta ansia vuestro desarrollo, ni os sometáis a demasiadas influencias; sólo conseguiréis disiparos. Como la oscuridad, la humildad revela las luces celestes. Las sombras de la pobreza y de la mediocridad se acumulan a nuestro alrededor «y mirad, la creación se ensancha ante nuestros ojos»[23]. A menudo nos recuerdan que si se nos confiriera la riqueza de Creso[24], nuestros fines deberían ser los mismos y nuestros medios esencialmente idénticos. Además, si la pobreza os restringe, por ejemplo, si no podéis comprar libros ni periódicos, os limitaréis a las experiencias más significativas y de mayor importancia vital; os veréis obligados a tratar con la materia prima que produce más azúcar y más vigor. La vida más dulce es aquella que se acerca a los huesos[25]. No podrás ser frívolo. Nada se pierde en un nivel inferior por la grandeza expresada en uno superior. La riqueza superflua sólo adquiere lo superfluo. No hace falta dinero para comprar lo que el alma necesita.

Vivo en el ángulo de una pared de plomo, en cuya composición se vertió una pequeña aleación del metal de las campanas. A menudo, en el descanso del mediodía, llega a mis oídos desde fuera un confuso *tintinnabulum*. Es el ruido de mis contemporáneos. Mis vecinos me relatan sus aventuras con damas y caballeros célebres y cuántas personalidades se encontraron durante una cena, todo lo cual me interesa tan poco como el contenido del *Daily Times*. Sus intereses y conversaciones giran principalmente en torno a la moda y los modales, pero un ganso sigue siendo un ganso, da igual cómo vista. Me hablan de California y Texas, de Inglaterra y

[22] Traducción de Confucio (*Analectas*, 9, 25) que Thoreau realiza directamente del francés desde la edición que maneja de Pauthier (véase nota 22, cap. «Economía»).

[23] Cita con ligeras variaciones del poema «Noche y muerte» de José María Blanco White.

[24] Rey de Lidia durante el s. VI d. C., considerado el hombre más rico del mundo en su tiempo.

[25] Alusión a un proverbio del s. XV: «Cuanto más cerca del hueso, más dulce es la carne».

las Indias, del honorable Sr.*** de Georgia[26] o de Massachusetts, fenómenos transitorios y efímeros, hasta que me veo a punto de tirarme por el muro de su patio como aquel *bey* mameluco[27]. Prefiero orientarme yo mismo: no caminar en procesión con pompa y parada por un lugar ilustre, sino al paso del Constructor del Universo, cuando tengo ocasión; no vivir en este inquieto, nervioso, ruidoso y trivial siglo XIX, sino permanecer de pie o sentado, pensativo, viéndolo pasar. ¿Qué están celebrando los hombres? Parecen formar parte de un comité de preparativos y esperar un nuevo discurso cada hora. Dios es tan sólo el presidente del encuentro y Webster su orador[28]. Me gusta sopesar, decidir y gravitar hacia aquello que me atrae con más fuerza y de la manera más justa, no quedarme suspendido del brazo de la balanza para tratar de pesar menos, no suponer nada, sino ver todo como es, avanzar por el único camino posible, en el que ningún poder puede ejercer resistencia. No me aporta ninguna satisfacción construir un dintel en forma de arco sin haber colocado antes unos cimientos sólidos. No juguemos a correr sobre un hielo demasiado delgado. En cualquier lugar encontraremos un fondo resistente. Leemos que el viajero le preguntó al muchacho si la ciénaga que había ante ellos tenía un fondo duro. El muchacho respondió que así era. Pero el caballo del viajero se hundió hasta las cinchas y el viajero le dijo: «Pensé que habías dicho que esta ciénaga tenía un fondo duro». «Y así es —respondió el chico—, pero le falta aún otro tanto para llegar a él». Lo mismo ocurre con las ciénagas y las arenas movedizas de la sociedad, pero hace falta ser un muchacho maduro para saberlo. Tan sólo aquello que se piensa, se dice o se hace gracias a una extraña coincidencia resulta finalmente bello y preciado. No querría ser de los que insisten estúpidamente en meter un clavo en un listón o en un revoque; algo así me haría perder el sueño durante varias noches. Dadme un martillo y dejadme decidir dónde tengo que clavar. No os fiéis del encalado. Remachadlo con la firmeza

[26] Posiblemente Robert Augustus Toombs (1810 – 1885), congresista y vehemente defensor de la esclavitud.

[27] Cuenta la tradición que un oficial pudo escapar a la masacre de los mamelucos ordenada en Egipto por Mehemet Alí saltando desde un muro hasta su caballo.

[28] Daniel Webster (1782 – 1852), prominente hombre de Estado y uno de los más renombrados oradores y líderes del Partido Whig.

suficiente como para que al despertaros por la noche podáis pensar con satisfacción en vuestro trabajo, que sea una obra que os permita invocar a la Musa. Así, y sólo así, Dios os ayudará. Cada clavo será un nuevo remache en la máquina del universo, y ahí estaréis para continuar el trabajo.

Dadme la verdad antes que el amor, el dinero y la fama. Me senté a una mesa en la que había buena comida y vino en abundancia y un excelente servicio, pero no había sinceridad ni verdad[29], y me marché con hambre de aquel banquete inhóspito[30]. La hospitalidad era glacial como los helados. Creo que no habría hecho falta hielo para congelarlos. Me hablaron de lo añejo del vino y de la excelencia de la cosecha, pero yo pensaba en un vino más viejo y más joven, más puro, y en una cosecha más gloriosa que no habían obtenido ni podían adquirir. Nada valen a mis ojos la clase, la casa, el terreno y el «recibimiento». Fui a visitar a un rey, pero me hizo esperar en su vestíbulo y demostró su incapacidad para ser hospitalario. En mi vecindario había un hombre que vivía en el hueco de un árbol. Sus modales eran verdaderamente regios. Mejor habría hecho en visitarlo a él.

¿Hasta cuándo seguiremos sentados en nuestros porches practicando vanas y rancias virtudes que cualquier trabajo pondría en evidencia? ¡Como el que comienza el día armándose de paciencia y contrata a un jornalero para escardar sus patatas, y por la tarde acude a practicar la mansedumbre y la caridad cristianas con premeditada bondad! Tomad en consideración lo que es el orgullo para los chinos frente a la autocomplacencia estancada de la humanidad. Esta generación presume de ser la última de una estirpe ilustre y habla con satisfacción de su progreso en el arte, la ciencia y la literatura desde Boston, Londres, París y Roma, evocando sus lejanos orígenes. ¡Ahí están las Actas de las Sociedades Filosóficas

[29] Alusión a I Corintios 5, 7-8: «Así celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de la malicia y la maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad».

[30] Todo parece indicar que Thoreau se estaría refiriendo a la casa de Emerson, donde vivió como huésped regular antes de mudarse a Walden entre abril de 1841 y mayo de 1843. Thoreau escribió en su diario: «Emerson es demasiado apoteósico para mí. Pertenece a la nobleza, viste su capa y tiene sus maneras... Debería valorar más los elogios que me hace, siempre tan refinados, si no fuera porque de continuo implican cierto padrinazgo y por lo tanto son meramente aduladores».

y los elogios públicos de los *Grandes Hombres*! El buen Adán contempla su propia virtud. «Sí, hemos llevado a cabo grandes acciones y entonado himnos divinos que nunca desaparecerán», es decir, mientras *nosotros* tengamos memoria de ello. ¿Dónde están las sociedades ilustradas y los grandes hombres de Asiria? ¡Qué filósofos y experimentadores tan jóvenes somos! No existe uno solo entre mis lectores que haya vivido ya una vida humana completa. Tal vez éstos sean apenas los meses de primavera en la vida humana. Aunque hayamos pasado la sarna de los siete años, en Concord aún no hemos visto la plaga de langostas que suele aparecer cada diecisiete. No conocemos sino la película superficial que recubre el globo en el que vivimos. La mayoría de los hombres no ha ahondado seis pies por debajo de la superficie ni ha brincado otros tantos hacia arriba. No sabemos dónde estamos. Además, permanecemos profundamente dormidos más de la mitad de nuestro tiempo. Sin embargo, nos consideramos sabios y hemos establecido un orden que rige sobre la superficie. ¡Somos de verdad pensadores profundos y espíritus ambiciosos! Cuando me sitúo sobre el insecto que se arrastra por el suelo del bosque entre las agujas de pino y trata de esconderse a mi mirada, y me pregunto por qué acaricia esos humildes pensamientos y oculta su cabeza en mi presencia, cuando quizás yo podría ser su benefactor y proporcionarle alguna información alentadora para los suyos, me acuerdo del Gran Benefactor y la Inteligencia que se sitúa a su vez sobre mí, el insecto humano.

El mundo recibe un flujo incesante de innovaciones y, sin embargo, toleramos una monotonía asombrosa. Tan sólo necesitaría referirme a los sermones que aún se escuchan en los países más ilustrados. Contienen palabras como alegría y tristeza, pero éstas sólo son el estribillo de un salmo cantado con un tonillo nasal, mientras ponemos nuestra fe en lo ordinario y lo mezquino. Nos creemos capaces de cambiar únicamente de indumentaria. Se dice que el Imperio británico es extenso y respetado y que los Estados Unidos son una potencia de primer orden. No nos creemos que detrás de todo hombre exista una marea que suba y baje y que podría arrastrar al Imperio británico como si fuera una astilla, si el hombre en cuestión fuera capaz de albergar esta idea en su imaginación. ¿Quién sabe cómo será la plaga de langostas que salga de la tierra al cumplirse un nuevo ciclo de diecisiete años? El gobierno del

mundo en que yo vivo no se constituyó, como el de Gran Bretaña, en conversaciones de sobremesa y con un buen vino.

La vida que hay en nosotros es como el agua de un río. Este año podría haber crecidas como el hombre no ha conocido e inundaciones en las sedientas tierras altas, incluso podría ser el año memorable en que se ahoguen todas nuestras ratas almizcleras. No siempre estuvo seca la tierra que habitamos. Veo tierra adentro las orillas que la corriente lavaba antaño, antes de que la ciencia comenzara a registrar sus riadas. Todo el mundo conoce esa historia que en su día dio la vuelta a Nueva Inglaterra, que cuenta cómo un día un insecto bello y vigoroso salió de la plancha seca de una vieja mesa de madera de manzano que había estado en la cocina de una granja durante sesenta años, primero en Connecticut y luego en Massachusetts. Procedía de un huevo depositado en el manzano cuando éste aún estaba vivo, muchos años antes, como se vio al contar las capas anulares. Lo oyeron roer la cáscara del huevo durante semanas, incubado tal vez por el calor de una tetera. ¿Quién no siente fortalecida su fe en la resurrección y en la inmortalidad después de oír esta historia? ¡Quién sabe qué vida bella y alada —cuyo huevo ha estado enterrado durante eras bajo innumerables capas concéntricas de madera en la vida muerta y seca de la sociedad, depositado en un principio en la albura del árbol vivo y verde que se ha convertido poco a poco en la imagen de una tumba desecada, cuyo mordisqueo tal vez fue escuchado por los atónitos miembros de la familia humana durante años, reunidos en torno a la mesa y el festín— asomará inesperadamente del mueble más banal y desgastado de la sociedad para disfrutar, por fin, de su verano perfecto!

No digo que John o Jonathan[31] puedan comprender todo esto; pero éste es el carácter de ese mañana en el que el mero transcurrir del tiempo jamás conduce al amanecer. La luz que nos ciega es nuestra oscuridad. Sólo amanece el día para el que estamos despiertos. El amanecer sigue aún su curso. El sol no es sino una estrella de la mañana.

[31] John Bull y Brother Jonathan, es decir, el británico y el estadounidense.

Walden
es el decimocuarto li-
bro de la colección La muchacha
de dos cabezas. Compuesto en tipos DAN-
TE, se terminó de imprimir en los talleres de
KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES
en abril de dos mil trece, trescientos setenta y ocho
años después de que unas monjas ursulinas de Loudun
comenzaran a ver extrañas apariciones sobrenaturales, a su-
frir violentas convulsiones y a hacer proposiciones sexua-
les exageradamente imaginativas a los sacerdotes, al pare-
cer endemoniadas por un tal Grandier, hombre atractivo,
elegante, refinado y recién llegado a la localidad, que arrojó
un ramo de rosas por encima de los muros del convento,
y que, a pesar de los libelos publicados en su defensa y
en defensa de la Razón por un impresor de nombre
J. Thoreau, probable pariente, tan lejano como
misterioso, de nuestro autor, fue condenado
a muerte, torturado y quemado mien-
tras juraba a voz en grito ser
inocente.

En 1845 Thoreau abandona la casa familiar de Concord y se instala en la cabaña que ha construido junto a la laguna de Walden. Pero no se marcha a los bosques para «jugar a la vida», sino para «vivirla intensamente de principio a fin». A partir de esa experiencia escribe uno de los clásicos fundamentales del ensayo moderno. *Walden* es tanto un experimento literario sin precedentes como un manual para la buena vida: un libro escrito contra toda servidumbre y a favor de la felicidad como única riqueza del ser humano. *Walden* es una defensa de la vida libre y salvaje, así como una crítica feroz de la sociedad y sus imposiciones, que apenas han variado desde aquella fecha. *Walden* es un cuestionamiento radical y directo de la institución del trabajo como adocenamiento y del mercado como único dios, así como una lúcida defensa de la simplificación de la vida y del camino que nos lleva a perseguir su esencia y sus placeres cotidianos. *Walden* es una reflexión sobre la necesidad de preservar tanto la naturaleza y el planeta como el meollo de nuestra propia existencia individual e irreductible. *Walden* habla de lagunas salvajes y hombres sabios, alces y *shakespeares*, esclavos huidos y trabajadores sonámbulos, las montañas de Nueva Inglaterra y el *Bhagavad Gita*, la belleza del fuego hogareño y la Gran Nevada, el silbido devastador del ferrocarril y el recóndito ulular del búho, la erudición de los indios Massasoit y la banalidad de los eruditos de Harvard, la belleza absoluta de la soledad y la importancia inconmensurable de la amistad, el bienestar que exhiben las marmotas y el malestar que aqueja a la mayoría de los seres humanos. Según el propio Thoreau, «*Walden* es un libro escrito para esa mayoría de hombres que está descontenta con su vida y con los tiempos que le ha tocado vivir, pero que podría mejorarlos. Y también para aquéllos en apariencia ricos, pero que en realidad han acumulado cosas inútiles y no saben muy bien qué hacer con ellas».

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

te contamos más en la primera página de este libro

CÓDIGO BIC: HP, JPW
9 788415 217459